

58

14258

Requestet in pacem



ENCUADERNACION

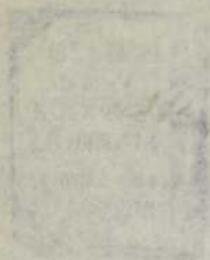
Vda. de

ENRIQUE

MARTINEZ

Lain-Calvo 12

BURGOS



14258
Edg.
EDGARDO. POE

HISTORIAS EXTRAORDINARIAS

CON UN PRÓLOGO DE

CARLOS BAUDELAIRE

TRADUCCIÓN DE E. L. DE VERNEUIL

ILUSTRACIÓN DE

H. XUMETRA



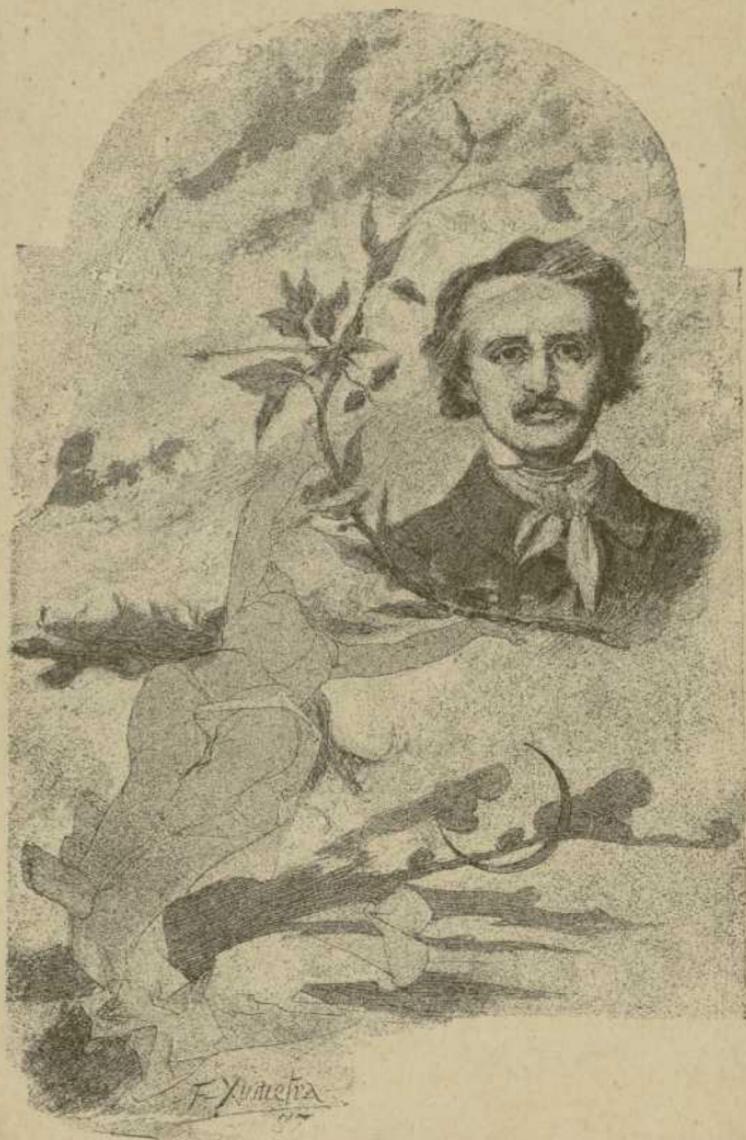
BARCELONA

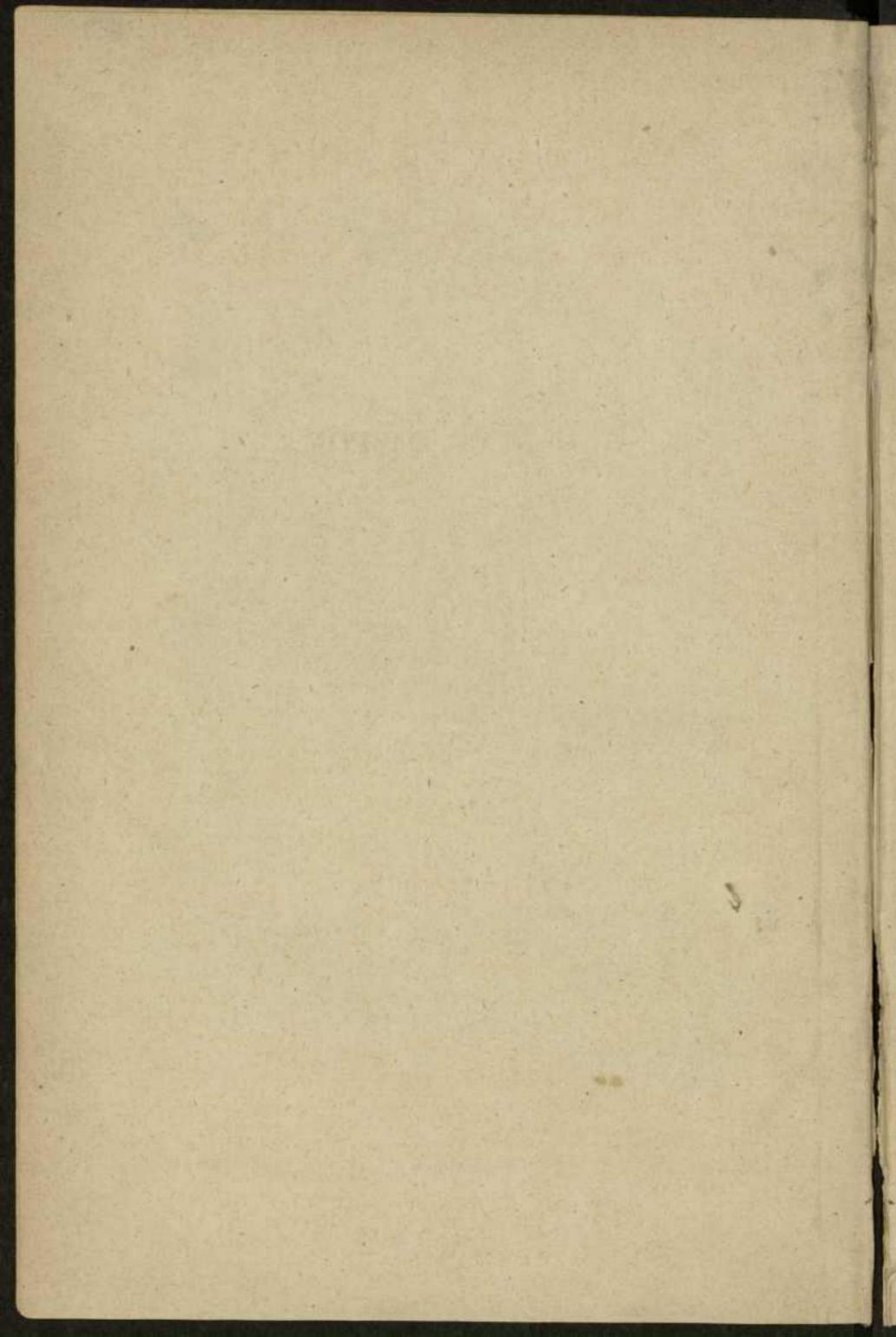
BIBLIOTECA «ARTE Y LETRAS»

DANIEL CORTEZO y C.^ª-Calle de Pallars (Salón de S. Juan)

1887









EDGARDO POE
SU VIDA Y SUS OBRAS

....Algún hombre desgraciado á quien la inexorable Fatalidad persiguió con encono, cada vez con más encono, hasta que sus cantares, hasta que los cantares fúnebres de su Esperanza tuvieron por único estribillo: ¡Nunca! ¡Nunca más!

EDGARDO POE.—*El Cuervo.*

*Sur son trône d'airain le Destin qui s'envaille
imbibe leur éponge avec du fiel amer,
et la Nécessité les torá dans sa tenaille.*

THÉOPHILE GAUTIER.—*Ténèbres.*

I

HACE algún tiempo fué conducido ante nuestros tribunales un desventurado que parecía tener impreso en la frente el sello de la fatalidad; en los ojos llevaba, por decirlo así, el rótulo de su vida, como un libro su título, y el interrogatorio demostró que las apariencias eran una verdad cruel. En la historia de la literatura hay destinos análogos, verdaderas condenaciones, — hombres que llevan escritas las palabras *mala estrella* en caracteres misteriosos en los

repliegues de la frente. El ángel ciego de la expiación se ha apoderado de ellos, y los fustiga á brazo tendido para edificación de los otros. Inútilmente dan en su vida pruebas de talento, de virtud y de gracia; la Sociedad tiene para ellos un anatema especial, y en ellos acusa los achaques que su persecución les ha producido.—¿Qué no hizo Hoffman para desarmar al destino? ¿Qué no emprendió Balzac para conjurar la fortuna? ¿Existe, pues, una Providencia diabólica que prepara la desgracia desde el nacimiento, que arroja con *premeditación* á seres privilegiados y angélicos en medio de una multitud hostil, como mártires en los circos? ¿Hay, pues, almas *sagradas* que se destinan al altar, y á las cuales se condena á ir al encuentro de la muerte y de la gloria, á través de sus propias ruinas? ¿Acosará eternamente la pesadilla de las *Tinieblas* á esas almas elegidas?—En vano luchan, en vano se adaptan al mundo, á sus previsiones y á sus astucias; su prudencia será extremada, tapanán todas las salidas, acolcharán las ventanas contra los proyectiles de la casualidad; pero el Diabolo entrará por una cerradura, una perfección será el defecto de su coraza y una cualidad superlativa el germen de su condenación

L'aigle, pour le briser, du haut du firmament
sur leur front découvert lachera la tortue,
car ils doivent périr inévitablement.

Su destino está escrito en toda su constitución; brilla con siniestro fulgor en sus miradas y ademanes, y circula en sus arterias con los glóbulos sanguíneos.

Un autor célebre de nuestra época ha escrito un libro para demostrarnos que el poeta no podía hallar buena colocación en la Sociedad democrática ni en la aristocrática, así como tampoco en una república ni en una monarquía absoluta ó moderada. ¿Quién ha

sabido contestarle perentoriamente? Hoy traigo una nueva leyenda en apoyo de su tesis, y agregó un santo más al martirologio; he de escribir la historia de uno de esos ilustres desventurados, demasiado rico en poesía y pasión, que ha venido á este mísero mundo después de tantos otros, á practicar el rudo aprendizaje del genio entre almas inferiores.

¡Lamentable tragedia fué la vida de Edgardo Poe!
¡Horrible desenlace fué su muerte, cuyo horror se acrecentó por la indiferencia! De todos los documentos que he leído, resulta para mí la convicción de que los Estados Unidos no fueron para Poe sino una inmensa prisión, la cual recorría con el frenesí de un hombre nacido para respirar en un mundo más anormal; y que su vida interior, espiritual, de poeta, y aun de borracho, sólo era un esfuerzo perpetuo para escapar de la influencia de aquella atmósfera antipática. Desapiadada dictadura es la de la opinión en las sociedades democráticas! No imploréis de ella caridad, ni indulgencia, ni moderación alguna en la aplicación de sus leyes en los múltiples y complicados casos de la vida moral. Diríase que del amor impío de la libertad ha nacido una nueva tiranía, la tiranía de los animales ó zootocracia, que por su insensibilidad feroz se asemeja al ídolo de Jaggernaut. — Un biógrafo nos dirá gravemente: «Muy intencionado era el bueno de Poe; si hubiese querido regularizar su genio y aplicar sus facultades creadoras de una manera más apropiada al suelo americano, habría podido llegar á ser un escritor con dinero (*a money making author*).» Otro, algún ingenuo cínico, diría que, por superior que fuese el genio de Poe, habría valido más para él tener sólo talento, por que éste se puede apreciar siempre con más facilidad que el genio; y un tercero, que ha dirigido periódicos y revistas, un amigo del poeta, confiesa que era difícil darle trabajo y que se hacía preciso pagarle menos

que á los demás, porque escribía en un estilo demasiado superior al del vulgo. *¡Qué olor de almacén!* como diría José Maistre.

Algunos se han atrevido á más, y uniendo la inteligencia pesada de su genio con la ferocidad de la hipocresía de la clase media, le han insultado á porfía, escarneciendo aquel cadáver después de su repentina desaparición, particularmente Rufo Griswold, el cual, usando aquí la expresión vengadora de Jorge Graham, cometió entonces una infamia mortal. Poe, presintiendo tal vez su siniestra y súbita muerte, había designado á los señores Griswold y Willis para que ordenaran sus obras, escribiesen su vida y sincerasen su memoria; mas el primero, pedagogo vampiro, difamó extensamente á su amigo en un enorme artículo, lleno de rencor, el cual puso en primer lugar en la edición póstuma de sus obras.—¿No hay en América bando alguno que prohíba á los perros la entrada en los cementerios?—En cuanto al señor Willis, demostró, por el contrario, que la benevolencia y la dignidad se asocian con el verdadero talento, y que la caridad hacia nuestros colegas, que es un deber moral, lo es también de buen sentido.

Hablad de Poe con algún americano: reconocerá tal vez su genio, y acaso se muestre también orgulloso; pero con un tono sarcástico y de superioridad, que trasciende á positivismo, hablará del desenfreno del poeta, de su aliento alcoholizado, que hubiera ardido al contacto de la llama de una bujía, y de sus costumbres vagabundas, y añadirá que era un ser errático y heteroclita, un planeta sin órbita, que giraba sin cesar desde Baltimore á Nueva York, desde aquí á Filadelfia, desde Filadelfia á Boston, y desde Boston á Baltimore ó á Richmond. Y si conmovido por aquel preludio de una historia desconsoladora, dáis á entender que el hombre no era tal vez el único culpable, y que

debe ser difícil pensar y escribir cómodamente en un país donde hay millones de soberanos, un país que en rigor carece de capital y no tiene aristocracia, entonces veréis cómo los ojos de vuestro interlocutor se agrandan y brilla en ellos un relámpago, mientras que la lava del patriotismo asomando á sus labios, le hace proferir injurias contra Europa, su anciana madre, y contra la filosofía de los antiguos tiempos.

Repito que, en mi opinión, Edgardo Poe y su patria no estaban al mismo nivel. Los Estados Unidos constituyen un país gigantesco y niño á la vez, que, como es natural, tiene envidia del antiguo continente. Soberbio con su desarrollo material, anormal y casi monstruoso, ese recién venido á la historia se distingue por su cándida fe en la omnipotencia de la industria; y está convencido, como algunos infelices entre nosotros, que acabará por exterminar al Diablo. ¡Tienen allí un valor tan grande el tiempo y el dinero! La actividad material, exagerada hasta las proporciones de una manía nacional, deja en el espíritu poco sitio para las cosas que no son de la tierra. Poe, que era de buena familia, y opinaba además que la mayor desgracia de su país consistía en no tener aristocracia de raza, atendido, según decía, que en todo pueblo que carece de ella no puede menos de corromperse el culto de lo bello, disminuir y desaparecer; Poe, que reconocía en sus conciudadanos, hasta en su lujo enfático y costoso, todos los síntomas del mal gusto característico de los intrusos; que consideraba el Progreso, la gran idea moderna, como un éxtasis de papamosca, y que llamaba á los *perfeccionamientos* de la vida humana cicatrices y abominaciones rectangulares; Poe, repito, era allí un cerebro muy aislado; no creía sino en lo inmutable, en lo eterno; y poseía, cruel privilegio en una sociedad enamorada de sí misma, ese buen sentido superior á lo Maquiavelo, que se anticipa al

sabio, como luminosa columna á través del desierto de la historia.—¿Qué hubiera pensado, qué hubiera escrito el infeliz si hubiese oído á la teóloga del sentimiento suprimir el infierno por amistad al género humano; al filósofo de las cifras proponer un sistema de seguros, una suscripción á dos cuartos por cabeza para la supresión de la guerra, la abolición de la pena de muerte y de la ortografía, esas dos locuras correlativas, y tantas otras de los que escriben *con el oído tendido al viento*, fantasías giratorias tan lisonjeras como el elemento que las dicta? Si se agrega a esta visión impecable de lo cierto—verdadero achaque en algunas circunstancias—una exquisita delicadeza de sentido que se resentía por la menor nota en falso, una finura de gusto que se rebelaba contra todo cuanto no estuviera en exacta proporción, y un insaciable amor á lo bello, que había adquirido la fuerza de una pasión morbosa, nadie extrañará que la vida hubiera llegado á ser un infierno para semejante hombre, y que acabara tan mal; mas bien podría causar admiración que hubiese *durado* tan largo tiempo.

II

La familia de Poe era una de las más respetables de Baltimore; su abuelo materno había servido como general en la guerra de la Independencia, durante la cual se conquistó el aprecio y estimación de Lafayette. Cuando éste hizo su último viaje á los Estados Unidos, quiso ver á la viuda del general para manifestarle su agradecimiento por los favores recibidos de su esposo. El bisabuelo había casado con una hija del almirante inglés Mac Bride, emparentado con las más nobles

casas de Inglaterra. David Poe, padre de Edgardo é hijo del general, se apasionó ardientemente por una actriz inglesa, Isabel Arnold, célebre por su hermosura; huyó con ella y se casó. Para unir más íntimamente su destino con el suyo, hizose cómico y se presentó con su esposa en distintos teatros de las principales ciudades de la Unión. Ambos murieron en Richmond, casi al mismo tiempo, dejando abandonados y en la más completa miseria tres niños de corta edad, uno de los cuales era Edgardo.

Este último había nacido en Baltimore en 1813, dato que obtuve del mismo Poe, pues reclamó contra la afirmación de Griswold, quien supone que vino al mundo en 1811.—Si alguna vez el espíritu novelesco, espíritu siniestro y borrascoso, sirviéndome de la expresión de nuestro poeta, presidió un nacimiento, seguramente fué el suyo. Poe había sido verdaderamente el hijo de las pasiones y de la aventura. Un opulento negociante de la ciudad, M. Allan, se encaprichó por aquel hermoso y desgraciado niño, ricamente dotado por la naturaleza, y como no tenía hijos, le adoptó, por lo cual se llamó en lo sucesivo Edgardo Allan Poe. Gracias a esto, educóse en medio de la comodidad, con la legítima esperanza de alcanzar una de esas fortunas que proporcionan al hombre una posición estable; sus padres adoptivos le llevaron en su compañía durante un largo viaje á Inglaterra, Escocia é Irlanda, y antes de regresar á su país, dejáronle en casa del doctor Bransby, que tenía un importante colegio en Stoke-Newington, cerca de Londres.—El mismo Poe describe en *William-Wilson* ese extraño edificio del antiguo estilo Isabel, y las impresiones de su vida escolar.

Volvió á Richmond en 1822, y continuó sus estudios en América bajo la dirección de los mejores maestros. En la Universidad de Charlottesville, donde ingresó en 1825, distinguióse no sólo por su prodigiosa inteligen-

cia, sino también por la superabundancia casi siniestra de sus pasiones, por una precocidad verdaderamente americana que por último fué la causa de su expulsión. Conviene advertir de paso que Poe había manifestado ya en Charlottesville una aptitud de las más notables para las ciencias físicas y matemáticas. Más tarde debía hacer frecuente uso de estos conocimientos en sus singulares cuentos, obteniendo, por los mismos, inesperados recursos; pero tengo motivos para creer que no era a este orden de composiciones al que más importancia daba, y que tal vez á causa de esa precoz aptitud no estaba lejos de considerarlas como *fáciles equilibrios*, comparativamente con las obras de pura imaginación.—Algunas desgraciadas deudas del juego fueron causa de que Edgardo se indispusiese momentáneamente con su padre adoptivo; y el poeta—hecho curioso, que prueba, por más que se haya dicho, una dosis de caballerosidad bastante marcada en su impresionable cerebro, concibió el plan de tomar parte en la guerra de los helenos para ir a batirse contra los turcos. Poco después marchó á Grecia.—¿Qué le ocurrió allí? ¿Qué hizo en Oriente? ¿Estudió las orillas clásicas del Mediterráneo? ¿Por qué le encontramos en San Petersburgo, sin pasaporte, comprometido en algún negocio, obligado a pedir auxilio al ministro americano Henry Middleton, para evitar el castigo ruso y regresar á su país? Se ignora; aquí hay un blanco que sólo el poeta podría llenar. Los diarios americanos anunciaron, hace largo tiempo, que darían á conocer la vida de Edgardo Poe, su juventud y sus aventuras en Rusia, así como su correspondencia; pero jamás hemos visto nada de esto.

De regreso á América, en 1829, manifestó el deseo de ser admitido en la escuela militar de West-Point, donde ingresó á poco; y allí, como en otras partes, dió pruebas de maravillosa inteligencia; pero no quería

someterse a la disciplina, y al cabo de algunos meses fué borrado de la lista.—Al mismo tiempo, en su familia adoptiva se produjo un incidente que debía tener las más graves consecuencias para el poeta. La señora Allan, a la cual profesaba al parecer un verdadero cariño filial, murió, y el viudo contrajo segundas nupcias con una mujer muy joven. A esto siguió una discusión doméstica—historia extraña y tenebrosa que no puedo referir, porque ningún biógrafo la explica claramente;—pero no se debe extrañar la separación definitiva de Poe de su padre adoptivo, y que éste, teniendo sucesión de su segunda esposa, desheredara del todo al poeta.

Poco tiempo después de haber salido de Richmond, Poe publicó un tomo de poesías; era a la verdad una aurora brillante, y el que hubiera sabido comprenderlas, habría visto ya en aquellas composiciones un acento sublime, la calma en la melancolía, la majestuosa solemnidad y la experiencia precoz.... iba a decir la *experiencia innata* que caracteriza a los grandes poetas.

La miseria le hizo soldado algún tiempo, y debe presumirse que se aprovechó de los largos ratos de ocio de la vida de guarnición para preparar los materiales de sus futuras composiciones, singulares composiciones que parecen haber sido creadas para demostrarnos que la extrañeza es una de las partes integrantes de lo bello. Ocupado de nuevo en los trabajos literarios, único elemento en que pueden respirar ciertos seres, Poe se veía en la mayor miseria, cuando una feliz casualidad le permitió mejorar su situación. El propietario de una revista acababa de ofrecer dos premios: uno para el mejor cuento y otro para el mejor poema. Un carácter de letra muy notable llamó la atención de Mr. Kennedy, que presidía la comisión, y habiéndole ocurrido examinar por sí mismo los pliegos, vió que Poe había ganado las dos recom-

pensas; pero sólo se le dió una. El presidente tuvo deseos de ver al desconocido, y el editor del diario le presentó un joven de notable belleza, aunque con el traje destrozado y la levita abotonada hasta la barba; parecía por su aire un caballero, pero hubiérase dicho que tenía tanto orgullo como hambre. Kennedy se condujo bien, comenzando por presentar a Poe á un tal Tomás White, que fundaba en Richmond el *Southern Literary Messenger* (Mensajero Literario del Sur). Mr. White era hombre audaz, pero sin ningún talento literario, y necesitaba un auxiliar; de modo que Poe se elevó de pronto, joven aún, pues sólo tenía 22 años, á la categoría de Director de una revista cuyo destino dependía completamente de él. Gracias al talento del poeta, la publicación prosperó, y el *Mensajero Literario del Sur* reconoció desde entonces que al «maldito excéntrico», que al borracho incorregible, debía toda su clientela y su fructuosa notoriedad. En aquella publicación vió la luz por primera vez la *Aventura sin igual de cierto Hans Pfaall*, y otros varios cuentos que nuestros lectores podrán ver sucesivamente. Durante cerca de dos años, Edgardo Poe asombró al público, por su maravilloso ardimiento, con una serie de composiciones de nuevo género y artículos críticos, cuya viveza y razonada severidad eran las más propias para llamar la atención. Aquellos artículos se referían á libros de toda especie; y la educación que el joven había recibido no le sirvió de poco. Bueno será advertir que aquel considerable trabajo se hacía por quinientos duros al año.—«*Inmediatamente*, escribió Griswold (como queriendo decir: el imbécil se creía ya bastante rico), contrajo enlace con una joven tan encantadora como bondadosa y heroica.» Y añadía después con estilo sarcástico: «pero no tenía un cuarto.» Era una joven de Virginia, prima suya, de apellido Chem.

A pesar de los servicios prestados á su periódico, Mr. White se indispuso con Poe al cabo de dos años, poco más ó menos. La causa de esto se explica evidentemente por los accesos de hipocondría y las crisis de embriaguez del poeta, accidentes característicos que oscurecían su cielo espiritual, cual esas siniestras nubes que comunican de improviso al más poético paisaje un aspecto melancólico al parecer irremediable.—Desde entonces vemos al infeliz levantar su tienda, cual otro hijo del desierto, y transportar sus ligeros penates á las principales ciudades de la Unión. En todas partes dirigirá revistas, colaborando de una manera brillante y esparciendo con deslumbradora rapidez artículos críticos y filosóficos, así como cuentos llenos de atractivos, que aparecen reunidos bajo el título de *Tales of the Grotesque and the Arabesque* (Cuentos de lo Grotesco y Arabesco), título notable é intencionado, pues los adornos grotescos y arabescos rechazan la figura del hombre, y se verá que por muchos estilos la literatura de Poe es sobrehumana. Por notas ofensivas y escandalosas insertas en los diarios sabemos que Poe y su esposa se hallan peligrosamente enfermos en Fordham y en la más completa miseria. Poco tiempo después de morir la señora Poe, el poeta sufrió los primeros ataques del *delirium tremens*, y entonces apareció de pronto en cierto diario una nueva nota, más cruel que las anteriores, en la cual se quería indicar sin duda que Poe estaba disgustado del mundo y le despreciaba, formulándose uno de esos procesos de tendencia, verdaderas requisitorias de la opinión, contra las cuales tuvo siempre que defenderse Poe, empeñado así en una de las luchas más estériles y fatigosas que se conocen.

Sin duda ganaba dinero, y con sus trabajos literarios podía vivir; pero tengo pruebas de que sin cesar se le oponían enojosas dificultades. Soñó, como tantos

otros escritores, con una *Revista* para sí; quiso estar en su *casa*, y el hecho es que había sufrido lo bastante para desear ardientemente aquel refugio definitivo para su pensamiento. A fin de conseguir este resultado y obtener la suma necesaria, apeló á las *lecturas*. Ya se sabe que éstas se reducen á una especie de especulación, y que el autor no publica ninguna hasta después de haber recibido la suma que puede producir. Poe había dado ya en Nueva-York una *lectura de Eureka*, su poema cosmogónico, que por cierto suscitó acaloradas discusiones; y esta vez imaginó dar otra en su país, en Virginia. Según escribió á Willis, proponíase dar una vuelta por el Oeste y el Sur, y esperaba el concurso de sus amigos literarios, así como de sus antiguos conocidos de colegio y de West-Point. Visitó, pues, las principales ciudades de Virginia, y Richmond volvió á recibir al que había conocido tan joven, tan pobre y mísero; todos aquellos que no habían visto al poeta desde el tiempo de su oscuridad, acudieron en tropel para contemplar á su ilustre compatriota. Presentóse elegante y correcto como el genio; y hasta creo que desde aquella época había llevado su condescendencia hasta el punto de solicitar su admisión en una sociedad de templanza. Después de elegir un tema tan extenso como elevado, el *Principio de la Poesía*, le desarrolló con esa lucidez que era uno de sus privilegios; pensaba, como verdadero poeta, que el objeto de la poesía es de la misma naturaleza que su principio, y que sólo debe ocuparse de sí propia.

La cordial acogida que se le hizo inundó su pobre corazón de orgullo y alegría; estaba tan satisfecho, que habló de establecerse definitivamente en Richmond y acabar su vida en los lugares que le eran queridos por los recuerdos de la infancia. Sin embargo, debía evacuar algunas diligencias en Nueva-York y marchó el 4 de Octubre, aquejado, según dijo, de es-

pasmos y desfallecimientos. Como se sintiera siempre bastante mal, al llegar á Baltimore, en la noche del 6, mandó llevar su equipaje á la estación, porque debía dirigirse á Filadelfia, y entró en una casa de bebidas para tomar un excitante cualquiera. Allí encontró, por desgracia, varios antiguos conocidos y se retardó. Á la mañana siguiente, al despuntar los primeros albores de la aurora, hallóse en la vía un cadáver... no debemos decirlo así, no; era todavía un cuerpo vivo, pero que la Muerte había marcado ya con su indeleble sello; en aquel cadáver, cuyo nombre se ignoraba, no se hallaron papeles ni dinero, y fué conducido á un hospital, donde Poe murió en la noche del 7 de Octubre de 1849, á la edad de 37 años, vencido por el *delirium tremens*, esa terrible dolencia que había visitado ya su cerebro una ó dos veces. Así desapareció de este mundo uno de los más grandes héroes literarios, el hombre de genio que había escrito en *El Gato Negro* estas fatídicas palabras: *¡Qué enfermedad es comparable con el Alcohol!*

Aquella muerte fué casi un suicidio, pero un suicidio preparado hacía largo tiempo, ó que, por lo menos, ocasionó escándalo. Prodújose al punto ruidoso clamoreo, y la *virtud* pudo explayarse á su antojo, entonando su *canto* enfático, libre y voluptuosamente. Las oraciones fúnebres más indulgentes no pudieron menos de ceder el paso á la inevitable moral de la clase media, que tuvo muy buen cuidado de aprovechar tan admirable ocasión. Mr. Griswold difamó; Mr. Willis, sinceramente afligido, se condujo dignamente. Mas ¡ay! aquel que había franqueado las alturas más arduas de la estética, sumergiéndose en los abismos menos explorados de la inteligencia humana, aquel que, á través de una vida semejante á una tempestad sin calma, había hallado nuevos medios, procedimientos desconocidos para asombrar la imaginación y seducir á los

espíritus sedientos de lo bello, acababa de morir en pocas horas en el mísero lecho de un hospital. ¡Qué destino! ¡Y tanta grandeza, y tanta desdicha para levantar una avalancha de fraseología vulgar, llegando á ser pasto y tema de los periodistas virtuosos!

Ut declamatio fias.

Semejantes espectáculos no tienen nada de nuevo: raro es que una sepultura reciente é ilustre no sea punto de reunión de los escándalos. Por otra parte, la sociedad no ama á esos desgraciados frenéticos, y bien sea porque perturban sus fiestas, ó porque les considera cándidamente como remordimientos, tiene sin duda razón. ¿Quién no recuerda las declamaciones de los parisienses cuando falleció Balzac, aunque murió en toda regla?—Y más recientemente aún, hace poco más de un año, las repugnantes diatribas, cuando un escritor de reconocida honradez y superior inteligencia, *que fué siempre lúcido*, se dirigió discretamente á la calle más negra que pudo encontrar, sin molestar á nadie, tanto, que su discreción se asemejaba al desprecio, y una vez allí separó su alma del cuerpo. ¡Qué asesinato tan refinado! Un célebre periodista, á quien Jesús no hará comprender nunca los sentimientos generosos, juzgó la aventura bastante chistosa para celebrarla con un equívoco.—En la enumeración de los *Derechos* del hombre que la sabiduría del siglo XIX repasa tan á menudo con la mayor complacencia, se han olvidado dos de no poca importancia, que son el derecho de contradecirse y el de *marcharse*; pero la *Sociedad* considera al que se va como un insolente, y de buena gana castigaría á ciertos despojos fúnebres, como aquel infeliz soldado atacado de vampirismo, que al ver un cadáver exasperábase hasta el furor.—Y sin embargo, podemos decir que, bajo la presión de

varias circunstancias, después de examinar detenidamente ciertas incompatibilidades, con firmes creencias en ciertos dogmas y metempsicosis, podemos decir, repito, sin énfasis ni juego de palabras, que el suicidio es á veces el acto más razonable de la vida.—Y así se forma una compañía de fantasmas, muy numerosa ya, que nos visitan familiarmente, y cada una de las cuales viene á ensalzarnos su reposo actual, imbuyéndonos en sus persuasiones.

Confesemos, sin embargo, que el lúgubre fin del autor de *Eureka* tuvo algunas excepciones consoladoras, sin lo cual sería preciso desesperar, y la posición no sería sostenible. Mr. Wills, como ya he dicho, habló dignamente, y hasta con emoción, de sus buenas relaciones con Poe; Mrs. John Neal y George Graham llamaron á Mr. Griswold al orden; y Mr. Longfellow (en éste es mucho mayor el mérito, porque el poeta le había maltratado cruelmente), supo elogiar con nobleza al difunto, ensalzándole como poeta y prosista. Un desconocido escribió que la América literaria acababa de perder su más notable talento.

Pero el corazón más desgarrado y dolorido fué el de la esposa de Poe, que era á la vez su hijo y su hija. ¡Triste suerte, dice Willis, de quien tomo estos datos casi palabra por palabra, triste suerte la de aquel que ella vigilaba y protegía! Poe era un hombre fastidioso, pues no sólo escribía con enojosa dificultad, y en *un estilo que estaba muy por encima del nivel intelectual común para que se pudiera pagar bien*, sino que siempre tenía apuros por dinero, y con frecuencia él y su esposa, enfermos, carecían de las cosas más necesarias en la vida. Cierta día, Willis vió entrar en su despacho á una mujer envejecida, afable y grave: era la esposa de Poe, que *buscaba trabajo* para su querido Edgardo. El biógrafo dice que le admiró, no sólo el perfecto elogio y la exacta apreciación que hizo del talen-

to de Poe, sino también su aspecto exterior, su voz dulce y triste, y sus modales algo comunes, pero no exentos de cierta nobleza. Y durante algunos años, añade, hemos visto á esa infatigable servidora del genio, pobremente vestida, que iba de diario en diario para vender un poema ó un artículo, diciendo á veces que *él* estaba enfermo, única explicación, única razón, invariable excusa que daba cuando su hijo se hallaba en una de esas horas estériles que todos los escritores nerviosos conocen. Los labios de la pobre mujer, sin embargo, no pronunciaron jamás una sílaba que se pudiera interpretar como una duda, como una falta de confianza en el genio y la voluntad de su bien amado. Cuando su hija murió, consagróse por completo á cuidar del que había sobrevivido á la desastrosa batalla, vivió con él, prodigóle las más solícitas atenciones, le vigiló y defendió contra la vida y contra sí mismo. Seguramente, concluye Willis con noble imparcialidad, si la abnegación de la mujer, nacida con un primer amor y conservada por la pasión humana, glorifica su objeto, ¿qué no se dirá en favor de aquel que inspiró semejante sentimiento, tan puro, desinteresado y santo? Los detractores de Poe hubieran debido observar, en efecto, que hay seducciones tan poderosas que sólo pueden ser virtudes.

Ya se comprenderá cuán terrible fué la noticia para la desgraciada mujer, que al punto escribió á Willis una carta concebida en los siguientes términos:

«He sabido esta mañana la muerte de mi bien amado Eddie... ¿Puede usted enviarme algunos detalles sobre el hecho?... ¡Oh! no abandone á su pobre amiga en esta amarga aflicción... Diga usted á M... que venga á verme, pues debo comunicarle alguna cosa de parte de mi pobre esposo... No necesito rogar á usted que anuncie su muerte y hable bien de él, pues ya sé que lo hará; *pero diga que era el hijo más ca-*

riñoso para mí, para su pobre madre desconsolada...»

Aquella mujer me parece muy superior y más que antigua: en el momento de sufrir una pérdida irreparable, sólo piensa en la reputación de aquel que lo era todo para ella, y no le basta que se diga que era un genio; es preciso que se sepa que cumplía con sus deberes y era cariñoso. Evidentemente, aquella madre, antorcha y hogar iluminado por el rayo de luz más esplendoroso del cielo, ha debido servir de ejemplo á nuestras razas demasiado indiferentes á la abnegación y al heroísmo, y á todo cuanto es más que un deber. ¿No era justo inscribir en las obras del poeta el nombre de aquella que fué el sol moral de su vida? Ensalzará en su gloria el nombre de la mujer cuya ternura sabía cicatrizar sus llagas, y cuya imagen fluctuará incesantemente sobre el martirologio de la literatura.

III

La vida de Poe, sus costumbres, sus modales, su ser físico, todo cuanto constituye el conjunto de su persona, se nos presenta con cierto aspecto tenebroso y brillante á la vez. Era un hombre singular, seductor, y así como sus obras, distinguíase por un indefinible sello de melancolía. Por lo demás, estaba muy bien dotado bajo todos conceptos: cuando joven, manifestó una rara aptitud para todos los ejercicios físicos, y aunque pequeño, con pies y manos de mujer, y en toda su persona cierto carácter de delicadeza femenina, era más que robusto, con una fuerza maravillosa. En su juventud ganó como nadador una apuesta que traspasaba los límites ordinarios de lo posible. Diríase que la Naturaleza comunica á todos aquellos á quienes

destina para grandes cosas un temperamento enérgico, así como favorece con poderosa vitalidad á los árboles que deben simbolizar el duelo y el dolor. Esos hombres, á pesar de su aspecto á veces raquítrico, son verdaderos atletas, tan buenos para la orgía como para el trabajo, rápidos en los excesos y capaces de una admirable sobriedad.

Todos convienen unánimemente en algunos puntos relativos á Edgardo Poe, como por ejemplo su distinción natural, su elocuencia y su belleza, de la cual se envanecía un poco, según dicen. Sus modales, mezcla singular de altivez y de exquisita dulzura, eran resueltos; fisonomía, modo de andar, movimientos de cabeza, todo era en él especial, sobre todo en sus buenos días, como debía esperarse de un sér elegido; notábase en su persona cierto aire majestuoso, y en realidad era el favorecido de la naturaleza, como ciertas figuras de transeúntes que llaman la atención del observador y preocupan después su memoria. El mismo Griswold, tan pedante y brusco, confiesa que cuando visitó á Poe y le halló enfermo y pálido aún, no pudo menos de admirar la distinción de sus modales, su fisonomía aristocrática y la perfumada atmósfera de su habitación, por lo demás bastante modesta. Griswold ignora que los poetas poseen más que todos los demás hombres ese maravilloso privilegio atribuído á la mujer española y á la francesa, que consiste en saber adornarse con nada, y que Poe, enamorado de lo bello en todas las cosas, había hallado sin duda el medio de transformar una choza en un palacio de nueva especie. ¿No escribió con el talento más original y curioso proyectos sobre mobiliario, planes para organizar casas de campo, arreglar jardines y reformar paisajes?

Existe una carta encantadora de M.^{me} Frances Sgood, una de las amigas de Poe, que nos da los más curiosos detalles sobre sus costumbres, su perso-

na y su vida doméstica. Aquella señora, literata distinguida á su vez, niega valerosamente todos los vicios y las faltas atribuídas al poeta. «Con los hombres, escribía á Griswold, tal vez sea como usted le pinta, y tratándose de ellos, acaso no le falte razón; pero yo aseguro que con el bello sexo es muy diferente, y que jamás mujer alguna pudo menos de experimentar interés por el poeta. A mí me pareció siempre un modelo de elegancia, de distinción y de generosidad...

»La primera vez que nos vimos fué en *Astor-House*: Willis me había entregado en la mesa *El Cuervo*, porque el autor, según me dijo, deseaba saber mi opinión. La música misteriosa y sobrenatural de aquel poema extraño me penetró tan íntimamente, que cuando supe que Poe deseaba ser presentado en mi casa, experimenté un sentimiento singular semejante al espanto. Al verle llamé la atención su hermosa y altiva cabeza, su ojos sombríos de penetrante mirada, llenos de expresión, sus finos modales, que eran una mezcla indefinible de orgullo y dulzura: saludóme, sereno y grave hasta la frialdad; mas bajo ésta traslucíase tan marcada simpatía, que no pude menos de quedar profundamente impresionada. A partir de aquel momento hasta su muerte, fuimos amigos... y sé que en sus últimas palabras hubo un recuerdo para mí. Antes de que su razón cayera de su trono soberano, dióme una prueba de su leal amistad.

»En su interior, sobre todo, á la vez sencillo y poético, se me revelaba el carácter de Edgardo. Poe bajo su más hermosa luz. Locuaz, afectuoso, espiritual, tan pronto dócil como maligno, cual niño mimado, siempre tenía para su joven y adorada esposa, así como para cuantos iban á interrumpirle en medio de sus mas arduas tareas literarias, una palabra amable, una sonrisa benévola y corteses atenciones. Pasaba interminables horas ante su pupitre, bajo el retrato de su

Leonor, la amada y la muerta, siempre asiduo, siempre resignado, escribiendo con su admirable letra las brillantes fantasías que cruzaban por su asombroso cerebro. Recuerdo haberle visto una mañana más contento y alegre que de costumbre: Virginia, su dulce esposa, me había rogado que fuera á verlos, y no pude resistir á su demanda... Halléle trabajando en la serie de artículos que publicó con el título de *The Literati of New-York*. (Los Literatos de Nueva-York).—Vea usted, me dijo con aire triunfante, desarrollando varios papeles (escribía en fajas estrechas sin duda para arreglar su escrito al *ajuste* de los diarios), voy á enseñarle por la diferencia de longitudes los diversos grados de aprecio que me han merecido vuestros literatos. En cada cual de estos papeles uno de vosotros queda analizado y debidamente discutido.—¡Ven aquí, Virginia, y ayúdame!—Extendieron todos los rollos uno por uno, y observé que el último parecía interminable, pues Virginia, sin poder contener la risa, retrocedió hasta un ángulo de la habitación con una extremidad de la faja en las manos, mientras que su esposo llegaba al lado opuesto con la otra.—¿Y quién es el bienaventurado, pregunté yo, á quien ha juzgado usted digno de esa inconmensurable bondad?—¿No lo adivina usted?—exclamó, queriendo indicar con cierta inocente vanidad que se refería á mí.

»Cuando me ví precisada á viajar por cuestión de salud, sostuve una continuada correspondencia con Poe, obedeciendo en esto á las vivas instancias de su esposa, la cual pensaba que yo ejercía sobre el poeta una influencia y un ascendiente saludables... En cuanto al amor y á la confianza que existían entre Poe y su mujer, y que eran para mí un espectáculo delicioso, nunca podría ensalzarlos con bastante calor. Omíto aquí algunos pequeños episodios poéticos, á los cuales dió origen su carácter romántico; pero creo que Vir-

ginia era la única mujer á quien Poe amó verdaderamente...»

En las «Noticias de Poe» no se trasluce nunca amor, ó por lo menos *Ligeia* y *Eleonora* no son historias amorosas propiamente dichas, pues la idea predominante en la obra es muy diferente; tal vez creía que la prosa no es una lengua á la altura de ese extraño y casi in traducible sentimiento, pues en sus poesías, en cambio, éste rebosa por todas partes. La divina pasión aparece magnífica, siempre velada en una melancolía irremediable. En sus artículos habla á veces de amor, pero como una cosa cuyo nombre solo hace estremecer la pluma. En el *Dominio de Arnheim* afirmará que las cuatro condiciones elementales de la felicidad son: la vida al aire libre, *el amor de una mujer*, la falta de toda ambición, y la creación de lo *bello*, de un nuevo género.—Lo que corrobora la idea de M.^m Osgood relativamente al respeto caballeresco con que Poe trataba á las mujeres, es que, á pesar de su prodigioso talento para todo lo grotesco y horrible, no hay en toda su obra un solo pasaje que se refiera á la lubricidad, ni aun á los goces sensuales. Sus retratos de mujer tienen, por decirlo así, una aureola; brillan en medio de un vapor sobrenatural y están pintados con el estilo enfático de un adorador.—En cuanto á los *pequeños episodios románticos*, ¿se ha de extrañar que un hombre tan nervioso, cuyo amor á lo bello era quizás el rasgo dominante, cultivara algunas veces con apasionado ardimiento la galantería, esa flor volcánica y almizclada cuyo terreno predilecto es el cerebro entusiasta de los poetas?

De su belleza personal, de la cual hablan varios biógrafos, creo que el espíritu puede formar una idea aproximada apelando á todas las nociones vagas, aunque características, contenidas en la palabra *romántico*, palabra que sirve generalmente para indicar los géne-

ros de belleza que consisten sobre todo en la expresión. Poe tenía la frente alta y dominadora, con ciertas protuberancias que revelaban las facultades superabundantes que debían representar, y en ella predominaba, con una expresión de serena altivez, el sentido de lo ideal, el sentido estético por excelencia. Sin embargo, á pesar de estos dones y hasta á causa de tan exorbitantes privilegios, aquella cabeza, vista de perfil, no presentaba tal vez un aspecto agradable. Como en todas las cosas excesivas por un sentido, podría resultar un déficit de la abundancia, una pobreza de la usurpación. Los ojos, grandes y sombríos, estaban llenos de luz, aunque tenían un color vago y tenebroso; la nariz era bien formada; la boca, muy fina, entreabríase á veces por una triste sonrisa; tenía el color moreno claro y el rostro pálido generalmente, con la expresión algo distraída por efecto de una melancolía habitual.

La conversación de Poe, muy notable, era esencialmente instructiva, aunque no se le pudiera considerar como lo que se llama un buen orador; su palabra y su pluma huían siempre de lo convencional; mas por su vasto saber, su poderosa lingüística, sus profundos estudios y las impresiones recogidas en varios países, la palabra de Poe era una enseñanza. Su elocuencia esencialmente poética, pero moviéndose fuera de todo método conocido; la creación de numerosas imágenes sacadas de un mundo poco frecuentado por la generalidad de las inteligencias; un arte prodigioso para deducir de una proposición evidente, y del todo aceptable, puntos de vista enteramente nuevos, abriendo asombrosas perspectivas; y en una palabra, el arte de seducir, de hacer pensar y soñar, arrancando á las almas del círculo vicioso de la rutina; tales eran las deslumbradores facultades de Poe, cuyo recuerdo conservan muchas personas aún. Pero sucedía algunas

veces, ó por lo menos así lo dicen, que el poeta tenía un capricho desagradable, cual era el de complacerse en hacer pensar bruscamente á sus amigos en la tierra, por efecto de un deplorable cinismo que demolía brutalmente su obra espiritual. Debe advertirse, por otra parte, que Poe no se miraba mucho en la elección de sus oyentes, y creo que el lector hallará sin trabajo en la historia otras inteligencias grandes y originales, para las que toda compañía era buena. Ciertos espíritus, solitarios en medio de la multitud, y que se complacen con el monólogo, nada tienen que hacer con la delicadeza en materia del público: es en suma una especie de fraternidad basada en el desprecio.

Es preciso hablar ahora de esa embriaguez del poeta, celebrada y censurada con tanta insistencia, que se podría llegar á creer que todos los escritores de los Estados-Unidos, excepto Poe, eran ángeles de sobriedad. Varias versiones son plausibles y ninguna excluye á las otras; pero ante todo debo observar que Willis y M.^{me} Osgood, afirman que una pequeña cantidad de vino ó de licor bastaba para perturbar completamente la organización del poeta. Por otra parte, fácil es suponer que un hombre tan realmente solitario, tan infeliz, y que con frecuencia pudo considerar todo el sistema social como una paradoja y una impostura; un hombre que, acosado por una suerte despiadada, repetía á menudo que la sociedad no era sino una turba de miserables (Griswold es quien apunta esto, escandalizado como hombre que puede pensar la misma cosa, pero que no la dirá jamás), fácil es suponer, repito, que aquel poeta, lanzado desde niño en los azares de la vida libre, con el cerebro ocupado por un trabajo fatigoso y continuo, buscara á veces el olvido en el fondo de una botella. Rencores literarios, vértigos de lo infinito, pesares domésticos, insultos de la miseria; de todo esto, Poe huía, refugiándose en el fondo negro

de la embriaguez como en una tumba preparatoria; pero por buena que parezca esta explicación, no me parece bastante completa, y desconfío de ella á causa de su deplorable sencillez.

He sabido que no bebía para saborear, sino como bárbaro, con una actividad y una economía de tiempo del todo americanas, como quien ejecuta un acto homicida, como si hubiera en él *algo* que matar, *una lombriz que no queria morir*. Refiérese que un día, en el momento en que iba á casarse por segunda vez (ya estaban publicadas las amonestaciones), y como se le felicitase por su unión, que le deparaba las mejores condiciones de felicidad y bienestar, contestó: «—Posible es que hayáis visto anunciado el matrimonio, pero escuchadme bien: no me casaré.» Dirigióse completamente ebrio á la casa de aquella que debía ser su esposa y escandalizó la vecindad, apelando así á su vicio para librarse de un perjurio con la pobre muerta, cuya imagen vivía siempre en él, y á la que había cantado admirablemente en su *Annabel Lee*. Considero, pues, que en gran número de casos la embriaguez era cosa premeditada.

Por otra parte, en un largo artículo del *Mensajero literario del Sur*, esa misma revista cuya fortuna comenzó con Poe, leo que jamás la pureza y finura de estilo del poeta, jamás la claridad del pensamiento, ni su ardimiento en el trabajo, se alteraron un instante por aquella terrible costumbre; que la confección de la mayor parte de sus excelentes escritos precedió ó siguió á una de sus crisis; que después de la publicación de *Eveka* se entregó deplorablemente á su inclinación; y que en Nueva York, la misma mañana en que el *Cuervo* salía á luz, y cuando el nombre del poeta circulaba de boca en boca, Poe cruzaba por Broadway tambaleándose y dando traspieses por efecto de su embriaguez. Obsérvese que las palabras *precedido* ó

seguido implican que aquella podía servir de excitante tanto como de reposo.

Ahora bien: es incontestable que, semejantes á esas impresiones fugitivas que chocan tanto más al repetirse cuanto más fugaces son, que siguen á veces a un síntoma exterior, una especie de aviso como el sonido de una campana, una nota musical ó un perfume olvidado; y que á su vez van seguidas de un acontecimiento semejante á otro ya conocido, que ocupaba el mismo lugar en una cadena anteriormente revelada —análogas á esos singulares sueños periódicos que á veces nos visitan durante el reposo,— es incontestable, decimos, que en la embriaguez existen no sólo encadenamientos de sueños, sino series de razonamientos que necesitan, para reproducirse, el centro que les dió origen. Si el lector me ha seguido sin cansarse, habrá adivinado ya mi conclusión: creo que en muchos casos, aunque seguramente no en todos, la embriaguez de Poe era un método de trabajo, método enérgico y mortal, pero apropiado á su naturaleza apasionada. El poeta había aprendido á beber, así como un literato cuidadoso se ejercita en formar cuadernos de notas; no podía resistir el deseo de volver á encontrar las visiones maravillosas ó terribles, las sutiles concepciones que hallara en una borrasca anterior; eran antiguos conocidos que atraían imperiosamente, y para reunirse con ellos tomaba el camino más peligroso, aunque el más directo. Una parte de lo que hoy constituye nuestro goce es lo que á él le mató.

IV

Poco tengo que decir de las obras de ese genio singular; el público manifestará su opinión. Para mí sería

difícil tal vez, aunque no imposible, desenredar su método, explicar su procedimiento, sobre todo en la parte de sus obras cuyo principal efecto consiste en un análisis bien dirigido. Podría iniciar al lector en los misterios de su fabricación, extenderme mucho sobre ese genio americano que se regocija cuando vence una dificultad ó se explica un enigma, que le impulsa á extasiarse con voluptuosidad infantil y casi perversa en el mundo de las probabilidades y conjeturas, fraguando cuentos á los cuales ha dado cierto carácter verosímil con la mayor sutileza. Nadie negará que Poe era por tal concepto un juglar maravilloso; pero sé que apreciaba sobre todo otra parte de sus obras. Réstame hacer algunas observaciones importantes, aunque sean breves.

No son estos milagros materiales, por más que á ellos debiese el poeta su nombradía, los que conquistarán para sus obras la admiración de los pensadores, sino su amor á lo bello, su conocimiento de las condiciones armónicas de la belleza, su poesía profunda y plañidera, aunque transparente y correcta como una joya de cristal, su admirable estilo, puro y extraño, compacto como las mallas de una armadura, complaciente y minucioso, cuya más ligera intención sirve para impulsar suavemente á los lectores hacia un objeto apetecido; y en una palabra, su genio especial, aquel temperamento único que le permitió pintar y explicar de una manera impecable, conmovedora y terrible, la *excepción en el orden moral*. Diderot, tomando un ejemplo entre ciento, es un autor sanguíneo; Poe es el escritor de los nervios, y hasta de alguna cosa más,—y el mejor que yo conozco.

En Poe, toda entrada en materia atrae sin violencia, como un torbellino; su solemnidad sorprende, manteniendo el espíritu despierto; preséntese desde luego que se trata de alguna cosa grave; y lentamente, poco

á poco, desarróllase una historia cuyo interés se funda en una imperceptible desviación del espíritu, en una hipótesis audaz, en una extralimitación imprudente de la Naturaleza en la amalgama de las facultades. El lector, presa del vértigo, debe seguir al poeta en sus arrebatadoras deducciones.

Lo repito, ningún hombre ha explicado con tanta magia las *excepciones* de la vida humana y de la naturaleza; los ardimientos de curiosidad de la convalecencia; el fin de las estaciones con sus esplendores enervantes; el tiempo cálido, húmedo y brumoso, en el cual el viento del sur ablanda y distiende los nervios como las cuerdas de un instrumento, en que los ojos se llenan de lágrimas que no provienen del corazón; las alucinaciones, dejando al pronto un lugar á la duda, parecen muy pronto una realidad; lo absurdo se apodera de la inteligencia y gobiérnala con espantosa lógica; la histeria usurpa su puesto á la voluntad; prodúcese la contradicción entre los nervios y el espíritu, y el hombre se desconcierta hasta el punto de expresar el dolor con la risa. El poeta analiza lo que hay más fugitivo, pesa lo imponderable, y describe de esa manera minuciosa y científica cuyos efectos son terribles, todo lo imaginario que flota al rededor del hombre nervioso y le conduce al mal.

El ardimiento mismo con que se lanza en lo grotesco por amor á lo grotesco, y en lo horrible por amor á lo horrible, me sirve para reconocer la sinceridad de su obra y el acuerdo del hombre con el poeta. He dicho ya que en varios individuos era á menudo resultado de una gran energía vital inactiva, algunas veces de una pureza tenaz, y también de una profunda sensibilidad rechazada. La voluptuosidad sobrenatural que el hombre puede experimentar al ver correr su propia sangre; los movimientos repentinos, violentos é inútiles; los gritos proferidos sin que el espíritu se

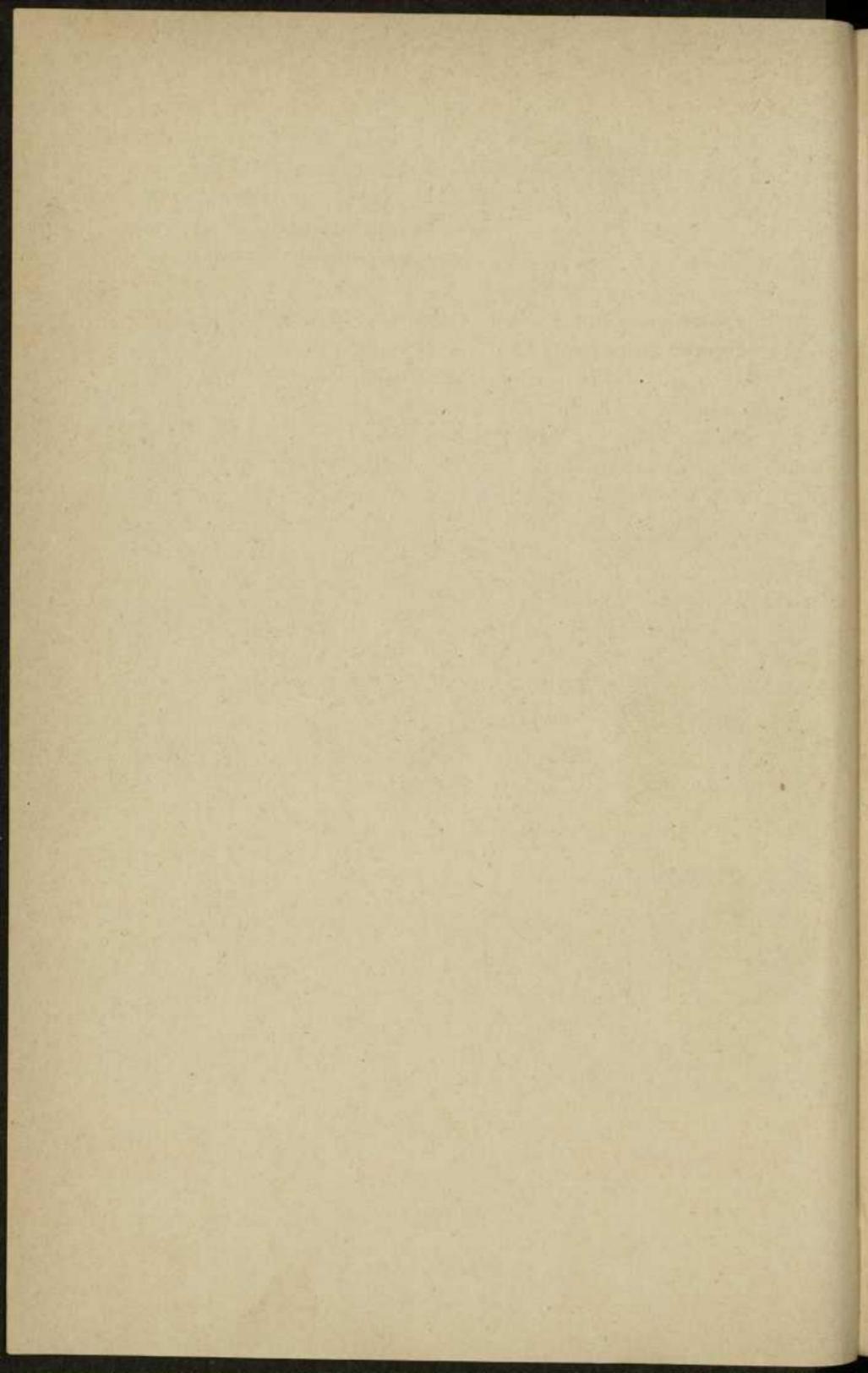
lo ordene al órgano que los emite, son fenómenos que deben clasificarse en el mismo orden.

En el seno de esta literatura, donde el aire está rarificado, el espíritu puede experimentar esa vaga angustia, ese temor que llama las lágrimas á los ojos, y ese malestar de corazón que se producen en las inmensas regiones; pero la admiración es más fuerte, y además ¡hay tanta grandeza en el arte! El fondo y los accesorios convienen con los sentimientos de los personajes: soledad de la naturaleza ó agitación de las ciudades, todo está descrito nerviosa y fantásticamente. Así como á Eugenio Delacroix, que elevó su arte á la altura de la gran poesía, á Edgardo Poe le agradaba agitar sus personajes sobre fondos violáceos y verdosos, donde se revelan la fosforescencia de la podredumbre y las emanaciones de la tempestad. La Naturaleza, que se llama inanimada, participa de la de los seres vivientes, y así como ellos, estremécese por una sacudida sobrenatural y galvánica. El espacio se ha profundizado por el opio; el opio comunica un sentido mágico á todos los tintes, y hace vibrar todos los ruidos con más significativa sonoridad. Á veces descubrense de improviso en los paisajes del poeta magníficas perspectivas, ricas en luz y color, y entonces se ven aparecer en el fondo de sus horizontes ciudades orientales, arquitecturas, vaporizadas por la distancia y que el sol ilumina con una lluvia de oro.

Los personajes de Poe, ó más bien su personalidad, el hombre de facultades excepcionales, el hombre nervioso por excelencia, el hombre cuya ardiente voluntad lanza un reto á las dificultades, aquel cuya mirada se tiende con la rigidez del acero sobre cosas que se engrandecen á medida que las contempla, no es otro sino Poe.—Y sus mujeres, todas luminosas y enfermas, que mueren de males extraños, y hablan con una voz cuyo acento se asemeja á la música, son también

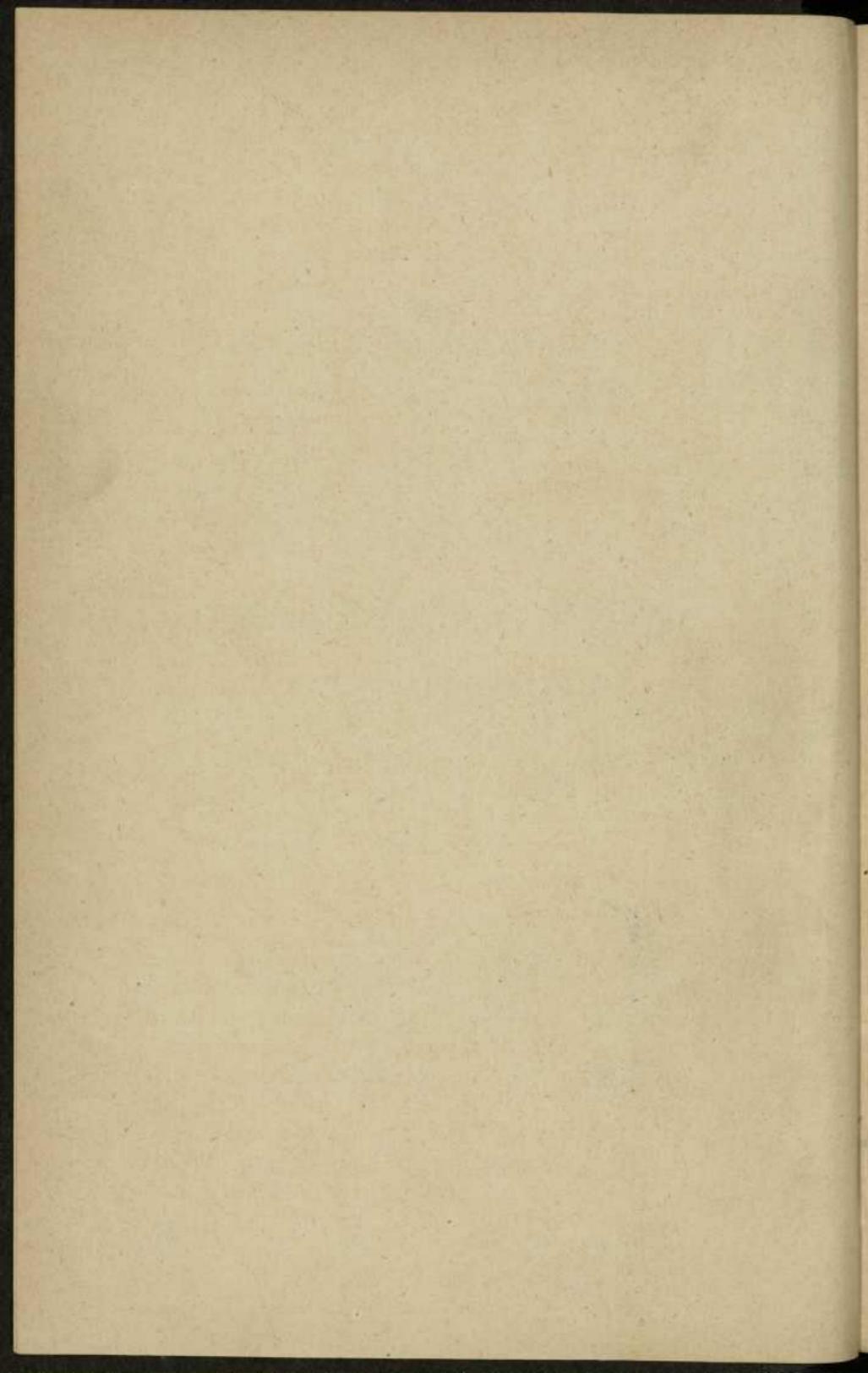
la representación de Poe, ó por lo menos, dadas sus singulares aspiraciones, su saber y su irremediable melancolía, participan mucho de la naturaleza de su creador. En cuanto á su mujer ideal, su *Titánida*, révelase en diferentes retratos esparcidos en sus poesías, harto escasas por cierto; retratos, ó más bien maneras de sentir la belleza, que el temperamento del autor relaciona y confunde en una unidad vaga, aunque sensible, donde se revela, más delicadamente tal vez que en otra parte, ese amor insaciable á lo bello, que es su gran título, es decir, el resumen de sus títulos al cariño y al respeto de los poetas.

CARLOS BAUDELAIRE.



DOBLE ASESINATO

EN LA CALLE DE MORGUE





DOBLE ASESINATO EN LA CALLE DE MORGUE

¿Qué canción entonaban las sirenas?
¿Qué nombre tomó Aquiles cuando se
ocultó entre las mujeres? Cierto que son
preguntas embarazosas, pero no dejan
de prestarse á conjeturas.

SIR THOMAS BROWNE.

LAS facultades del espíritu que se definen con la palabra *analíticas* son en sí muy poco susceptibles de análisis, y no las apreciamos sino por sus resultados. Lo que sabemos, entre otras cosas, es que son origen de los más vivos goces para aquel que las posee en grado extraordinario. Así como el hombre fuerte se regocija de su aptitud física, complaciéndose en los ejercicios que hacen funcionar los músculos, del mismo modo el analista cifra su gloria en esa activi-

dad espiritual que le permite aclarar lo misterioso. Recréanle hasta las más triviales ocasiones de poner su talento en juego; enloquece por los enigmas y geroglíficos, y para buscar las soluciones manifiesta una fuerza de perspicacia que á los ojos del vulgo adquiere un carácter sobrenatural. Los resultados hábilmente deducidos por el alma misma y la esencia de su método, parecen realmente una intuición.

Esa facultad de *resolver* se vigoriza tal vez por el estudio de las matemáticas, y en particular del más alto ramo de esta ciencia, que muy impropia y simplemente, á causa de sus operaciones retrógradas, se ha llamado análisis, como si lo fuera por excelencia. En rigor, todo calculo no es en sí un análisis; un jugador de ajedrez, por ejemplo, hace muy bien el uno sin el otro; y de aquí se sigue que ese juego es muy mal apreciado en sus efectos sobre la naturaleza espiritual. No voy á escribir aquí un tratado de análisis; me limito á encabezar la narración de un suceso bastante singular con algunas observaciones apuntadas aquí de paso, y que servirán de prólogo.

Aprovecho, pues, esta oportunidad para declarar que la fuerza de reflexión se explota más activa y provechosamente por el modesto juego de las damas que por toda la laboriosa futilidad del ajedrez. En este último juego, en el cual las piezas tienen distintos y singulares movimientos, representando diversos valores, la complicación se toma por profundidad, error bastante común, y la atención se fija poderosamente; si se distrae un momento, se comete un error, y de aquí resulta una pérdida ó una derrota. Como los movimientos posibles son, no solamente variados, sino desiguales en *fuerza*, las probabilidades de semejantes errores se multiplican, y de cada diez casos, el jugador más atento gana en nueve, no el más hábil. En las damas, por el contrario, siendo el movimiento simple

en su especie, con pocas variaciones, las probabilidades de inadvertencia disminuyen mucho, y no estando la atención completamente acaparada, las ventajas que cada uno de los jugadores consigue, sólo se obtienen por una perspicacia superior.

Dejando aquí estas abstracciones, supongamos un juego de damas en que la totalidad de las piezas esté reducida á cuatro, no habiendo naturalmente motivo para incurrir en aturdimientos. Es evidente que aquí la victoria no se podrá alcanzar, siendo las dos partes de todo punto iguales, sino por una táctica hábil, resultado de algún poderoso esfuerzo de la inteligencia. Privado de los recursos comunes, el analista penetra en el espíritu de su adversario, identificase con él, y á menudo descubre de una sola ojeada el único medio—medio absurdo algunas veces por lo sencillo—de hacerle cometer una falta ó inducirle á un falso cálculo.

Largo tiempo se ha citado el *whist* por su acción en la facultad de calcular; y se han conocido hombres de superior inteligencia que parecían deleitarse de una manera incomprensible en ese juego de naipes, despreciando el ajedrez como un pasatiempo frívolo. En efecto, no hay juego alguno análogo en que se haya de ejercitar tanto la facultad de análisis; el mejor jugador de ajedrez de la cristiandad apenas puede ser más que el mejor jugador de ajedrez; pero en el *whist*, la *fuerza* implica la facultad de obtener buen éxito en todas las especulaciones de importancia muy superior en que el espíritu lucha con el espíritu.

Al decir *fuerza*, tratándose de juego, entiendo esa perfección en el mismo que supone el conocimiento de todos los casos en que se puede sacar provecho legítimamente. No sólo son diversos sino complicados, y á menudo se ocultan en profundidades del pensamiento de todo punto inaccesibles á una inteligencia ordinaria.

Observar con atención equivale á recordar distintamente, y bajo este punto de vista, el jugador de ajedrez, capaz de concentrar aquella mucho, será una notabilidad en el whist, puesto que las reglas de Hoyle, basadas en el simple mecanismo del juego, son en general fácilmente inteligibles.

He aquí por qué el tener una memoria fácil y proceder según las reglas del libro son puntos que constituyen para el vulgo el *summum* del buen jugador; pero en los casos que se hallan fuera de la regla es en los que se manifiesta el talento del analista, el cual hace en silencio muchas observaciones y deducciones. Sus contrincantes le imitan acaso, y la diferencia de valor en los datos así adquiridos no existe tanto en la exactitud de la deducción como en la calidad de la observación: lo importante y principal es saber lo que se ha de observar. Nuestro jugador no se limita á su juego, y aunque este último sea el primer objeto de su atención, no prescinde por eso de las deducciones que nacen de objetos extraños al mismo; examina la fisonomía de su compañero, compárala cuidadosamente con la de cada uno de sus competidores y observa su manera de distribuir las cartas; gracias á las miradas que no saben reprimir los que están satisfechos, cuenta á veces los tantos que pueden ganar; se fija en cada movimiento del semblante á medida que el juego adelanta; y recoge así un capital de pensamientos en las variadas expresiones de seguridad, de sorpresa, de triunfo ó de mal humor. Por la manera de recoger una puesta, adivina si la misma persona podrá repetir la operación después; y reconoce lo que se ha jugado en falso por el aire con que se arroja el naípe sobre la mesa. Una palabra accidental ó involuntaria, una carta que se cae ó se vuelve por casualidad, que se recoge ansiosamente ó con indiferencia; el modo de contar las puestas y de alinearlas; la incertidumbre,

la vacilación, la vivacidad, la violencia, todo es para el observador síntoma diagnóstico; todo revela a su percepción, intuitiva al parecer, el verdadero estado de cosas; de modo que a las dos ó tres veces de darse las cartas conoce a fondo el juego que se halla en cada mano, y puede hacer el suyo con perfecto conocimiento de causa, como si todos sus contrincantes le enseñaran los naipes.

La facultad de analizar no se debe confundir con el simple ingenio, pues mientras que el analista es necesariamente ingenioso, sucede a menudo que el hombre dotado de esta última cualidad no es capaz de analizar. La facultad de combinar, ó *constructividad*, por la cual se manifiesta en general ese ingenio, y a la que los frenólogos señalan un órgano aparte, equivocadamente en mi concepto—suponiendo que sea una facultad primordial,—se ha revelado en seres cuya inteligencia rayaba en el idiotismo, y con la suficiente frecuencia para llamar la atención general de los escritores psicólogos. Entre el ingenio y la aptitud analítica hay una diferencia mucho mayor que entre la imaginativa y la imaginación, pero de un carácter rigurosamente análogo. En una palabra, se verá que el hombre ingenioso está siempre lleno de imaginativa, y que el hombre de verdadera imaginación no es nunca más que un analista.

La siguiente narración será para el lector un comentario luminoso de las proposiciones que acabo de sentar.

Había residido yo en París durante la primavera y una parte del verano de 18..., y allí trabé conocimiento con un tal C. Augusto Dupin. Este caballero, joven aún, pertenecía a una excelente é ilustre familia; mas por una serie de enojosas circunstancias, vióse reducido a tal pobreza, que perdiendo hasta la energía de su carácter, dejó de alternar con la sociedad y de ocuparse

en el restablecimiento de su fortuna; gracias á la cortesía de sus acreedores, pudo conservar una pequeña parte de su patrimonio, y con la renta que le reportaba halló medio de subvenir á las necesidades de la existencia, merced á la más estricta economía, sin cuidarse ya de superfluidades. Los libros eran su único lujo, y en París se adquieren fácilmente.

Trabamos conocimiento en un oscuro gabinete de lectura de la calle de Montmartre, por el hecho fortuito de que ambos buscábamos una misma obra muy escasa y notable; esta coincidencia nos puso en relación, y desde entonces nos vimos cada vez con más frecuencia. A mí me había interesado mucho su historia de familia, la cual me refirió minuciosamente con ese candor, ese abandono y esa frivolidad que caracterizan á todo francés cuando habla de sus propios asuntos.

Me admiró en extremo lo mucho que había leído, y también me cautivaron el extraño ardimiento y la vigorosa lozanía de su imaginación. Como yo buscaba en París ciertos objetos que constituían mi único estudio, pensé que la sociedad de semejante hombre sería para mí un inapreciable tesoro, y por lo tanto busqué francamente su amistad. Al fin resolvimos vivir juntos mientras yo permaneciera en París, y como mi situación era un poco menos apurada que la suya, encarguéme de alquilar y amueblar, con un estilo apropiado á la melancolía fantástica de nuestros dos caracteres, una casita antigua y extraña que nadie quería habitar, á causa de ciertas supersticiones de que no hicimos aprecio; casi ruinosa, hallábase situada en la parte más remota y solitaria del arrabal San German.

Si la gente hubiera conocido la rutina de nuestra existencia en aquel lugar, seguramente nos habría tomado por locos, aunque tal vez locos inofensivos. Nuestro retiro era completo; no recibíamos visita alguna;

ignorábase dónde vivíamos, pues guardábamos el secreto; y como Dupin había dejado de tratarse con el mundo, vivíamos para nosotros dos.

Mi amigo tenía un carácter extravagante—no sé cómo definirlo de otro modo;—una de sus rarezas era amar la noche sólo por cariño á la noche, de la cual se mostraba apasionado; y hasta yo mismo caí tranquilamente en esa extravagancia, como en todas las demás que le eran propias, dejándome llevar con la mayor indiferencia por la corriente de todas sus excen-tricidades. La negra divinidad no podía estar siempre con nosotros, pero se buscó el medio de suplirla: al rayar la aurora cerrábamos bien todos los pesados postigos de nuestra vivienda y encendíamos dos bujias perfumadas, cuya luz era débil y pálida. Iluminados por aquella ligera claridad, cada cual se entregaba á sus reflexiones y después leíamos, escribíamos ó hablabamos hasta que el reloj nos anunciaba de nuevo la hora de la verdadera oscuridad. Entonces salíamos para recorrer las calles, cogidos del brazo y continuando la conversaci6n del día; andábamos á la casualidad hasta una hora muy avanzada, siempre en busca, á través de las luces desordenadas y de las tinieblas de la populosa ciudad, de esas innumerables excitaciones espirituales que el estudio pacífico no puede darnos.

En tales circunstancias, no podía menos de observar y admirar, aunque el rico idealismo de que mi compañero estaba dotado me lo había revelado ya, la aptitud analítica particular de Dupin. Parecía deleitarse en ejercitarla—ó acaso en estudiarla,—y confesaba sin rodeos el placer que esto le producía. Algunas veces decíame con una sonrisa, que muchos hombres tenían para él una ventana abierta en el lado del corazón, y solía acompañar su aserto con pruebas inmediatas de las más sorprendentes, hijas de un conocimiento profundo de mi propia persona.

En tales momentos, sus ademanes eran fríos y distraídos; sus ojos miraban el espacio, y su voz—hermosa voz de tenor—subía de punto, sin que esto pudiera considerarse por ningún concepto como petulancia. Al mirarle en tales ocasiones no podía menos de pensar en la antigua filosofía del *alma doble*, y hacíame gracia la idea de un Dupin doble, un Dupin creador y un Dupin analista.

No se crea, por lo que acabo de exponer, que voy á descubrir aquí un gran misterio ó escribir una novela: lo que yo he observado en ese singular francés era simplemente el efecto de una inteligencia sobreexcitada, tal vez enfermiza; pero un ejemplo dará mejor idea de la naturaleza de sus observaciones en la época de que se trata.

Cierta noche recorriamos una larga calle muy sucia, inmediata al Palacio Real; íbamos sumidos en nuestras reflexiones, por lo menos al parecer, y hacía ya cerca de un cuarto de hora que no nos dirigíamos una sola palabra, cuando Dupin me dijo de repente:

—A la verdad que ese muchacho es muy pequeño; mejor figuraría en el teatro de Variedades.

—Indudablemente—repliqué—sin pensar ni comprender al pronto, tan absorto iba, la singular manera con que mi compañero aplicaba sus palabras á mi reflexión de aquel momento. Un instante después me recobré y no fué poco mi asombro.

—Dupin—repuse gravemente—he ahí una cosa que mi inteligencia no alcanza; le confieso á usted sin rodeos que me deja estupefacto, y que apenas puedo dar crédito á mis sentidos. ¿Cómo es posible que haya usted adivinado que yo pensaba en...?

Me interrumpí para asegurarme de si había adivinado realmente lo que yo pensaba.

—¿En Chantilly?—añadió Dupin.—¿Por qué se interrumpe? Usted mismo se hacía la observación de

que por su escasa talla era impropio para la tragedia.

Era esto precisamente el asunto de mis reflexiones: yo pensaba que Chantilly, ex-zapatero de portal de la calle de San Dionisio, que soñaba en el teatro y había querido desempeñar el papel de Jerjes en la tragedia *Crebillon*, se ponía en ridículo por sus pretensiones irrisorias, excitando la hilaridad de cuantos le conocían.

—Dígame usted, amigo Dupin— exclamé yo — por qué método, si es que hay alguno, le es dado penetrar en mi pensamiento ahora.

Yo estaba en realidad más admirado de lo que parecía.

—El frutero—replicó mi amigo—es el que le ha conducido á usted á la conclusión de que el zapatero no era de talla para desempeñar el papel de Jerjes y todos los de este género.

—¡El frutero! Me asombra usted cada vez más, pues no conozco ninguno.

—Sí, el hombre que le empujó á usted cuando entramos en la calle, hace ya un cuarto de hora.

Entonces recordé, en efecto, que un hombre que llevaba un cesto de manzanas en la cabeza tropezó conmigo, y que por poco me hizo caer al pasar por la calle C..., en la arteria principal donde nos hallábamos entonces; pero ¿qué relación tenía esto con Chantilly? No podía explicármelo.

—Ahora lo comprenderá usted—me dijo Dupin, que evidentemente no hablaba así por charlatanería—y para que lo entienda claramente, volvamos á la serie de reflexiones que hacía usted desde el momento de que le hablo hasta el encuentro con el frutero. Los anillos principales de la cadena se siguen así: *Chantilly, Orion, el Dr. Nichols, Epicuro, la estereotomía, las piedras y el frutero.*

Pocas personas hay que no se hayan entretenido, en

un momento cualquiera de su vida, en remontar el curso de sus ideas, buscando por qué vías su espíritu llegó á ciertas conclusiones. Semejante ocupación ofrece á menudo mucho interés, y el que la practica por vez primera queda admirado de la incoherencia y de la distancia, enorme al parecer, que media entre el punto de partida y el de llegada.

Júzguese pues de mi asombro al oír á mi amigo decir aquellas palabras, puesto que debía confesar que eran la pura verdad.

—Hablabamos de caballos—continuó Dupin—y si la memoria no me engaña, un momento antes de salir de la calle C... Tal fué el último tema de nuestra conversación; y al penetrar en la vía donde ahora nos hallamos, un frutero que llevaba un cesto muy grande en la cabeza pasó precipitadamente por delante de nosotros y le hizo á usted caer en un montón de piedras colocadas en el sitio donde se reparaba la vía. Usted resbaló, dañándose ligeramente el tobillo; esto le enojó, y después de murmurar algunas palabras y de volverse para mirar el montón, prosiguió su marcha silenciosamente. Yo no fijaba la atención en lo que usted hacía, pero la costumbre de observar, inveterada ya, se ha convertido para mí en una especie de necesidad.

La mirada de usted quedó fija en el suelo, contemplando con una especie de irritación los hoyos y las zanjas del pavimento (por lo cual comprendí que pensaba usted siempre en las piedras), hasta que por fin llegamos al sitio llamado pasaje Lamartine (1), donde se acaba de hacer la prueba del pavimento de madera, sistema de tarugos sólidamente unidos. Enton-

(1) Por lo que se dice de la calle de Morgue, del pasaje Lamartine, etc., adviértese claramente que Edgardo Poe no estuvo nunca en París.

ces el semblante de usted pareció serenarse, víle mover los labios, y adiviné, con la seguridad de no engañarme, que murmuraban la palabra *estereotomía*, término aplicado con demasiadas pretensiones á esa especie de pavimento. Comprendí que no la pronunciaría usted sin que esta palabra le indujera á pensar en los átomos y después en las teorías de Epicuro; y como en nuestra última discusión sobre el particular, hace poco tiempo, le hice notar que las vagas conjeturas del ilustre griego se habían confirmado singularmente, sin que nadie se fijara en ello, gracias á las últimas teorías sobre las nebulosas y los recientes descubrimientos cosmogónicos, pensé que no podría usted menos de dirigir la vista hacia la gran nebulosa de Orión. Así lo hizo usted, y entonces estuve cierto de haber seguido exactamente el curso de sus reflexiones. Ahora bien; en el suelto en que se ridiculizaba á Chantilly, publicado ayer en el *Museo*, el escritor satírico, haciendo alusiones desagradables al cambio de nombre del zapatero, cuando calzó el coturno, citaba un verso latino del que hemos hablado con frecuencia y que dice así:

Perdidit antiquum littera prima sonum.

Yo le dije á usted que se refería á Orión, que se escribía primitivamente Urión; y á causa de cierta acrimonia en el debate, estaba seguro de que no le había olvidado usted. En su consecuencia, claro era que no dejaría usted de asociar las dos ideas de Orión y de Chantilly; y por la sonrisa que entreabrió sus labios comprendí que así era en efecto. Pensaba usted cómo se había sacrificado al zapatero, y hasta entonces le vi andar encorvado; pero de pronto se irguió, y no me cupo la menor duda de que pensaba en la pequeña figura de Chantilly. En aquel instante interrumpí sus reflexiones, para hacerle observar que

efectivamente el tal individuo era un aborto, y que podría figurar mucho mejor en el teatro de Variedades.

Poco tiempo después de haber tenido esta conversación, revisábamos la *Gaceta de los Tribunales* de la tarde, cuando nos llamaron la atención los siguientes párrafos:

«DOBLE ASESINATO DE LOS MÁS SINGULARES.—Esta madrugada, á eso de las tres, los habitantes del barrio de San Roque despertaron sobresaltados al oír espantosos gritos que parecían proceder del cuarto piso de una casa de la calle de Morgue, ocupada toda ella, como era notorio, por la señora Espanaye y su hija Camila. Después de algunas dilaciones ocasionadas por los infructuosos esfuerzos para conseguir que abrieran la puerta por dentro, fué preciso forzarla, y entonces penetraron ocho ó diez vecinos en el interior, acompañados de dos gendarmes.

»Sin embargo, los gritos habían cesado ya; pero en el momento en que todos llegaban en tropel al primer piso, oyéronse dos voces robustas, ó tal vez más, al parecer de dos personas que disputaban violentamente en el piso superior de la casa. Cuando se llegó al segundo tramo reinaba ya el mayor silencio y completa tranquilidad. Los vecinos se diseminaron por las habitaciones, y llegados á una de las más interiores del piso cuarto, cuya puerta se hubo de forzar también á causa de estar cerrada por dentro, halláronse ante un espectáculo que hizo enmudecer á todos de asombro y de terror.

»En aquella habitación reinaba el más extraño desorden; los muebles estaban rotos y diseminados en todos sentidos; las mantas y la colcha del lecho hallábanse en medio de la sala, y cerca de estos objetos una navaja de afeitar teñida en sangre; junto á la chimenea veíanse tres rizos de cabello gris, al parecer

arrancados con sus raíces, y en medio de la sala, en el suelo, cuatro napoleones, un pendiente adornado con un topacio, tres cucharas grandes de plata, tres más pequeñas de metal blanco, y dos sacos que contenían unos cuatro mil francos en oro. En un ángulo, los cajones de una cómoda estaban abiertos, como para robar, si bien se veían varios objetos intactos. Debajo de la ropa de la cama se halló un cofrecillo de hierro abierto, con la llave en la cerradura; pero sólo contenía algunas cartas y otros papeles insignificantes.

»No se halló por el pronto vestigio alguno de la señora Espanaye, pero llamó la atención una extraordinaria cantidad de hollín en el suelo de la chimenea; procedióse á examinar su interior, y, ¡espectáculo horrible! vióse el cuerpo de la señorita Espanaye, que estaba cabeza abajo y había sido empujado, al parecer á viva fuerza, por la estrecha abertura, á bastante elevación. El cadáver conservaba calor aún: al examinarle, viéronse numerosas excoriaciones, ocasionadas sin duda por la violencia con que se introdujo allí y la que fué preciso emplear para sacarlo; en el rostro tenía algunos arañazos profundos, y en la garganta manchas negras con señales de uñas, como si la muerte se hubiera ocasionado por estrangulación.

»Después de un minucioso examen de todas las habitaciones de la casa, que no dió ningún otro resultado, los vecinos bajaron á un patio pequeño: allí yacía el cadáver de la anciana señora de Espanaye, con el cuello tan bien cortado, que cuando se trató de levantar el cuerpo, la cabeza se desprendió del tronco; así ésta, como aquél, estaban horriblemente mutilados, hasta el punto de no conservar apenas apariencia humana.

»Todo aquel drama sigue siendo un misterio horrible, y hasta ahora no se ha descubierto aún, al menos que sepamos, el menor hilo conductor.»

En el número siguiente agregábanse estos otros detalles:

«EL DRAMA DE LA CALLE MORGUE.—Se ha interrogado á muchas personas relativamente á ese terrible y extraordinario acontecimiento, pero no ha traspirado nada que pueda arrojar alguna luz sobre el asunto. Reproducimos aquí las declaraciones obtenidas.

»Paulina Dubourg, lavandera: declara que ha conocido á las dos víctimas hace tres años, y que lavó para ellas en todo este tiempo. Madre é hija parecían vivir en buena inteligencia, y tratábanse con mucho cariño. Pagaban bien. Nada podía decir respecto á su género de vida y á sus medios de subsistencia: pero cree que la señora de Espanaye decía la buenaventura para vivir, y asegurábase que esta señora tenía dinero ahorrado. Jamás vió á nadie en la casa cuando iba á buscar la ropa ó á llevarla, y está segura de que aquellas señoras no tenían criado alguno á su servicio. Parecíale que no había muebles en ninguna parte de la casa más que en el piso cuarto.

»Pedro Moréau, estanquero: declara que solía vender á la señora de Espanaye pequeñas cantidades de tabaco, y á veces rapé. Ha nacido en el barrio y habitado siempre en él. La difunta y su hija ocupaban hacía más de seis años la casa donde se hallaron sus cadáveres, y primitivamente vivía en ella un platero que realquilaba las habitaciones superiores á diversas personas. La casa pertenecía á la señora Espanaye, que muy descontenta de su inquilino porque no la cuidaba bien, resolvió ocuparla y no alquilar ya ninguna parte de ella. La buena señora chocheaba ya. El testigo no ha visto á la joven más que cinco ó seis veces en el intervalo de seis años. Madre é hija vivían sumamente retiradas, y pasaban por tener dinero. Ha oído asegurar á los vecinos que la señora de Espanaye decía la buenaventura; pero no lo cree. Jamás vió á

persona alguna franquear la puerta de la casa, excepto un mozo de cordel dos ó tres veces, y un médico ocho ó diez.

»Otras varias personas de la vecindad declaran en el mismo sentido; no se sabe que nadie haya frecuentado la casa, ni tampoco si la madre y su hija tenían parientes. Rara vez se abrían los postigos de las ventanas de la fachada principal; las de la parte posterior permanecían siempre cerradas, excepto la de la habitación grande del cuarto piso. La casa, bastante buena, no era muy vieja.

»Isidoro Muset, gendarme: declara que se le ha llamado á eso de las tres de la madrugada, y que encontró ante la puerta principal veinte ó treinta personas que trataban de penetrar en la casa. Forzó la puerta con su bayoneta, sin mucho trabajo, porque tenía dos hojas y no estaba enmohecida. Los gritos continuaron hasta que se hundió la puerta, y después cesaron repentinamente; hubiérase dicho que eran de una ó dos personas aquejadas de agudos dolores; eran muy penetrantes y prolongados, y no breves. El testigo franqueó la escalera, y al llegar al primer piso oyó dos voces ruidosas, como de dos personas que disputaran violentamente; la una brusca, y la otra más chillona y muy singular; reconoció algunas palabras pronunciadas por la primera y comprendió que eran de un francés, siendo evidente que no las decía una mujer. Pudo oír bien las palabras *maldito* y *diablo*. La voz chillona debía ser de un extranjero, y no podía asegurar si era de hombre ó de mujer; no le fué posible adivinar lo que decía, si bien presume que hablaba español. El testigo describe el estado de la habitación y de los cadáveres en los mismos términos que lo hicimos ayer.

»Enrique Duval, vecino y de oficio platero: declara que formaba parte del grupo que primero entró en la

casa. Confirma en general el testimonio de Muset, y dice que tan pronto como penetraron se cerró la puerta para impedir el paso á la multitud, que se agolpaba muy numerosa á pesar de la hora. La voz aguda, según el testigo, era de italiano, y seguramente no pertenecía á un francés; no podría determinar á punto fijo si sería de mujer, pero tal vez lo fuera. El testigo no está familiarizado con la lengua italiana, ni le fué posible distinguir las palabras; mas á juzgar por la entonación, no le cabe duda que el individuo era italiano. Añade que conoció á la señora Espanaye y á su hija, con las cuales hablaba á menudo, por lo cual está cierto que la voz aguda no era de ninguna de las víctimas.

»Odenheimer, fondista: se ha ofrecido espontáneamente como testigo; no habla francés, y se le ha interrogado por conducto de un intérprete. Es natural de Amsterdam. Pasaba por delante de la casa en el momento de oirse los gritos, que duraron algunos minutos, tal vez diez; eran prolongados, muy fuertes y espantosos, gritos de verdadera angustia. Odenheimer es uno de los que penetraron en la casa, y confirma el testimonio anterior, excepto un solo punto: está seguro que la voz aguda era de hombre, de francés; mas no ha podido distinguir las palabras articuladas. Se hablaba alto y de prisa, con tono desigual, que expresaba el temor y la cólera á la vez. La voz era áspera más bien que aguda, y repitió varias veces: *maldito, diablo*, y una vez: *¡Dios mío!*

»Julio Mignaud, banquero de la Casa Mignaud é hijo, en la calle Deloraine. Dice que la señora Espanaye tenía alguna fortuna, habiéndole abierto un crédito en su casa ocho años antes, en la primavera. Con frecuencia depositó en caja reducidas sumas, y no la devolvió un cuarto hasta tres días antes de su muerte; había ido personalmente á pedir una suma de cuatro

mil francos, la cual se le pagó en oro, encargándose á un dependiente que la llevase á su casa.

»Adolfo Lebon, dependiente en casa de Mignaud é hijo, declara que en dicho día, á eso de las doce, acompañó á la señora Espanaye á su domicilio, llevando los cuatro mil francos en dos talegas. Cuando la puerta se abrió, presentóse la señorita Espanaye, tomóle de las manos una de aquellas, mientras que la madre le descargaba de la otra; saludó á las señoras y se fué, sin ver á nadie en la calle en aquel momento: era un callejón sin salida, muy solitario.

»Guillermo Bird, sastre: declara que es uno de los que se introdujeron en la casa; es inglés, ha vivido dos años en París, y fué el primero que subió la escalera. Oyó las voces de las personas que disputaban; la más bronca era de francés, y pudo distinguir algunas palabras, pero no las recuerda, aunque oyó claramente decir *maldito* y *Dios mto*. Percibiase en aquel momento un rumor como de personas que se pegaran, el ruido de una lucha y de objetos que se rompen. La voz aguda era más alta que la bronca. El testigo está seguro que no era voz de inglés: parecía más bien de alemán, y tal vez fuese de mujer. El declarante no conoce el alemán.

»Cuatro de los testigos citados, á quienes se llamó de nuevo, dicen que la puerta de la habitación donde se encontró el cuerpo de la señorita Espanaye estaba cerrada interiormente cuando llegaron; reinaba el mayor silencio, y no se oían gemidos ni rumores de ninguna especie. Después de forzar la puerta no vieron á nadie.

»Las ventanas de la estancia interior y las que daban á la calle estaban cerradas interiormente, así como una puerta de comunicación, aunque ésta no con llave; la que conducía desde la habitación anterior al corredor hallábase también cerrada; un pequeño aposento

del cuarto piso, situado á la entrada de aquél, estaba abierto, con la puerta entornada. Se ha registrado todo en la casa muy escrupulosamente, llamándose á varios deshollinadores para que examinaran las chimeneas. La casa tiene cuatro pisos con buhardillas. Un postigo que da al tejado estaba condenado y bien sujeto con clavos, pareciendo que no se había abierto hacia muchos años. Los testigos no están acordes sobre la duración del tiempo transcurrido entre el momento en que se oyeron las voces de los que disputaban y aquel en que se forzó la puerta de la habitación; algunos piensan que fué muy corto, de dos ó tres minutos; y otros le alargan hasta cinco. La puerta no se abrió sin trabajo.

»Alfonso García, empresario de pompas fúnebres, habitante en la calle de Morgue, y de naturaleza español, es uno de los que penetraron en la casa. No subió la escalera porque tiene los nervios muy delicados y teme las consecuencias de una violenta agitación; pero oyó las voces de los que disputaban. La voz bronca era de francés, aunque no pudo distinguir lo que decía, y la más aguda de inglés: de esto último está seguro. El testigo no conoce el idioma, pero juzga por la entonación.

»Alberto Montani, de oficio confitero: declara que fué uno de los que primeramente subieron la escalera y pudo oír las voces. La más ronca era seguramente de francés, y distinguió algunas palabras; el individuo que hablaba parecía dirigir reprensiones. No le fué posible comprender lo que decía la voz aguda, pues pronunciaba rápidamente y como tartamudeando; pero le pareció que era de un ruso. Por lo demás, confirma en general los testimonios anteriores. Es italiano y confiesa que jamás habló con ningún ruso.

»Algunos testigos, á quien se llamó de nuevo, certifican que las chimeneas de todas las habitaciones del

cuarto piso son demasiado estrechas para dar paso á una persona. Cuando se introdujeron por aquellos conductos las brochas cilíndricas que se usan para limpiarlos, reconocióse que no había paso alguno que pudiese permitir la fuga á un asesino mientras que los testigos franqueaban la escalera. El cuerpo de la señorita Espanaye estaba encajado tan fuertemente en la chimenea, que para extraerle fueron necesarios los esfuerzos reunidos de cuatro ó cinco testigos.

»Pablo Dumas, médico: declara que fué llamado al rayar el día para examinar los cadáveres que se hallaban en el jergón del lecho, en la habitación donde se encontró á la señorita Espanaye. El cuerpo de esta última estaba muy magullado y lleno de excoriaciones, lo cual se explicaba suficientemente por el hecho de habersele introducido á viva fuerza por el cañón de la chimenea; tenía el cuello desollado, y debajo de la barba varios arañazos profundos, con una serie de manchas lívidas, resultantes, sin duda, de la presión de los dedos. El rostro estaba espantosamente pálido; las órbitas se salían de la cabeza, y tenía la lengua medio cortada. En la cavidad del estómago veíase una magulladura, producida, al parecer, por la presión de una rodilla. Á juicio de Pablo Dumas, la señorita de Espanaye había muerto estrangulada por uno ó varios individuos.

»En el cuerpo de la madre, mutilado de una manera horrible, todos los huesos de la pierna y del brazo izquierdo habían sufrido varias fracturas; la tibia izquierda se hallaba reducida á esquirlas, así como la cadera; y todo el cuerpo estaba espantosamente lacerado. Era imposible decir ni explicar cómo se descargarían tales golpes; sólo una pesada maza ó unas grandes tenazas de hierro, ó un arma contundente de gran tamaño, podía producir semejantes lesiones, y aun era preciso que la hubiesen manejado las manos

de un hombre en extremo robusto. Consideraba imposible que ninguna mujer, fuera cual fuese el arma, tuviera suficiente vigor para golpear de tal modo. La cabeza de la difunta estaba completamente separada del tronco cuando el testigo la vió, y así como el cuerpo, muy magullada. El cuello había sido cortado, sin la menor duda, con un instrumento sumamente afilado, tal vez una navaja de afeitar.

»Alejandro Etienne, cirujano, á quien se llamó al mismo tiempo que al médico para examinar los cadáveres, confirma el testimonio del señor Dumas.

»Aunque se ha interrogado á otras varias personas, no se ha podido obtener ningún detalle más de algún valor. Nunca se ha cometido en París asesinato tan misterioso y embrollado, si es que en efecto hubo asesinato.

»La policía está del todo desorientada, caso nada común en asuntos de esta naturaleza. Es verdaderamente imposible dar con el hilo de ese sangriento drama.»

En el diario de la tarde, decíase que reinaba una continua agitación en el barrio de San Roque; que se había procedido á examinar por segunda vez el lugar de la ocurrencia, interrogándose de nuevo á los testigos; pero sin obtenerse resultado alguno. En un *post scriptum* añadíase que Adolfo Lebon, el dependiente de la casa de banca, había sido reducido á prisión, aunque en los hechos expuestos no hubiera circunstancia alguna suficiente para acriminarle.

Dupin parecía interesarse de una manera singular en la marcha de aquel asunto, ó por lo menos, así me lo indujo á creer su conducta, pues no hacía ningún comentario. Sólo después de haber anunciado el diario el encarcelamiento de Lebon me preguntó qué opinaba sobre aquel doble asesinato.

Sólo pude contestar que pensaba como todo París,

considerando que aquel drama era un misterio insoluble, pues no veía medio alguno de descubrir las huellas del asesino.

—No debemos juzgar de los medios posibles—repuso Dupin—por esa instrucción embrionaria. La policía parisiense, tan elogiada por su penetración, es muy astuta, y nada más; procede sin método, ó sólo adopta el de primer momento. Se hace mucho aparato de medidas, pero á menudo sucede que son tan inoportunas y poco apropiadas al objeto, que nos recuerdan á Mr. Jourdain, aquel que pedía su *bata para oír mejor la música*. Los resultados obtenidos, sorprendentes á veces, se deben en la mayoría de casos á la diligencia y actividad: cuando estas facultades son limitadas, los planes abortan. Vidocq, por ejemplo, era bueno para adivinar; era hombre de paciencia; pero su pensamiento no estaba bastante educado, y siempre equivocaba el camino por el ardimiento mismo de sus investigaciones; disminuía la fuerza de su visión al mirar el objeto demasiado de cerca. Podía ver uno ó dos puntos con la mayor claridad, mas á causa de su procedimiento, no abarcaba el aspecto de la cuestión tomada en su conjunto. Esto podría considerarse como un medio de ser demasiado profundo. La verdad no está siempre en un pozo, y en cuanto á las nociones que más de cerca nos interesan, creo que se halla invariablemente en la superficie; la buscamos en la profundidad del valle, y en la cima de las montañas es donde la descubriremos.

En la contemplación de los cuerpos celestes hallanse muy buenos ejemplos de esa especie de error. Dirigid una rápida ojeada á una estrella, miradla oblicuamente con la parte lateral de la retina (mucho más sensible que la central á una luz débil), y veréis la estrella distintamente; así se podrá apreciar con más exactitud su brillo, el cual se oscurece á

medida que se comienza á mirarla de lleno. En el último caso hieren el ojo mayor número de rayos; mientras que en el primero se reciben más completos y la susceptibilidad es mucho más viva. Una profundidad exagerada debilita el pensamiento, haciéndole vacilar; y hasta es posible figurarse que Venus ha desaparecido del firmamento cuando se fija y concentra demasiado directamente la atención.

En cuanto á ese asesinato, hagamos nosotros un examen antes de formar opinión alguna. Un informe nos serviría de pasatiempo (parecióme aquella expresión extraña, aplicada en semejante caso, pero no hice observación alguna); y además, Lebon me ha prestado un servicio al que no quiero mostrarme ingrato. Iremos á visitar el teatro del crimen, y observaremos con nuestros propios ojos. Yo conozco á G....., el prefecto de policía, y me será fácil obtener la autorización necesaria.

Alcanzado el permiso, nos dirigimos sin tardanza á la calle de Morgue: es uno de esos míseros pasajes que enlazan la calle de Richelieu con la de San Roque. Era ya bastante entrada la tarde cuando llegamos, porque aquel barrio estaba lejos del nuestro, pero muy pronto encontramos la casa, pues había mucha gente que contemplaba desde el otro lado de la calle con cándida curiosidad las ventanas cerradas. La casa, así como todas las de París, tenía puerta cochera, y en uno de los lados una especie de nicho que representaba la habitación del conserje. Antes de entrar remontamos la calle, dimos la vuelta y pasamos por detrás de la casa; Dupin examinaba esta última, así como los alrededores, con una minuciosa atención, cuyo objeto no pude adivinar.

Después retrocedimos, y una vez delante de la fachada principal, se llamó á la puerta; enseñamos nuestro pase y los agentes nos permitieron la entrada.

Franqueando rápidamente la escalera, pronto llegamos á la habitación donde se había hallado el cuerpo de la señorita Espanaye, y donde aún estaban los dos cadáveres; habíase respetado el desorden de aquella estancia, según se practica en semejantes casos, y sólo ví lo que ya sabíamos por la *Gaceta de los Tribunales*. Dupin analizaba detenidamente todas las cosas, sin exceptuar los cuerpos de las víctimas; y después de recorrer las demás habitaciones, bajamos al patio, siempre seguidos de un gendarme. Aquel examen duró largo tiempo, y era ya de noche cuando salimos de la casa. Al regresar á la nuestra, mi compañero se detuvo algunos minutos en las oficinas de un diario.

Ya he dicho que Dupin incurría en toda clase de extravagancias, y que yo me había acostumbrado á respetarlas. En aquel momento tenía el capricho de rehusar toda conversación respecto al asesinato; quiso aplazarla hasta el día siguiente, y sólo entonces me preguntó de improviso si había observado alguna cosa de particular en el teatro del crimen.

En su modo de pronunciar la palabra *particular* noté un acento que me estremeció sin que yo supiera por qué.

—No—repuse,—nada de particular, como no sea lo que ya hemos leído en el diario.

—La *Gaceta*—replicó Dupin—no ha penetrado, á mi modo de ver, en el horror insólito de ese suceso; pero prescindamos de las necias opiniones del diario. A mí me parece que el misterio se considera como insoluble por la razón misma que debería conducir á juzgarle de fácil resolución; me refiero al carácter extraordinario con que se nos manifiesta. Los agentes de policía están confundidos por la carencia aparente de motivos que legitimen, no el asesinato en sí mismo, sino la barbarie con que se ha cometido. Tampoco saben cómo explicarse el hecho, por la supuesta imposibili-

dad de conciliar las voces de las personas que disputaban con la circunstancia de no haberse hallado más persona que la señorita de Espanaye asesinada, no habiendo medio alguno de salir sin que lo vieran las personas que subían la escalera. El extraño desorden de la habitación, el cuerpo introducido en la chimenea con la cabeza abajo y la espantosa mutilación de la anciana señora, son circunstancias que, unidas á las citadas antes y á otras de que no necesito hablar ahora, han bastado para paralizar la acción de los agentes de policía, desorientando por completo su decantada perspicacia. Han incurrido en la falta muy vulgar de confundir lo extraordinario con lo abstruso, pero precisamente siguiendo estas desviaciones del curso ordinario de la naturaleza es cómo la razón hallará su camino, si la cosa es posible, marchando hacia la verdad. En las investigaciones del género de la que nos ocupa no hemos de preguntarnos sólo cómo han pasado las cosas, sino estudiar en qué se diferencian de todo cuanto ha ocurrido hasta ahora. En una palabra, la facilidad con que llegaré, si no he llegado ya, á la explicación del misterio, está en razón directa de su insolubilidad aparente á los ojos de la policía.

Al oír esto, fijé en Dupin una mirada llena de asombro.

—Ahora espero—continuó, dirigiendo una mirada á la puerta de nuestra habitación—á un individuo que, si bien podrá no ser el autor de ese horrendo crimen, debe hallarse en parte complicado en su perpetración, aunque me parece probable que esté inocente de la matanza. Confío no engañarme en esta hipótesis, pues en ella fundo la esperanza de descifrar todo el enigma. Espero al hombre aquí, en esta habitación, de un momento á otro; cierto que tal vez no venga, pero hay probabilidades de que se presente, y si lo hace, será necesario que permanezca con nosotros. He aquí un

par de pistolas, y ya sabemos de qué sirven cuando el caso lo exige: tómelas usted.

Cogí las armas, sin saber apenas lo que hacía, ni dar crédito á mis oídos; mientras que Dupin se entregaba á una especie de monólogo. Su discurso se dirigía á mí; pero su voz, aunque guardando el diapason ordinario, tenía esa entonación que se suele tomar cuando se habla á una persona que se halla á bastante distancia. Sus ojos, de vaga expresión, tenían la mirada fija en la pared.

—Las voces que se oían—decía,—las voces que percibieron los que subían la escalera no eran de esas infelices mujeres; esto queda probado hasta la evidencia, y de consiguiente no hemos de ocuparnos de la cuestión de saber si la anciana habrá asesinado á su hija, suicidándose después.

Sólo hablo de este caso por amor al método, pues la fuerza de la señora Espanaye hubiera sido de todo punto insuficiente para introducir el cuerpo de su hija en la chimenea del modo que se encontró; por otra parte, la naturaleza de las heridas observadas en su persona excluye por completo la idea de suicidio. El asesinato, pues, se ha cometido por tercero, y las voces de los que disputaban son las de ellos.

Permítaseme ahora llamar la atención, no sobre las declaraciones relativas á estas voces, sino respecto á lo que hay de *particular* en ellas. ¿No ha observado usted nada que le choque?

Me limité á contestar que mientras todos los testigos convenían en considerar la voz bronca como de un francés, había mucho desacuerdo relativamente á la voz aguda, ó áspera, según la definió un solo individuo.

—Esto constituye la evidencia—dijo Dupin—pero no la particularidad de la misma. Usted no ha observado nada distintivo, y sin embargo, había *alguna*

cosa. Los testigos, fijese usted bien, están de acuerdo respecto á la voz bronca; todos dicen lo mismo; pero respecto á la aguda, hay una particularidad, y no consiste en el desacuerdo, sino en que, cuando un italiano, un inglés, un español ó un holandés quieren describirla, cada cual habla como de una voz *de extranjero*, y parece estar seguro de que no era de un compatriota.

Todos la comparan, no con la voz de un individuo cuya lengua le fuese familiar, sino precisamente todo lo contrario: el francés presume que era una voz de español, y *hubiera podido comprender algunas palabras si le hubiese sido familiar el idioma*. El holandés afirma que la voz era de francés; mas queda sentado que el testigo, no conociendo el francés, hubo de ser interrogado por un intérprete. El inglés piensa que la voz era de un alemán, pero *no comprende la lengua*. El español está *positivamente seguro* de que era la voz de un inglés, si bien juzga sólo por la entonación, pues *no tiene conocimiento alguno del idioma*. El italiano atribuye la voz á un ruso, pero *jamás habló con un natural de Rusia*. Otro francés, sin embargo, difiere del primero, y está seguro de que la voz pertenecía á un italiano; mas no sabiendo esta lengua, hace como el español; *cree estar seguro por la entonación*. Ahora bien, muy insólita y extraña debía ser esa voz para que se dieran respecto á ella semejantes testimonios. ¿Qué voz será esa en cuyas entonaciones no han podido reconocer nada familiar los ciudadanos de cinco grandes naciones de Europa? Me dirá usted que tal vez fuese la voz de un asiático ó de un africano: estos naturales no abundan en París; pero sin negar la posibilidad del caso, llamaré simplemente su atención sobre tres puntos.

Un testigo dice que la voz era *más bien áspera que aguda*; otros dos la califican de *breve y entrecortada*. Ninguno de ellos ha comprendido palabra alguna, ni sonidos que se asemejasen á palabras.

—Yo no sé—continuó Dupin—qué impresión habré producido en el ánimo de usted; mas no vacilo en asegurarle que se pueden hacer deducciones legítimas de esa parte misma de las declaraciones, es decir, de la parte relativa á las dos voces, la bronca y la aguda, muy suficientes en sí para crear una sospecha que indicaría el camino en toda investigación ulterior del misterio.

He dicho deducciones legítimas, pero estas palabras no expresan del todo mi pensamiento. Quería hacerle comprender que estas deducciones son las únicas convenientes, y que la sospecha surge sin remedio como único resultado posible. Sin embargo, no le diré á usted ahora de qué naturaleza será; sólo deseo demostrarle que esa sospecha es más que suficiente para dar un carácter marcado y comunicar una tendencia positiva al examen que deseaba practicar en la habitación.

Ahora bien, trasladémonos mentalmente á esa estancia. ¿Cuál será el primer objeto de nuestras investigaciones? Los medios de evasión de que se valieron los asesinos. Podemos asegurar que ni uno ni otro creemos en los acontecimientos sobrenaturales: las señoras de Espanaye no han sido asesinadas por los espíritus; los autores del asesinato eran seres materiales, y han huído materialmente.

Pero ¿cómo? Por fortuna no hay más que una manera de razonar sobre este punto, la cual nos conduce á una deducción positiva. Examinemos, pues, uno por uno, los medios posibles de evasión. Claro está que los asesinos se hallaban en la habitación donde se ha encontrado á la señorita Espanaye, ó por lo menos en la pieza contigua, cuando la multitud subió la escalera; y por lo tanto, solamente en esas dos habitaciones hemos de buscar las salidas. La policía ha levantado los suelos, abierto los techos y sondeado las paredes; de modo que ninguna salida secreta hubiera pasado

desapercibida por falta de perspicacia ; pero yo no me fié de sus ojos y quise examinar con los míos : no hay en realidad ninguna salida secreta. Las dos puertas que conducen desde las habitaciones al comedor estaban completamente cerradas, con las llaves dentro. Veamos ahora las chimeneas : todas tienen la suficiente anchura hasta la distancia de ocho ó diez pies sobre el hogar, pero más allá no hubiera podido pasar por ellas un gato grande.

Siendo imposible la fuga, cuando menos por las vías indicadas, quedamos reducidos á las ventanas. Nadie pudo fugarse por las de la habitación exterior sin que le viera la multitud que estaba fuera ; y de consiguiente, es *forzoso* que los asesinos escaparan por la de la estancia interior.

Conducidos á esta evidencia por deducciones indiscutibles, no tenemos derecho, procediendo con lógica, para rechazar semejante suposición en vista de su aparente imposibilidad. Réstanos ahora sólo demostrar que ésta no existe realmente.

Dos ventanas hay en la habitación ; la una, no obstruída por los muebles, queda completamente visible ; la parte inferior de la otra está oculta por la cabecera de la cama, que es muy maciza y que se apoya contra el marco. Se ha reconocido que la primera se hallaba bien cerrada por dentro, pues ha resistido á los esfuerzos de los que trataron de abrirla ; en el lado izquierdo del marco habíase practicado un agujero con un berbiquí, y en él se encontró un clavo grande hundido casi hasta la cabeza. Al examinar la otra ventana, hallóse otro clavo semejante, y el vigoroso esfuerzo que se hizo para levantar el bastidor no dió resultado alguno. La policía, pues, quedó plenamente convencida de que no se había podido escapar por allí, considerábase por lo tanto superfluo retirar los clavos para abrir las ventanas.

Mi examen fué algo más minucioso, y esto por la razón que acabo de indicar á usted: era el caso en que se *debía* demostrar que la imposibilidad no pasaba de ser aparente.

Yo continué razonando así, *a priori*. Los asesinos se habían fugado por una de aquellas ventanas, y sentado esto no podían haber vuelto á sujetar el bastidor interiormente, consideración que por su evidencia ha limitado las investigaciones de la policía en ese sentido. Sin embargo, esos bastidores estaban bien cerrados, y de consiguiente era *preciso* que se pudieran cerrar de por sí: no había medio de hacer otra deducción. Dirigíme á la ventana no obstruída, saqué el clavo con alguna dificultad, y quise levantar el bastidor; pero resistió á todos mis esfuerzos, como yo esperaba. Debía haber, ya estaba seguro de ello, un resorte oculto; y este hecho, corroborando mi idea, me convenció por lo menos de la exactitud de mis premisas, por misteriosas que parecieran siempre las circunstancias relativas á los clavos. Gracias á un minucioso examen conseguí descubrir muy pronto el resorte ó secreto; le oprimí, y satisfecho de mi descubrimiento, me abstuve de levantar el bastidor. Después volví á poner el clavo en su lugar y examínéle atentamente: una persona, pasando por la ventana, podía haberla cerrado, y el resorte habría hecho su oficio; mas no era posible colocar el clavo de nuevo. Esta conclusión, clara y precisa, reducía más aún el campo de mis investigaciones: era *forzoso* que los asesinos hubieran escapado por la otra ventana. Suponiendo, pues, que los resortes de las dos fueran semejantes, como era probable, se *debía*, sin embargo, hallar una diferencia en los clavos, ó por lo menos en su disposición. Saltando al borde del lecho, miré atentamente la otra ventana por encima de la cabecera, pasé la mano por detrás y descubrí fácilmente el resorte, que era idéntico al prime-

ro, como ya lo había pensado. Entonces examiné el clavo; era tan grueso como el otro, y estaba fijo de igual manera, hundido casi hasta la cabeza.

Tal vez crea usted que me hallaba apurado; pero si lo piensa así es porque se engaña respecto á la naturaleza de mis inducciones. Hablando en términos de jugador, diré que no había cometido una sola falta ni perdido la pista un instante; en la cadena no faltaba un solo eslabón; había seguido el secreto hasta en su última fase, que era el *clavo*. He dicho que se parecía en todo al de la otra ventana; pero este hecho, por concluyente que fuera al parecer, anulábase del todo por la consideración dominante de que en aquel clavo terminaba el hilo conductor. Es preciso, me dije, que haya en este objeto algo defectuoso; le toqué, y quedó entre mis dedos la cabeza con un fragmento de la espiga, de un cuarto de pulgada de longitud; el resto de aquella estaba en el agujero, donde sin duda se había roto. La fractura era muy antigua, puesto que los bordes se hallaban incrustados de orín, y habíase producido por un martillazo, que hundió sin duda en parte la cabeza del clavo. Volví á colocar ésta cuidadosamente, y el todo pareció entonces intacto, pues la abertura era inapreciable. Oprimí después el resorte, levanté suavemente un poco el bastidor; la cabeza del clavo siguió, sin salir éste del agujero, volví á cerrar, y aquel quedó como antes estaba.

Hasta aquí tenía el enigma descifrado: el asesino había huído por la ventana que tocaba en el lecho; bien se hubiera vuelto á cerrar de por sí después de la fuga, ó por la acción de una mano humana, estaba retenida por el resorte; la policía atribuyó aquella resistencia al clavo, y por eso juzgó superflua toda investigación ulterior.

La cuestión quedaba reducida ahora á la manera de bajar: para este punto había recogido yo datos sufi-

cientes en nuestro paseo al rededor de la casa. Á unos cinco pies y medio de la ventana en cuestión pende una cadena de para-rayos; pero hubiera sido imposible para cualquiera alcanzar desde ella la ventana, y mucho menos entrar.

Sin embargo, observé que los postigos del cuarto piso eran de una especie particular muy poco usada hoy, pero que aún se puede ver en las casas antiguas de Lyon y Burdeos; son como una puerta ordinaria (puerta sencilla y no de doble batiente), sólo que la parte inferior tiene calados, lo cual permite á la mano cogerse muy bien.

En el caso presente, esos postigos miden por lo menos tres pies y medio de anchura; y cuando los examinamos en la parte posterior de la casa, los dos estaban medio abiertos, es decir que formaban ángulo recto con la pared. Es de presumir que la policía inspeccionó como nosotros ese lado de la casa; mas al mirar los postigos en el sentido de su anchura (como inevitablemente los habrá visto), no se ha fijado en el detalle, ó por lo menos no le ha dado la importancia necesaria. En resumen, cuando los agentes creyeron reconocer que la fuga no había podido efectuarse por allí, su examen fué muy superficial.

De todos modos, era evidente para mí que el postigo perteneciente á la ventana situada junto á la cabecera del lecho, suponiéndole aplicado contra la pared, se hallaría á dos pies de la cadena del para-rayos; y también era claro que, por el esfuerzo de una energía y valor insólitos, se podía, con ayuda de aquella, entrar por la ventana. Llegado á la distancia de dos pies y medio (supongo ahora que el postigo estuviese abierto del todo), á un ladrón le habría sido dado agarrarse, y entonces, soltando la cadena, asegurando bien los pies contra la pared, y lanzándose vivamente, caer en la habitación y atraer con violencia el postigo

de manera que se cerrase: para esto se ha de suponer que la ventana estaba abierta en aquel instante.

Observe usted bien que hablo de una energía nada común, indispensable para obtener buen resultado en una empresa tan difícil como aventurada. Mi objeto es demostrarle, por lo pronto, que la cosa se pudo hacer; y en segundo lugar, y principalmente, llamar su atención sobre el carácter *muy extraordinario*, casi sobrenatural, de la agilidad necesaria para ejecutar semejante acto. Dirá usted, sin duda, sirviéndose del lenguaje judicial, que para dar una prueba *a fortiori* debería *subevaluar* el vigor necesario en este caso más bien que reclamar su exacta apreciación. Tal vez sea ésta la práctica de los tribunales; mas no entra en el uso de la razón. Mi objeto final es la verdad; el presente es inducir á usted á relacionar esa energía del todo insólita con la voz particular, la voz aguda ó áspera, cuya nacionalidad no ha podido determinarse por acuerdo de dos testigos, mientras que, por otra parte, nadie ha reconocido palabras articuladas ni sílabas.

Al oír esto cruzó por mi espíritu una concepción vaga y embrionaria del pensamiento de Dupin, y parecióme estar en el límite de la comprensión, aunque sin comprender aún, como aquellos que, hallándose á veces á punto de recordar una cosa, no lo consiguen.

—Ya ve usted—añadió mi amigo, continuando con sus argumentos—que de la cuestión referente á la salida paso á la de la entrada. Mi objeto era demostrar que una y otra se habían efectuado de igual modo y por el mismo punto. Volviendo ahora al interior de la habitación, examinemos todas las particularidades: los cajones de la cómoda, según dicen, estaban revueltos, y sin embargo se han hallado varios artículos de tocador intactos; esta conclusión es un absurdo, una simple conjetura, y por cierto bastante necia. ¿Cómo podemos saber que los objetos encontrados en los ca-

jones no representan todo lo que estos contenían? La señora de Espanaye y su hija vivían muy retiradas, sin recibir visitas; rara vez salían, y por lo tanto no necesitaban cambiar de traje con frecuencia. Los vestidos que se hallaron eran seguramente de tan buena calidad como los mejores que esas señoras usaban; y si un ladrón hubiera tomado algunos ¿por qué no se habría llevado estos, ó más bien, todos ellos? Y además ¿por qué abandonar aquellos cuatro mil francos para cargarse con un lío de ropa? El oro estaba abandonado allí; en el suelo se hallaron los sacos con casi toda la suma designada por el banquero Mignaud, y de consiguiente quiero alejar de vuestro pensamiento la vulgar idea del *interés*, idea engendrada en el cerebro de los agentes de policía por efecto de las declaraciones que hablan del dinero entregado en la puerta misma de la casa. Cada día se producen coincidencias diez veces más notables que ésta (la entrega de la suma y el asesinato cometido tres días después en la persona que la recibió), sin que nos llamen la atención ni siquiera un minuto. Las coincidencias suelen ser generalmente piedras de toque en la senda que recorren esos pobres pensadores mal educados, los cuales no conocen ni una palabra de la teoría de las probabilidades, á la que el saber humano debe sus más gloriosas conquistas y sus más hermosos descubrimientos. En el caso presente, si el oro hubiese desaparecido, el hecho de haberse entregado tres días antes sería algo más que una coincidencia, pues corroboraría la idea del interés; pero en las circunstancias en que nos hallamos, si suponemos que el oro fué el móvil del ataque, se ha de convenir también en que el criminal era bastante idiota para olvidar á la vez su oro y la causa que le indujo á obrar. Fije usted ahora bien su atención en los puntos siguientes, muy dignos de tenerse en cuenta: esa voz

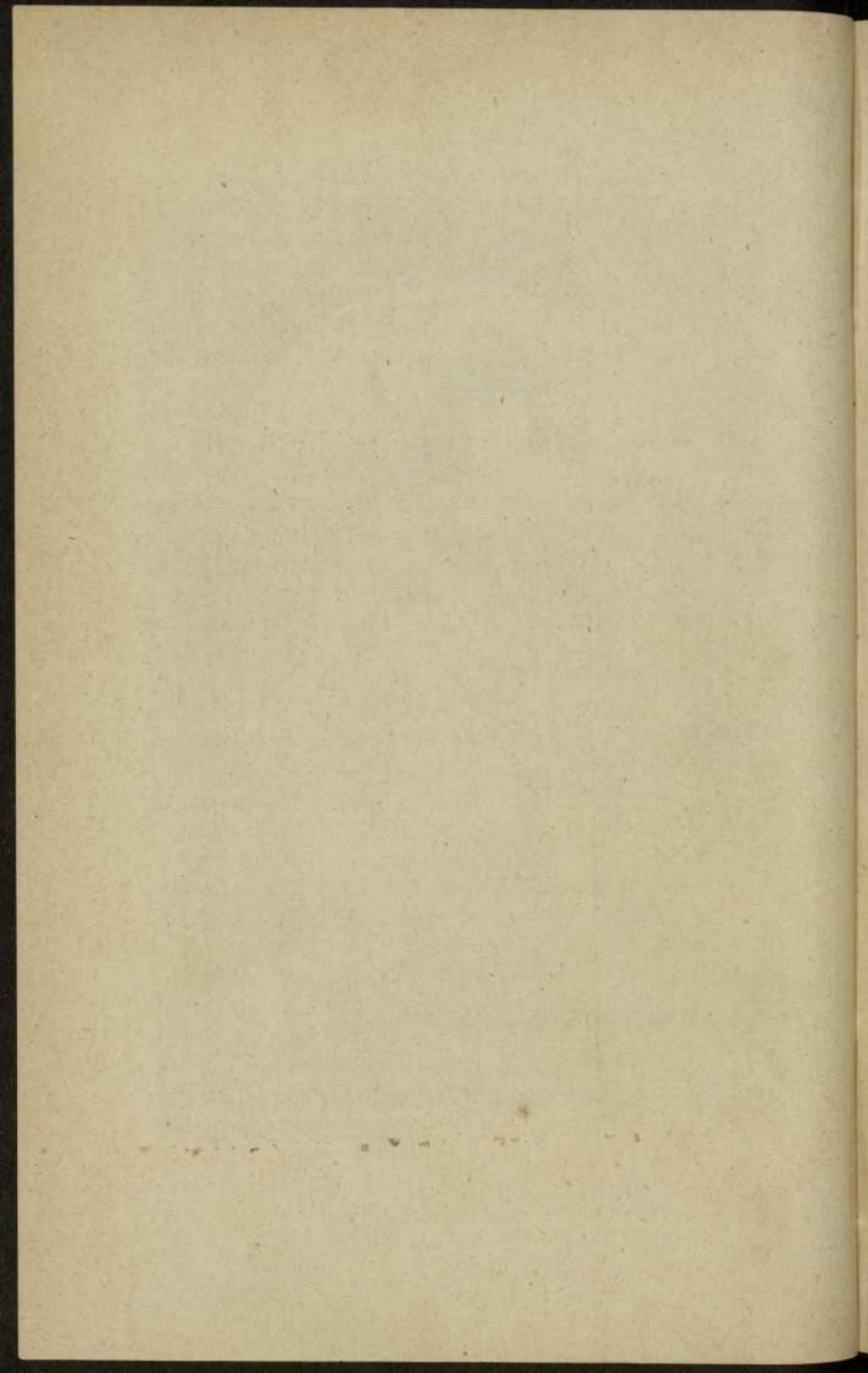
particular, esa agilidad extraordinaria, y ese extraño desinterés en un asesinato tan espantoso. Ahora pasemos á la matanza, tal como es en sí: tenemos una mujer estrangulada por la fuerza de las manos é introducida por el conducto de la chimenea cabeza abajo: los asesinos vulgares no proceden de ese modo para matar, ni menos ocultan así los cadáveres de sus víctimas. Reconocerá usted sin duda que en ese modo de introducir un cuerpo en la chimenea hay algo muy extravagante, algo que no se puede conciliar en manera alguna con todo cuanto sabemos de los actos humanos, ni aun suponiendo que los autores fuesen hombres de los más pervertidos. Calcule usted también la fuerza prodigiosa que habrá sido necesaria para empujar un cuerpo por semejante abertura, tan vigorosamente que cuatro ó cinco personas, reuniendo sus esfuerzos, á duras penas pudieron sacarle.

Sentado esto, fijemos nuestra atención en otros indicios de ese vigor prodigioso: en el hogar se encontraron mechones de cabello gris, muy espesos, que fueron arrancados con sus raíces. Ya sabe usted cuánta fuerza se necesita para arrancar de la cabeza sólo veinte ó treinta cabellos á la vez; usted vió los mechones lo mismo que yo, y seguramente notó que á sus sangrientas raíces — espectáculo atroz — se adherían fragmentos del cuero cabelludo, prueba evidente de la prodigiosa fuerza que se necesitó para desarraigar tal vez quinientos mil cabellos de un solo tirón.

En cuanto á la madre, no solamente tenía el cuello cortado, sino que la cabeza estaba separada del tronco, y esto se hizo con una simple navaja de afeitar: fíjese usted en esa ferocidad *bestial*. No hablo de las contusiones y magulladuras del cuerpo de la pobre señora; el médico y su colega afirmaron que habían sido producidas por un instrumento contundente, y esos señores tienen mucha razón; pero el instrumento



F. Xutheira



fué sin duda el suelo del patio, donde la víctima cayó desde la ventana contigua al lecho. Esta idea, por simple que parezca ahora, pasó desapercibida para los agentes, por la misma razón que les impidió observar la anchura de los postigos, pues gracias á la circunstancia de los clavos, su percepción estaba cerrada tan herméticamente, que no concibieron la idea de que las ventanas se hubieran podido abrir jamás.

Ahora bien, si ha reflexionado usted convenientemente sobre el extraño desorden de la habitación, tendremos los datos suficientes para combinar las ideas de una agilidad maravillosa, una ferocidad bestial, una matanza sin motivo, y alguna cosa tan *grotesca* en lo horrible, que es de todo punto extraña á la humanidad. Agregue usted á esto esa voz cuyo acento es desconocido para los hombres de varios países, esa voz que no silabea, que no es distinta ni tampoco inteligible, y dígame qué deduce de mis observaciones, y qué impresión han producido en su espíritu.

Al dirigirme Dupin esta pregunta, sentí como un estremecimiento y murmuré:

—Un loco habrá cometido ese asesinato, tal vez algún loco furioso escapado de un establecimiento de la vecindad.

—No está mal pensado—replicó Dupin—y la idea es casi aplicable; pero debo advertir que las voces de los locos, hasta en sus más frenéticos paroxismos, no han convenido jamás con lo que se dice de esa voz singular, oída en la escalera. Por otra parte, los locos pertenecen á una nación cualquiera, y en su lenguaje siempre silabean, por incoherentes que sean las palabras. Además, el cabello de un loco no se parece al que tengo ahora en la mano, y que encontré entre los dedos rígidos y crispados de la señora de Espanaye. Dígame usted lo que le parece.

—¡Dupin!—exclamé completamente aturdido—¡ese

cabello es muy extraordinario... no es cabello humano!

—Yo no he dicho que lo sea—repuso Dupin;—pero antes de dar por discutido este punto deseo que examine usted de una ojeada el dibujo que he trazado en este papel. Es un *fac simile* que representa lo que algunos declarantes califican de *excoriaciones negruzcas* y profundos arañazos reconocidos en el cuello de la señorita de Espanaye, y que el médico Dumas y su colega Etienne calificaron de *serie de manchas lívidas evidentemente producidas por la presión de los dedos*.

—Ya ve usted—continuó mi amigo, desdoblando el papel sobre la mesa—que este dibujo da idea de un puño sólido y firme. Aquí no hay la menor señal de que los dedos se hayan deslizado; cada uno sujetó, tal vez hasta la muerte de la víctima, la terrible presa que había hecho, y en la cual se amoldó. Procure usted ahora colocar todos sus dedos á la vez en el dibujo, y cada uno en la señal análoga marcada aquí.

Traté de hacerlo, pero inútilmente.

—Es posible—dijo Dupin—que no hagamos este experimento convenientemente, pues el papel se ha extendido sobre una superficie plana, y el cuello humano es cilíndrico; pero he aquí un pedazo de madera que tiene poco más ó menos la misma circunferencia. Ponga usted el dibujo alrededor y repitamos la prueba.

Hícelo así, pero la dificultad fué más evidente aún que la primera vez.

—Esto—dije yo—no es la señal de una mano humana.

—Pues ahora—repuso Dupin—lea usted este pasaje de Cuvier.

Era la historia minuciosa, anatómica y descriptiva del Orangutang leonado de las islas de la India Oriental, uno de los cuadrumanos más corpulentos. Todo el mundo conoce lo bastante la gigantesca estatura, la fuerza y agilidad prodigiosas, la ferocidad salvaje y las

facultades imitativas de ese mamífero; y yo comprendi al punto todo lo horrible del asesinato.

—La descripción de los dedos—dije, cuando hube terminado la lectura—conviene perfectamente con el dibujo, y veo que ningún animal, excepto un orangutang de esa especie, hubiera podido dejar las señales que usted ha dibujado. Ese mechón de pelos amarillentos presenta también un carácter idéntico al del pelaje del animal descrito por Cuvier; mas á pesar de todo no me explico fácilmente los detalles de ese espantoso misterio. Por otra parte, se han oído *dos* voces, y una de ellas era seguramente la de un francés.

—Es verdad; y también recordará usted una expresión atribuida casi unánimemente á esa voz, es decir la frase *¡Dios mío!* Estas palabras, en el caso de que se trata, indicaban una reprensión, en concepto de uno de los testigos (Montani el confitero); y en ellas he fundado la esperanza de aclarar por completo el enigma. Puede ser muy bien que un francés haya tenido conocimiento del asesinato, y hasta es más que probable que esté inocente de toda participación en ese sangriento drama. El orangutang pudo escapar; tal vez siguiera sus pasos hasta la habitación, y no pudiese apoderarse del fugitivo en las terribles circunstancias que siguieron: el animal debe estar ahora libre. No proseguiré en estas conjeturas (no tengo derecho para dar otro nombre á mis ideas), porque las sombras de reflexión que les sirven de base apenas tienen la suficiente profundidad para ser apreciadas por mi propia razón, y no pretenderé que las aprecie otra inteligencia. Por lo tanto, llamémoslas conjeturas, y sólo las tomaremos como tales. Si el francés de que se trata es inocente del crimen, como yo supongo, este anuncio, cuya copia dejé ayer en las oficinas del diario *El Mundo* (consagrado á los intereses marítimos, y muy buscado por los marinos), nos traerá aquí al hombre.

Así diciendo, Dupin me alargó un papel cuyo contenido decía así:

«Aviso.—Se ha encontrado en el bosque de Bolonia en la mañana del... corriente (la misma en que ocurrió el asesinato), á primera hora, un enorme orangutang leonado de la especie de Borneo. El dueño, que según se sabe ya, es marinero de un buque maltés, podrá recobrar el animal, después de haber dado señas satisfactorias, reintegrando á la persona que lo cogió del desembolso que ha hecho. Dirigirse á la calle de...., número...., en el arrabal San Germán, piso tercero.»

—¿Cómo ha podido usted saber—pregunté á Dupin—que el hombre es marinero y que pertenece á la tripulación de un buque maltés?

—Yo no lo sé—contestó mi amigo, ni estoy seguro de ello;—pero aquí tiene usted un pedazo de cinta que, á juzgar por su forma y aspecto grasoso, ha servido para sujetar el cabello de una de esas largas coletillas de que tanto se enorgullecen los marinos. Además, este nudo es uno de los que pocas personas saben hacer, excepto los marinos, y en particular los malteses. He recogido la cinta al pie de la cadena del pararrayos, y es imposible que haya pertenecido á una de las dos víctimas. Además, si me he equivocado al suponer por esta cinta que el hombre es un marinero perteneciente á un buque maltés, no habré hecho daño á ninguno con mi anuncio. Si he incurrido en error, el marinero supondrá simplemente que me he engañado por alguna circunstancia, que él no se tomará la molestia de averiguar. Si estoy en lo cierto, se habrá ganado mucho. El francés, teniendo conocimiento del asesinato, aunque no sea culpable, vacilará naturalmente en contestar al anuncio, en reclamar su orangutang; y pienso que razonará así: «Soy inocente; soy pobre, y mi orangutang vale mucho, casi una fortuna en una situación como la mía. ¿He de perderle por un

necio temor al peligro? Ahora está seguro, y puedo recobrarle. Se le ha encontrado en el bosque de Bolognia, á gran distancia del teatro del crimen. ¿Se supondrá nunca que un animal haya podido dar el golpe? La policía ha perdido la pista, sin serle posible hallar el más pequeño hilo conductor; y aunque siguieran los pasos del animal, fuera imposible probar que tengo conocimiento del asesinato, ni recriminarme tampoco por saberlo. En fin, y ante todo, *soy conocido*; el redactor del anuncio me designa como dueño del animal; pero no sé hasta qué punto se extiende su certeza. Si no reclamo una propiedad de tanto valor, sabiéndose que me pertenece, podría recaer en el orangutang una sospecha peligrosa, y fuera mala política atraer la atención sobre mí ó el fugitivo. Contestaré resueltamente al anuncio, para recobrar mi orangutang, y le encerraré con las mayores precauciones hasta que se olvide el asunto.»

Apenas acababa de hablar Dupin, oímos resonar pasos en la escalera.

—Prepárese usted—dijo mi amigo;—coja usted las pistolas, pero no se sirva de ellas, ni las enseñe antes de dar yo la señal.

Como se había dejado abierta la puerta cochera, el visitante entró sin llamar y franqueó la escalera; pero hubiérase dicho que vacilaba, pues oímos que volvía á bajar. Entonces Dupin corrió vivamente hacia la puerta; el hombre subía ya de nuevo, y esta vez, lejos de pronunciarse en retirada, avanzó deliberadamente y llamó á la puerta de nuestra habitación.

—Adelante—dijo Dupin con voz alegre y cordial.

En el mismo instante presentóse un hombre, evidentemente un marino; era un mocetón robusto y musculoso, con una expresión de audacia capaz de imponer á cualquiera, aunque no desagradable. Su rostro, curtido por el sol, quedaba en parte oculto por

las patillas y el bigote; llevaba un nudoso palo de encina, mas no parecía armado de otro modo. Saludó torpemente y diónos las buenas noches con un acento francés que, si bien tenía algo de suizo, recordaba lo bastante el origen parisiense.

—Siéntese usted, amigo mío; supongo que viene á buscar su orangutang; le aseguro que casi se lo envidio, porque es un animal magnífico, y sin duda vale mucho. ¿Qué edad podrá tener?

El marinero aspiró el aire con fuerza, como hombre á quien alivian de un peso intolerable, y replicó con voz segura:

—No puedo decírselo á usted con seguridad, pero me parece que no tendrá más de cuatro ó cinco años. ¿Le guarda usted aquí?

—¡Oh! no; aquí no hay sitio conveniente para encerrarle, y le tenemos en una cuadra cerca de casa, en la calle Dubourg; pero podrá usted recogerle mañana, si está dispuesto á probar su derecho de propiedad.

—Sí, señor, seguramente.

—Confieso que no me desprenderé del orangutang sin sentimiento—dijo Dupin.

—Entiendo—replicó el hombre—que no se habrá tomado usted tanta molestia por nada, y le advertiré que estoy dispuesto á dar una recompensa razonable á la persona que encontró el animal.

—Muy bien—repuso mi amigo—eso es muy justo; pero veamos... ¿qué daría usted? ¡Ah! Yo voy á decírselo. Por única recompensa me referirá usted todo cuanto sabe respecto á los asesinatos de la calle de Morgue.

Dupin pronunció estas palabras en voz muy baja y tranquilamente; después dirigióse hacia la puerta, mostrando la misma placidez, cerróla, guardóse la llave en el bolsillo, y sacando una pistola, colocóla con la mayor tranquilidad sobre la mesa.

El rostro del marino se enrojeció al punto, cual si

estuviese en las angustias de una sofocación; púsose en pie y empuñó su palo; pero un momento después volvió á sentarse, tembloroso, agitado y pálido como un difunto: no podía articular una sola palabra, y confieso que le compadecí sinceramente.

—Amigo mío—dijo Dupin con voz bondadosa,—usted se alarma sin motivo, se lo aseguro. No tratamos de hacerle el menor daño, y crea por mi honor de caballero francés que no nos anima la menor mala intención contra usted. Sé muy bien que está inocente de los horrores de la calle de Morgue; pero esto no quiere decir que no se halle algo complicado. Las pocas palabras que acaba de oír deben probarle que sobre este asunto poseo informes que nunca podía usted sospechar. La cosa es ahora clara para nosotros: usted no ha hecho nada que pudiese evitar, y con seguridad no es culpable, ni siquiera de robo, aunque pudo apoderarse impunemente de lo que estaba á su alcance. En su consecuencia, nada tiene usted que ocultar, pues no hay razón para ello; y por otra parte, está usted obligado, obedeciendo á los principios del honor, á confesar todo cuanto sabe. Un hombre inocente se halla ahora en la cárcel, acusado del crimen cuyo autor puede usted indicar.

Mientras que Dupin hablaba, el marinero iba recordando poco á poco su presencia de ánimo; pero toda su primera audacia había desaparecido.

—¡Que Dios me asista!—exclamó después de una breve pausa:—voy á decirle á usted todo cuanto sé del asunto; pero me parece que no creará usted la mitad; sería un necio si lo esperase así. Sin embargo, soy inocente, y diré todo lo que sé, aunque me costara la vida.

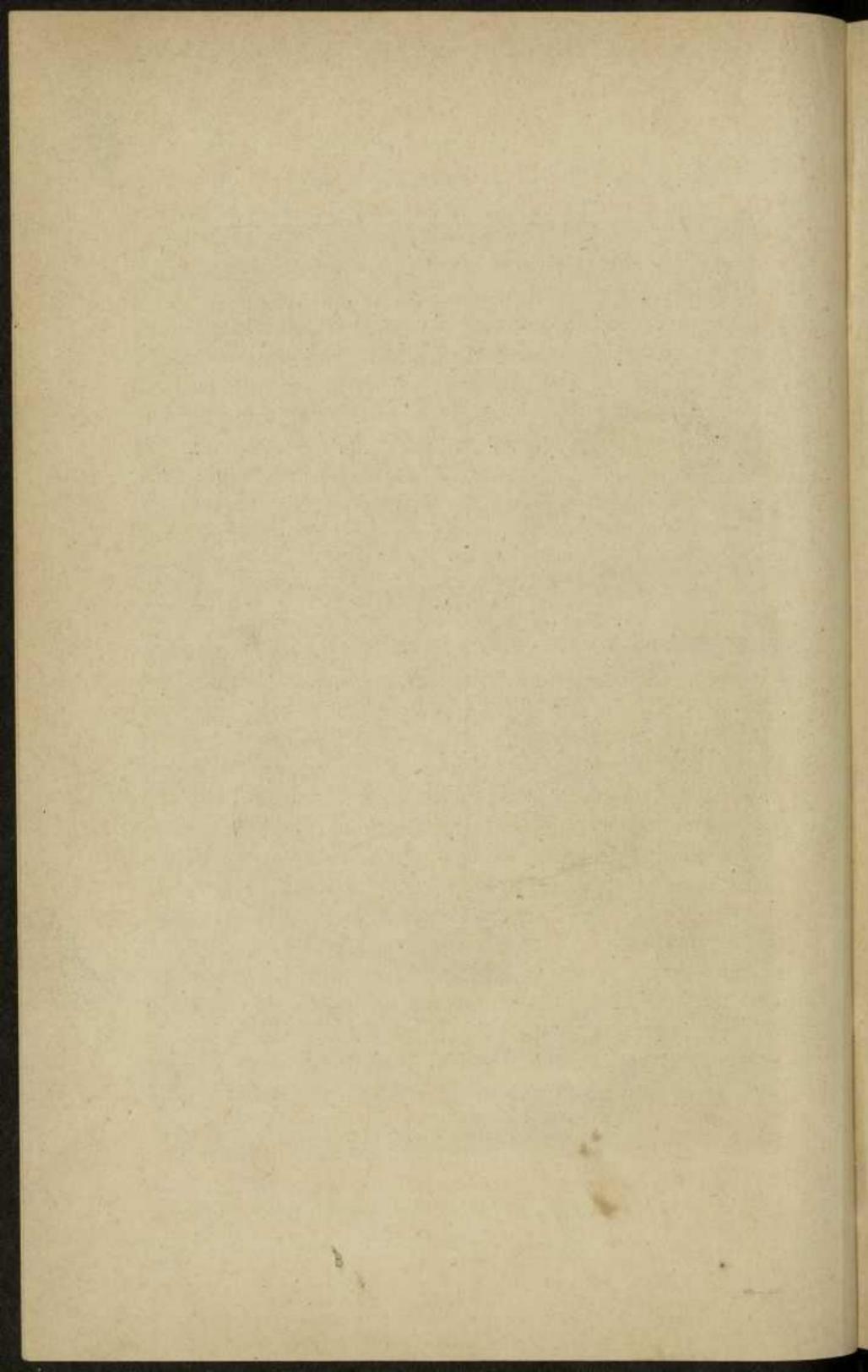
He aquí en resumen lo que nos contó. Había hecho últimamente un viaje al Archipiélago indico; algunos marineros, á los cuales acompañaba, desembarcaron en Borneo, é internáronse para emprender una excursión

sión de aficionados. Con ayuda de un amigo suyo, apoderóse del orangutang, y como aquel muriese á poco, quedó por dueño exclusivo de la presa. Después de muchos apuros, ocasionados por la indomable ferocidad del cautivo durante la travesía, consiguió al fin conducirlo á su alojamiento en París; y para no atraer la insoportable curiosidad de los vecinos, encerróle cuidadosamente, con objeto de curarle una herida que se había inferido en el pie. Su proyecto era venderle apenas se presentase ocasión.

Cierta noche, ó más bien cierta mañana, al volver de una orgía celebrada por algunos marineros, halló al orangutang instalado en su alcoba; habíase escapado de la habitación contigua, donde le creía seguro, y con una navaja en la mano y la cara llena de jabón, trataba de afeitarse, como había visto hacer á su amo, mirando por el ojo de la cerradura. Espantado al ver un arma tan peligrosa en manos de aquel animal feroz, muy capaz de servirse de ella, el hombre permaneció inmóvil algunos instantes sin saber qué partido tomar. Generalmente había dominado al animal con el látigo, aun en sus accesos más furiosos, y esta vez quiso apelar al mismo medio; mas al ver esto el orangutang, saltó á través de la puerta de la habitación, bajó la escalera, y aprovechándose de una ventana, abierta por desgracia, precipitóse en la calle.

Desesperado el hombre, persiguió al mono, que siempre con su navaja en la mano deteníase á intervalos, volvía la cabeza y enseñaba los dientes al marinero hasta que, viéndole ya demasiado cerca, emprendía de nuevo la carrera. Aquella cacería duró bastante tiempo, y como eran las tres de la madrugada, no se veía ni un solo transeúnte por las calles. Al atravesar un pasaje situado detrás de la calle de Morgue, llamóle al fugitivo la atención una luz que brillaba en la ventana abierta de la señora de Espanaye, en el piso





cuarto de su casa; el mono se precipitó hacia la pared, cogió la cadena del para-rayos, trepó con inconcebible agilidad, agarróse al postigo, que tocaba la pared, y tomando impulso fué á caer en la cabecera del lecho.

Toda aquella gimnasia no duró más de un minuto; el postigo fué rechazado contra la pared por el esfuerzo del orangutang al lanzarse en la habitación.

El marinero quedó á la vez contento é inquieto: esperaba apoderarse del animal, que difícilmente podría huir del lugar donde se había introducido, siendo además fácil impedir su fuga; mas por otra parte temía que el orangutang cometiera algún desperfecto en la casa. Esta última reflexión indujo al hombre á seguirle la pista, pues para un marinero no era difícil trepar por una cadena; pero cuando hubo llegado á la altura de la ventana, vióse bastante apurado, porque estaba algo lejos, y lo único que pudo hacer fué colocarse de modo que pudiera dirigir una mirada al interior de la habitación. Lo que entonces vió le produjo tal impresión de terror, que estuvo á punto de soltar la cadena: entonces fué cuando se oyeron, en medio del silencio de la noche, los espantosos gritos que despertaron sobresaltados á los habitantes de la calle de Morgue.

La señora de Espanaye y su hija, con su traje de noche, ocupábanse sin duda en arreglar algunos papeles en el cofrecillo de hierro de que se ha hecho mención, y que habían arrastrado hasta el centro de la sala; estaba abierto, y todo su contenido diseminado en el suelo. Las víctimas se hallaban sin duda de espaldas á la ventana, y á juzgar por el tiempo transcurrido entre la entrada del animal y los primeros gritos, es probable que no le vieran al pronto: el ruido del postigo se pudo atribuir al viento.

Cuando el marinero fijó su mirada en el interior de la habitación, el terrible orangutang acababa de coger á la señora de Espanaye por el cabello, suelto en aquel

instante porque estaba peinándose, y agitaba la navaja de afeitar ante su rostro, imitando los ademanes de un barbero. La hija estaba tendida en el suelo é inmóvil, pues se había desmayado por efecto del terror. Los gritos y los esfuerzos de la señora de Espanaye, durante los cuales le fué arrancado el cabello, tuvieron por resultado trocar en furor las disposiciones tal vez pacíficas del orangutang. De un solo golpe con su musculoso brazo, separó casi la cabeza del cuerpo, y la vista de la sangre transformó su furor en frenesí. Entonces rechinó los dientes; sus ojos lanzaban fuego, y fijando su mirada en el cuerpo de la joven, hundió sus terribles uñas en el cuello de la infeliz, sin sacarlas hasta que hubo muerto. En el mismo momento sus salvajes miradas se dirigieron hacia la cabecera del lecho, y pudo ver el rostro de su amo pálido de horror.

La furia del animal, que sin duda se acordaba del terrible látigo, trocóse al punto en espanto; sabiendo muy bien que merecía castigo por lo que acababa de hacer, quiso tal vez ocultar las sangrientas huellas, y saltando por la sala, en un acceso de agitación nerviosa, rompía y derribaba algún mueble á cada uno de sus movimientos, y acercándose de pronto al lecho arrancó la colcha y las sábanas. Por último, apoderóse del cuerpo de la joven é introdujole por la chimenea en la postura en que se le encontró; y cogiendo luego el cadáver de la madre, arrojóle de cabeza por la ventana.

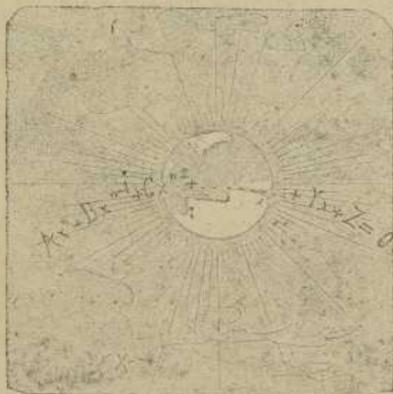
Al acercarse á ésta con su fúnebre carga, el marinero, mudo de horror, deslizóse á lo largo de la cadena sin precaución alguna y corrió á su casa, temiendo las consecuencias de aquel crimen atroz y sin cuidarse ya de su orangutang. Las voces oídas por los que subían la escalera eran sus exclamaciones de espanto, mezcladas con los gritos diabólicos del animal.

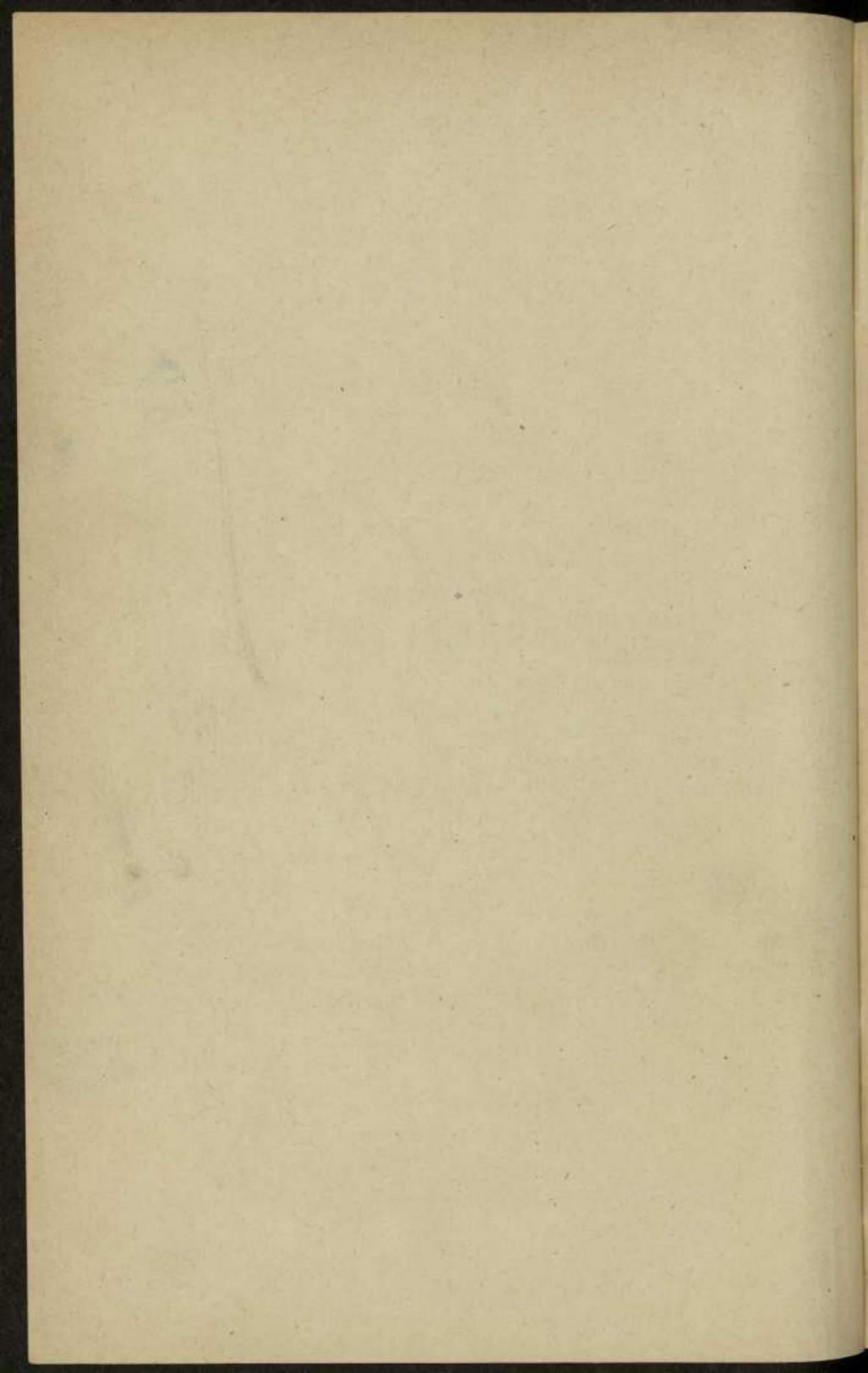
No es necesario añadir más; el mono escapó sin duda por la ventana de la habitación, cogiéndose á la

cadena antes que la puerta se abriese, y al salir cerró sin duda aquella. Poco después fué cogido por el marinero, que le vendió á buen precio al Jardín de Plantas.

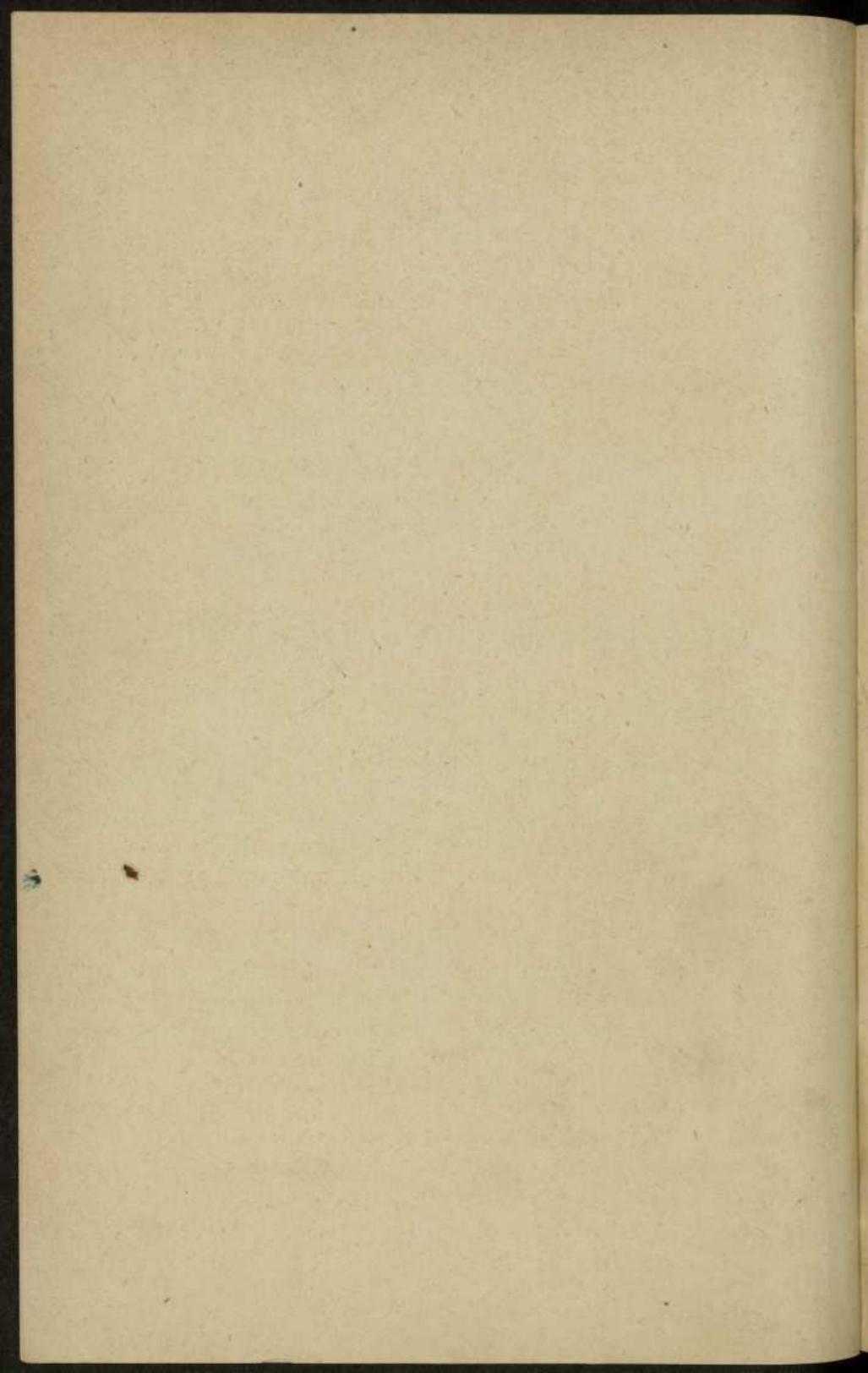
Lebon fué puesto en libertad cuando referimos todas las circunstancias del crimen, razonadas con algunos comentarios de Dupin, en el mismo despacho del prefecto de policia. Este funcionario, por mucho que apreciara á mi amigo, no pudo ocultar su mal humor al ver el giro que tomaba el negocio, y permitiéndose algún sarcasmo sobre la manía de las personas que intervenían en sus funciones.

—Déjele usted hablar—dijo Dupin que había juzgado conveniente no replicarle;—déjele usted charlar para que desahogue su conciencia. Me alegro mucho de haberle batido en su propio terreno. Nada de extraño tiene que no haya podido aclarar la cosa, y esto es menos singular de lo que él cree, porque nuestro amigo el prefecto peca demasiado de astucia para ser profundo. Su ciencia carece de base; todó es en ella cabeza y le falta el cuerpo, como á los retratos de la diosa Laverna, ó si le parece á usted mejor, todo es cabeza y hombros, como el bacalao. No obstante, es un buen hombre, y yo le aprecio particularmente por un maravilloso género de *canto* al que debe su reputación de genio. Refiérome á su manía de *negar lo que es y explicar lo que no es*.





EL ESCARABAJO DE ORO





EL ESCARABAJO DE ORO

¡Oh, oh! ¿Qué es eso? Ese muchacho tiene la locura en las piernas. Sin duda le ha picado la tarántula.

HACE algunos años trabé íntima amistad con un tal Guillermo Legrand, hijo de una antigua familia protestante; en otro tiempo había sido muy rico, pero una serie de desgracias redujéronle á la miseria, y á fin de evitar la humillación abandonó Nueva Orleans, ciudad de sus abuelos, para ir á establecerse en la isla de Sullivan, situada cerca de Charleston, en la Carolina del Sur.

Esta isla, una de las más singulares, está formada casi del todo por la arena del mar, y sólo tiene tres millas de longitud por un cuarto de milla de anchura. Hállase separada del continente por una caleta apenas visible, cuyas aguas se filtran á través de una masa de

cañas y de cieno, punto de reunión habitual de las aves acuáticas. La vegetación, como se comprenderá, es pobre, ó mejor dicho, enana, encontrándose sólo árboles pequeños. Hacia la extremidad occidental, en el sitio donde se elevan el fuerte Moultrie y algunas miserables construcciones de madera, habitadas durante el verano por los que huyen del polvo y de las fiebres de Charleston, se encuentra, á decir verdad, la palmera setíjera; pero toda la isla, excepto ese punto occidental y un espacio de aspecto triste y blanquizco, a orillas del mar, está llena de matorrales de ese mirto oloroso tan apreciado por los horticultores ingleses. Este arbusto alcanza con frecuencia una altura de quince ó veinte pies; forma espesuras casi impenetrables y embalsama la atmósfera con sus perfumes.

En lo más profundo de esos bosquecillos, no lejos de la extremidad oriental de la isla, que es la más lejana, Legrand construyó una choza, en la cual habitaba cuando por primera vez, y merced á una casualidad, trabé conocimiento con él, conocimiento que se convirtió á poco en amistad, porque el solitario era muy digno de aprecio. Pronto eché de ver que había recibido una esmerada educación, bien aprovechada por sus facultades nada comunes; pero acosábale una profunda misantropía y estaba sujeto á enojosas alternativas de entusiasmo y de tristeza. Aunque tenía muchos libros, rara vez los leía; la caza y la pesca eran su principal pasatiempo, ó bien paseábase por la playa, buscando conchas y muestras entomológicas: su colección hubiera sido envidiada hasta por el mismo Swammerdam. En sus excursiones solía acompañarle un negro anciano, llamado Júpiter, que á pesar de haber obtenido su libertad antes de sufrir la familia los reveses de la fortuna, no quiso acceder, ni por amenazas ni por promesas, á separarse de su joven *massa* (amo, señor) Guillermo, considerandose con derecho

á seguirle á todas partes. Es probable que los padres de Legrand, juzgando que éste tenía la cabeza algo trastornada, favorecieran la obstinación de Júpiter, á fin de tener una especie de guardián ó vigilante junto al fugitivo.

En la latitud de la isla de Sullivan, rara vez son los inviernos rigurosos, y considérase como un acontecimiento singular que sea indispensable el fuego hacia fines del año. No obstante, á mediados de Octubre de 18... hubo un día muy crudo; y poco antes de ponerse el sol dirigíme hacia la choza de mi amigo, á quien no había visto hacía algunas semanas. Habitaba yo entonces en Charleston, á la distancia de 9 millas de la isla, y en aquella época no eran tan fáciles como hoy los medios para trasladarse de un punto á otro.

Al llegar á la choza llamé como de costumbre, y no recibiendo contestación, busqué la llave en el sitio donde solía estar, abrí la puerta y entré. En el hogar chisporroteaba un fuego brillante, que fué para mí la más agradable sorpresa; despojéme del gabán, acerqué una silla, y esperé con paciencia la llegada del dueño de aquella vivienda.

Poco después de anochecer aparecieron amo y criada é hicieronme la más cordial acogida. Júpiter, entreabierta desmesuradamente la boca por una sonrisa de contento, iba de un lado á otro á fin de preparar algunas gallinetas de agua para la cena. Legrand estaba en una de sus *crisis* de entusiasmo, pues no de otro modo podría llamarla; acababa de encontrar una bivalva desconocida, de un género nuevo; y además había cogido con ayuda de Júpiter un escarabajo que á su juicio era nuevo también. Díjome que deseaba conocer mi opinión á la mañana siguiente.

—¿Y por qué no esta noche?—pregunté, frotándome las manos al calor de la llama, y renegando interiormente de toda la familia de los escarabajos.

— ¡Ah! si hubiera sabido que estaba usted aquí!... Hace mucho tiempo que no le he visto, y no podía figurarme que me visitaría precisamente esta noche. En el camino he encontrado al teniente G..., gobernador del fuerte, y sin reflexionar le he prestado mi escarabajo; de modo que no podrá usted verle hasta mañana á primera hora. Quédese aquí esta noche, y enviaré á Júpiter á buscarle al salir el sol. Es la cosa más bonita que podría ver en el mundo.

— ¡La salida del sol!

— ¡No, hombre, el escarabajo! Su color es de oro brillante; su tamaño el de una nuez; tiene dos manchas de negro azabache en una extremidad del dorso, y otra más prolongada en la opuesta. Las antenas son...

— No tiene *estaño* (1), massa Guillermo — interrumpió Júpiter — yo se lo aseguro; el escarabajo es de oro, de oro macizo, por dentro y por fuera, excepto las alas; jamás he visto otro que pesara ni la mitad.

— Bien, admitamos que tienes razón, Júpiter — repuso Legrand con más viveza de la que el asunto merecía en mi concepto; — pero esto no es una razón para que dejes quemar las gallinas. — El color del insecto — añadió dirigiéndose á mí — bastaría en verdad para creer que Júpiter tiene razón. Nunca habrá visto usted un brillo metálico tan vivo como el de sus elitros; pero no podrá juzgar hasta mañana. Entre tanto procuraré darle idea de su forma.

(1) La pronunciación de la palabra *antennæ* (antenas), hace que Júpiter cometa una equivocación, pues cree que se habla de estaño: *Dey aint no tin in him* (no hay estaño en él); es un equívoco intraducible. El negro de aquel país hablará siempre en una especie de *patuá* inglés que no sería posible imitar con el *patuá* del negro francés, así como el bajo-normando ó el bretón no traduciría el irlandés.

Así diciendo, sentóse ante una mesita, sobre la cual ví tintero y pluma, pero no papel; buscólo en el cajón, y como no encontrase, dijome de pronto:

—No importa; esto bastará.

Y sacó del bolsillo de su chaleco una cosa que me pareció un pedazo de vitela vieja muy sucia, en la cual trazó un croquis con la pluma. Entre tanto, yo permanecía junto al fuego, porque me molestaba mucho el frío. Cuando el dibujo estuvo terminado, Legrand me le entregó sin levantarse, y en el momento de recibirle oyóse un fuerte gruñido, acompañado de algunos rasguños en la puerta. Júpiter abrió, y ví entrar un enorme perro de Terranova, perteneciente á Legrand, que al punto saltó sobre mí, haciéndome mil caricias, pues ya me conocía por mis visitas anteriores. Cuando cesaron sus cabriolas tomé el papel, y á decir verdad, no dejé de preocuparme el dibujo de mi amigo.

—Sí—dije, después de examinarle durante algunos minutos—confieso que es un escarabajo extraño, y nuevo para mí, pues jamás he visto nada que se le asemeje, como no sea una calavera. A esto se parece más que á ninguna otra cosa de las que hasta aquí he podido examinar.

—¡Una calavera!—repitió Legrand.—¡Ah! sí, algo de esto se figura en el papel; las dos manchas negras superiores serian los ojos, y la más larga figura la boca. ¿No es verdad? Por otra parte, la forma general es ovalada...

—Tal vez sea así—repuse;—pero temo, amigo Legrand, que no sea usted muy artista. Esperaré á que me enseñe el insecto para formar idea de su conjunto.

—¡Muy bien!—replicó Legrand algo picado;—pero yo no sé cómo puede ser lo que usted dice, pues yo dibujo bastante bien, ó por lo menos debía hacerlo, por-

que he tenido buenos profesores y me lisonjeo de no ser del todo torpe.

—Pues entonces, amigo mío—repliqué—debo decirle que usted se chancea, porque el dibujo representa un cráneo bastante regular, ó más bien, perfecto, según los principios adquiridos relativamente á esta parte de la osteología; de modo que ese escarabajo será la más extraña de todas las especies del mundo si se parece al diseño. Sobre esto podría basarse alguna superstición conmovedora. Presumo que designará usted su insecto con el nombre de *scarabæus caput hominis*, ó alguna cosa parecida, pues en las obras de historia nâatural hay muchos apelativos de este género. Pero ¿dónde están las antenas de que hablaba usted?

—¡Las antenas!—repitió Legrand, que se exaltaba inexplicablemente;—ahí deben hallarse las antenas; estoy seguro de ello, pues las he marcado tan bien como las presenta el original, y presumo que esto basta.

—Muy bien—repuse;—admito que usted las haya dibujado; pero la cuestión es que yo no las veo.

Al decir esto le devolví el papel sin hacer ninguna otra observación, á fin de no exasperarle; pero preocupábame mucho el giro que aquel asunto tomaba, y sobre todo el mal humor de mi amigo. En cuanto al croquis del insecto, positivamente no se veía antena alguna, y el conjunto se parecía singularmente á la imagen ordinaria de una calavera.

Tomó el papel con aire displicente, y lo estrujaba para arrojarlo en el fuego, cuando su mirada fijóse casualmente en el dibujo y concentró en él toda su atención. En el mismo instante, ví que su rostro pasaba de un rojo intenso á mortal palidez. Durante algunos minutos y sin moverse de su asiento, siguió examinando el dibujo. Levantóse al fin, y tomando una bujía, fué á sentarse sobre un cofre en el otro extremo de la sala, donde continuó examinando el papel, vol-

viéndole en todos sentidos. Sin embargo, nada dijo, y aunque su conducta me asombrase en extremo, juzgué prudente no acrecentar su mal humor con ningún comentario. Por último, sacó del bolsillo de su casaca una cartera, guardó cuidadosamente el papel, y depositó el todo en un pupitre, cerrándolo con llave. Figúreseme después que comenzaba á serenarse; pero su primer entusiasmo había desaparecido del todo, y su expresión parecía más bien concentrada que burlona. A medida que la noche avanzaba, absorbíase más en su meditación, y ninguna de mis palabras bastó para distraerle de ella. Al principio había tenido intención de pasar la noche en la choza, como lo había hecho más de una vez; pero al ver á mi amigo de tan mal humor, juzgué más oportuno retirarme. No hizo esfuerzo alguno para detenerme; pero cuando me marchaba estrechóme la mano con más cordialidad que de costumbre.

Al cabo de un mes, poco más ó menos, durante el cual no había oído hablar de Legrand, recibí en Charleston la visita de su servidor, Júpiter. Jamás había visto al buen negro tan abatido, y temí que hubiera ocurrido alguna desgracia á mi amigo.

—¿Qué tenemos, Jup? (llamábanle así por abreviatura)—le pregunté.—¿Cómo está tu amo?

—A decir verdad, massa, no tan bueno como debería.

—¿Que no está bueno? Lo siento de veras; pero ¿de qué se queja?

—¡Ah! esta es la cuestión; no se queja nunca de nada, pero esto no impide que esté muy enfermo.

—¡Muy enfermo, Júpiter! ¿Por qué no lo decías de una vez. ¿Está en cama?

—No, no, ni en cama ni en ninguna parte, y esto es lo que me inquieta sobre la suerte del pobre massa Guillermo.

—Júpiter, quisiera comprender todo lo que me estás contando; dices que tu amo está enfermo, y debo suponer que te habrá indicado cuál es su mal.

—¡Oh! massa, es inútil cavilar; mi amo dice que no tiene absolutamente nada; pero si es así, ignoro por qué va de una parte á otra siempre pensativo, con la vista en el suelo, la cabeza baja, el cuerpo encorvado y pálido como un difunto. Tampoco me explico que siempre esté escribiendo cifras y más cifras.

—¿Cifras dices, Júpiter?

—Sí señor, cifras y signos en una pizarra, y estos últimos son los más extraños que en mi vida he visto. Comienzo á tener miedo, y siempre he de estar con la vista fija en mi amo. El otro día se me escapó antes de salir el sol, y ya no volví á verle en todo el santo día. Yo tenía preparado un palo para administrarle un fuerte correctivo; pero soy tan animal, que después me faltó el valor. ¡Parece tan desgraciado!

—Bien mirado, creo que debes ser indulgente con el pobre Guillermo; es preciso no apelar al látigo, Júpiter, pues no se halla en estado de resistirlo. Pero, dime, ¿no puedes imaginar tú lo que ha ocasionado esa enfermedad, ó más bien ese cambio de conducta? ¿Le ha ocurrido algún incidente desagradable desde que os visité?

—No, massa; nada enojoso ha ocurrido *desde* entonces, pero *antes* sí, ó por lo menos lo temo; fué el día en que usted nos visitó.

—¡Cómo! ¿Qué quieres decir?

—Me refiero al escarabajo; esto es todo.

—¡Al escarabajo!

—Sí; estoy seguro que le ha picado á mi amo en la cabeza.

—¿Y qué motivo tienes para suponer eso?

—No le faltan pinzas, ni tampoco boca, y aseguro á usted que jamás he visto un escarabajo tan endiablado.

do, pues agarra todo cuanto se pone á su alcance y muerde. Massa Guillermo fué quien le cogió, pero hubo de soltarle muy pronto, sin duda porque le había picado. El aspecto de ese escarabajo y su boca no me hacían gracia, y por eso no quise cogerle con los dedos; me serví de un papel, y al envolverle púsele un pedacito en la boca.

—¿Y crees tú que el escarabajo ha picado verdaderamente á tu amo, y que esta es la causa de su enfermedad?

—Yo no creo nada; lo sé. ¿Por qué sueña siempre en el oro sino porque le ha picado ese bicho? Ya he oído yo hablar de esos insectos.

—Pero ¿cómo sabes tú que tu amo sueña en el oro?

—¿Cómo lo sé? Porque habla de ello aunque esté durmiendo; así lo he sabido.

—Hasta cierto punto puedes tener razón, Júpiter; pero ¿á qué feliz circunstancia debo hoy tu visita?

—¿Qué quiere usted decir, massa?

—¿Me traes algún mensaje de Legrand?

—No, massa, lo que traigo es una carta—contestó Júpiter entregándome la misiva.

El escrito decía lo siguiente:

«Querido amigo:

»¿Por qué no le he visto hace tanto tiempo? Espero que no será tan niño que se vaya á formalizar por haberme mostrado brusco un momento cuando me hizo su última visita: esto no es nada probable.

»Desde que le vi á usted me ha inquietado mucho cierto asunto. Deseo decirle alguna cosa, pero apenas sé cómo hacerlo, ni sé tampoco si lo haré.

»He estado algo indispuerto hace días, y el pobre Júpiter me molesta de una manera insoportable á pesar de su buen deseo y sus atenciones. ¿Querrá usted creer que el otro día había preparado un palo para cas-

tigarme porque me escapé y estuve todo el día solo en medio de las colinas? A fe mía, creo que sólo mi mal aspecto me libró del correctivo.

»Nada he agregado á mi colección desde que nos vimos la última vez.

»Vuelva usted con Júpiter, si puede hacerlo sin molestarse demasiado. *Venga usted, venga usted*; deseo verle esta noche para un asunto grave, y asegúrole que es de la *más alta* importancia.»

Su affmo.

GUILLERMO LEGRAND.

En el estilo de aquella carta había algo que me causó mucha inquietud, porque difería completamente del que Legrand solía usar. ¿En qué diablos soñaba? ¿Qué nueva manía se habría apoderado de su excitable cerebro? ¿Cuál sería el asunto de *tan alta importancia* de que me hablaba? La relación de Júpiter no presagiaba nada bueno, y temí que la continua presión que el infeliz sufría hubiera trastornado al fin el juicio de Legrand. Sin vacilar un momento me preparé, por lo tanto, para acompañar al negro.

Al llegar al muelle observé que en el fondo de la barca que debía conducirnos había una hoz y tres azadones, todos nuevos.

—¿Qué significa eso, Júpiter?—pregunté al negro.

—Es una hoz y unos azadones.

—Ya lo veo; pero, ¿qué hace eso aquí?

—Massa Guillermo me ha dicho que comprara estos útiles en la ciudad, y por cierto que me cuestan bien caros. ¡Para el diablo que compre semejantes utensilios!

—Pero, en nombre del cielo, ¿qué ha de hacer tu amo con la hoz y las azadas?

—Me pregunta usted más de lo que yo sé, y no creo que él sepa tampoco lo que ha de hacer; el diablo me

lleve si no estoy convencido de ello; pero todo esto viene del escarabajo.

Viendo que no podía sacar nada en claro de Júpiter, cuyo pensamiento parecía absorto por el insecto, salté á la embarcación y desplegué la vela. Una fuerte brisa nos impelió bien pronto hacia la pequeña ensenada que se halla al norte del fuerte Moutrie, y después de recorrer unas dos millas llegamos á la cabaña. Eran las tres de la tarde, poco más ó menos, y Legrand nos esperaba con viva impaciencia; estrechóme la mano con cierta agitación nerviosa que me alarmó, y esto fué suficiente para que me confirmara en mis nacientes sospechas. Estaba pálido como un espectro, y en sus ojos, naturalmente muy hundidos, noté un brillo extraordinario. Después de informarme acerca de su salud, preguntéle, no hallando otra cosa mejor que decir, si el teniente G... le había devuelto al fin su escarabajo.

—¡ Sí, sí !—replicó sonrojándose;—le recogí á la mañana siguiente, pues por nada del mundo me separaría del insecto. ¿ Sabe usted que Júpiter tiene razón ?

—¿ De qué ?—pregunté con un triste presentimiento en el corazón.

—Suponiendo que es un escarabajo de verdadero oro.

Legrand dijo esto con una seriedad que me afligió mucho.

—Ese escarabajo—continuó mi amigo con sonrisa de triunfo, está destinado á ser el origen de mi fortuna, y á reintegrarme de mis posesiones de familia. ¿ Se ha de extrañar, pues, que le estime en tan alto precio ? Puesto que la Fortuna ha tenido á bien concedérmele, debo utilizarle convenientemente, y llegaré hasta el oro de que es indicio. Júpiter, tráemele.

—¿ Qué ? ¿ El escarabajo ? Mejor quiero no tener nada que ver con él ; ya sabrá usted cogerle con su propia mano.

Legrand se levantó con aire grave y majestuoso, y fué á buscar el insecto, que estaba depositado bajo un globo de cristal. Era un magnífico escarabajo, desconocido de los naturalistas en aquella época, y que debía ser de mucho valor bajo el punto de vista científico. Caracterizábase principalmente por tener en una de las extremidades del dorso dos manchitas negras y redondas, y en la otra una de forma prolongada; los elitros, en extremo duros y brillantes, parecían efectivamente de oro bruñido; el cuerpo era muy pesado, y á decir verdad, la opinión de Júpiter no dejaba de ser razonable. Lo extraño era que Legrand se aviniese con Júpiter sobre este punto; no podía comprenderlo, y aunque se hubiese tratado de salvar mi existencia me habría sido imposible descifrar el enigma.

—Le he enviado á buscar—dijome con tono solemne cuando hube acabado de examinar el escarabajo—para pedirle consejo y auxilio á fin de llevar á cabo la empresa que mi suerte y ese insecto me deparan...

—Querido Legrand—repuse al punto interrumpiéndole—seguramente no está usted bien, y le convendría mucho más adoptar algunas precauciones. Acuéstese ahora mismo, y yo permaneceré aquí algunos días hasta que se restablezca. Sin duda le aqueja la fiebre, y...

—Tome usted el pulso—replicó.

Hicelo así, y á decir verdad, no reconocí el menor síntoma de fiebre.

—Pero podría usted estar enfermo sin tener calentura—repuse;—permitame sólo por esta vez servirle de médico; ante todo, váyase á la cama, y después...

—Se engaña usted—interrumpió;—estoy tan bueno como podría esperarse, atendido mi estado de excitación; y si realmente quiere usted verme del todo restablecido, fácil le será aliviarme.

—¿Qué se ha de hacer para eso?

—Es muy fácil: Júpiter y yo vamos á emprender una expedición á las colinas, y necesitamos el auxilio de una persona de toda confianza. Usted es esa persona única, y ya fracase nuestra empresa, ó bien alcance buen resultado, la excitación que en mí ve usted ahora desaparecerá.

—Deseo vivamente servirle en todo—repuse;—pero ¿tendrá ese infernal escarabajo algo que ver con nuestra expedición á las colinas?

—Ciertamente.

—Entonces, amigo Legrand, me es imposible cooperar en una empresa tan completamente absurda.

—Lo siento, lo siento mucho, porque será preciso arreglarnos solos.

—¡Solos!—exclamé.—¡Ah! ¡el desgraciado está loco! Pero, veamos: ¿cuánto tiempo durará su ausencia?

—Probablemente toda la noche; vamos á marchar al punto, y sea como quiera, volveremos al salir el sol.

—¿Y me promete usted que una vez satisfecho su capricho, respecto al asunto del escarabajo, volverá usted á casa y se someterá puntualmente á mis prescripciones, cual si fuesen las de su médico?

—Sí, se lo prometo á usted; y ahora en marcha, pues no hay tiempo que perder.

Acompañé á Legrand con el corazón entristecido: á las cuatro salíamos de la cabaña, acompañados de Júpiter, que llevaba la hoz y las azadas, pareciéndome que el negro insistía en cargar con aquellos instrumentos más bien por no verlos en manos de su señor que por un exceso de complacencia. Por lo demás, Júpiter estaba de muy mal humor, y durante todo el camino sólo le oí pronunciar las palabras: ¡maldito escarabajo! Yo era portador de dos linternas sordas; y en cuanto á Legrand, habíase contentado con el insecto, que llevaba pendiente de la extremidad de un bramante, haciéndole dar vueltas á cada momento, con

cierto aire de encantador. Cuando observé este síntoma supremo de locura en mi pobre amigo, apenas pude contener las lágrimas; pero pensé que más valdría satisfacer su capricho, al menos por el momento, ó hasta que pudiera adoptar algunas medidas enérgicas con probabilidades de éxito. Sin embargo, traté de sondear á mi amigo, aunque inútilmente, respecto al objeto de la expedición; había conseguido que le acompañara y parecía poco dispuesto á trabar conversación sobre un asunto de tan poca importancia. A todas mis preguntas sólo contestaba: *ya lo veremos*.

Atravesamos en un bote la caleta que hay en la punta de la isla, y franqueando los terrenos montañosos de la orilla opuesta, nos dirigimos hacia el noroeste, cruzando un país horriblemente salvaje y desolado, donde era imposible reconocer la menor huella humana. Legrand avanzaba resueltamente, deteniéndose sólo de vez en cuando para consultar ciertas indicaciones, hechas al parecer por él mismo algún tiempo antes.

Así anduvimos unas dos horas, y ya iba á ponerse el sol cuando penetramos en una región mucho más siniestra que todo cuanto hasta entonces habíamos visto: era una especie de meseta situada cerca de la cima de una montaña espantosamente escarpada, cubierta de bosque desde la base á la cumbre y llena de enormes peñascos esparcidos al acaso, muchos de los cuales se habrían precipitado sin duda en los valles inferiores á no ser por los árboles en que se apoyaban. Profundos barrancos, cortando el terreno en diversos sentidos, comunicaban al conjunto cierto carácter de lúgubre solemnidad.

La plataforma natural á que habíamos trepado estaba tan obstruída por las raíces, que al punto vimos que sin la hoz no hubiera sido posible abrirnos paso. Júpiter, obedeciendo á las órdenes de su amo, ocupóse

en practicar una senda hasta el pie de un tulípero gigantesco que se elevaba, entre ocho ó diez encinas, en la plataforma; aventajaba á sus compañeros y á cuántos árboles había visto hasta entonces, no sólo por la belleza de su forma y de su follaje, sino por el inmenso desarrollo de sus ramas, así como por su aspecto majestuoso. Cuando llegamos al pie de este árbol, Legrand se volvió hacia Júpiter y preguntóle si se creía capaz de trepar. El viejo negro pareció quedar aturdido al oír estas palabras, y pasaron algunos instantes sin que contestara; después acercóse al enorme tronco, dió la vuelta al rededor y examinóle con minuciosa atención. Terminado el reconocimiento, limitóse á contestar simplemente :

—Sí, massa; Jup no ha visto árbol ninguno á que no pueda trepar.

—¡Vamos, pues, sube, y pronto! Dentro de poco estará demasiado oscuro para ver lo que hacemos.

—¿Hasta dónde he de subir, massa?—preguntó Júpiter.

—Por ahora trepa al tronco; después te diré por dónde has de ir. ¡Ah! ¡espera un instante! Coge el escarabajo.

—¡El escarabajo, massa!—gritó el negro retrocediendo de espanto. —¿Para qué he de llevarle al árbol? ¡Así me condene si lo hago!

—Jup, si tienes miedo, tú que eres tan corpulento y robusto, si te atemoriza tocar un pequeño insecto muerto é inofensivo, llévale con este bramante; si no le tomas de un modo ú otro, me veré en la dura necesidad de abrirte la cabeza con este azadón.

—¡Dios mío!—exclamó Júpiter, á quien la vergüenza hizo más complaciente;—siempre inquieta usted á su pobre negro. Lo que he dicho es una broma; á mi no me atemoriza nada el escarabajo, ni me da cuidado alguno.

Al decir esto, cogió con precaución la extremidad del bramante, y manteniendo el insecto tan lejos de su persona como las circunstancias lo permitían, dispúsose á trepar por el árbol.

El tulípero ó *Liriodendron Tulipiferum*, el árbol más magnífico que se encuentra en los bosques americanos, por lo menos en su juventud, tiene el tronco singularmente liso, y elévase con frecuencia á gran altura sin ramas laterales; pero cuando llega á su madurez, la corteza se hace rugosa y desigual, y de ella brotan pequeños rudimentos de ramas en gran número. Por eso la operación de escalarle era en aquel caso mucho menos difícil de lo que parecía. Júpiter, abarcando el enorme cilindro con brazos y rodillas, cogiéndose con las manos á varias ramas salientes, y apoyando los pies en otras, subió hasta la primera bifurcación, y entonces parecióle haber dado cima á su tarea. En efecto, lo más difícil estaba hecho ya, pues el buen Júpiter se hallaba á sesenta ó setenta pies del suelo.

—¿Por qué lado he de ir ahora, massa Guillermo?—preguntó.

—Sigue siempre la rama más gruesa, la de este lado—contestó Legrand.

El negro obedeció prontamente, y al parecer sin mucho trabajo; continuó subiendo más y más, hasta que al fin su cuerpo, recogido y agachado, desapareció en la espesura del follaje, quedando del todo invisible. Entonces oyóse su voz lejana que decía:

—¿He de subir más aún?

—¿A qué altura estás?—preguntó Legrand.

—A tal elevación—replicó Júpiter—que puedo ver el cielo á través de la cima del árbol.

—No te ocupes ahora del cielo—repuso mi amigo—y fija la atención en lo que voy á decirte. Mira el tronco y cuenta las ramas que hay debajo de ti por esta parte. ¿Cuántas has pasado?

—Una, dos, tres, cuatro, cinco; por aquí he pasado cinco ramas gruesas, massa.

—Entonces, trepa á la siguiente.

—A los pocos minutos oyóse de nuevo su voz, anunciando que acababa de alcanzar la séptima rama.

—Ahora, Jup—gritó Legrand, presa de una evidente agitación—es preciso que busques el medio de avanzar por esa rama tanto como te sea posible, y si ves alguna cosa singular, dímelo.

Las pocas dudas que yo había tratado de conservar relativamente á la demencia de mi pobre amigo, desaparecieron del todo al oír lo que decía. No podía menos de considerarle como atacado de enagenación mental, y comencé á inquietarme de veras sobre los medios de conducirle á la cabaña. Mientras meditaba lo que sería mejor hacer, oyóse de nuevo la voz de Júpiter.

—Temo mucho—decía—aventurarme demasiado lejos por esta rama, porque está muerta casi en toda su longitud.

—¿Has dicho que es una rama muerta, Júpiter?—preguntó Legrand con voz temblorosa por la emoción.

—Sí, massa, muerta como mi abuelo; está bien muerta y del todo seca.

—¿Qué haremos, en nombre del cielo?—exclamó Legrand, que parecía presa de una verdadera desesperación.

—¿Qué haremos?—repetí yo, satisfecho por tener aquella oportunidad de pronunciar una palabra razonable.—Lo mejor será volver á la cabaña y acostarnos; vamos, amigo mío, sea usted razonable; es tarde ya, y debe recordar su promesa.

—Júpiter—gritó Legrand sin hacer aprecio alguno de mis palabras—¿me oyes?

—Sí, massa Guillermo, le oigo perfectamente.

—Corta un poco de corteza con tu cuchillo, y dime si está muy podrida.

—Sí, massa, bastante—contestó poco después el negro; pero no tanto como podría estarlo. Me será posible avanzar un poco más por la rama, aunque para esto he de ir solo.

—¡Solo! ¿Qué quieres decir?

—Hablo del escarabajo, que es muy pesado; si le soltase, la rama me sostendría sin romperse.

—¡Grandísimo tunante!—gritó Legrand, que parecía haberse serenado.—¿Qué disparates estás diciendo? Si dejas caer el insecto te retorceré el cuello. ¡Atención, Júpiter! ¿Me oyes?

—Sí, massa; pero no debe usted tratar así á su pobre negro.

—¡Pues bien, escúchame ahora! Si te aventuras en la rama todo cuanto puedas sin peligro, y sin soltar el escarabajo, te regalaré un duro apenas bajas.

—Ya voy, massa Guillermo; ya llego—gritó á poco Júpiter;—estoy cerca de la extremidad.

—¡De la extremidad!—exclamó Legrand con acento más cariñoso.—¿Lo dices de veras?

—Sí, señor; falta muy poco para llegar, pero... ¡oh, oh, oh! ¡Dios mio, misericordia! ¿Qué hay en el árbol?

—¿Qué es eso?—gritó Legrand en el colmo de la alegría.

—Pues nada menos que una calavera; alguno ha dejado la cabeza en el árbol, y los cuervos se han comido toda la carne.

—¿Un cráneo dices? ¡Muy bien! ¿Cómo está sujeto á la rama? ¿Cómo está retenido?

—¡Oh! se halla bien asegurado, pero permítame usted mirar bien. ¡Ah! ¡vaya una cosa rara! En la calavera hay un clavo muy grande que la sujeta al tronco.

—¡Muy bien! Ahora, Júpiter, haz exactamente lo que voy á decirte. ¿Me oyes?

—Sí, señor.

—Pues cuidado; busca el ojo izquierdo de la calavera.

—¡Oh, oh! esto sí que es particular; no tiene ojo izquierdo.

—¡Maldito estúpido! ¿No sabrás distinguir la mano derecha de la izquierda?

—Sí, ya sé; mi mano izquierda es la que uso para cortar la leña.

—Porque serás zurdo; tu ojo izquierdo está en el lado de tu mano izquierda, y dicho esto supongo que podrás encontrar el de la calavera, ó más bien el sitio donde estaba. ¿Le has hallado?

Hubo aquí una larga pausa, y al fin oímos á Júpiter que decía:

—Entiendo que el ojo izquierdo de la calavera ha de estar en el lado de la mano izquierda; pero aquí no hay manos... No importa; ya he hallado el ojo. ¿Qué se ha de hacer ahora?

—Introduce el escarabajo por el agujero y deja correr el bramante todo lo posible, pero cuidado con soltar la extremidad.

—Ya está hecho, massa Guillermo; era muy fácil pasar el escarabajo por el agujero; mire usted cómo baja.

Durante este diálogo, la persona de Júpiter había permanecido invisible; pero el insecto aparecía ahora en la extremidad del cordel, y brillaba como una bola de oro bruñido, iluminado por los últimos rayos del sol poniente, que también nos permitían ver un poco á nuestro alrededor. El escarabajo se deslizaba entre las ramas, y si Júpiter le hubiese soltado habría caído á nuestros pies. Legrand cogió al punto la hoz, segó las hierbas en un espacio circular de tres ó cuatro varas de diámetro, precisamente debajo del insecto, y terminada la operación, ordenó á Júpiter que soltase la cuerda y bajara del árbol.

Con el más escrupuloso cuidado, mi amigo clavó en tierra una estaca, exactamente en el sitio donde el escarabajo había caído, sacó del bolsillo una cinta de medir, sujetóla por una extremidad en la parte del tronco del árbol más próximo á la estaca, y la desarrolló en la dirección dada por estos dos puntos en una distancia de cincuenta pies. Entre tanto, Júpiter despejaba el terreno con la hoz. En el punto así hallado, mi amigo clavó una segunda estaca, y tomándola como centro, trazó toscamente un círculo de cuatro pies de diámetro poco más ó menos; después empuñó una azada, y dándonos á Júpiter y á mí las otras dos, nos rogó que caváramos con toda la actividad posible.

A decir verdad, jamas había tenido yo afición á semejante ejercicio, y en aquel caso hubiera preferido ser mero espectador, pues la noche avanzaba, y aquejábame ya algo la fatiga por efecto de nuestra excursión; pero no veía medio de sustraerme, y temí perturbar con una negativa la prodigiosa serenidad de mi pobre amigo. Si hubiera podido contar con el auxilio de Júpiter, no habría vacilado en conducir por fuerza á su vivienda al pobre loco; mas conocía demasiado bien el carácter del anciano negro para esperar su ayuda en el caso de una lucha personal con su amo. No dudaba que Legrand tenía el cerebro alterado por alguna de las innumerables supersticiones del Sur relativas á los tesoros sepultados, y que su preocupación se alimentaba seguramente por el hallazgo del insecto, ó tal vez por la obstinación de Júpiter en sostener que era un escarabajo de oro verdadero. Una imaginación inclinada á la locura podía muy bien dejarse dominar por semejantes sugerencias, sobre todo si convenía con ideas favoritas preconcebidas; y por otra parte recordaba las palabras del pobre hombre cuando dijo que el escarabajo era *indicio de su fortuna*. Acosábame la inquietud, y no sabía qué partido to-

mar; mas al fin resolví hacer de tripas corazón, como vulgarmente se dice, y cavar con la mejor voluntad, para convencer cuanto antes al visionario, por una demostración ocular, de lo absurdo de sus ensueños.

Encendidas las linternas, dióse principio á la tarea con una animación y un celo dignos de mejor causa; y como la luz se reflejase en nuestras personas y en los útiles, no pude menos de pensar que formábamos un grupo verdaderamente pintoresco: si á alguien hubiera pasado casualmente por allí habría pensado que nos ocupábamos en un trabajo muy sospechoso.

Cavamos de firme durante dos horas, sin decir apenas una palabra; pero nos inquietaban los ladridos del perro, el cual parecía interesarse mucho en nuestro trabajo. Al fin alborotó de tal manera, que temimos alarmara á los merodeadores vagabundos que por allí pudiera haber, ó más bien Legrand fué quien lo temió, pues yo me hubiera regocijado de toda interrupción que me hubiese permitido conducir á mi amigo á su cabaña. Por fin cesó el ruido, gracias á Júpiter, que lanzándose fuera del agujero con enojo y resolución, ató con una cuerda el hocico del perro, á guisa de bozal, y volvió á continuar su trabajo con una sonrisa de triunfo.

Al cabo de dos horas habíamos alcanzado una profundidad de cinco pies, sin que apareciera ningún indicio de tesoro. Hicimos una pausa, y yo esperaba que aquella comedia tocaría su fin; pero Legrand, aunque evidentemente muy desconcertado, enjugóse la frente con aire pensativo y empuñó de nuevo el azadón. El agujero ocupaba ya toda la extensión del círculo de cuatro pies de diámetro; traspasamos ligeramente este límite, y se cavó á la profundidad de dos pies más. Mi buscador de oro, á quien yo compadecía sinceramente, saltó por fin fuera del agujero con expresión desesperada, y decidióse, poco á poco y como á

su pesar, á recoger su casaca, de la cual se había despojado para trabajar. En cuanto á mí, guardéme bien de hacer ninguna observación. A una señal de su amo, Júpiter comenzó á recoger los útiles; después se desató la boca al perro, y emprendimos la marcha silenciosamente.

Apenas habríamos andado diez pasos, cuando Legrand, profiriendo una espantosa blasfemia, precipitóse sobre Júpiter y le cogió por el cuello. El pobre hombre, estupefacto por aquel ataque, abrió los ojos y la boca cuanto pudo, soltó los azadones y cayó de rodillas.

—¡Bribón!—gritó Legrand, rechinando los dientes—¡maldito negro, pícaro, tunante, habla, yo te lo mando, y sobre todo, no prevariques! ¿Cuál es tu ojo izquierdo?

—¡Misericordia! massa Guillermo, ¿no es éste?—contestó Júpiter espantado, poniendo su dedo sobre el órgano *derecho* de la visión, y manteniéndole allí, cual si temiera que su amo se lo arrancase.

—¡Ya me lo temía yo, ya me lo temía! ¡Hurra!—gritó después Legrand, soltando al negro, y ejecutando una serie de saltos y cabriolas, con no poco asombro de Júpiter, que al levantarse comenzó á mirarnos alternativamente á su amo y á mí.

—Vamos—añadió mi amigo—es preciso volver; aún no hemos perdido la partida.

Y emprendió de nuevo la marcha hacia el tulípero.

—Júpiter—dijo, cuando hubimos llegado al pie del árbol—ven aquí. ¿Está el cráneo clavado en la rama con la cara vuelta hacia fuera ó hacia el interior del árbol?

—Hacia afuera, massa, de modo que los cuervos han podido comerse los ojos sin la menor molestia.

—Muy bien: dime ahora si has hecho pasar el escarabajo por este ojo ó por ese.

Y Legrand tocaba alternativamente los dos órganos de la visión de su criado.

—Por este, señor, por el izquierdo, como usted me lo encargó.

Y Júpiter señalaba otra vez su ojo derecho.

—¡Vamos, vamos! es preciso comenzar de nuevo.

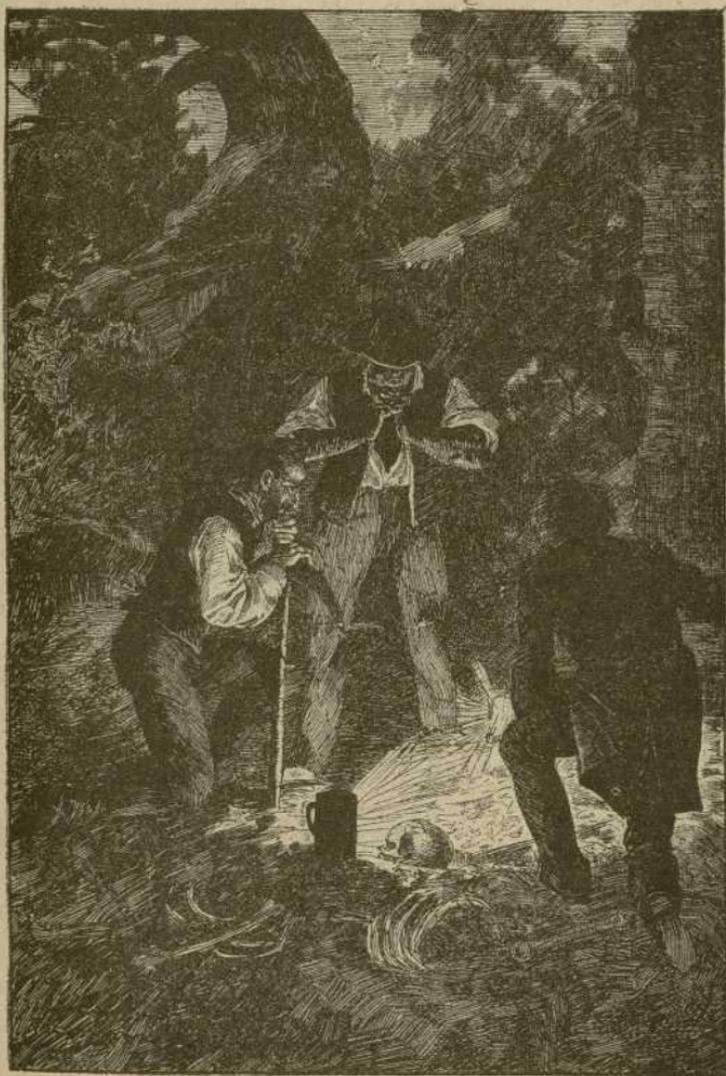
Entonces mi amigo, en cuya locura veía yo, ó creía ver algunos indicios de método, cogió la estaca clavada en el sitio donde antes cayera el escarabajo, y fué á colocarla tres pulgadas más allá de su primera posición. Extendiendo otra vez su cuerda desde el punto más próximo del tronco hasta la estaca, como lo había hecho antes, y desarrollándola en línea recta á la distancia de cincuenta pies, marcó un nuevo punto, distante algunas varas de aquel donde habíamos cavado al principio.

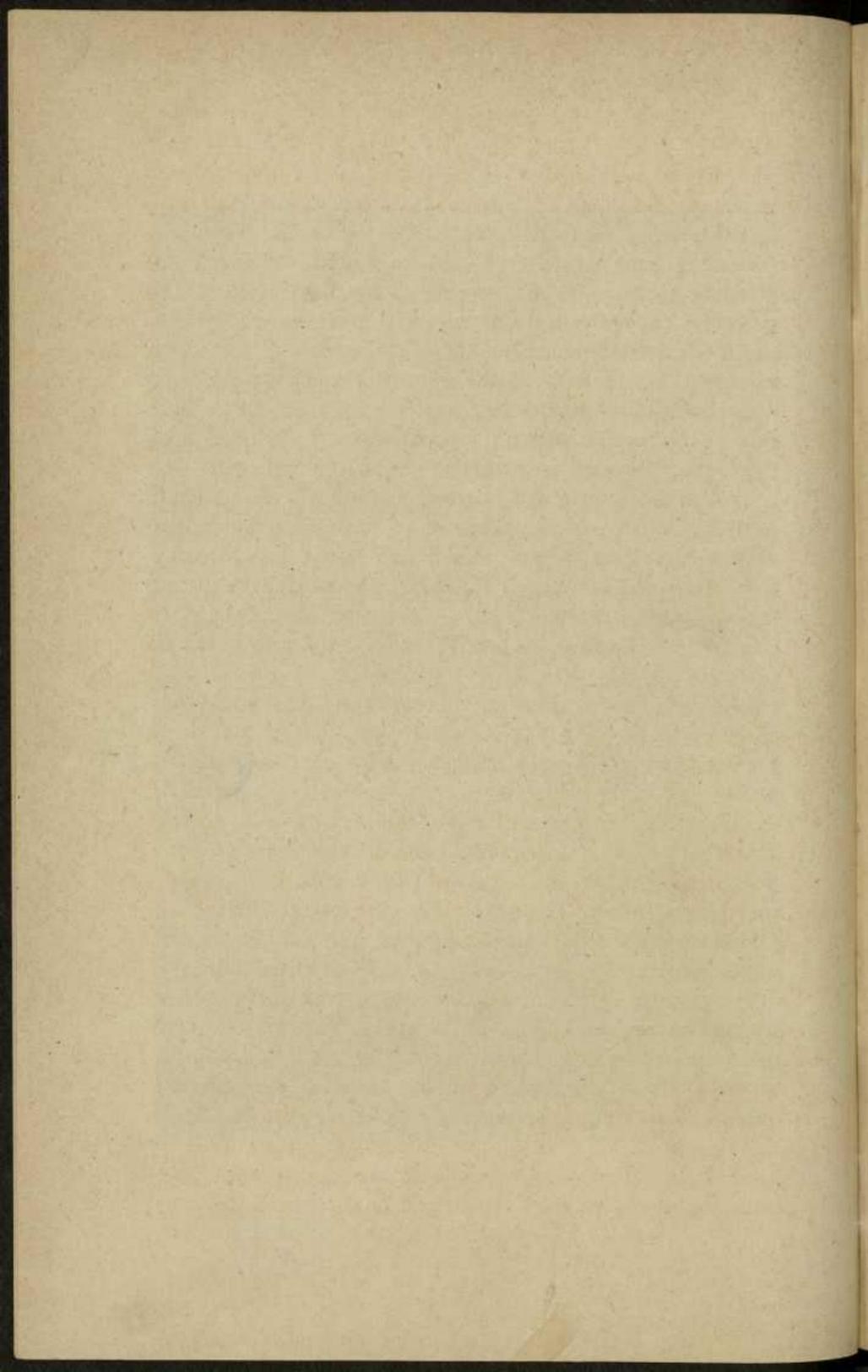
Al rededor de este nuevo centro, Legrand trazó un círculo un poco más grande que el primero, y acto continuo dióse principio á la excavación. Yo estaba completamente rendido; pero sin darme cuenta de lo que producía un cambio en mi pensamiento, no experimentaba ya tan marcada aversión al trabajo que se me imponía; lejos de ello, me interesé en él inexplicablemente, y hasta me excitó. Tal vez hubiese en toda la extravagante conducta de Legrand cierto aire deliberado, cierta expresión profética que me impresionaron al fin. Cavé con ardimiento, y de vez en cuando buscaba con la vista, poseído de un sentimiento semejante á la esperanza, aquel tesoro imaginario, cuya visión había enloquecido á mi pobre compañero. En uno de los momentos en que más preocupado estaba, y cuando habíamos trabajado ya hora y media, interrumpiéronnos los fuertes ladridos del perro: su inquietud de antes no había sido evidentemente más que el resultado de un capricho ó de una loca alegría; pero esta vez tenía un carácter más expresivo. En el

instante en que Júpiter se esforzaba para sujetarle el hocico con un cordel, opuso una furiosa resistencia, y saltando al hoyo, comenzó á escarbar la tierra con una especie de frenesí. Á los pocos segundos dejó descubierto un montón de osamentas humanas, que formaban dos esqueletos enteros, y mezclados con varios botones de metal, unos fragmentos que nos parecieron de lana podrida, y deshilachada. Dos ó tres golpes de azadón hicieron saltar la hoja de un puñal de grandes dimensiones; seguimos cavando, y muy pronto vimos tres ó cuatro monedas de oro y plata.

Júpiter no pudo contener su alegría; pero las facciones de su amo expresaban la más viva contrariedad. Sin embargo, suplicónos que persistiéramos en nuestros esfuerzos, y apenas acababa de hablar, tropecé y caí de bruces; la punta de mi bota se había enredado en un anillo de hierro, en parte oculto por la tierra.

Entonces proseguimos nuestro trabajo con el mayor ardimiento; jamas había pasado yo diez minutos poseído de tan viva exaltación; y durante este intervalo desenterramos del todo un cofre de madera de forma oblonga, que á juzgar por lo bien conservado que estaba y por su admirable dureza, debía haberse sometido á un procedimiento de mineralización, tal vez con el bicloruro de mercurio. Aquel cofre media tres y medio pies de longitud, por tres de ancho y dos y medio de profundidad, y estaba sólidamente protegido por placas de hierro forjado que formaban como una red. A cada lado del cofre, cerca de la tapa, veíanse tres argollas de hierro, por medio de las cuales hubieran podido llevarle seis personas. Todos nuestros esfuerzos reunidos no bastaron para arrancarle de su lecho, y al punto reconocimos la imposibilidad de cargar con tan enorme peso. Afortunadamente, la tapa no estaba sujeta más que por dos cerrojos, los cuales





descorrimos, palpitantes de ansiedad. En el mismo instante ofrecióse á nuestra vista un tesoro deslumbrante, de incalculable valor; los rayos de luz de las linternas, reflejándose en el foso, hacían brotar de un confuso montón de oro y piedras preciosas mil relámpagos y fulgores que ofuscaban nuestra vista.

No trataré de describir los sentimientos que me agitaban al contemplar aquel tesoro, pero dominábame sobre todo el estupor. Legrand, desfallecido al parecer por su excitación misma, sólo pronunció algunas palabras, y en cuanto á Júpiter, su rostro palideció tan mortalmente como era posible en un negro; parecía petrificado, aturdido; pero arrodillándose muy pronto al pie de la fosa, sepultó en el oro sus brazos desnudos, y dejólos allí largo tiempo cual si disfrutase de las voluptuosidades de un baño; después exhaló un profundo suspiro y murmuró, como hablando consigo mismo:

—¡Y todo esto viene del escarabajo de oro! ¡Precioso escarabajo! ¡Pobre insecto, al que yo injuriaba y calumniaba! ¿No te avergüenzas de ti, infame negro?

Fué preciso, sin embargo, despertar, por decirlo así, á mi amigo y á Júpiter, para hacerles comprender que urgía llevarnos el tesoro. Ya era tarde, y debíamos desplegar mucha actividad si se quería trasladarlo todo á casa antes de amanecer. No sabíamos qué partido tomar, y se perdía mucho tiempo en deliberaciones; tanto era el desorden de nuestras ideas. Por último se resolvió aligerar el cofre, sacando las dos terceras partes de su contenido, y así se pudo, aunque no sin trabajo, arrancarle de su agujero. Los objetos extraídos se colocaron entre la maleza, confiándolos á la custodia del perro, al que Júpiter recomendó enérgicamente que no se moviera de aquel sitio por ningún concepto, ni abriese la boca hasta nuestro regre-

so. Entonces emprendimos la marcha con el cofre, y llegamos á la cabaña sin accidente, pero rendidos de cansancio; era la una de la madrugada, y como estábamos desfallecidos, se descansó hasta las dos; cenamos y nos dirigimos de nuevo á las montañas, provistos de tres grandes sacos, que por fortuna Legrand conservaba en su vivienda. Un poco antes de las cuatro estábamos ya junto al foso, nos repartimos con toda la igualdad posible el resto del botín, y sin tomarnos la molestia de llenar el hoyo, emprendimos la vuelta: al rayar la aurora depositábamos por segunda vez la preciosa carga, quedando terminadas así nuestras operaciones.

Estábamos quebrantados; pero la profunda excitación nos impidió descansar: después de un sueño inquieto de tres ó cuatro horas nos levantamos los tres, como de común acuerdo, para proceder al examen de nuestro tesoro.

El cofre estaba lleno hasta los bordes, y pasamos todo el día y la mayor parte de la noche sólo para inventariar su contenido. No se notaba orden alguno en la colocación; sin duda se había echado todo allí confusamente; pero después de hacer una clasificación minuciosa, nos encontramos con una fortuna que excedía por mucho de nuestras esperanzas. Contábanse en especies más de 450,000 duros, calculando el valor de las piezas al tipo más bajo según las tarifas de la época; no había ninguna partícula de plata; todo era oro antiguo, monedas francesas, españolas y alemanas, algunas guineas inglesas y varias medallas en nada parecidas á las que habíamos visto hasta entonces. Encontramos además varias monedas muy grandes y pesadas, pero tan desgastadas ya, que no nos fué posible descifrar las inscripciones: no se halló ninguna americana. En cuanto á la apreciación de las alhajas, fué cosa más difícil: contamos hasta

ciento diez diamantes, todos grandes, y algunos de ellos magníficos; había además diez y ocho rubíes de notable brillo; trescientas diez esmeraldas, verdaderamente soberbias; veintiún zafiros y un ópalo. Todas estas piedras preciosas se habían arrancado al parecer de sus monturas para echarlas confusamente en el cofre; estas últimas, que nosotros separamos del oro en moneda, parecían haber sido machacadas á martillazos, sin duda con el objeto de que no se pudieran reconocer. Además de todo esto, encontramos un considerable número de adornos de oro macizo; cerca de doscientos anillos ó pendientes; magníficas cadenas, en número de treinta, si mal no recuerdo; ochenta y tres crucifijos muy grandes y pesados; cinco incensarios de oro de gran valor; una enorme ponchera del mismo metal, adornada de hojas de vid y figuras de bacantes muy bien cinceladas; dos empuñaduras de espada de exquisito trabajo, y una infinidad de otros artículos más pequeños de que no me acuerdo ya. El peso de todos estos objetos excedía de trescientas cincuenta libras, sin contar ciento noventa y siete relojes de oro magníficos, de los cuales tres valían por lo menos quinientos duros cada uno. Varios de ellos eran muy antiguos y no tenían ningún valor como artículos de relojería, porque las máquinas se habían resentido más ó menos de la acción corrosiva de la tierra; pero todos estaban ricamente adornados de piedras preciosas, y sólo las cajas representaban un gran valor. Aquella misma noche evaluamos el contenido total del cofre en millón y medio de duros; pero más tarde cuando realizamos el valor de las alhajas y de las piedras preciosas, después de guardar algunas para nuestro uso personal, reconocimos que habíamos hecho un cálculo demasiado bajo.

Concluído al fin el inventario, y mitigada nuestra exaltación, Legrand, viendo que me agitaba la impa-

ciencia por conocer la solución de aquel prodigioso enigma, tuvo á bien detallar minuciosamente todas las circunstancias que á él se referían.

—¿Recuerda usted—me dijo—la noche en que le enseñé el tosco bosquejo que había hecho del escarabajo? Sin duda no habrá olvidado que me asombró mucho su insistencia en sostener que mi dibujo se parecía al de una calavera. La primera vez que usted lo dijo, creí que se chanceaba; después recordé las manchas particulares que el escarabajo tenía en el dorso, y reconocí que su observación no carecía de algún fundamento; pero su ironía, respecto á mis facultades gráficas, me irritó, pues se me considera como un artista regular, y cuando usted me entregó el pedazo de pergamino estuve á punto de estrujarlo, en un movimiento de cólera, y arrojarle al fuego.

—Supongo que se refiere usted al pedazo de *papel*—repuse yo.

—Sí; parecía papel, en efecto, y yo mismo lo tomé al principio por tal; pero cuando quise dibujar en él, reconocí al punto que era un pedazo de pergamino muy delgado. Recordará usted que estaba muy sucio; en el momento mismo en que iba á estrujarlo, mis ojos se fijaron en el dibujo, y ya comprenderá usted cuál fué mi asombro al distinguir la imagen positiva de una calavera en el sitio mismo donde yo creía haber dibujado un insecto. En el primer momento quedé tan aturdido, que no pude reflexionar con acierto; sabía que mi croquis se diferenciaba de aquel nuevo dibujo por todos sus detalles, aunque hubiese cierta analogía en el contorno general; y entonces tomé la luz, fui á sentarme al otro lado de la habitación, y analicé más atentamente el pergamino. Al volverle ví mi propio dibujo en el reverso, exactamente como le había trazado: mi primera impresión fué la sorpresa, pues noté una analogía verdaderamente notable en el

contorno, y era singular coincidencia que la imagen de una calavera, desconocida para mí, ocupase el otro lado del pergamino, al dorso de mi diseño, asemejándose tan exactamente á este último, no solamente por el contorno, sino también por la dimensión. Digo que la singularidad de aquella coincidencia me aturdió por el pronto, como suele suceder en semejantes casos, porque el espíritu se esfuerza en establecer una relación, un enlace de causa y efecto, y siendo impotente para conseguirlo, sufre una especie de parálisis momentánea. Sin embargo, cuando me recobré de mi estupor, vigorizóse en mi ánimo poco á poco una convicción que me admiró casi tanto como aquella coincidencia: comencé á recordar distinta y positivamente que no había ningún dibujo en el pergamino cuando yo hice mi diseño del escarabajo, y mi certidumbre era tanto mayor cuanto que me acordaba de haberle vuelto por uno y otro lado para buscar el espacio más limpio. Si la calavera hubiese sido visible, me habría llamado la atención infaliblemente: en esto había un misterio que me juzgué incapaz de descifrar; pero desde aquel momento, parecióme que se hacía ya una débil claridad en las regiones más profundas y secretas de mi entendimiento, una especie de gusano de luz intelectual, una concepción embrionaria de la verdad, de la cual hemos tenido tan magnífica demostración la otra noche. Me levanté resueltamente, guardé con mucho cuidado el pergamino y suspendí toda reflexión hasta el momento en que pudiera estar solo.

Apenas se marchó usted, y cuando Júpiter estuvo bien dormido, me entregué á una investigación más metódica de la cosa; y por lo pronto quise explicarme de qué modo había caído en mis manos aquel pergamino. El sitio en donde encontramos el escarabajo se halla en la costa del continente, como á una milla al Este de la isla, pero á corta distancia más arriba del

nivel de la alta marea; cuando cogí el insecto, me mordió con fuerza y le solté; pero Júpiter, con su acostumbrada prudencia, antes de poner la mano sobre el escarabajo, que voló hacia el negro, buscó á su alrededor una hoja ó alguna cosa análoga para cogerle. En aquel momento fué cuando su mirada y la mía se fijaron en el pedazo de pergamino, que yo tomé entonces por papel; estaba medio sepultado en la arena, con una punta fuera, y cerca del sitio donde le hallamos vi los restos del casco de una embarcación grande, restos de naufragio que sin duda estaban allí hacia mucho tiempo, pues apenas podía reconocerse ya la forma de la construcción.

Júpiter recogió el pergamino, envolvió el insecto y me lo dió. Poco después nos dirigíamos hacia la cabaña; encontré al teniente G..., enseñéle el insecto, y me rogó que le permitiera llevarlo al fuerte; consentí en ello, y guardóle en el bolsillo de su chaleco, sin el pergamino, el cual conservaba yo en la mano mientras que G... examinaba el insecto. Tal vez temió que yo cambiara de parecer, y juzgó prudente asegurar por lo pronto el escarabajo, pues ya sabe usted que enloquece por la historia natural y cuanto á ella se refiere. Es evidente que entonces, y sin pensar, me guardé el pergamino en el bolsillo.

Ya recordará usted que cuando me senté á la mesa para hacer un diseño del escarabajo no encontré papel en el sitio donde se suele poner; registré el cajón inútilmente, y buscando después en los bolsillos alguna carta vieja, mis dedos tocaron el pergamino. Detallo minuciosamente todas las circunstancias que le pusieron en mis manos, porque estas circunstancias me preocuparon después singularmente.

Sin duda me tendrá usted por un visionario; pero advierta que yo había establecido ya una especie de conexión, uniendo dos anillos de una gran cadena: un

barco destrozado en la costa, y no lejos un pergamino, *no un papel*, con la imagen de una calavera. Naturalmente, podría usted preguntarme dónde está la conexión; pero á esto contestaría que el cráneo ó la calavera es el emblema bien conocido de los piratas, que en todos sus combates izan el pabellón con esa fúnebre insignia.

Le he dicho á usted que era un pedazo de pergamino y no de papel; el primero es una cosa duradera, casi indestructible, y rara vez se escoge para documentos de poca importancia, puesto que satisface mucho menos que el papel las necesidades ordinarias de la escritura y del dibujo. Esta reflexión me indujo á pensar que debía haber en la calavera algún sentido singular, y no dejó de llamar también mi atención la forma del pergamino. Aunque estuviese destruída una de sus puntas por algún accidente, reconocíase que su primitiva figura debió ser oblonga; era una de esas fajas que se eligen para escribir, para extender un documento importante, ó una nota que se trate de conservar largos años.

— Pero — interrumpí yo — usted dice que el cráneo no estaba en el pergamino cuando dibujó el escarabajo, y siendo así ¿cómo ha podido establecer una relación entre el barco y la calavera, puesto que esta última, según su propia confesión, se debió dibujar, Dios sabe cómo y por quién, posteriormente á su croquis del insecto.

— ¡ Ah! en esto estriba todo el misterio, aunque me costó poco, relativamente, resolver este punto del enigma. Mi método era seguro, no podía conducirme sino á un resultado, y yo razoné así: cuando dibujé mi escarabajo no había señal ninguna de cráneo en el pergamino; terminado mi diseño, se le entregué á usted, sin perderle de vista hasta que me le devolvió, y de consiguiente no era usted quien dibujó la calavera, ni

tampoco se hallaba allí ninguna otra persona que lo hiciese. No se había creado, pues, por la acción humana, y sin embargo la calavera estaba allí.

Llegado á este punto de mis reflexiones, esforcéme para recordar, y recordé con toda exactitud los incidentes ocurridos en el intervalo en cuestión. La temperatura era fría (¡feliz casualidad!) y en la chimenea ardía un buen fuego; yo tenía bastante calor, gracias al ejercicio, y me senté junto á la mesa, mientras que usted acercó su silla á la chimenea. En el momento de entregarle el pergamino, y cuando usted iba á examinarle, mi perro Wolf entró y se le echó encima, como de costumbre; usted le acariciaba con la mano izquierda, procurando apartarle, y dejaba pendiente la derecha, la que tenía el pergamino, entre sus rodillas y el fuego. Por un momento creí que la llama le alcanzaría, é iba á decirle á usted que tuviese cuidado, pero retiró el brazo antes de que yo pudiera hablar y dió usted principio á su examen. Cuando hube tomado en consideración todas estas circunstancias, no dudé un momento que el calor fuera el agente que había hecho aparecer en el pergamino la calavera cuya imagen veía. Ya sabe usted que hay, y hubo en todo tiempo, preparados químicos por medio de los cuales se pueden trazar en el papel ó en la vitela caracteres que no son visibles sino cuando se someten á la acción del fuego. Algunas veces empléase el zafre desleído en agua regia primero, y después en una cantidad de agua común cuatro veces mayor, de lo cual resulta un tinte verde; el régulo de cobalto, disuelto en espíritu de nitro, da un color rojo, y tanto éste como aquél desvanécense durante más ó menos tiempo después de haberse enfriado la sustancia con que se escribió; pero reaparecen á voluntad por la nueva aplicación del calor.

Entonces examiné la calavera con el mayor cuidado:

los contornos exteriores, ó sea los más inmediatos al borde del pergamino, se distinguían mucho mejor que los otros; y como esto demostraba evidentemente que la acción del calórico había sido imperfecta ó desigual, encendí al punto fuego y sometí cada parte á un calor abrasador. Al principio, esto no produjo más efecto que reforzar las líneas algo pálidas de la calavera; pero continuando la operación, vi aparecer en un ángulo de la faja, diagonalmente opuesto á aquel en que se había trazado la calavera, una figura que me pareció ser la de una cabra; un examen más atento me permitió convencerme de que se había querido dibujar un cabrito.

—¡Ah, ah!—exclamé yo;—no tengo derecho á burlarme de usted, pues millón y medio de duros no es cosa para chancearse; pero supongo que no tratará usted de agregar un tercer anillo á su cadena, pues no hallará relación alguna especial entre sus piratas y una cabra. Sabido es que los piratas no tienen nada que ver con estos animales.

—¿No acabo de manifestarle que la figura no era la de una cabra?

—¡Bien! vaya por el cabrito; pero es casi la misma cosa.

—Casi, mas no del todo—replicó Legrand.—Tal vez haya usted oído hablar de cierto capitán Kidd: yo consideré al punto la figura del animal como una especie de firma logográfica, ó geroglífica (*Kid*, cabrito); y digo firma porque el lugar que ocupaba en el pergamino sugería naturalmente esta idea. En cuanto á la calavera, situada en el ángulo diagonalmente opuesto, parecía un sello ó estampilla, pero quedé desconcertado por la falta del cuerpo mismo de mi documento, es decir del texto.

—Presumo que esperaba usted encontrar una carta entre el timbre y la firma.

—Alguna cosa así. El hecho es que me dominó irresistiblemente el presentimiento de que me hallaba á punto de adquirir una inmensa fortuna. No sabría decirle á usted por qué; bien mirado, quizás era más bien un deseo que una creencia positiva; pero le aseguro que la absurda frase de Júpiter cuando dijo que el escarabajo era de oro, influyó singularmente en mi imaginación. Por otra parte, esa serie de coincidencias era en realidad extraordinaria. ¿Ha observado usted todo cuanto hay de fortuito en el asunto? Ha sido necesario que todos esos incidentes ocurrieran en el único día del año que fué lo bastante frío para que se necesitara encender fuego, sin el cual, y á no mediar la intervención del perro en el preciso momento en que se presentó, jamás hubiera tenido yo conocimiento de la calavera, ni poseído, por lo tanto, ese rico tesoro.

—Adelante, adelante, que estoy en brasas.

—¡Pues bien! usted tendrá sin duda conocimiento de muchas historias que circulan, de mil rumores vagos referentes á tesoros escondidos en algún punto de la costa del Atlántico por Kidd y sus asociados; todos estos rumores debían tener algún fundamento; y el hecho de que persistieran tantos años probaba, en mi opinión, que el tesoro continuaba sepultado. Si Kidd hubiera escondido su botín durante cierto tiempo, y le hubiese recobrado después, esos rumores no habrían llegado sin duda hasta nosotros bajo su forma actual é invariable. Advierto á usted que en las citadas historias se habla siempre de pesquisas y no de tesoros encontrados. Si el pirata hubiese recogido su dinero, ya no se hubiera hablado más del asunto. Parecíame que algún accidente, como por ejemplo la pérdida de la nota que indicaba el lugar preciso en que el tesoro se hallaba, pudo privarle de los medios de encontrarlo; supuse también que este accidente,

habiendo llegado á conocimiento de sus compañeros, les induciría á practicar investigaciones, infructuosas por carecer de los datos necesarios; y que esto dió origen á los rumores y cuentos. ¿Ha oído usted hablar alguna vez de un importante tesoro descubierto en la costa?

—Jamás.

—Es notorio, sin embargo, que Kidd había acumulado inmensas riquezas; yo consideraba como cosa segura que la tierra las guardaba aún, y no extrañará usted mucho que yo abrigase una esperanza, si, una esperanza que llegaba casi á la certidumbre; y era que el pergamino tan singularmente hallado contendría la indicación desaparecida del lugar donde se hizo el depósito.

—Pero ¿cómo ha procedido usted?

—Sometí otra vez el pergamino al fuego, después de aumentar el calor; pero como no apareciese cosa alguna, pensé que la capa de grasa podría ser muy bien el motivo del mal resultado; entonces lo limpié cuidadosamente, vertiendo encima agua en ebullición, coloquéle en una cacerola de hoja de lata, y puse esta última sobre un hornillo con bastante fuego. A los pocos minutos la cacerola se había calentado, retiré el pergamino, y observé con indecible alegría que presentaba en varios sitios unas señales análogas á cifras dispuestas en línea. Volví á echar mi documento en la cacerola, dejéle en ella un minuto más, y cuando le saqué estaba exactamente como va usted á verlo.

—Así diciendo, Legrand calentó de nuevo el pergamino y sometióle á mi examen. Así pude ver los siguientes caracteres en rojo, toscamente trazados entre la calavera y la figura de cabrito.

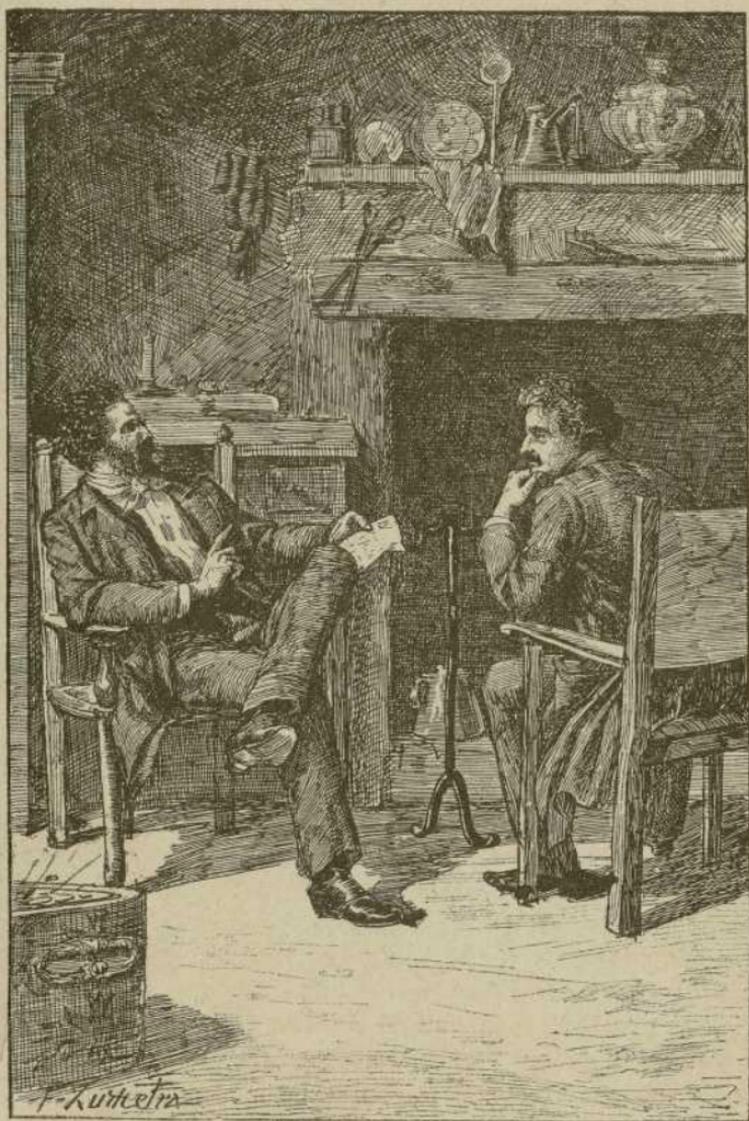
$$\begin{aligned}
 & 53 \frac{+}{+} \frac{+}{+} + 305)) 6^* ; 4826) 4 \frac{+}{+} \cdot) 4 \frac{+}{+} ; 806^* ; 48 + 8960)) \\
 & 85 ; 1 \frac{+}{+} (; : \frac{+}{+} * 8 + 83 (88) 5^* + ; 46 (; 88 * 96 * ? ; \\
 & 8) * \frac{+}{+} (; 485) ; 5^* + 2 : * \frac{+}{+} (; 4956 * 2 (5^* - 4) \\
 & 898^* ; 4069285) ; 6 + 8) 4 \frac{+}{+} \frac{+}{+} ; 1 (\frac{+}{+} 9 ; 48081 ; 8 : \\
 & 8 \frac{+}{+} 1 ; 48 + 85 ; 4) 485 + 52880681 (\frac{+}{+} 9 ; 48 ; \\
 & (88 ; 4 (\frac{+}{+} ? 34 ; 48) 4 \frac{+}{+} ; 161 ; : 188 ; \frac{+}{+} ? ;
 \end{aligned}$$

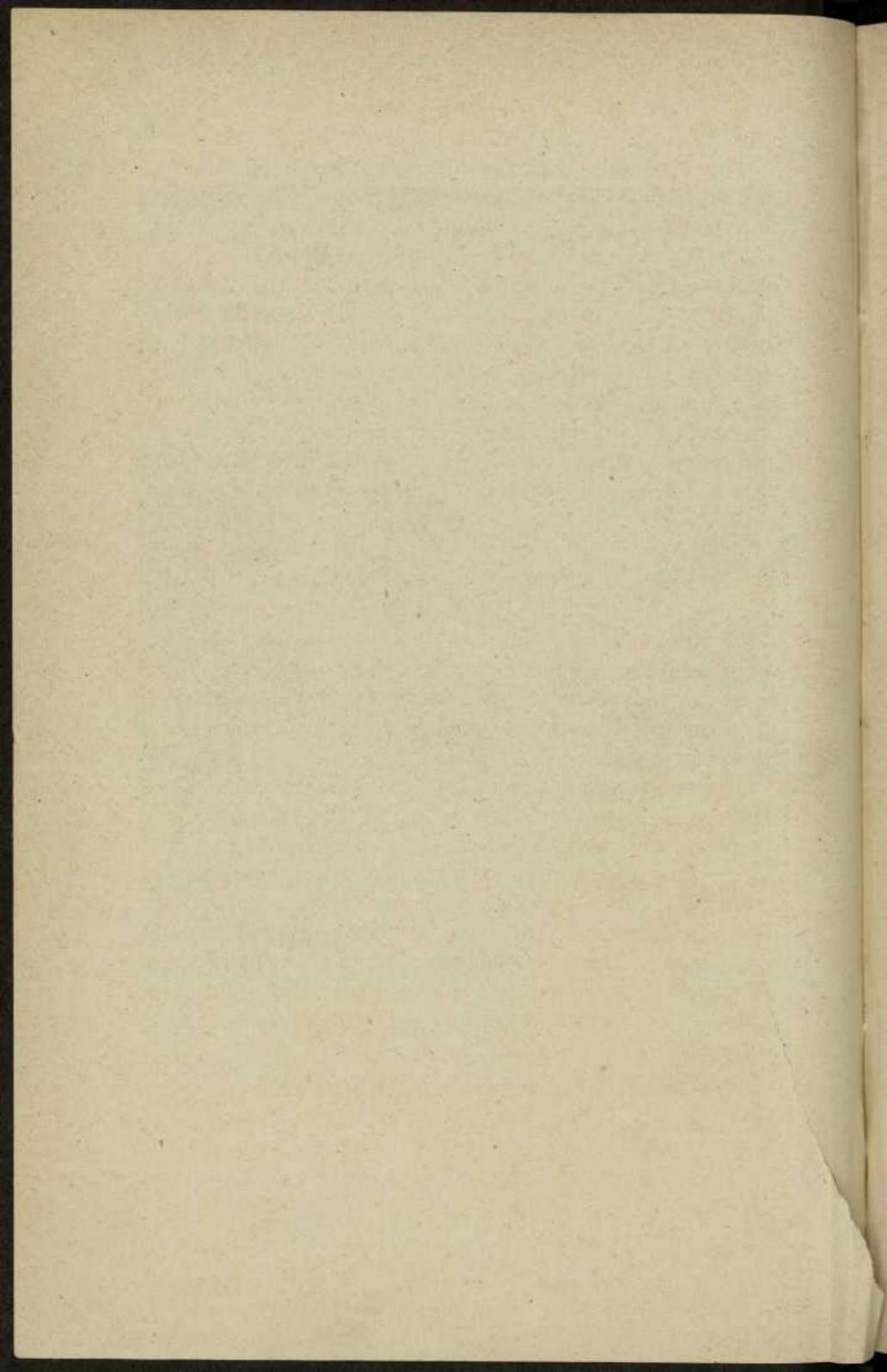
—Pero—dije yo devolviendo á Legrand el pergami-
no—¿qué diablos es esto? Maldito si lo entiendo. Si
me hubieran de dar todos los tesoros de Golconda por
la solución de este enigma, estoy seguro que no los
adquiriría.

—Y sin embargo—repuso Legrand—la solución no
es seguramente tan difícil como cualquiera podría
creerlo á primera vista. Esos caracteres, como es fácil
adivinar, forman una cifra, es decir, tienen un sen-
tido; pero á juzgar por lo que sabemos de Kidd, yo
no debía suponerle capaz de confeccionar una muestra
de criptografía muy abstrusa. Supuse desde luego,
pues, que esto era una especie sencilla, por más que á
un tosco marino le pudiese parecer insoluble sin la
clave.

—¿Y ha resuelto usted ese enigma realmente?

—Con mucha facilidad; y he resuelto otros mil veces
más complicados. Las circunstancias y cierta inclina-
ción de espíritu me han conducido á interesarme en
esa especie de enigmas, y es verdaderamente dudoso
que el ingenio humano pueda inventar uno tan difícil
en ese género que su solución no esté también al al-
cance de otro ingenio, si hace un estudio profundo.





En su consecuencia, cuando hube conseguido establecer una serie de caracteres legibles, ni siquiera pensé que pudiera ser difícil hallar la significación.

En el caso actual, así como en todos los de escritura secreta, lo primero que se ha de buscar es el *idioma* de la cifra, pues los principios de solución, particularmente cuando se trata de las cifras más sencillas, dependen del genio ó de la índole de cada lengua y pueden modificarse. Por regla general no hay más remedio que tantear sucesivamente, guiándose por las probabilidades, todos los idiomas que uno conozca, hasta que se encuentre el bueno, es decir, el que da la cifra; pero en el caso presente, toda la dificultad en este punto quedaba resuelta por la firma. El geroglífico sobre la palabra *Kidd* no es posible sino en la lengua inglesa; á no mediar esta circunstancia, habría comenzado mis ensayos por el español y el francés, por ser los idiomas que un pirata de aguas españolas debía haber empleado naturalmente para guardar su secreto; pero en nuestro caso, parecióme que el criptograma debía ser inglés.

Observará usted que no hay espacios entre las palabras; si hubiesen existido, el trabajo se habría simplificado mucho; entonces hubiera comenzado por hacer un análisis de las palabras más cortas, y me bastaba encontrar, como siempre es probable, una palabra de una sola letra, *á* ó *I* (un, yo), por ejemplo, para considerar la solución como resuelta; pero no habiendo espacios, érame preciso ante todo buscar las letras predominantes, así como las que se encuentran en menor número.

Las conté todas y formé la siguiente nota :

La cifra	8 se encuentra	33 veces.
»	;	» 26 »
»	4	» 19 »
»	+ y)	» 16 »
»	.	» 13 »
»	5	» 12 »
»	6	» 11 »
»	+ y 1	» 8 »
»	0	» 6 »
»	9 y 2	» 5 »
»	: y 3	» 4 »
»	?	» 3 »
»	1	» 2 »
»	-- y	» 7 »

Ahora bien, la letra que en inglés se halla más á menudo es la *e*; las demás se siguen en este orden: *a o i d h n r s t v y c f g l m w b K p q x z*. La *E* predomina tan singularmente, que es raro encontrar una frase de cierta longitud en que no figure con carácter principal.

Tenemos pues, al comenzar, una base de operaciones que nos ofrece algo más que simples conjeturas. Evidente es el uso general que de esta nota podemos hacer; mas para esa cifra particular no nos servirá de mucho. Siendo la cifra predominante el 8, la tomaremos por la *e* del alfabeto natural; y para comprobar esta suposición, veamos si el 8 es á veces doble, pues la *e* se duplica muy á menudo en inglés, como por ejemplo en las palabras *meet, fleet, seen, been, agree*, etc. En el caso presente vemos que el 8 es doble cinco veces, á pesar de ser muy corto el criptograma.

En su consecuencia, esa cifra representará la *e*. Sentado esto, como de todas las palabras de la lengua, la más usada es *the*, debemos ver si se encontrará repe-

tida varias veces la misma combinación de tres caracteres, siendo el 8 el último de ellos, y si hallamos repeticiones de ese género, representarán muy probablemente la palabra *the* (èl ó la). Hecha la comprobación, resulta que la encontramos 7 veces, siendo los signos ; 48. Podemos suponer, por lo tanto, que ; representa la *t*, el 4 la *h* y el 8 la *e*: el valor de esta última se halla además confirmado de nuevo; y con esto hemos dado un gran paso.

Sólo se ha determinado una palabra, pero ésta nos proporciona un dato mucho más importante, cual es conocer el principio y la terminación de otras palabras. Veamos, por ejemplo, el penúltimo caso en que se presenta la combinación ;48, casi al fin de la cifra: sabemos que el ; que sigue inmediatamente es el principio de una palabra, y de los seis caracteres que se hallan después del *the*, conocemos ya cinco. Sustituuyamos ahora estos caracteres por las letras que representan, dejando un espacio para el desconocido

t eeth.

Por lo pronto debemos separar el *th*, por no poder formar parte de la palabra que comienza por la primera *t*, pues vemos, probando sucesivamente todas las letras del alfabeto para llenar el blanco, que es imposible formar una palabra en que figure la *th*. Reduzcamos, pues, nuestros caracteres á

t ee,

y recorriendo de nuevo todo el alfabeto si es necesario, resultará que la palabra *tree* (árbol), es la única versión posible. Así obtenemos una nueva letra, la *r*, representada por (, y además dos palabras juntas, *the tree* (el árbol).

Un poco más lejos encontramos la combinación ;48, de la cual nos servimos como determinación de lo que precede, lo cual nos da lo siguiente:

$$\text{the tree ; 4 } \left(\begin{array}{c} + \\ + \end{array} \right) ? 34 \text{ the,}$$

ó sustituyendo á los caracteres las leyes naturales que conocemos,

$$\text{the tree thr } \begin{array}{c} + \\ + \end{array} ? 3 \text{ h the.}$$

Si los caracteres desconocidos se reemplazan ahora con blancos ó puntos, resultará:

$$\text{the tree thr...h the}$$

desprendiéndose de aquí por sí misma la palabra *through* (por, á través): este descubrimiento nos da tres letras más, *o u g*, representadas por $\begin{array}{c} + \\ + \end{array} ?$ y 3.

Busquemos ahora atentamente en el criptograma combinaciones de caracteres conocidos, y se hallará no lejos del principio la combinación siguiente:

$$83(88, \text{ ó } \textit{egree},$$

que es evidentemente la terminación de la palabra *degree* (grado), que nos da además otra letra más, la *d*, representada por $+$.

Cuatro letras más allá de la palabra *degree* se halla la combinación

$$; 46(; 88,$$

cuyos caracteres conocidos traduciremos, representando el incógnito por un punto: esto nos dará

th, rtee.

Combinación que nos sugiere desde luego la palabra *thirteen* (trece), y nos da dos nuevas letras *i* y *n*, representadas por 6 y *.

Volvamos ahora al principio del criptograma: vemos la combinación

53 $\begin{matrix} + + \\ + + \end{matrix} +,$

que traducido como ya lo hemos hecho nos da

good,

lo cual nos demuestra que la primera letra es una *a*, y que las dos primeras palabras significan *a good* (un buen, ó una buena).

Para evitar toda confusión, convendrá ahora apuntar nuestros descubrimientos en forma de tabla, lo cual nos dará un principio de clave:

	5	representa	a
	+	»	d
<i>good</i>	8	»	e
	3	»	g
	4	»	h
	6	»	i
	*	»	n
	+	»	o
	(»	r
	;	»	t

Tenemos, pues, diez de las letras más importantes, y creo inútil proseguir la solución con todos sus detalles. Ya le he dicho á usted lo suficiente para convencerle de que las cifras de esta naturaleza son fáciles de explicar y para darle idea del análisis razonado que sirve para desenredarlas; pero tenga por cierto que la presente muestra es una de las más sencillas de la criptografía. Réstame sólo ahora darle á usted la traducción completa del documento, como si hubiéramos descifrado sucesivamente todos los caracteres. Hela aquí:

A good glass in the bishop's hostel in the devil's seat fortyone degrees and thirteen minutes northeast and by north main branch seventh limb east side shoot from the left eye of the death-head á bee line from the tree through the shot fifty feet out.

(Un buen cristal en el palacio del obispo en la silla del diablo cuarenta y un grado y trece minutos nordeste cuarto al norte principal tronco rama séptima lado Este, tírese desde el ojo izquierdo de la calavera una línea á plomo desde el árbol á través de la bala cincuenta pies fuera).

—Pero—dije yo—el enigma me parece tan oscuro como antes. ¿Qué sentido se puede encontrar en toda esa jerigonza de *silla del diablo*, *calavera* y *palacio del obispo*?

—Convengo en que la cosa parece muy embrollada á primera vista—replicó Legrand.—Lo primero que hice fué buscar en la frase las divisiones naturales que estaban en el espíritu del que escribió el documento.

—¿Quiere usted decir la puntuación?

—Eso es.

—Pero ¿cómo diablos lo ha hecho usted?

—Reflexioné que el escritor se impuso como regla reunir sus palabras sin división alguna, como para que fuera más difícil la solución. Ahora bien, el hombre que no sea muy sutil se inclinará casi siempre, en semejante caso, á traspasar los límites comunes: cuando en el curso de su escrito llega á una interrupción del sentido, que naturalmente exigiría una pausa ó un punto, tiene empeño en estrechar los caracteres más que de costumbre; y si usted examina el documento, reconocerá usted con facilidad que hay acumulación de caracteres en cinco partes.

(Un buen cristal en el palacio del obispo, en la silla del diablo—cuarenta y un grados y trece minutos—nordeste cuarto al norte—tronco principal de la séptima rama del lado Este—tírese desde el ojo izquierdo de la calavera—una línea á plomo desde el árbol á través de la bala cincuenta pies fuera.)

—A pesar de esa división—repliqué—me quedo á oscuras.

—Lo mismo me sucedió á mí durante algunos días—repuso Legrand.—En ese tiempo practiqué muchas investigaciones en la inmediación de la isla de Sullivan respecto á un edificio que debía llamarse *Palacio del Obispo*, pues no hice aprecio de la antigua ortografía de la palabra *hostel*; y no habiendo obtenido dato alguno, disponíame á ensanchar la esfera de mis pesquisas, para proceder de una manera más sistemática, cuando cierta mañana recordé repentinamente que el Palacio del Obispo (*Bishop's hostel*) podría referirse muy bien á una antigua familia apellidada Bessop, que desde tiempo inmemorial poseía un antiguo castillo situado á unas cuatro millas al norte de la isla. En su consecuencia fui á la plantación é hice varias preguntas á los negros más ancianos de la localidad; entre ellos encontré una vieja que me aseguró haber oído hablar de un sitio conocido con el nombre de *Bessop's*

castle (Castillo de Besop), añadiendo que podría conducirme, pero que aquello no era castillo ni posada, y si sólo una roca grande.

Ofrecille pagarle bien la molestia, y después de vacilar un poco consintió en acompañarme hasta el sitio. Pronto divisamos la roca sin mucha dificultad, y habiendo despedido á mi guía comencé á examinar aquel paraje. El tal castillo reducíase á un conjunto irregular de picos y rocas, una de las cuales era tan notable por su altura como por su aislamiento y configuración casi artificial; trepé á la cima, y al llegar á ella vime algo apurado sobre lo que debería hacer.

Cuando reflexionaba sobre esto, mis miradas se fijaron en una estrecha saliente del lado oriental de la roca, como á una vara bajo el sitio donde me había colocado; esta saliente, proyectándose á unas diez y ocho pulgadas, apenas tenía más de un pie de anchura, y una especie de nicho socavado en el pico comunicábale tosca semejanza con las sillas de respaldo cóncavo usadas por nuestros antecesores. No dudé que aquella fuese la *Silla del Diablo* de que se hacía mención en el manuscrito, y parecióme que ya tenía todo el secreto del enigma.

Ya sabía yo que el *buen cristal* no podía significar otra cosa sino un anteojo de larga vista, pues rara vez emplean nuestros marinos esa palabra en otro sentido, y al punto comprendí que era preciso servirse en este lugar de un anteojo, colocándose en sitio determinado, *sin admitir ninguna variación*. Ahora bien, las frases *cuarenta y un grados y trece minutos*, y *nordeste cuarto al norte*, debían indicar la dirección que era preciso dar al anteojo; sobre esto no vacilé un instante; y muy preocupado por tales descubrimientos, corrí á mi casa en busca de un anteojo y volví á la roca.

Deslizándome sobre la cornisa, eché de ver que no

era posible estar sentado sino en cierta posición, y el hecho confirmó mis conjeturas. Entonces me pareció necesario servirme del antejo, pensando que *los cuarenta y un grados y trece minutos* no podían referirse, naturalmente, sino á la elevación sobre el horizonte sensible, puesto que la dirección horizontal estaba claramente indicada por las palabras *nordeste y cuarto al norte*. Sirviéndome de una brújula de bolsillo, busqué esa dirección, y después, apuntando con toda la exactitud posible por aproximación á un ángulo de cuarenta y un grados de altura, le moví cuidadosamente de arriba á bajo y vice-versa, hasta que mi atención se fijó en una especie de agujero circular ó de claraboya, practicada en el follaje de un corpulento árbol que dominaba á todos los demás en la extensión visible. En el centro de aquel agujero divisé un punto blanco, mas al pronto no pude distinguir lo que era; después de ajustar el foco de mi antejo, miré de nuevo, y pude asegurarme al fin que era un cráneo humano.

Este descubrimiento me infundió la mayor confianza, y desde aquel instante consideré el enigma resuelto, pues la frase *tronco principal, séptima rama, lado Este*, no podía referirse sino á la posición del cráneo en el árbol; y la otra: *tírese desde el ojo izquierdo de la calavera*, no admitía tampoco más que una interpretación, tratándose de buscar un tesoro escondido.

—Todo eso—dije yo—es sumamente claro, á la vez que ingenioso, sencillo y explícito. ¿Y qué hizo usted después de retirarse del *Palacio del Obispo*?

—Después de observar cuidadosamente mi árbol, su forma y su posición, volví á casa. Apenas hube bajado de la *silla del Diablo*, el agujero circular desapareció, y desde ninguna parte me fué entonces posible verle. Esto es lo que me parece más ingenioso en toda esta combinación, el hecho de que la abertura circular (he repetido la prueba varias veces y me he convenci-

do de ello) no es visible sino desde un punto, desde la estrecha cornisa que hay en el flanco de la roca.

En esa expedición al *Palacio del Obispo* habíame seguido Júpiter, que observaba sin duda algunas semanas mi continua preocupación y tenía el mayor cuidado de no dejarme solo; pero el día siguiente me levanté muy temprano, pude escaparme, y corrí a las montañas en busca de mi árbol. Cuando volví a casa por la noche, Júpiter se disponía a darme una paliza; y del resto de la aventura no necesito hablar, pues presumo que está usted tan bien informado como yo.

—Supongo—dije—que al practicar nuestras primeras excavaciones equivocaría usted el sitio por la torpeza de Júpiter, que dejó caer el escarabajo por el ojo derecho del cráneo, en vez de hacerlo por el izquierdo.

—Precisamente: de ese error resultaba una diferencia de dos pulgadas y media, poco más ó menos, relativamente a la *bala*, es decir, a la exposición de la estaca junto al árbol; si el tesoro hubiera estado en el lugar que aquella señalaba, este error no habría tenido importancia; pero la *bala* y el punto más próximo del árbol sólo servían para establecer una línea de dirección, y naturalmente, el error, muy ligero al principio, aumentaba en proporción de la longitud de dicha línea; de modo que cuando hubimos llegado a una distancia de cincuenta pies, tenía ya grandes proporciones. Sin la idea fija que me dominaba, y la seguridad de que había por allí positivamente algún tesoro oculto, hubiéramos perdido todo nuestro trabajo.

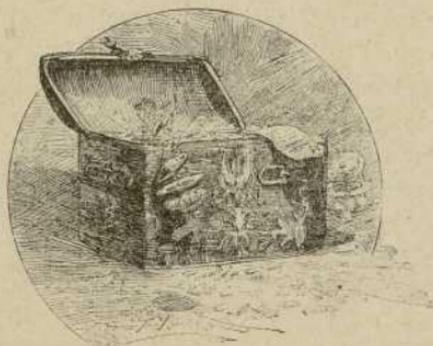
—¿Pero qué significaban el énfasis de usted, su actitud solemne cuando balanceaba el escarabajo y todas sus extravagancias? Creí que estaba usted verdaderamente loco. Tampoco me explico su empeño de hacer pasar por la calavera el insecto en vez de una bala.

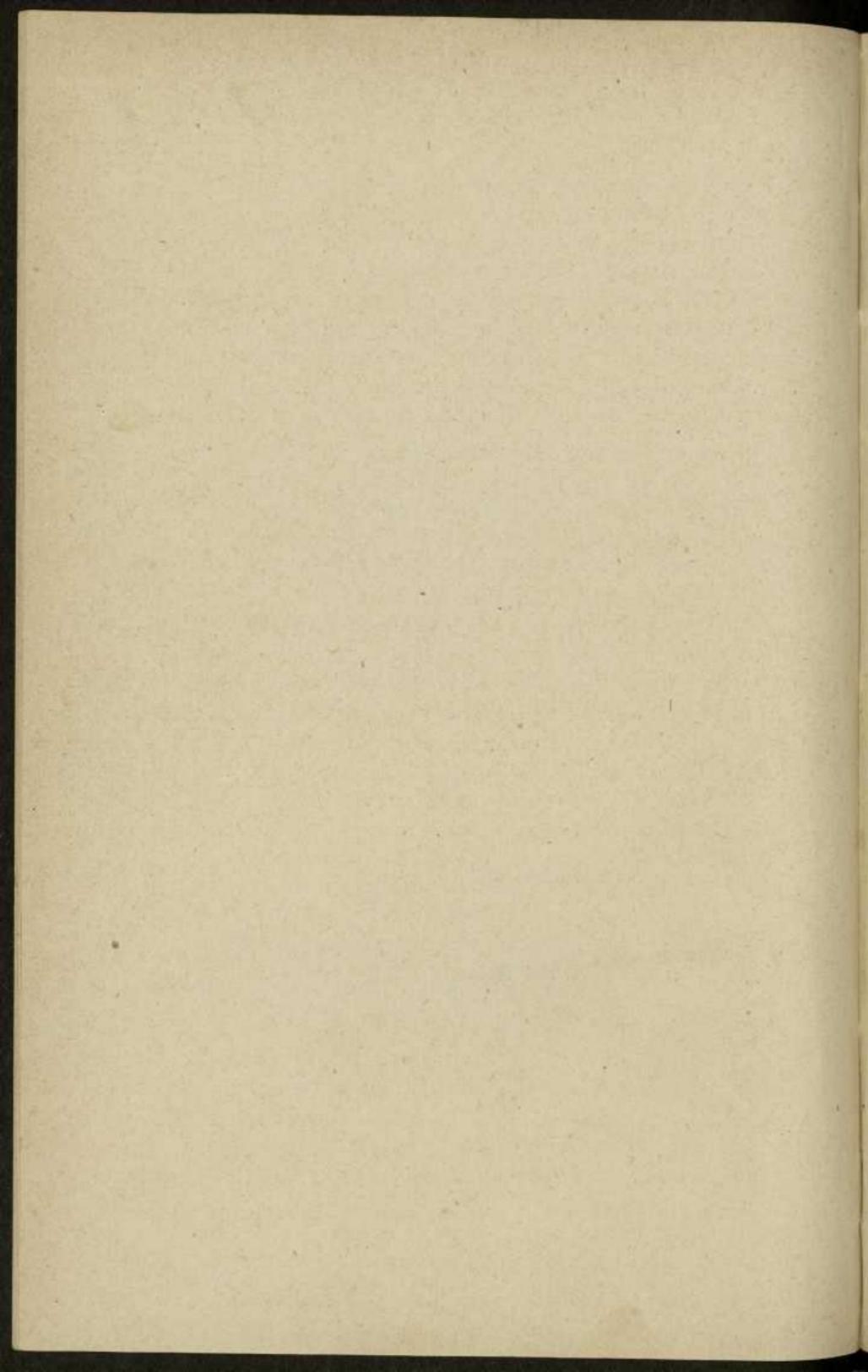
—¡Pardiez! si he de ser franco, le diré que me tenían algo picado sus sospechas respecto al estado de

mi espíritu, y resolví castigarle tranquilamente, á mi modo, haciendo un poco de comedia. He aquí por qué balanceaba el escarabajo y quise dejarle caer desde lo alto del árbol. La observación que usted me hizo sobre su peso singular me sugirió esta idea.

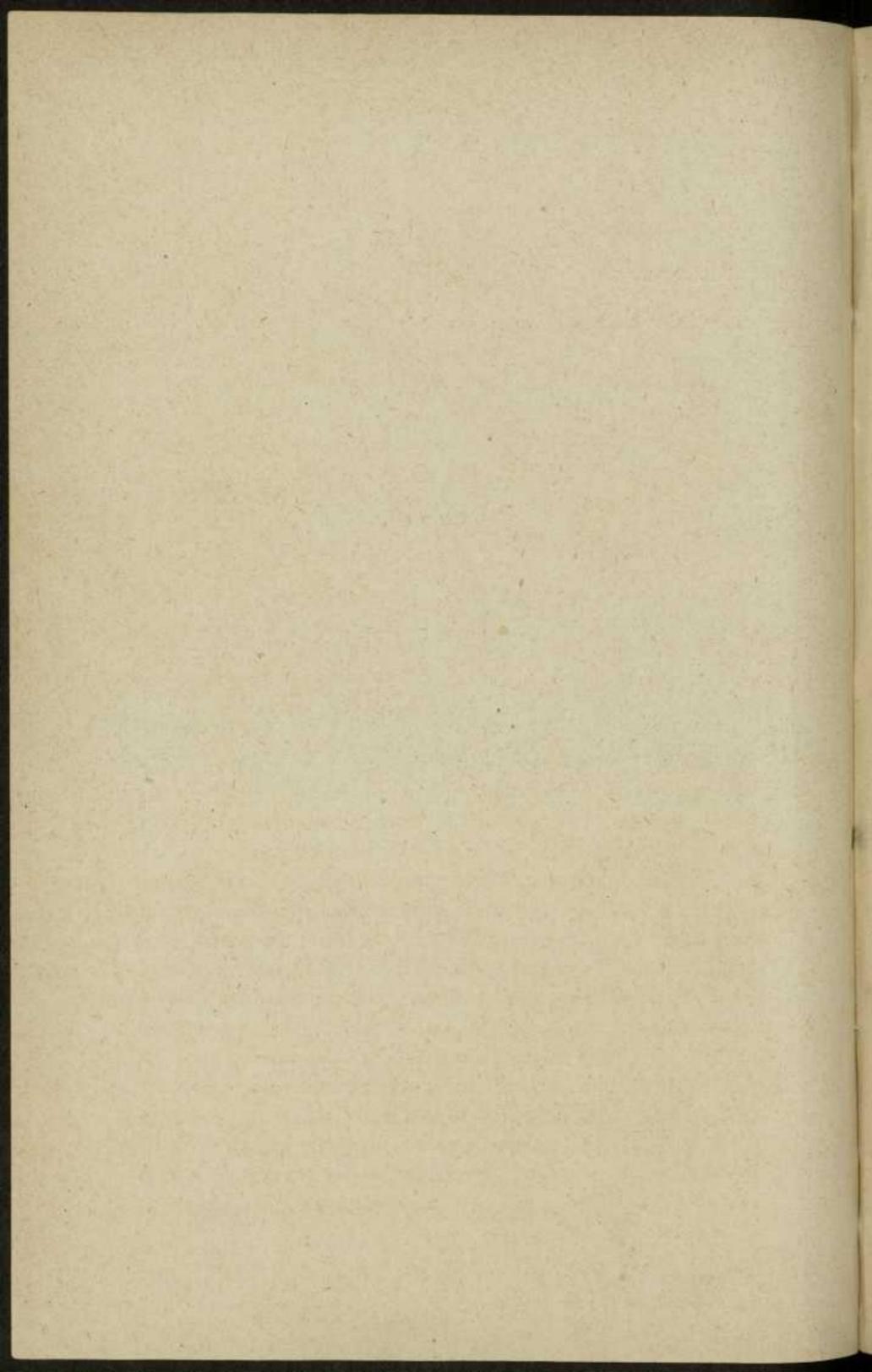
—Sí, ya comprendo; y ahora sólo queda un punto por explicar. ¿Qué diremos de los esqueletos hallados en el agujero?

—¡Ah! esta es una cuestión que no podría resolver mejor que usted; sólo veo una manera plausible de explicarla, y mi hipótesis implica una atrocidad tal, que es horrible creer en semejante hecho. Claro está que Kidd—pues yo no dudo que él fué quien escondió el tesoro—debió buscar auxiliares que le ayudaran en su trabajo; pero terminado éste, juzgaría oportuno suprimir á los que poseían su secreto. Dos golpes de azadón, descargados cuando sus ayudantes se hallaban aún en la fosa, fueron tal vez suficientes para ello, ó quizás necesitara una docena. ¿Quién nos lo diría?





EN EL MAELSTROM





EN EL MAELSTROM

Las voces de Dios, así en la Naturaleza como en el orden de la Providencia, no son nuestras voces; y los tipos que concebimos no tienen medida alguna común con lo incommensurable, lo profundo y lo incomprensible de sus obras, que contienen en sí un abismo más profundo que el pozo de Demócrito.

JOSÉ GLANVILLE.

HABÍAMOS llegado á la cima de la roca más alta, y por espacio de algunos minutos el anciano pareció demasiado desfallecido para poder hablar.

—No hace aún mucho tiempo—dijo al fin—le hubiera guiado á usted por aquí tan bien como mi hijo menor; pero hace tres años me ocurrió la aventura más extraordinaria en que haya figurado ningún mortal, ó por lo menos de tal naturaleza, que jamás hombre alguno hubiera sobrevivido, como yo, para referirla: en las seis terribles horas que duró, mi cuerpo y mi alma se quebrantaron. Usted me cree muy viejo, pero no lo soy: ha bastado la cuarta parte de un día para blanquear mi cabello, antes negro como el azabache, debilitar mis miembros y resentir mi sistema nervioso hasta el punto de que el menor esfuerzo me hace tem-

blar y me espanta la más ligera sombra. ¿Sabe usted que apenas puedo mirar por encima de ese pequeño promontorio sin sentirme sobrecogido de un vértigo?

El tal promontorio, en cuyo borde se había dejado caer con indiferencia mi compañero para descansar, pero de modo que la parte más pesada de su cuerpo estaba como pendiente, sin que le preservase de una caída más que el punto de apoyo de su codo en la arista extrema, el tal promontorio, repito, elevábase á unos mil quinientos ó mil seiscientos pies sobre un caos de rocas situadas bajo nosotros, inmenso precipicio de granito, negro y brillante. Por nada en el mundo hubiera osado yo aventurarme á seis pies del borde, y á decir verdad, inquietábame de tal modo la peligrosa posición de mi compañero, que me dejé caer en tierra, cogiéndome á unos arbustos inmediatos, sin atreverme siquiera á levantar la vista. Esforzábame inútilmente en desechar la idea de que el furor del viento ponía en peligro la base misma de la montaña. Algún tiempo necesité para recobrar-me, volver en mí, reunir las fuerzas necesarias, sentarme y mirar el espacio á lo lejos.

—Es preciso que domine usted esos terrores—me dijo el guía;—le he conducido aquí para que vea bien el teatro del acontecimiento de que antes le hablaba, y referirle toda la historia con el escenario á la vista.

Estamos ahora—continuó con esa minuciosidad que le caracterizaba—en la misma costa de Noruega, á los 68° de latitud, en la gran provincia de Nordland y en el lúgubre distrito de Lofoden; la montaña cuya cima ocupamos es el Helseggen, la Nebulosa. Ahora levántese usted un poco, cójase á la yerba si le sobreviene el vértigo, y mire más allá de esa faja de vapores que oculta el mar, aunque está á nuestros pies.

Miré vertiginosamente y ví una vasta extensión de mar, cuyo color de tinta me recordó por el pronto el

cuadro del geógrafo Nubio y su *Mar de las Tinieblas*: era un espectáculo más espantoso y desolado de lo que ninguna imaginación humana hubiera podido concebir; á derecha é izquierda, en todo el espacio que la vista alcanzaba, prolongábanse, como murallas del mundo, las líneas de un acantilado horriblemente negro y como suspendido, cuyo carácter sombrío acrecentábase por la resaca que subía hasta su cuesta blanca y lúgubre, produciendo un siniestro mugido. Frente al promontorio en cuya cima estábamos, á la distancia de cinco ó seis millas marinas, divisábase una isla, al parecer desierta, ó más bien se adivinaba por la violenta agitación producida en las rompientes que la circuían. A unas dos millas más hacia tierra elevábase otro islote, pedregoso y estéril, rodeado de algunos grupos de rocas negras.

El aspecto del Océano, en la extensión comprendida entre las orillas y la isla más lejana, tenía algo de extraordinario: en aquel momento soplabá por la parte de tierra tan fuerte brisa, que un brik, aunque bastante fuera, manteníase á la capa con dos rizos en su lona, á pesar de lo cual su casco se hundía algunas veces del todo. Sin embargo, no parecía haber allí ninguna fuerte marejada, aunque, á pesar del viento, las olas se entrechocaban en todos sentidos, y veíase muy poca espuma, como no fuera en las inmediaciones de las rocas.

—La isla que se divisa allá abajo—continuó el anciano—se designa por los noruegos con el nombre de Vurrgh; la que está á medio camino es Moskoe, y la que se halla á una milla al norte se llama Ambaaren; más lejos están Islesen, Hotholm, Keildhelm, Suarven y Buckolm, y á éstas siguen, entre Moskoe y Vurrgh, Otterholm, Flimen, Sandflesen y Estokolmo. Tales son los verdaderos nombres de esos puntos; pero no sé por qué he creído necesario nombrarlos, ni me lo

podría explicar. ¿Oye usted alguna cosa? ¿Nota usted algún cambio en el agua?

Nos hallábamos hacia diez minutos en lo más alto del Helseggen, á donde habíamos subido, saliendo del interior de Lofoden; de modo que no habíamos podido ver el mar hasta que se nos apareció de pronto desde la cima más alta. Mientras que el anciano hablaba, parecióme oír un rumor muy fuerte que iba en aumento, como el mugido de un inmenso rebaño de búfalos en una pradera de América; y en el mismo instante observé que lo que los marinos llaman «aspecto cabrilloso» del mar se convertía con singular rapidez en una corriente, cuya dirección se marcaba hacia el Este; mientras yo la miraba, su velocidad se acrecentó de una manera prodigiosa, aumentando por momentos su ímpetu desordenado. A los cinco minutos, toda la extensión del mar hasta Vurrgh fué azotada con irresistible furia; pero donde se producía el estrépito con mayor fuerza era en el espacio comprendido entre Moskoe y la costa. El vasto lecho de las aguas, surcado allí y agitado por mil corrientes contrarias, parecía ser presa de frenéticas convulsiones; semejante á un hervidero, las aguas silbaban, arremolinábanse y producían gigantescos é innumerables torbellinos que giraban con vertiginosa rapidez, precipitándose hacia el Este con una violencia que sólo se observa en las cataratas.

A los pocos minutos prodújose en la escena un cambio completo; la superficie general comenzó á ser más uniforme, y los torbellinos desaparecieron uno á uno, apareciendo enormes fajas de espuma allí donde no se veían antes ni señales de ella. Estas fajas se extendieron al fin á gran distancia, y combinándose entre sí tomaron el movimiento giratorio de los torbellinos calmados, pareciendo formar el germen de un vértice más vasto. De repente, este último pareció aislarse y

definirse mejor, en un círculo de más de una milla de diámetro; en su borde veíase una ancha faja de espuma luminosa, sin que una sola partícula se deslizase en la boca del terrible embudo, cuyo interior, por lo que se podía ver, presentaba un muro líquido y brillante, de color negro, que formaba con el horizonte un ángulo de 45 grados. Giraba sobre sí mismo bajo la acción de un movimiento vertiginoso, y producía un estruendo terrorífico, que participaba á la vez de grito y de mugido, pero de tal naturaleza, que ni aun en la catarata del Niágara se oyó nunca cosa semejante cuando está agitada por las más violentas convulsiones.

—Eso— dije al fin al anciano— no puede ser otra cosa sino el gran torbellino del Maelstrom.

—Algunas veces se llama así—repuso mi interlocutor—pero nosotros los noruegos le damos el nombre de Moskoe-Strom, de la isla de Moskoe, que está situada á medio camino.

Las descripciones comunes de este torbellino no me habían preparado de ningún modo para lo que veía: la de Jonás Ramus, que es tal vez la más detallada, no da la menor idea de la magnificencia y el horror del cuadro, ni tampoco de la extraña y agradable sensación de novedad que confunde al espectador. No sé precisamente desde qué punto de vista ni á qué hora le vió el escritor citado; pero no sería seguramente ni desde la cima de Helseggen ni durante una tempestad. Sin embargo, se pueden citar algunos párrafos de su descripción por los detalles, aunque sean insuficientes para dar idea del espectáculo.

«Entre Lofoden y Moskoe, dice, la profundidad del agua es de 36 á 40 brazas; mas por el lado de Ver (quiere decir Vurrgh) esta profundidad disminuye hasta el punto de que un barco no podría buscar paso alguno sin exponerse al peligro de quedar destrozado sobre las rocas, lo cual puede suceder en el tiempo

más sereno. Cuando viene la marea, la corriente se lanza en el espacio comprendido entre Lofoden y Moskoe con una rapidez tumultuosa; y el mugido de su terrible reflujó sobrepuja al de las más altas é imponentes cataratas; el estruendo se oye á la distancia de varias leguas, y los torbellinos tienen tal extensión y profundidad, que si un buque penetra en el radio de su atracción, será absorbido inevitablemente, arrastrado al fondo y destrozado contra las rocas: si la corriente afloja, los restos salen á la superficie. Sin embargo, estos intervalos de tranquilidad sólo se observan entre el flujo y el reflujó, en tiempo sereno, y no duran más de un cuarto de hora, reproduciéndose después poco á poco la violencia de la corriente.

»Cuando el agua se agita más, acrecentándose su fuerza por la tempestad, es peligroso acercarse, aunque sea á la distancia de una milla noruega, pues varias barcas y buques fueron arrastrados antes de hallarse al alcance de su atracción, por no haberse tenido suficiente prudencia. Bastante á menudo sucede que varias ballenas se aproximan demasiado á la corriente y quedan dominadas por el irresistible ímpetu de aquella; sería imposible dar idea de los mugidos y esfuerzos de estos animales para huir de aquel sitio.

»Cierta día, un oso que trataba de pasar á nado el estrecho entre Lofoden y Moskoe, fué cogido por la corriente y arrastrado al fondo, habiéndose oído sus rugidos desde la orilla. Inmensos troncos de pinos y pinabetes, sepultados en las aguas, reaparecen destrozados, lo cual indica claramente que el fondo se compone de rocas puntiagudas, sobre las cuales rodaron de un lado á otro. Esa corriente se regula por el flujo y reflujó del mar, que se verifica siempre de seis en seis horas. En el año 1645, el domingo de Sexagésima, muy de mañana, las aguas se precipitaron con tal es-

trépito é impetuosidad, que algunas piedras fueron arrancadas de las casas de la costa.»

En cuanto á la profundidad del agua, no comprendo cómo se ha podido reconocer en la inmediación del torbellino. Las *cuarenta brazas* deben referirse sólo á las partes del canal que están cerca de la orilla, bien sea de Moskoe ó de Lofoden; la profundidad en el centro del Moskoe-Strom debe ser inconmensurablemente mayor, y para asegurarse de ello basta dirigir una mirada oblicua al abismo del torbellino cuando se está en la cima más alta de Helseggen. Al fijar la vista desde esta altura en el temible abismo, no pude menos de reirme de la sencillez con que el bueno de Jonás Ramus refiere, como cosas difíciles de creer, sus anécdotas del oso y de las ballenas, pues paréceme cosa muy evidente en sí que el más poderoso buque de línea, al llegar al radio de esa mortal atracción, debe oponer tan poca resistencia como una pluma á un golpe de viento, y desaparecer de pronto.

Las explicaciones que se han dado del fenómeno, algunas de las cuales me parecieron bastante plausibles, según recuerdo, eran ahora muy poco satisfactorias para mí: la más generalmente admitida se reduce á que, este torbellino, así como los tres más pequeños de las islas de Feroé, «no reconoce otra causa sino el choque de las olas que suben y bajan, durante el flujo y el reflujó, á lo largo de un banco de rocas que encauza las aguas, arrojándolas en forma de catarata; que de este modo, cuanto más se eleva la marea, más profunda es la caída; y que el resultado natural es un torbellino, cuya prodigiosa fuerza de absorción esta suficientemente demostrada por varios ejemplos.» En estos términos se explica la *Enciclopedia británica*. Kircher y otros imaginan que en medio del canal del Maelstrom hay un abismo que atraviesa el globo y desemboca en una región muy lejana; y hasta se ha

designado una vez, algo ligeramente, el golfo de Botnia. Esta opinión, bastante pueril, era, sin embargo, la que más acertada me parecía al contemplar aquel sitio; y como se lo manifestase así á mi interlocutor, sorprendiome bastante oírle decir que, si bien este era el parecer de los noruegos en general, él no pensaba así. Añadió que no podía comprender semejante idea, y al fin convine en lo mismo, pues por concluyente que sea en el papel, se hace de todo punto ininteligible y absurda junto al trueno del abismo.

—Ahora que ya ha visto usted el torbellino—dijome mi compañero—si quiere que nos deslicemos detrás de esa roca, colocándonos de modo que se amortigüe el estrépito de las aguas, le referiré una historia, suficiente para convencerle de que debo saber alguna cosa del Moskoe-Strom.

Me situé como indicaba, y comenzó en estos términos:

—Mis hermanos y yo poseíamos en otro tiempo un sueche aparejado de goleta, de setenta toneladas poco más ó menos, del cual nos servíamos para pescar generalmente entre las islas situadas más allá de Moskoe, cerca de Vurrgh. Todos los violentos remolinos del mar dan abundantes peces, con tal que se llegue en tiempo oportuno y se tenga el valor necesario para arrostrar la aventura; pero de todos los hombres de la costa de Lofoden, sólo nosotros tres nos atrevíamos á ir á las islas. Las pesquerías ordinarias están mucho más abajo, hacia el sud. Allí se puede coger bastante á todas horas, sin mucho riesgo, y naturalmente esos parajes son preferidos; pero los sitios mejores, por aquí, entre las rocas, no sólo dan el pescado de mejor calidad, sino también mucho más abundante, tanto que con frecuencia cogíamos en un solo día lo que los más tímidos no hubieran reunido todos juntos en una semana. Como esto era una especie de especulación

desesperada, el riesgo de la vida compensaba el trabajo, y el valor hacía las veces de capital.

Resguardábamos nuestro barco en una ensenada, á cinco ó seis millas del punto donde estamos, y si hacía buen tiempo teníamos costumbre de aprovechar la tregua de quince minutos para lanzarnos á través del canal principal del Moskoe-Strom, muy por encima del agujero, para anclar después en cualquier punto inmediato á Otterholm ó Sandflesen, donde los remolinos no son tan violentos como en otras partes. Allí solíamos esperar, para levar anclas, poco más ó menos hasta la hora en que las aguas se calmaban; no nos aventurábamos nunca en la expedición sin un buen viento, del que pudiéramos estar seguros para la vuelta, y muy raramente nos engañamos en este punto. Sólo dos veces en seis años fuémos preciso pasar la noche anclados á causa de una calma chicha, cosa bien extraña en esos parajes; y otra vez debimos permanecer en tierra cerca de una semana, desfallecidos de hambre, á consecuencia de un golpe de viento que comenzó á soplar poco después de nuestra llegada, agitando el canal de tal modo que no se pudo pensar en atravesarlo. En aquella ocasión nuestro barco hubiera sido empujado muy afuera, pues los torbellinos nos zarandeaban con sin igual violencia, si no hubiésemos derivado en una de esas innumerables corrientes que se forman, hoy aquí, mañana allá, y que nos condujo al viento de Flimen, donde por fortuna pudimos anclar.

No le referiré á usted ni la vigésima parte de los peligros que corrimos en nuestras expediciones de pesca: ese es un mal paraje, hasta cuando hace buen tiempo; pero siempre hallábamos medio de arrostrar el Moskoe-Strom sin accidente alguno, aunque en ciertas ocasiones parecíame que el corazón se me iba por la boca, cuando nos retrasábamos ó adelantábamos un

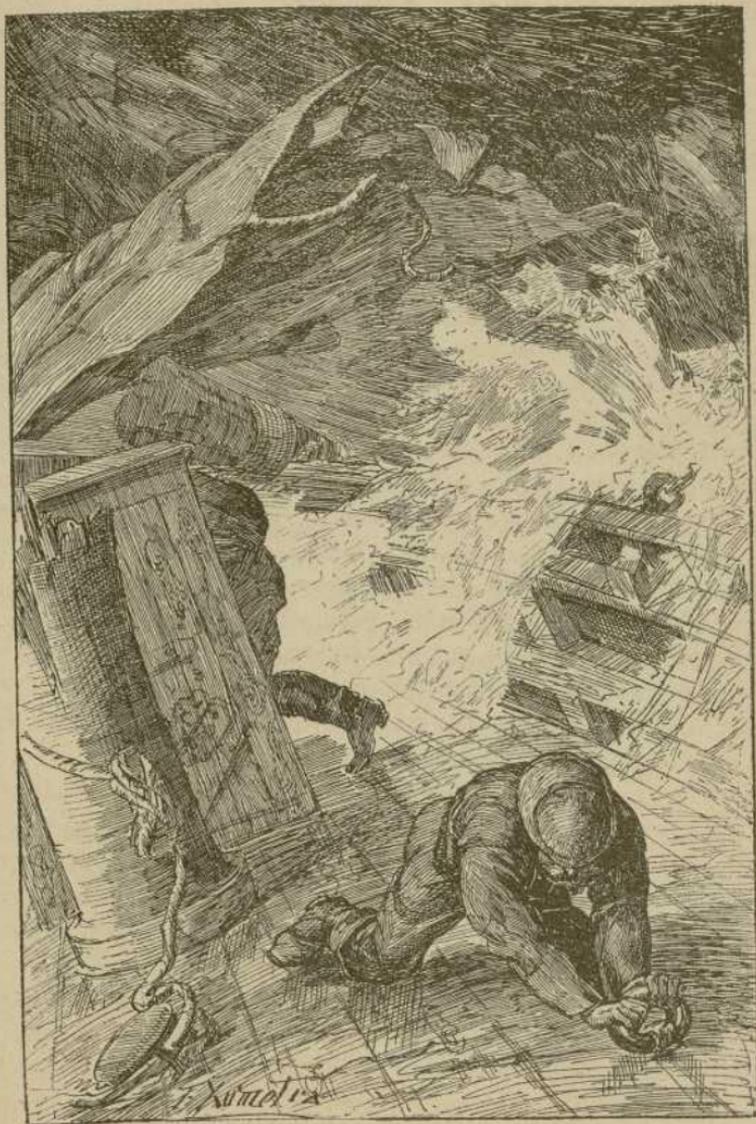
minuto al intervalo de calma de las aguas. A veces, el viento no era tan vivo como lo esperábamos para hacernos á la vela, y entonces se avanzaba más despacio de lo que quisiéramos, pues la embarcación era más difícil de gobernar á causa de la corriente.

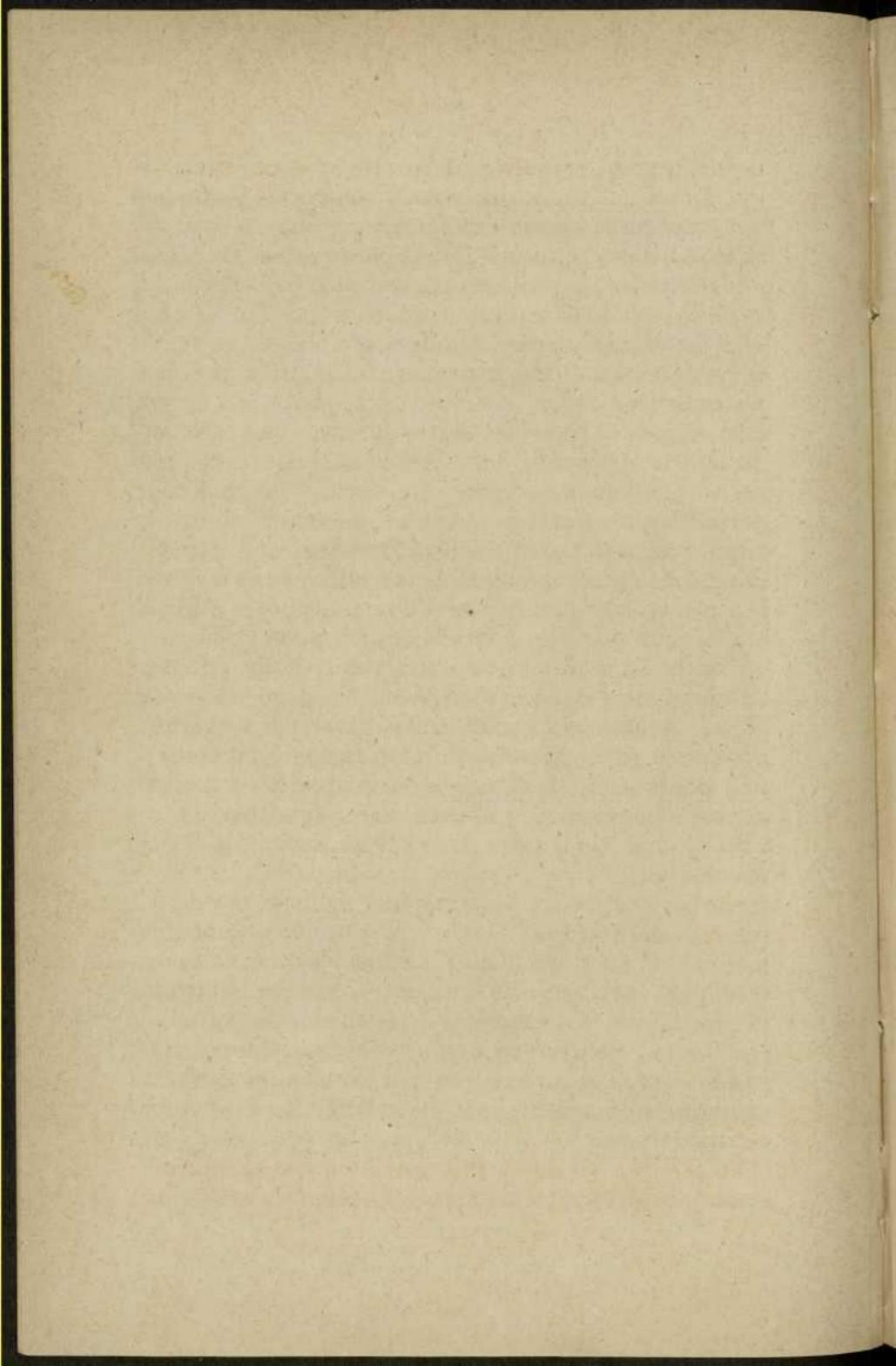
Mi hermano mayor tenía un hijo de diez y ocho años, y yo dos que ya eran unos mocetones, y podían servirnos de mucho en semejante expedición, ya para manejar el remo, ó bien para pescar; pero aunque nosotros nos aviniésemos á exponer la vida, no teníamos corazón para permitir que aquellos jóvenes arrostrasen un peligro verdaderamente horrible, pues efectivamente lo era.

Hace ahora tres años menos algunos días que ocurrió lo que voy á referirle á usted. Era el 10 de Julio de 18..., día que la gente del país no olvidará nunca, porque en ese día estalló la más espantosa tormenta que jamás se haya conocido. Sin embargo, toda la mañana, y hasta muy entrada la tarde, habíamos tenido una agradable brisa del sudoeste, y el sol era tan magnífico, que el más práctico marinero no hubiera podido prever lo que iba á ocurrir.

Los tres habíamos pasado, mis dos hermanos y yo, á través de las islas á las dos de la tarde, y muy pronto tuvimos la embarcación cargada de una magnífica pesca, mucho más abundante aquel día que lo fuera nunca hasta entonces, según observamos los tres. Eran las siete en *mi reloj* cuando levamos anclas para volver á casa, á fin de franquear lo más peligroso del Strom en el intervalo de las aguas tranquilas, que, como ya sabíamos, debía producirse á las ocho.

Nos hicimos á la vela con una buena brisa á estribor, y durante algún tiempo avanzamos con bastante rapidez, sin pensar ni remotamente en el peligro, pues en realidad no veíamos la menor causa de inquietud. De repente nos sorprendió un salto de viento que venía





de Helseggen; era una cosa del todo extraordinaria, que jamás nos había sucedido, y comencé á inquietarme un poco, sin saber exactamente por qué. Nos pusimos al viento; pero fué imposible atravesar los remolinos, y ya iba á proponer la retirada para anclar en el punto de costumbre, cuando al mirar por la proa vimos el horizonte cubierto de una nube singular, de color de cobre, que avanzaba con asombrosa rapidez.

Al mismo tiempo, la brisa, que soplabá de frente, cesó de pronto, y sorprendidos entonces por una calma chicha, derivamos á merced de todas las corrientes; pero aquel estado de cosas no duró lo bastante para permitirnos reflexionar: en menos de un minuto la tempestad cayó sobre nosotros; un momento después, el cielo estaba completamente cargado, y se ennegreció repentinamente de tal manera que, molestados además por el agua que nos saltaba á los ojos, no nos veíamos.

Locura fuera tratar de describir aquel golpe de viento, que el más anciano marino de Noruega no sufrió jamás. Habíamos cargado todas las velas antes que nos sorprendiese; pero la primera ráfaga tumbó nuestros dos mástiles, que cayeron cual si los hubiesen aserrado por la base; y el palo mayor arrastró consigo á mi hermano mas joven, que se había cogido á él por prudencia.

Nuestro barco era seguramente el más ligero que jamás se deslizara por el mar; tenía un puente con una sola escotilla por delante, y siempre habíamos acostumbrado á cerrarla sólidamente al atravesar el Strom, precaución muy oportuna en aquel mar tan agitado: pero en la circunstancia de que hablo, habríamos naufragado desde luego á no ser por esto, pues durante algunos minutos estuvimos materialmente sepultados debajo del agua.

No sé, ni he podido explicarme nunca, cómo mi hermano mayor escapó entonces de la muerte. En cuanto

á mí, apenas solté el palo de mesana, tendíme en el puente boca abajo, con las manos cogidas á una argolla, cerca de la base de dicho mástil; el instinto me había guiado al proceder así, é indudablemente era lo mejor que podía hacer, porque estaba demasiado aturdido para reflexionar.

Por espacio de algunos minutos estuvimos completamente inundados, como ya he dicho, y durante todo este tiempo contuve la respiración, agarrado siempre á la argolla. Cuando conocí que no podía continuar así más tiempo sin asfixiarme, me arrodillé sin soltar la anilla para sacar fuera la cabeza. En aquel momento nuestro barco sufrió una sacudida y elevóse en parte sobre el mar; entonces hice un esfuerzo para recobrarme de mi estupor y ver lo que podía hacerse, cuando de pronto sentí que me cogían por el brazo: era mi hermano mayor, y mi corazón palpitó de alegría, pues ya le creía muerto; pero un instante después mi gozo se convirtió en espanto, cuando aplicando sus labios á mi oído, gritó: ¡El *Moskoe-Strom!*

Nadie sabrá jamás los pensamientos que en aquel instante cruzaron por mi espíritu: me estremecí de pies á cabeza, cual si me hubiera sobrevenido un acceso de fiebre, pues comprendía lo bastante el valor de aquella sola palabra, y sabía muy bien lo que mi hermano me daba á entender. Con el viento que entonces nos impelia, estábamos destinados al torbellino del Strom, y nada podía ya salvarnos.

Ya habrá comprendido usted que al atravesar el canal del Maelstrom seguíamos siempre una ruta muy apartada del torbellino, aun en tiempo sereno, teniendo siempre buen cuidado de aprovechar el momento de tregua de la marea; pero ahora corríamos directamente hacia el abismo, impelidos por la tempestad.—Seguramente, pensé yo, llegaremos en el momento de la calma, y aun queda una ligera esperanza; pero un

minuto después renegué de mi locura por haber abrigado semejante ilusión, pues vi claramente que estábamos condenados, aunque nuestro buque hubiera sido cuatro veces mayor.

En aquel momento el primer furor de la tempestad había pasado, ó tal vez no la sentíamos tanto porque huíamos de ella; pero de todos modos, el mar, dominado al principio por el viento, elevábase ahora espumoso, formando verdaderas montañas; en el cielo se había producido también un cambio singular: al rededor de nosotros, en todas direcciones, estaba siempre negro como la pez; pero casi sobre nuestras cabezas veíase un espacio circular, de color claro que jamás había visto, y de un azul oscuro; á través de aquel espacio, la luna llena despedía un brillo singular, iluminando todas las cosas al rededor de nosotros; pero ¡gran Dios, qué escena iluminaba!

Hice un esfuerzo para hablar á mi hermano, mas el estrépito se había acrecentado de tal manera, sin que yo pudiese explicarme cómo, que no me fué posible hacerle comprender una sola palabra, aunque gritaba con toda la fuerza de mis pulmones. De repente movió la cabeza, su rostro se cubrió de palidez mortal, y le ví levantar un dedo, como para decirme: *¡Escucha!*

Al punto no comprendí lo que quería decir, pero muy pronto cruzó por mi mente una idea horrible; saqué el reloj del bolsillo y ví que no andaba; y al mirar la esfera á la luz de la luna, no pude contener las lágrimas y arrojéle al mar. *¡Se había parado á las siete; habíamos dejado pasar la tregua de la marea, y el torbellino del Strom se agitaba entonces con toda su furia!*

Cuando un buque está bien construído y debidamente equipado, sin llevar demasiada carga, las olas, si sopla una fuerte brisa mar adentro, parecen escapar siempre por debajo de la quilla, lo cual es seguramente extraño para los que no conocen la navegación, y

esto es lo que se llama en lenguaje técnico «cabalgar» (*riding*). Semejante movimiento no es una dificultad cuando se franquea ligeramente la ola; pero en aquel instante, un mar gigantesco nos empujaba por la proa, elevándonos á inmensa altura, como para arrojarnos contra el cielo: jamás hubiera creído que una ola pudiese subir tanto. Después descendíamos, trazando una curva y sumergiéndonos, lo cual me producía el vértigo é insufribles náuseas, pareciéndome que caíamos desde la cumbre de una inmensa montaña. Pero desde lo alto de la ola dirigí una rápida mirada á mi alrededor, y esto bastó para darme cuenta exactamente de nuestra posición. El torbellino del Moskoe-Strom distaba sólo un cuarto de milla, poco más ó menos, en línea recta; pero asemejábase tan poco al de todos los días, como ese torbellino que ve usted desde aquí á un remolino insignificante. Si no hubiera sabido dónde estábamos y lo que nos esperaba, no habría reconocido el paraje. Ante aquel espectáculo cerré involuntariamente los ojos, poseído de horror, y mis párpados quedaron adheridos como en un pasmo.

Menos de dos minutos después, observamos que las olas se calmaban; un mar de espuma nos envolvió; el barco dió bruscamente media vuelta por babor y partió con la rapidez de una flecha en aquella nueva dirección; en el mismo instante, el mugido se confundió con un clamor agudo, y percibiòse un sonido tal, que sólo podría compararse con el rumor producido por varios miles de válvulas dejando escapar á la vez su vapor. Nos hallábamos en la faja que rodea siempre el torbellino, y naturalmente creí que dentro de un segundo íbamos á ser precipitados en aquel abismo espantoso, atendida la prodigiosa rapidez con que éramos impelidos. El barco no parecía sumergirse en el agua, sino rasarla como una burbuja de aire en la superficie de la ola; teníamos el torbellino á estribor,

y á babor elevábase el vasto Océano de que acabábase de salir, semejante á un muro inmenso que se retorcia entre nosotros y el horizonte.

Por más que parezca extraño, cuando estuvimos en la boca misma del abismo comencé á serenarme, mirándolo todo con más sangre fría que antes; había renunciado á toda esperanza, y quedé libre de una gran parte de aquel terror que al principio me anonadó: supuse que la desesperación comunicaba rigidez á mis nervios.

Tal vez tome usted por una fanfarronada lo que voy á decirle; pero es la verdad: comencé á reflexionar qué magnífica cosa era morir de aquel modo, y hasta qué punto era en mí una necedad ocuparme del vulgar interés de la conservación de mi persona ante tan prodigiosa manifestación del poder de Dios: parecíame que me sonrojaba de vergüenza cuando aquella idea cruzó mi espíritu. Pocos instantes después sentíme dominado por la más ardiente curiosidad respecto al torbellino; experimenté verdaderamente el *deseo* de explorar sus profundidades, aun á costa del sacrificio de mi vida; y mi único sentimiento era no poder referir nunca á mis compañeros los misterios que iba á sondear. Singulares ideas eran aquellas para el ánimo de un hombre que se hallaba en el último trance; y con frecuencia he pensado después que las evoluciones del barco al rededor del abismo me habían trastornado un poco la cabeza.

Otra circunstancia contribuyó á serenarme, y fué que el viento había dejado de soplar y no podía alcanzarnos ya en nuestra situación, pues, como podrá usted juzgar por sí mismo, la faja de espuma está mucho más abajo del nivel general del Océano, y este último nos dominaba entonces como la cresta de una alta y negra montaña. Si no se ha encontrado usted nunca en el mar durante una fuerte borrasca, no le será posible

formarse idea de la perturbación de espíritu ocasionada por la acción simultánea del viento y de las aguas, que al saltar aturden, ciegan, ahogan y privan de toda facultad para obrar ó reflexionar. En aquel instante estábamos libres de esto, pero en la situación de aquellos condenados á muerte á quienes se concede en la capilla algunos ligeros favores que se rehusarían antes de dictarse la fatal sentencia.

Imposible me sería decir cuántas veces dimos la vuelta por aquella faja: corrimos al rededor durante una hora con corta diferencia; y volábamos más bien que flotábamos, pero acercándonos siempre al centro del torbellino y á su espantosa arista interior.

En todo aquel tiempo yo no había soltado la argolla; mi hermano estaba en la proa, cogido á una pequeña barrica vacía, sólidamente atada á la garita detrás del habitáculo; era el único objeto que no había sido arrastrado por las aguas al sorprendernos el golpe de viento.

Cuando nos acercábamos al brocal de aquel pozo movable, mi hermano soltó el barril y trató de cogerse á mi argolla, esforzándose, en la agonía de su terror, para arrancarla de mis manos, pues no era bastante ancha para que pudiéramos agarrarnos los dos. Jamás experimenté un dolor tan profundo como el que sentí al verle intentar semejante acción, aunque comprendiera que sólo su aturdimiento y su terror le convertían en un loco furioso. No traté de disputarle el sitio, pues sabía muy bien que el resultado había de ser igual para los dos, y por lo tanto solté la argolla y fui á cogerme al barril. La maniobra no era nada difícil, pues el soplete se deslizaba en redondo, derecho sobre su quilla, aunque impelido á veces acá y allá por las inmensas oleadas del torbellino. Apenas me hallé en mi nueva posición, experimentamos una violenta sacudida á estribor y el barco se precipitó en el abismo.

Yo elevé una rápida oración á Dios y pensé que todo había concluído.

Como sentía los efectos dolorosos y nauseabundos de la bajada, me agarré instintivamente con más fuerza al barril y cerré los ojos; pasaron algunos segundos sin que osase abrirlos, esperando la muerte instantánea, y extrañándome de no hallarme ya en las angustias supremas de la inmersión; pero los segundos pasaban y aún vivía. La sensación de la caída había cesado, asemejándose el movimiento del buque á lo que antes era, cuando estábamos cerca de la faja de espuma, sólo que entonces cabeceábamos más: recobré valor y quise contemplar otra vez aquel cuadro.

Jamás olvidaré las sensaciones de espanto, de horror y de admiración que experimenté al pasear la vista á mi alrededor: el barco parecía suspendido como por magia á medio camino de su caída, en la superficie interior de un embudo de inmensa circunferencia, de prodigiosa profundidad, y cuyas paredes, admirablemente alisadas, hubieran parecido de ébano á no ser por la deslumbradora rapidez con que giraban y la brillante y horrible claridad que despedían bajo los rayos de la luna llena, que desde aquel agujero circular deslizábanse como un río de oro á lo largo de los negros muros, penetrando hasta las más recónditas profundidades del abismo.

Al principio era demasiada mi perturbación para observar nada con alguna exactitud; sólo me fijé en el aspecto general de aquella magnificencia terrorífica; mas al recobrar me un poco, mis miradas se dirigieron instintivamente hacia el fondo. En aquella dirección érame fácil penetrar con la vista sin obstáculos, porque nuestro barco estaba suspendido en la superficie inclinada del abismo; corría siempre sobre su quilla, es decir que su puente formaba un plano paralelo al del agua, y constituía así un declive inclinado á más

de 45 grados. No pude menos de observar que ya no me costaba trabajo alguno sostenerme en aquella posición; érame tan fácil como si hubiésemos estado sobre un plano horizontal; y supongo que aquello consistía en la velocidad con que girábamos.

Los rayos de la luna parecían buscar el fondo del inmenso abismo; pero no podía distinguir nada claramente, á causa de la espesa bruma que rodeaba todas las cosas, y sobre la cual cerníase un magnífico arco iris, semejante á ese puente vacilante y estrecho que, según los musulmanes, es el único paso entre el Tiempo y la Eternidad. Aquella niebla ó espuma se producía seguramente por el choque de las grandes paredes del embudo, cuando se encontraban y rompían en el fondo. En cuanto al mugido que se elevaba hacia el cielo, no trataré de describirle.

Nuestro primer resbalón en el abismo, á partir de la faja de espuma, nos había conducido á gran distancia por la pendiente; pero la bajada no se efectuó luego, ni con mucho, con tanta velocidad. Corriamos siempre en círculo, pero no ya con un movimiento uniforme, sino con ímpetus y sacudidas que nos aturdíán, sin hacernos avanzar algunas veces más de un centenar de varas; mientras que otras ejecutábamos una evolución completa al rededor del torbellino. Á cada vuelta nos acercábamos al fondo del abismo, lentamente, es verdad, pero de una manera muy sensible.

Paseando la mirada por el vasto desierto de ébano que recorriamos, eché de ver que nuestro barco no era el único objeto absorbido por el torbellino; encima y debajo de nosotros veíanse restos de buques, vigas, troncos de árboles, objetos de mobiliario, cofres rotos, barriles y tablas. Ya he hablado antes de la curiosidad sobrenatural que reemplazó á mis primitivos terrores; y parecióme que aumentaba según me iba acercando al terrible momento. Entonces comencé á observar

con extraño interés los numerosos objetos que allí flotaban: *por fuerza* deliraba, pues hasta fué para mí una especie de *diversión* calcular las velocidades relativas de su bajada hacia el torbellino de espuma.

—Ese pinabete—dije una vez—será sin duda la primera cosa que sufrirá la terrible inmersión, desapareciendo después: y no quedé poco sorprendido al ver que un barco mercante holandés tomó la delantera y abismóse primero. Al fin, después de hacer muchas conjeturas de esta naturaleza y haberme equivocado siempre, este hecho me condujo á un orden de reflexiones que hicieron temblar otra vez mis miembros y latir mi corazón más pesadamente.

No era un nuevo terror lo que me afectaba de este modo, sino la aurora de una esperanza mucho más dulce, que surgía á la vez de la memoria y de la observación presente. Recordé la inmensa variedad de restos que cubrían la costa de Lofoden, restos que, después de ser absorbidos, fueron rechazados sin duda por el Moskoe-Strom. Los más de ellos estaban desgarrados de una manera extraordinaria, arañados y recortados irregularmente, hasta el extremo de parecer guarnecidos de puntas; pero recordaba muy bien entonces que algunos no estaban del todo desfigurados; y no podía explicarme aquella diferencia sino suponiendo que los fragmentos más maltratados habían sido los únicos que el abismo absorbió del todo; los demás entrarían en el torbellino en un período bastante avanzado de la marea, ó después de penetrar, bajaron con la suficiente lentitud, por una causa ú otra, para no llegar al fondo antes de la vuelta del flujo ó del reflujó. Concebí que era posible, en ambos casos, que remontaran, girando de nuevo, hasta el nivel del Océano, sin sufrir la suerte de aquellos que fueron arrastrados antes ó absorbidos más rápidamente.

También hice tres observaciones importantes: la

primera era que, por regla general, cuanto mayores eran los cuerpos, más rápidamente descendían; la segunda que, dadas dos masas de igual volumen, la una esférica y la otra de *cualquiera forma*, la velocidad era más considerable en la esfera para la bajada; y la tercera que, de dos masas de igual volumen, una cilíndrica y la otra de forma distinta, fuera cual fuese, el cilindro se hundía con más lentitud.

Después de mi salvación conversé algunas veces sobre el particular con un anciano maestro de escuela del distrito, y él fué quien me dió á conocer las palabras cilindro y esfera, haciéndome una explicación sobre esto; de la cual no recuerdo una palabra. Díjome que lo que yo había observado era consecuencia natural de la forma de los restos flotantes, y demostróme cómo un cilindro, girando en un torbellino, presentaba más resistencia á la succión y no era atraído con tanta facilidad como un cuerpo de otra forma y de igual volumen (1).

Una circunstancia importante daba gran fuerza á estas observaciones, aguijoneando en mí el deseo de comprobarlas, y era que á cada revolución pasábamos por delante de un barril, de una verga ó un mástil de buque, cuyos objetos, que flotaban á nuestro nivel cuando por primera vez abrí los ojos para contemplar las maravillas del torbellino, estaban ahora situados sobre nosotros, pareciendo no haberse movido de su primera posición.

No vacilé más tiempo sobre lo que debía hacer: resolví atarme con toda confianza á la barrica á que estaba abrazado, largar el cable que la sujetaba y arrojarle al mar. Esforcéme entonces para llamar la atención de mi hermano sobre los barriles flotantes, junto á los cuales pasábamos, é hice todo cuanto estu-

(1) ARQUÍMEDES.—*De incidentibus in fluido.*

vo en mi poder para que comprendiera lo que me proponía intentar. Parecióme que al fin adivinó mi designio; pero fuera ó no así, movió la cabeza con expresión desesperada y no quiso abandonar su puesto; era imposible apoderarme de él, pues el caso no permitía la menor dilación; y así es que con la más amarga angustia le abandoné á su destino. Atado á la barrica con el cable, y sin vacilar un momento más, precipitéme en el mar.

El resultado fué precisamente lo que yo esperaba: como soy yo mismo quien le refiere esta historia, pudiendo usted ver que me he salvado; y como conoce ya de qué medio me valí, facil le será deducir todo lo que me resta decirle, por lo cual abreviaré el relato, pasando á la conclusión.

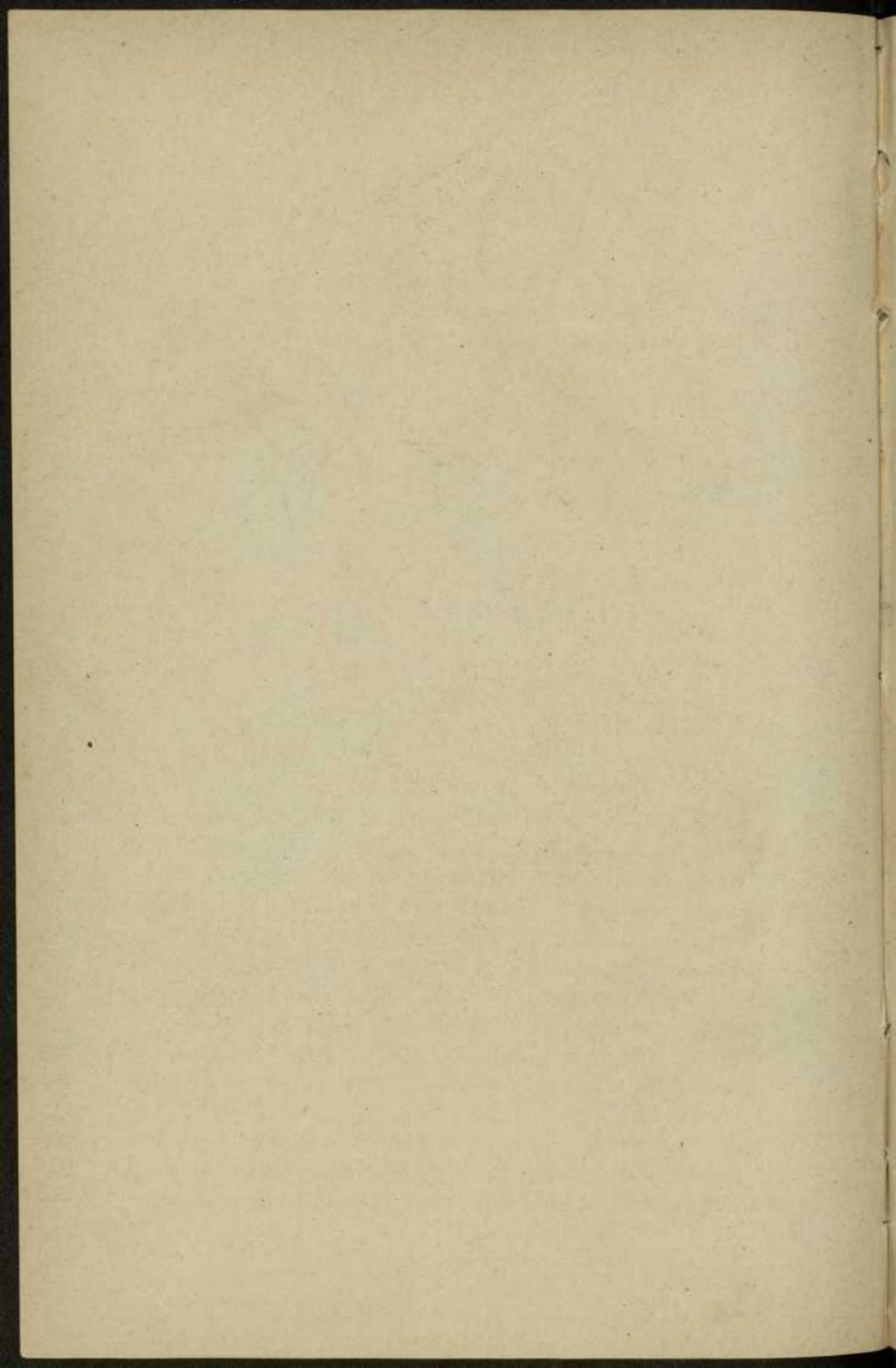
Habría transcurrido una hora, poco más ó menos, desde que abandoné el barco, cuando ví que éste, habiendo descendido á una inmensa distancia, dió seguidamente tres ó cuatro vueltas precipitadas, y arrasando á mi hermano querido, picó con la proa en el centro del caos de espuma, desapareciendo para siempre. Mi barril flotaba casi á medio camino de la distancia que separaba el fondo del abismo del paraje donde me arrojé al agua, cuando se produjo de pronto un gran cambio en el carácter del torbellino. La pendiente de las paredes del inmenso embudo comenzó á tener menos declive; las evoluciones del torbellino disminuyeron en rapidez poco á poco, la espuma y el arco iris desaparecieron, y el fondo del abismo pareció elevarse lentamente.

El cielo estaba sereno, el viento había cesado, y la luna llena ocultábase radiante por el oeste, cuando me hallé en la superficie del Océano, teniendo á la vista la costa de Lofoden, sobre el sitio donde antes estaba el torbellino del Moskoe-Strom. Era la hora de la calma, pero se elevaba siempre, formando enormes

olas á causa de la tempestad. Impelido violentamente al canal del Strom, fui arrojado pocos minutos después á la costa, entre las pesquerías. Un barco me recogió, desfallecido de fatiga; pero en aquel momento, fuera ya de peligro, el recuerdo de tantos horrores me privó del habla. Los que me izaron á bordo eran antiguos compañeros de cada día, mas ninguno me reconoció, tomándome sin duda por algún viajero del otro mundo. Mi cabello, el día antes negro como el azabache, estaba blanco cual le ve usted ahora; y toda la expresión de mi fisonomía, según me dijeron, había cambiado completamente. Referíles mi historia y no quisieron creer en ella. Se la cuento á usted, y apenas me atrevo á esperar que le dé más crédito que los pescadores de Lofoden.



EL GATO NEGRO





EL GATO NEGRO

No espero ni solicito que se crea la muy extraña aunque familiar historia que voy á trasladar al papel; y verdaderamente fuera locura confiar en que se me diese crédito, puesto que mis sentidos rechazan su propio testimonio. Sin embargo, no estoy loco, y seguramente no sueño; pero mañana he de morir, y hoy quiero descargar mi conciencia. Lo que me propongo desde luego es referir al mundo, clara y sucintamente, sin comentarios de ningún género, una serie de simples acontecimientos domésticos, que por sus consecuencias me han aterrado, martirizado y aniquilado. A pesar de ello, no trataré de dilucidarlos, pues á mí me inspiraron solamente horror, por más que á muchas personas les parecerán más *extravagantes* que

terribles. Tal vez más tarde se hallará una inteligencia que reduzca mi fantasma á una vulgaridad, algún espíritu más sereno, más lógico y mucho menos excitable que el mío, que no vea en los hechos referidos por mí con terror sino una sucesión ordinaria de causas y efectos muy naturales.

Desde la infancia me hice notar por mi docilidad y humanitarios sentimientos, y hasta era tan exquisita la ternura de mi corazón, que acabé por ser juguete de mis compañeros. Mi afición y cariño á los animales no tenía límites, y mis padres me habían permitido conservar muchas especies favoritas; de modo que pasaba el tiempo con unas y otras, y nunca me creía tan feliz como cuando les daba de comer y las acariciaba. Esta particularidad de mi carácter se desarrolló á medida que iba creciendo, y cuando llegué á ser hombre, fué la fuente principal de mis recreos. A los que se han encariñado con un perro fiel y sagaz no necesito explicarles la naturaleza é intensidad de los goces que esto pueda reportar. En el amor desinteresado de un animal, en ese sacrificio de sí mismo, hay algo que va directamente al corazón de aquel que tuvo con frecuencia ocasiones de apreciar el valor de la mezuquina amistad y la fidelidad *de gasa del hombre natural*.

Me casé muy pronto, y tuve la dicha de hallar en mi esposa un carácter que simpatizaba con el mío; al observar mi afición á esos favoritos domésticos, no perdió oportunidad de proporcionarme individuos de la especie que más me agradaba; y así tuvimos aves, un pez dorado, un magnífico perro, conejos, un mono pequeño y *un gato*.

Este último era en realidad un animal hermoso y robusto, completamente negro, y de maravillosa sagacidad. Al hablar de su inteligencia, mi mujer, que en el fondo era bastante supersticiosa, hacía frecuentes alusiones á la antigua creencia popular según la cual se

considera á todos los gatos negros como brujos disfrazados. No quiero decir con esto que mi señora hablara siempre con *formalidad* sobre el asunto, y si cito el hecho es simplemente porque me acude en este momento á la memoria.

Plutón, así se llamaba el gato, era mi favorito, mi compañero; sólo de mis manos recibía su alimento, y seguíame por la casa á todas partes, con tal insistencia, que no sin trabajo le impedía salir también á la calle en pos de mí.

Nuestra amistad subsistió así algunos años, durante los cuales mi carácter y mi temperamento, por efecto del demonio de la intemperancia—y me sonrojo al confesarlo,—sufrió una alteración radicalmente mala. Cada vez más sombrío é irritable, y más indiferente á los sentimientos de los demás, usaba un lenguaje brutal al hablar con mi esposa; y al fin pasé á las violencias personales. Mis pobres favoritos hubieron de resentirse, naturalmente, del cambio de mi carácter, pues no contento con descuidarlos les maltraté. En cuanto á Plutón, guardábale aún las suficientes consideraciones para no proceder con él del mismo modo; pero no tenía miramiento alguno con los conejos, el mono, y hasta el perro, cuando por casualidad ó por cariño me salían al paso. Mi dolencia me aquejaba cada vez más, pues—¡qué enfermedad hay comparable con el alcohol!—y al fin el mismo Plutón, que ya se hacía viejo y comenzaba á ser un poco fastidioso, hubo de sentir también los efectos de mi maligno carácter.

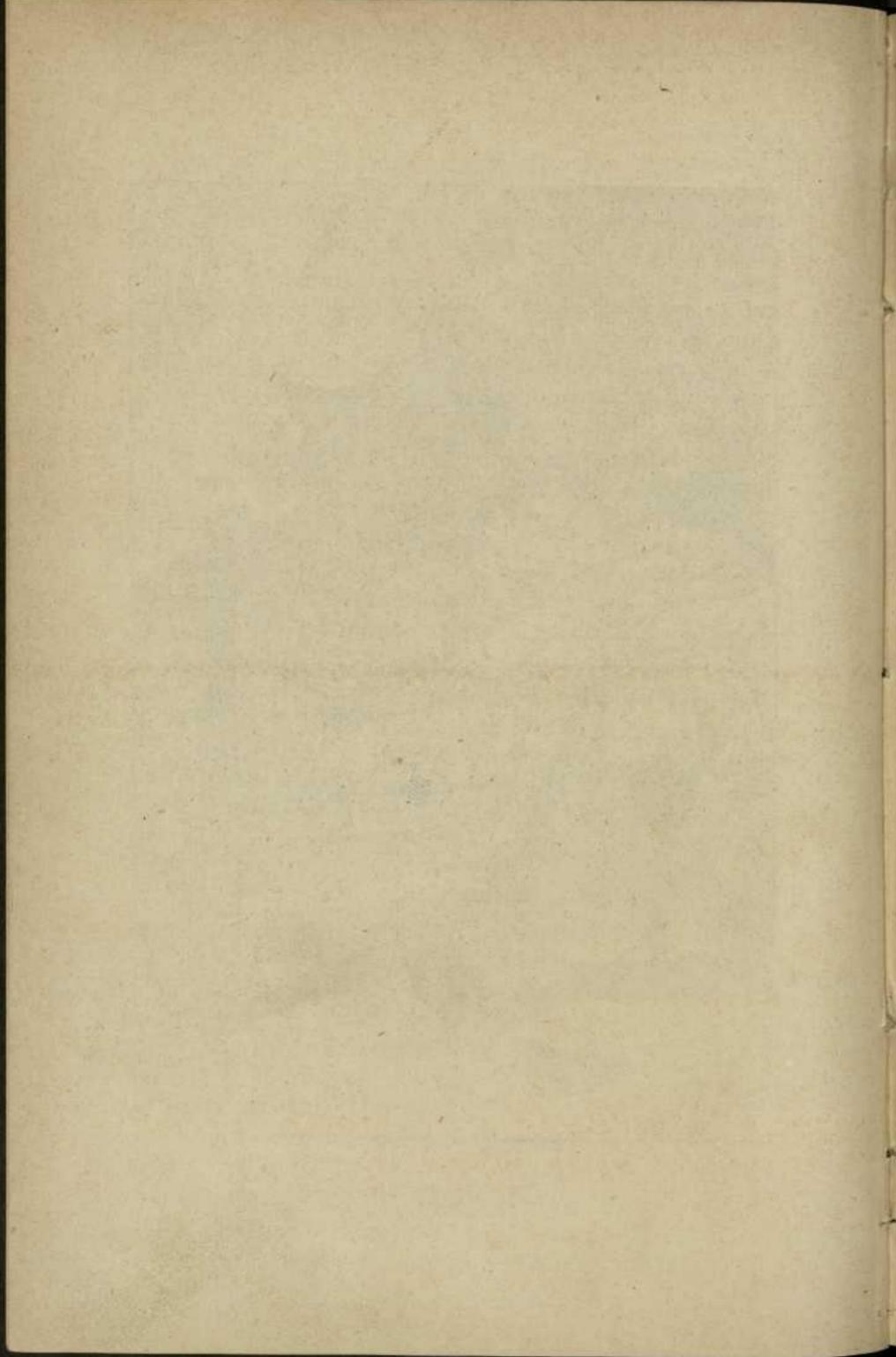
Cierta noche, al entrar en casa, completamente ebrio, pues salía de una de mis acostumbradas tascas de los arrabales, imaginéme que el gato evitaba mi presencia; quise cogerle para castigarle, pero espantado por mi ademán, infirióme una ligera herida con los dientes. Enfurecido como un demonio, ya no me reconocí; mi alma primera pareció huir del cuerpo, y en cada

fibra de mi sér infiltróse una malignidad hiperdiabólica, saturada de ginebra: saqué del bolsillo del chaleco un corta plumas, abríle, cogí al pobre animal por el cuello, y deliberadamente le hice saltar un ojo de la órbita.—¡Me sonrojo, me estremezco al dar cuenta de esta censurable atrocidad!

Al recobrar la razón por la mañana, cuando se hubieron desvanecido los vapores de mi saturnal de la víspera, experimenté á la vez horror y remordimiento por el crimen de que me había hecho culpable; pero era un sentimiento equívoco y débil que no penetró hasta el alma. Volví á entregarme á los excesos, y muy pronto ahogué en el vino el recuerdo de mi mala acción.

Sin embargo, el gato curó lentamente; cierto que la órbita del ojo perdido tenía un aspecto espantoso; pero el animal no parecía sufrir ya; iba y venía por la casa según su costumbre, si bien, como debía esperarse, huía con terror al acercarme yo. Conservaba aún bastante de mi primera bondad para que me afligiera al pronto aquella evidente antipatía de parte de un sér que tanto me había querido antes; pero á este sentimiento siguió muy pronto la irritación; y entonces se manifestó, como para señalar mi caída final é irrevocable, el espíritu de la PERVERSIDAD. La filosofía no tiene en cuenta ese espíritu; mas, tan cierto como que el alma existe, creo que la perversidad es uno de los primitivos impulsos del corazón humano, una de las primeras facultades ó sentimientos indivisibles que imprimen la dirección al carácter del hombre. ¿Quién no se ha sorprendido cien veces consumando un acto necio ó vil, sólo porque estaba persuadido de que no debía cometerle? ¿No tenemos, por ventura, una constante inclinación, á pesar de la excelencia de nuestro juicio, á violar lo que es la *Ley*, simplemente porque comprendemos que es la *Ley*? Ese espíritu de ~~p~~





~~vergonzosa~~ **PERVERSIDAD**, digo, fué lo que me perdió al fin. Ese ardiente é insondable deseo del alma de *martirizarse á sí misma*, de violentar su propia naturaleza, de hacer mal sólo por amor al mal, fué lo que me impulsó á continuar, y por último á consumir el suplicio á que sometí al animal inofensivo. Cierta mañana deslicé un nudo corredizo al rededor de su cuello, con la mayor sangre fría, y le colgué de la rama de un árbol; mis ojos estaban llenos de lágrimas, y mi corazón de amargos remordimientos; pero *ahorqué á Plutón porque* sabía que me había amado, y *porque* estaba persuadido de que jamás me diera motivo alguno de enojo; le *ahorqué porque* no se me ocultaba que al proceder así cometía un pecado, un pecado mortal, que comprometía mi alma hasta el punto de ponerla, si tal cosa estuviese en lo posible, fuera de la misericordia infinita del Dios Muy Misericordioso y Muy Terrible.

En la noche siguiente al día en que cometí este acto cruel, despertóme en mi sueño el grito de ¡fuego, fuego! Las cortinas de mi lecho estaban ardiendo; la conflagración se había propagado por toda la casa, y no sin gran dificultad pudimos escapar, mi esposa, un criado y yo. La destrucción fué completa; toda mi fortuna se perdió, y desde entonces entreguéme á la desesperación.

No trato de establecer aquí una relación de causa á efecto entre la atrocidad y el desastre, porque me hago superior á semejante debilidad; pero doy cuenta de una serie de hechos y no quiero omitir un solo eslabón de la cadena. Al día siguiente del incendio visité las ruinas; las paredes se habían derrumbado, excepto un tabique interior, poco grueso, situado casi en el centro de la casa, y contra el cual se apoyaba la cabecera de mi cama; en esta parte, la mampostería había resistido á la acción del fuego, y yo atribuí el hecho á la circunstancia de ser la pared nueva. Delante de

aquel tabique habíase reunido una multitud considerable, y varias personas parecían examinar cierta parte con minuciosa y viva atención. Las palabras: «¡qué extraño, qué singular!» y otras semejantes, excitaron mi curiosidad; acerqueme, y ví, semejante á un bajo relieve esculpido en la blanca superficie, la figura de un gato gigantesco: la imagen estaba representada con una exactitud verdaderamente maravillosa, y el animal tenía una cuerda al rededor del cuello.

Al pronto, ante aquella aparición, pues apenas podía considerarla como otra cosa, mi asombro y mi terror fueron extremados; pero la reflexión vino al fin en mi auxilio. Recordé haber ahorcado el gato en un jardín contiguo á la casa, jardín que fué invadido por la multitud al oirse los gritos de alarma; alguno debió desatar el animal del árbol, para arrojarle á mi habitación por una ventana abierta, sin duda con el objeto de despertarme; las otras paredes comprimieron, al caer, la víctima de mi crueldad en la sustancia del yeso recientemente aplicado; y la cal de aquel tabique, combinada con las llamas y el amoníaco del cadáver, debió producir la imagen tal como la veía.

Aunque tranquilizase así ligeramente mi espíritu, ya que no del todo mi conciencia, en cuanto al hecho sorprendente que acabo de exponer, no por eso dejó de producir en mi ánimo una impresión profunda. Durante algunos meses no pude desechar el fantasma del gato, y agitábase en mi alma algo que parecía ser un remordimiento, pero que no lo era. Llegué á deplorar la pérdida del animal, y á buscar á mi alrededor, en las despreciables tabernas que acostumbraba á frecuentar, otro favorito de la misma especie que se pareciera al difunto.

Cierta noche, hallándome sentado y medio aturdido en una inmunda tasca, llamome la atención de pronto un objeto negro, el cual reposaba en uno de los in-

mentos toneles de ginebra ó de rom que constituían el principal mobiliario de la sala; y como hacía algunos minutos que miraba en aquella dirección, sorprendiome no haber echado de ver antes el citado objeto. Acerquème y le toqué con la mano; era un gato negro, muy grande, al menos tanto como Plutón, y se le parecía mucho, excepto en una cosa.

El difunto no tenía un solo pelo blanco en todo el cuerpo, mientras que éste presentaba una mancha blanca, aunque de forma indecisa, que cubría casi toda la región del pecho.

Apenas le hube tocado, púsose en pie al punto, produciendo esa especie de ronquido particular que en los gatos indica la satisfacción; se restregó contra mi mano, y pareció muy contento con mis caricias. Aquel era el animal que yo buscaba, y por lo tanto ofrecí al dueño comprársele; pero el hombre me dijo que no era suyo ni le había visto nunca antes.

Seguí acariciándole, y cuando me disponía á volver á casa, el animal pareció inclinado á seguirme; le permití que me acompañara, y de vez en cuando deteníame para hacerle una caricia. Cuando llegamos á casa entró como si fuese la suya, y al punto se encariñó con mi señora.

En cuanto á mí, muy pronto experimenté una marcada antipatía contra el animal, es decir, lo contrario de lo que yo esperaba; yo no sé cómo ni por qué fué así, pero la evidente ternura del gato me disgustaba, produciéndome casi fatiga. Poco á poco este sentimiento de disgusto y enojo rayó en la amargura del odio; alejábame siempre del animal, pero una especie de vergüenza y el recuerdo de mi primer acto de crueldad retrajéronme de maltratarle.

Durante algunas semanas abstúveme de pegar al gato ó de cometer una violencia; pero gradual é insensiblemente llegué á mirarle con indecible horror, y

rehuía en silencio su odiosa presencia, como el soplo de la peste.

Lo que contribuyó, sin duda, á enconar mi odio contra el gato fué la circunstancia de haber echado de ver, á la mañana siguiente al día en que le llevé á casa, que así como á Plutón, le faltaba un ojo. Sólo por esto mi mujer le cobró más cariño, pues, según he dicho ya, poseía en alto grado esa ternura de sentimiento, característica en mí en otra época, y fuente de mis recreos más sencillos y puros.

Sin embargo, el afecto del gato hacia mí parecía ir en aumento, á medida que mi aversión redoblaba; seguía mis pasos con una tenacidad que difícilmente imaginaría el lector; si me sentaba, colocábase debajo de la silla, ó saltaba sobre mí, prodigándome sus caricias espantosas; y si me levantaba para andar, introducíase entre mis piernas, exponiéndome á una caída, ó bien clavaba sus largas y agudas uñas en la ropa, trepando hasta mi pecho. En tales instantes, y aunque deseaba matarle de un golpe, impedíamelo en parte el recuerdo de mi primer crimen, pero más aún, debo confesarlo de una vez, el verdadero *terror* que el animal me inspiraba.

Y este terror no era seguramente producido por un mal físico, aunque me costaría mucho definirle de otro modo. Casi me avergüenzo de confesar que el terror y el horror que el gato me causaba habían ido en aumento por una de las más extrañas quimeras que fuera posible concebir. Mi esposa me había llamado más de una vez la atención sobre el carácter de la mancha blanca de que ya he hablado, y que constituía la única diferencia visible entre el nuevo gato y el que yo había muerto. El lector recordará, sin duda, que aquella mancha, aunque grande, era primeramente vaga en su forma; pero lentamente, por grados imperceptibles, que mi razón se esforzó largo tiempo en

considerar como imaginarios, adquirió al fin contornos muy bien marcados, llegando á ser la imagen de un objeto que no puedo nombrar sin estremecerme. Esto era lo que me hacía mirar al gato con horror y disgusto, y lo que me hubiera impulsado á librarme de él *si me hubiese atrevido*, porque esa mancha era la imagen de una cosa hedionda, siniestra, la imagen de una HORCA. ¡ Oh, lúgubre y terrible máquina, máquina de Horror y de Crimen, de Agonía y de Muerte!

Y desde aquel instante consideréme más misero que cuanto pudiera serlo toda la Humanidad, y ya no conocí la beatitud del reposo ni de día ni de noche. Durante el día, el animal no me dejaba solo un momento, y por la noche, cuando despertaba de mis sueños, agitados por indefinible angustia, sentía á cada momento en mi rostro el hálito tibio del gato, y su enorme peso; era la encarnación de una pesadilla que en mi impotencia no podía sacudir, que estaba eternamente incrustada en mi *corazón*.

Bajo la presión de semejantes tormentos, lo poco bueno que aún quedaba en mí desapareció; todos mis pensamientos fueron malos; los más sombríos y peores que puede haber. La tristeza de mi carácter habitual degeneró en odio á todas las cosas y á toda la humanidad; y mi esposa, que no se quejaba nunca, ¡ ay de mí! sufría las consecuencias de mi martirio, y era la más paciente víctima de las frecuentes é indomables erupciones de la ciega furia que desde entonces me dominó.

Cierto día acompañóme con motivo de cierta ocupación doméstica al sótano de la vieja casa donde nuestra pobreza nos obligaba á vivir; el gato me siguió bajando en pos de mí por la empinada escalera, y como tropezara con él, faltóme poco para caer en tierra. Esto me exasperó hasta la locura, levanté el hacha que llevaba en la mano, y olvidando en mi cólera

el temor pueril que hasta entonces me retuviera, asesté al animal un golpe que hubiera sido mortal si le hubiese alcanzado como yo quería; mi esposa detuvo mi brazo; pero esta intervención excitó más aún mi rabia infernal; desprendíme al punto, y hundi el hacha en su cráneo. La pobre mujer cayó muerta en el sitio sin proferir una sola queja.

Consumado este horrible asesinato, lo primero que hice fué reflexionar deliberadamente sobre la manera de ocultar el cadáver, comprendiendo que no podía sacarle de la casa, ni de noche ni de día, sin exponerme á que lo vieran los vecinos. Pensé en varios proyectos; por un momento ocurrióme la idea de cortar el cuerpo en pedazos y destruirlos con el fuego; después resolví abrir una fosa en el suelo mismo del sótano; luego me pareció mejor arrojarle en el pozo del patio; parecióme más conveniente, sin embargo, encerrarle en una caja á guisa de mercancía en la forma acostumbrada, y encargar á un mozo de cordel que lo llevase á un punto cualquiera. Por último, adopté un plan que me pareció el mejor de todos: reduciase á emparedar el cadáver allí mismo, como lo hacían con sus víctimas los monjes de la Edad-media.

El sótano tenía muy buenas condiciones para llevar á cabo mi proyecto; las paredes, levantadas á la ligera, habían sido cubiertas recientemente en toda su extensión con una capa de yeso que á causa de la humedad de la atmósfera no se había endurecido; y en una de ellas veíase una saliente formada por una especie de falsa chimenea, cuyo hueco se había rellenado. No dudé que me fuera fácil retirar los ladrillos en aquella parte, introducir el cadáver y tapiarle, de modo que nada pudiera infundir sospechas.

No me engañé en mi cálculo: con el auxilio de unas grandes pinzas quité fácilmente los ladrillos, y después de apoyar el cuerpo contra la pared interior, sostúvele

en esta posición hasta que hube dejado toda la mampostería como antes estaba, sin mucha dificultad. Después busqué mortero y arena, con todas las precauciones imaginables; preparé una argamasa que no se podía diferenciar de la otra, y cubrí los ladrillos con una capa cuidadosamente; cuando hube terminado, ví con satisfacción que la obra era perfecta: la pared no presentaba la menor señal de la operación; recogí todos los restos escrupulosamente, y apisoné el suelo, por decirlo así. Al mirar triunfalmente á mi alrededor, dije para mis adentros: Aquí, por lo menos, no se habrá perdido inútilmente mi trabajo.

Mi primera diligencia fué después buscar el gato, causa de aquella terrible desgracia, porque estaba resuelto á matarle; si lo hubiera encontrado en aquel momento, nada le habría salvado; pero el astuto animal, inquieto sin duda por mi reciente cólera, parecía haber resuelto no presentarse. Difícil me sería dar una idea de la profunda sensación de alivio que la ausencia del odiado animal produjo en mi corazón; no se dejó ver en toda la noche, y así es que ésta fué la primera que pasé tranquilo desde que el gato estaba en la casa; dormí profundamente; ¡sí, *dormí* con el peso de aquel asesinato sobre el alma!

Transcurrieron el segundo y tercer día sin que viniese mi verdugo, y una vez más respiré como hombre libre. El monstruo, poseído sin duda de terror, había abandonado la casa para siempre; ya no le vería jamás; mi felicidad era completa. En cuanto á mi tenebroso crimen, inquietábame muy poco; cierto que se abrió una información, pero dióse por terminada muy pronto; y aunque se había dado orden para practicar pesquisas, naturalmente no se pudo descubrir nada; de modo que consideré segura mi felicidad.

Cuatro días después del asesinato, un destacamento de agentes de policía se presentó de improviso en la

casa para proceder á un detenido examen de la localidad; pero confiado yo en lo impenetrable de mi escondite, no experimenté la menor inquietud. Los oficiales me obligaron á que les acompañara en su pesquisa, y no dejaron ningún rincón por registrar, bajando al fin por tercera ó cuarta vez al sótano. Ni uno solo de mis músculos se estremeció; mi corazón latía tranquilamente, como el de un hombre que duerme en la inocencia; recorrí el sótano de un lado á otro con los brazos cruzados sobre el pecho, y paseábame con la mayor indiferencia. Satisfecha del todo la policía, disponíase á retirarse, y fué tan grande el júbilo de mi corazón que no pude resistir el vivo deseo de decir al menos una palabra, aunque sólo fuese una, á manera de triunfo, para convencer á aquellos hombres de mi inocencia.

—Caballeros—dije al fin, cuando subían la escalera—me complace mucho haber desvanecido sus sospechas, y deseo á todos completa salud, así como un poco más de cortesía. Sea dicho esto de paso, caballeros... he aquí una casa bien construída (en mi insaciable deseo de decir alguna cosa con indiferencia, apenas sabía lo que hablaba); puedo asegurarles que es una casa admirablemente bien construída; esas paredes son de la más sólida mampostería.

Y al decir esto, permitiéndome una bravata frenética, golpeé con una caña que tenía en la mano precisamente en los ladrillos que ocultaban el cadáver de la esposa de mi corazón.

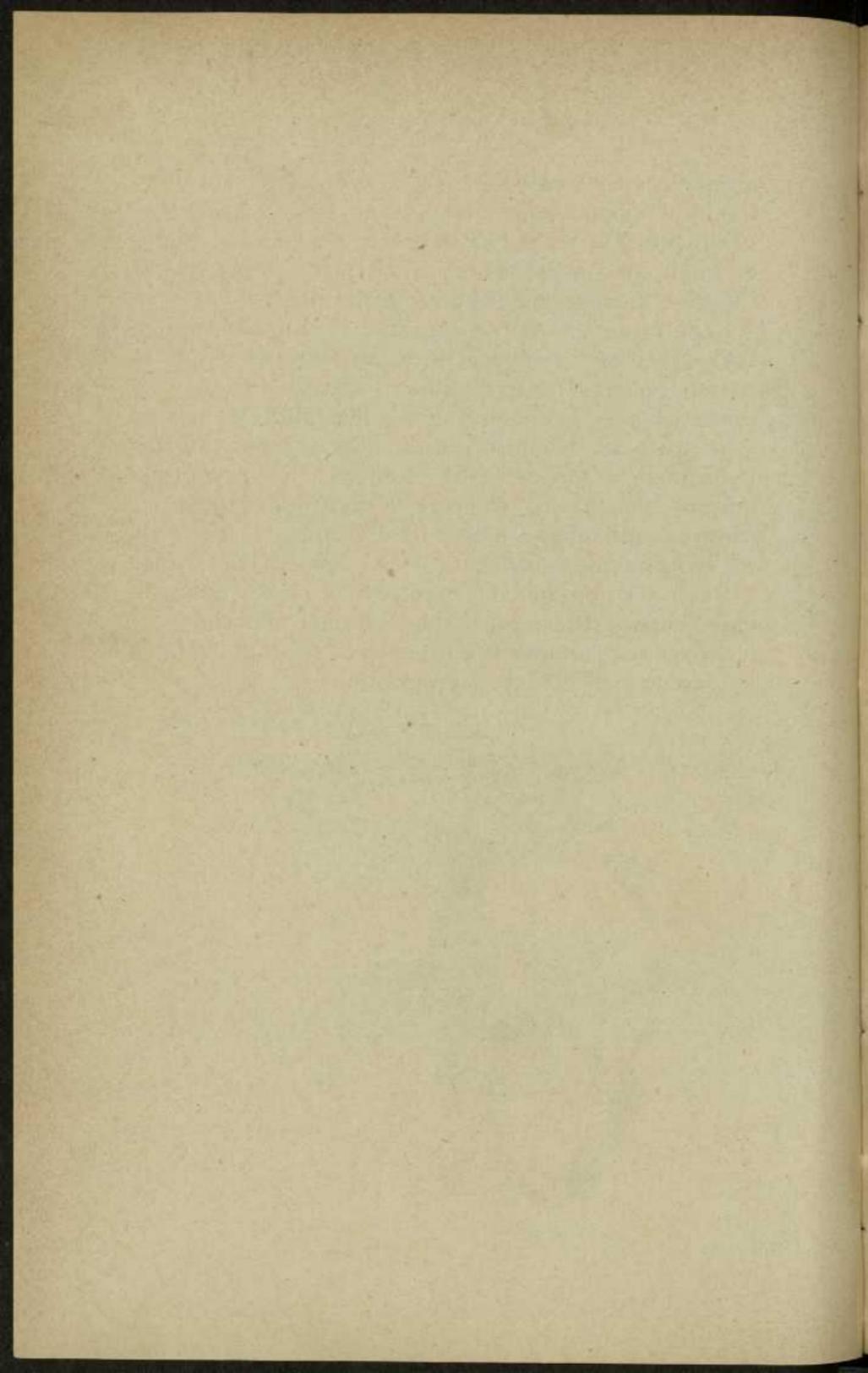
¡Ah! ¡Dios me proteja y me libre al menos de las garras del archidemonio! Apenas se hubo apagado el eco de mis golpes en el silencio, una voz me contestó desde el fondo de la tumba; era una queja, entrecortada al pronto, como el sollozo de un niño; pero que se convirtió al fin en un grito prolongado, sonoro y continuo, completamente anormal y antihumano, un

alarido que expresaba á la vez el horror y el triunfo, y que sólo podía venir del Infierno, sonido espantoso producido á la vez por la garganta de los condenados en medio de sus tormentos, y en la de los demonios que se regocijan en sus antros malditos.

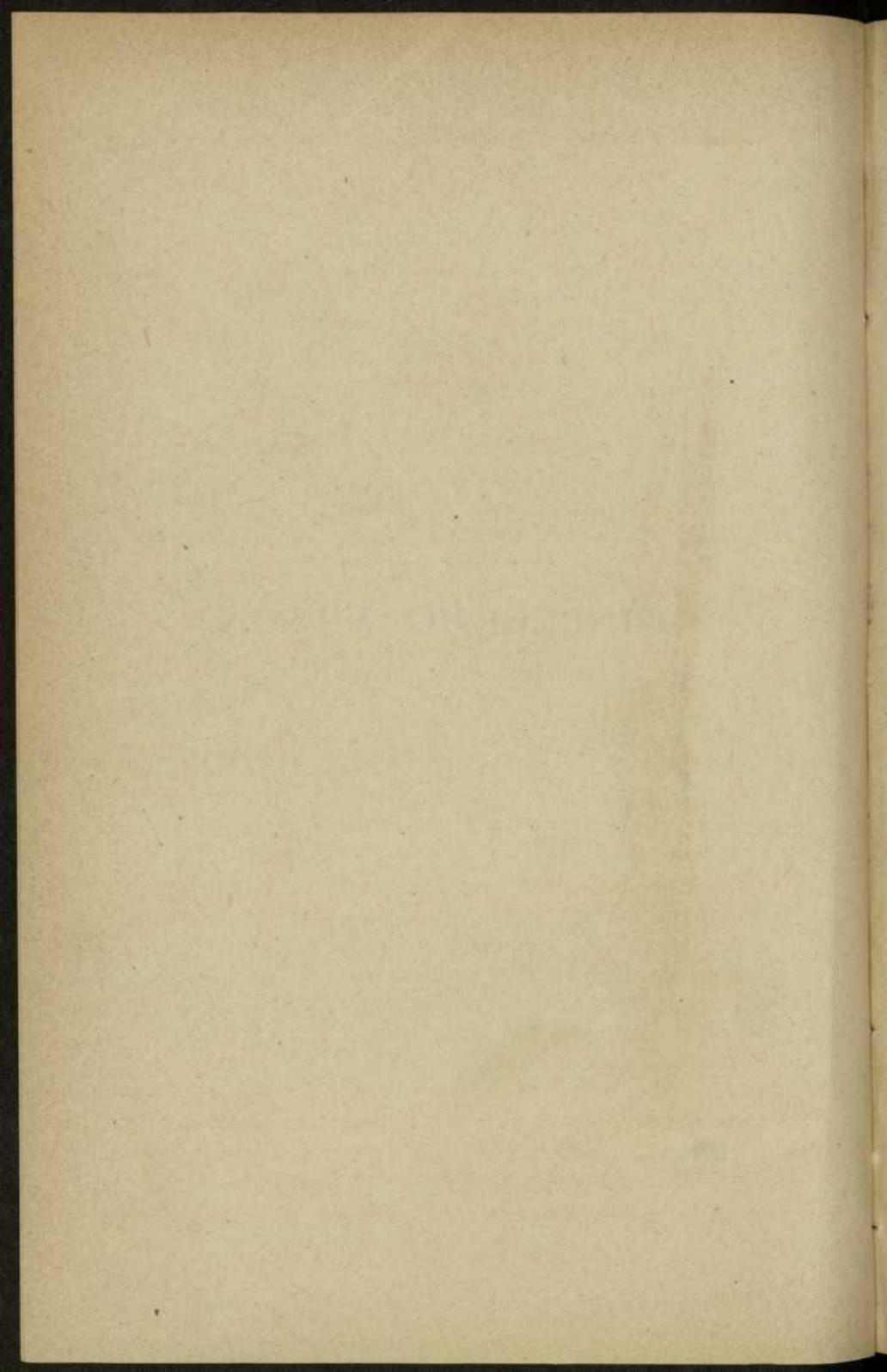
Locura fuera tratar de comunicaros mis pensamientos; parecióme desfallecer y vacilé, apoyándome en la pared opuesta. Durante un momento, los oficiales permanecieron en la escalera inmóviles, mudos de terror; y un instante después, diez ó doce brazos robustos golpeaban victoriosamente el muro, que cayó todo entero. El cadáver, ya muy desfigurado y lleno de sangre coagulada, se mantenía derecho á la vista de los espectadores; sobre su cabeza, con su boca rojiza dilatada y su ojo único brotando fuego, ví el hediondo gato, cuya astucia me había inducido al crimen, y cuya voz reveladora me entregaba al verdugo. ¡Había emparedado al monstruo en la tumba!



-X-X-



GUILLERMO WILSON





GUILLERMO WILSON

¿Qué dirá ella? ¿Qué dirá esa conciencia espantosa, ese espectro que va por mi camino?

CHAMBEKLAIN. — *Farrónida.*

SÉAME permitido llamarme por el pronto Guillermo Wilson, pues la página virgen extendida ante mí no debe mancharse con mi verdadero nombre, hartas veces motivo de desprecio y horror, y abominación para mi familia. ¿No han difundido los vientos indignados hasta en las más remotas regiones del globo su incomparable infamia? ¡Oh! de todos los proscriptos, yo soy el más abandonado. ¿No he muerto para este mundo, para sus honores, sus galas y sus doradas aspiraciones? ¿No está eternamente suspendida entre mis esperanzas y el cielo una espesa nube siniestra y sin límites?

Aunque pudiese hacerlo, no quisiera consignar hoy en estas páginas el recuerdo de mis últimos años de miseria y de irremisible crimen, porque ese período reciente de mi vida se caracterizó repentinamente por un grado de entorpecimiento, del que sólo quiero determinar el origen: este es por ahora mi único objeto. Los hombres se envilecen generalmente por grados; pero de mí se desprendió toda virtud en un minuto, de un solo golpe, como una capa. Siendo mi perversidad relativamente común, un paso de gigante me condujo á enormidades más que heliogabálicas. Permitidme referir en detalle qué casualidad, qué accidente único atrajo sobre mí esta maldición. La Muerte se aproxima, y la sombra que la precede ha infiltrado en mi corazón una influencia que le dulcifica; suspiro al pasar á través del sombrío valle en pos de la simpatía—iba á decir de la piedad—de mis semejantes. Quisiera persuadirles de que he sido en cierto modo esclavo de circunstancias que no ceden á ningún dominio humano; quisiera que descubriesen para mí, en los detalles que voy á referirles, algún pequeño oasis de fatalidad en un Sahara de errores; desearía que me concediesen, pues no pueden rehusármelo, que aunque en este mundo haya muchas grandes tentaciones, jamás ningún hombre fué tentado como yo, ni sucumbió como yo. ¿Será esta la causa de que no haya conocido nunca iguales padecimientos? A decir verdad ¿no habré vivido yo en un sueño? ¿No muero, por ventura, víctima del horror y del misterio y de las más extrañas visiones sublunares?

Soy descendiente de una raza que en todo tiempo se distinguió por su viva imaginación fácilmente excitable; y mi primera infancia demostró que había heredado del todo el carácter de familia. Cuando avancé en edad, este carácter se pronunció más marcadamente, y por mil razones llegó á ser motivo de seria in-

quietud para mis amigos, así como un perjuicio evidente para mí mismo. Muy pronto llegué á ser caprichoso hasta la extravagancia; fuí presa de las más indomables pasiones; y mis padres, de carácter débil, con defectos constitucionales de la misma naturaleza, no podían hacer gran cosa para contener las malas tendencias que me distinguían; hicieron algunos ligeros esfuerzos que, mal dirigidos, fracasaron del todo, y que sirvieron únicamente para que mi triunfo fuese más completo. Desde aquel día, mi voz fué ley doméstica; y á una edad en que pocos niños han traspasado los límites de la infancia, quedé abandonado á mi libre arbitrio, y fuí dueño de todos mis actos.

Mis primeras impresiones de la vida de escolar se relacionan con una vasta y extravagante mansión de estilo Isabel, en un sombrío pueblo de Inglaterra, adornado con numerosos árboles gigantescos y nudosos, y cuyas casas eran todas muy antiguas. Esa venerable y vetusta ciudad era verdaderamente un lugar que tenía algo de fantástico y parecía la más propia para seducir el espíritu: en este momento mismo siento como una emoción refrescante al recordar sus sombrías alamedas; aspiro las emanaciones de sus mil espesuras, y me estremezco aún con indefinible voluptuosidad al pensar en el tañido ronco y profundo del esquilón, que rasgando á cada hora los aires, perturbaba la tranquilidad de la atmósfera, entre la cual dormitaba el gótico campanario.

Tal vez experimente ahora todo el placer que para mí es posible al evocar esos minuciosos recuerdos de la escuela y de sus ilusiones. Sumido en la desgracia como estoy—desgracia ¡ay de mí! demasiado cierta,—se me dispensará que busque un alivio, bien ligero y breve, en estos pueriles detalles. Aunque del todo vulgares y risibles en sí, adquieren en mi espíritu una importancia circunstancial á causa de su íntima co-

nexión con los lugares y la época en que distingo ahora las primeras advertencias ambiguas del destino, que tan profundamente me ha rodeado con sus sombras desde entonces. Dejadme, pues, recordar.

La casa, ya lo he dicho, era vieja é irregular; los terrenos muy vastos; una alta y sólida pared de ladrillos, coronada de una capa de mortero y de vidrio roto constituía la cerca que, digna de una prisión, formaba el límite del dominio. Nuestras miradas no pasaban de allí más que tres veces por semana; una todos los sábados por la tarde, cuando, acompañados de dos maestros, se nos permitía dar cortos paseos por la campiña inmediata; y dos veces el domingo, cuando íbamos, con la regularidad de la tropa á la parada, á oír misa, tarde y mañana, á la única iglesia del pueblo, de la que era pastor el principal de nuestra escuela. ¡Con qué profundo sentimiento de admiración acostumbraba yo á contemplarle desde nuestro banco de la tribuna cuando subía al púlpito con paso lento y solemne! Aquel personaje venerable, con su expresión modesta y benigna, con su sotana lustrosa y ondulante, con su peluca minuciosamente empolvada, tan rígida y grande, no parecía el mismo hombre que momentos antes, con su rostro severo, y su ropa manchada de tabaco, hacía ejecutar, férula en mano, las leyes draconianas de la escuela. ¡Oh gigantesca paradoja cuya monstruosidad excluye toda solución!

En un ángulo de la maciza pared rechinaba una puerta más maciza aún, sólidamente cerrada, guarnecida de cerrojos y sobrepuesta de chapas de hierro denticuladas. ¡Qué profundo sentimiento de terror me inspiraba! Jamás se abría más que tres veces para las salidas y entradas periódicas de que ya he hablado; y entonces, cada rechinamiento de sus goznes, era para nosotros un misterio, un mundo de observaciones solemnes, y de meditaciones que lo eran más aún.

El vasto recinto, de forma irregular, estaba dividido en varias partes, de las cuales se utilizaban para patio de recreo tres ó cuatro de las mayores; el suelo estaba apisonado y cubierto de una arena muy menuda y áspera, y recuerdo bien que no había árboles ni bancos ni nada análogo. Naturalmente, hallábase detrás de la casa; delante de la fachada extendíase un jardinillo plantado de boj y otros arbustos; pero muy rara vez atravesábamos aquel oasis sagrado; sólo cuando se ingresaba en la escuela ó se salía de ella definitivamente, y quizás en los casos en que un amigo ó un individuo de la familia enviaba recado para que fuéramos á casa: entonces emprendíamos alegremente la carrera hacia el domicilio paterno, regularmente en las vacaciones de Navidad y en las de San Juan.

¡Qué curiosa y antigua construcción era la de la casa! A mí me parecía verdaderamente un palacio encantado, pues en realidad no tenían fin sus vueltas y revueltas y sus incomprensibles subdivisiones. Difícil era decir en un momento dado con seguridad si se estaba en el primer piso ó en el segundo; para pasar de una habitación á otra se debían franquear siempre tres ó cuatro escalones; los compartimientos laterales eran muy numerosos, inconcebibles, y daban tales vueltas, que nuestras ideas más exactas relativamente al conjunto del edificio, diferían poco de las que teníamos acerca de lo infinito. Durante los cinco años de mi residencia en aquella mansión, jamás me fué posible determinar con exactitud en qué lugar lejano se hallaba el pequeño dormitorio donde habitaba con otros diez y ocho ó veinte escolares.

La sala de estudios era la más grande de toda la casa, y hasta del mundo entero, ó por lo menos yo lo creía así. Muy larga y estrecha, tenía el techo de encina sumamente bajo y ventanas ojivales; en un ángulo lejano, de donde emanaba el terror, había un recinto

cuadrado de ocho ó diez pies que representaba el *sanctum* del maestro, el reverendo doctor Bransby, durante las horas de estudio. Era una sólida construcción, con una maciza puerta, que por nada en el mundo hubiéramos abierto hallándose ausente el Dómine. En otros dos ángulos veíanse otros dos compartimientos semejantes, objeto de una veneración mucho más profunda, pero que inspiraban bastante terror: uno era el púlpito del profesor de humanidades, y el otro el del profesor de inglés y matemáticas. Diseminados á través de la sala veíanse numerosos bancos y pupitres, llenos de libros manchados por los dedos, que se cruzaban con una irregularidad sin fin; negros, viejos y desgastados por la acción del tiempo, tenían tantas letras iniciales, nombres enteros, figuras extravagantes y obras maestras de cuchillo, que habían perdido completamente su primitiva forma. En una extremidad de la sala había un enorme cubo lleno de agua, y en la otra un reloj de prodigiosas dimensiones.

Encerrado entre los macizos muros de aquella venerable escuela, pasé, sin embargo, sin disgusto ni enojo los años del tercer lustro de mi vida. El cerebro fecundo de la infancia no exige un mundo exterior de incidentes para ocuparse ó divertirse, y la monotonía al parecer lúgubre de la escuela abunda en excitaciones más intensas que todas aquellas que mi juventud más madura pidió á la voluptuosidad, ó mi virilidad al crimen. No obstante, debo creer que mi primer desarrollo intelectual fué en gran parte poco común, y hasta desordenado. Generalmente, los acontecimientos de la existencia infantil no dejan en el hombre, llegado á la edad proveyta, una impresión bien definida: todo es sombra gris, recuerdo débil é irregular, confuso laberinto de ligeros placeres y penas fantasmagóricas. Para mí no es así: yo debí sentir en mi infancia, con la energía de un hombre formal, todo lo

que aún encuentro hoy impreso en mi memoria en líneas tan vivas, tan profundas y duraderas como los exergos de las medallas cartaginesas.

Y sin embargo, ¡qué pocas cosas había para el recuerdo bajo el punto de vista ordinario del mundo! La hora de despertar, por la mañana, la orden de acostarse, las lecciones aprendidas de memoria; el recitado, las licencias periódicas, los paseos, el patio de recreo, con los juegos y disputas; todo esto contenía en sí, por una magia desvanecida, un desbordamiento de sensaciones, un mundo rico en incidentes, un universo de excitaciones diversas, apasionadas y embriagadoras. *¡Oh, qué buen tiempo fué aquel siglo de hierro!*

Mi carácter ardiente, entusiasta é imperioso, fué causa de que muy pronto me distinguiera entre mis compañeros, y como era natural, poco á poco adquirí un ascendiente sobre todos aquellos que apenas tenían más edad, sobre todos excepto uno. Era un escolar que, sin tener conmigo ningún parentesco, llevaba el mismo nombre de pila é igual apellido de familia, circunstancia poco notable en sí, pues el mío, á pesar de la nobleza de mi origen, era uno de esos apelativos vulgares que parecen haber sido desde tiempo inmemorial, por derecho de prescripción, propiedad común de la multitud. En este relato he tomado el nombre de Guillermo Wilson, nombre ficticio que no se diferencia mucho del verdadero. Sólo mi homónimo, entre los muchachos que, según el lenguaje de la escuela, componían nuestra *clase*, osaba rivalizar conmigo en los estudios, en los juegos y en las disputas, rehusando creer ciegamente en mis asertos y someterse del todo á mi voluntad; en una palabra, combatía mi dictadura en todos los casos posibles. Ahora bien, si jamás hubo en la tierra un despotismo supremo y sin límites, seguramente es el del niño de genio sobre las almas menos enérgicas de sus compañeros.

La rebelión de Wilson era para mí origen de gran confusión, tanto más cuanto que, á pesar de mis bravatas y del desdén con que le trataba públicamente, burlándome de sus pretensiones, reconocía en mi interior que le temía y que no podía menos de considerarle como una prueba de verdadera superioridad, la igualdad que conservaba tan fácilmente respecto á mí, puesto que yo hacía un esfuerzo continuo para que no me dominara. Sin embargo, esta superioridad, ó más bien igualdad, no era verdaderamente reconocida más que por mí, pues nuestros compañeros, completamente ciegos, ni siquiera parecían sospecharla. La rivalidad de Wilson, su resistencia, y sobre todo su impertinente y hostil intervención en todos mis proyectos, debíanse sólo á una intención privada; y también parecía carecer de la ambición que me impulsaba á dominar y de la apasionada energía que me daba los medios. Hubiérase podido creer que en su rivalidad, hija solamente de un capricho, proponíase tan sólo contradecirme y mortificarme, aunque había casos en que no podía menos de observar con un sentimiento confuso de cortedad, de humillación y de cólera, que en sus ultrajes, en sus impertinencias y contradicciones, afectaba cierto aire cariñoso, el más intempestivo y desagradable del mundo. No me era posible explicarme tan extraña conducta sino suponiéndola resultado de una verdadera suficiencia que se permitía el tono vulgar del patronazgo y de la protección.

Tal vez este último rasgo de la conducta de Wilson, unido á nuestra homonimia, y al hecho puramente accidental de haber entrado en la escuela el mismo día, propaló entre nuestros condiscipulos de las clases superiores la opinión de que éramos hermanos, pues por lo regular no se informan con mucha exactitud de los asuntos de los más jóvenes. Ya he dicho, ó he debido decir, que Wilson no estaba emparentado con mi

familia ni lejanamente; mas para ser hermanos, hubiéramos sido gemelos, puesto que, según supe al dejar la escuela del doctor Bransby, mi homónimo había nacido el 19 de Enero de 1813, coincidencia notable, porque en tal día vine yo también al mundo.

Podrá parecer extraño que á pesar de la continua inquietud que me causaba la rivalidad de Wilson y su insoportable espíritu de contradicción, no llegase á odiarle del todo. Casi diariamente suscitábase entre nosotros alguna disputa, en la cual, concediéndome en público la palma de la victoria, esforzábase en cierto modo para hacerme comprender que él era quien la había merecido; pero un sentimiento de orgullo por mi parte, y una verdadera dignidad por la suya, manteníannos siempre en los límites de la más estricta conveniencia, habiendo bastantes puntos de contacto en nuestros caracteres para despertar en mí un sentimiento que sólo nuestra situación respectiva impedía tal vez que se convirtiera en amistad. Dificilmente podría definir, ni aun explicar mis verdaderos sentimientos respecto á Wilson, pues eran una amalgama abigarrada y heterogénea, una animosidad petulante que no era odio ni estimación, sino mas bien respeto, mucho temor y una ilimitada é inquieta curiosidad. Superfluo es añadir, para el moralista, que Wilson y yo éramos los más inseparables compañeros.

La anomalía y ambigüedad de nuestras relaciones fué sin duda la que provocó todos mis ataques contra Wilson; y francos ó disimulados, eran numerosos en el terreno de la ironía y de la burla (¿no son dolorosos los que esta última infiere?) aunque no degeneraran en una hostilidad formal y determinada. Sin embargo, mis esfuerzos en este punto no solían conducirme al triunfo, ni aun cuando más ingeniosamente los fraguaba, pues en el carácter de mi homónimo había mucho de esa austeridad llena de reserva y de calma,

que, gozándose en la mordacidad de sus propios sarcasmos, no muestra nunca el talón de Aquiles y elude completamente el ridículo. No podía hallar en Wilson más que un punto vulnerable, en un detalle físico, que debiéndose tal vez á un defecto constitucional, habría sido respetado por un antagonista menos encarnizado que yo en sus fines. Mi competidor estaba aquejado de cierta debilidad en el aparato vocal que le impedía elevar la voz, la cual se reducía á *una especie de cuchicheo muy bajo*. No dejé de aprovecharme de esa imperfección, buscando en ella toda la mezquina ventaja que me era posible obtener.

Las represalias de Wilson eran de más de una especie, y tenía por lo regular un género de malicia que me perturbaba sobremanera. Jamás he podido explicarme cómo desde un principio tuvo la sagacidad suficiente para descubrir que una cosa tan mínima podía molestarme tanto; pero el caso es que apenas lo echó de ver se utilizó de su observación. Siempre me había sido odioso mi apellido de familia, tan poco agradable al oído, y también mi nombre, por demás trivial, si no plebeyo; estas sílabas eran un veneno para mí siempre que las pronunciaban; y cuando el día mismo de mi llegada se presentó en la escuela un segundo Guillermo Wilson, inspiróme aversión sólo porque se llamaba así, porque le usaba un extraño, y él sería causa de que se pronunciara el nombre dos veces más á menudo. Por otra parte, siempre estaría delante de mí, y sus asuntos en la marcha ordinaria de las cosas del colegio se confundirían con los míos inevitablemente por causa de esa enojosa coincidencia.

El sentimiento de irritación creado por este accidente llegó á ser más vivo en cada una de las circunstancias que tendían á poner en evidencia toda semejanza moral ó física entre mi rival y yo. Aún no me había fijado en el hecho de que teníamos la misma

edad, pero veía que éramos de igual estatura, y llaméme la atención la singular semejanza de nuestra fisonomía en el conjunto de las facciones. Por otra parte, exasperábame el rumor que circulaba sobre nuestro parentesco, generalmente creído en las clases superiores. — En una palabra, nada me enojaba tanto (aunque yo ocultase cuidadosamente toda señal de disgusto) como una alusión cualquiera á una semejanza entre nosotros, relativa al espíritu, á la persona ó al nacimiento; pero á decir verdad, no tenía motivo alguno para creer que esta semejanza (excepto la circunstancia del parentesco y todo lo que parecía saber el mismo Wilson) hubiese sido nunca asunto de comentario, ni pudiera ser notada por nuestros compañeros de clase. Claro es que *él* observaba todas las fases, y con tanta atención como yo; pero el hecho de haber hallado en tales circunstancias una rica mina de contrariedades para mí, no se podía atribuir, como ya he dicho, sino á su penetración más que ordinaria.

Replicábame siempre, imitándome con perfección en ademanes y palabras, y desempeñaba su papel de una manera admirable. Mi traje era cosa fácil de copiar; habíase apropiado sin dificultad mi modo de andar y mis movimientos; y á pesar de su defecto constitucional, remedaba mi voz. No alcanzaba naturalmente los tonos elevados, pero la llave era idéntica; *su voz, con tal que hablase bajo, era el eco perfecto de la mía.*

No trataré de explicar hasta qué punto me atormentaba este curioso retrato, pues no puedo llamarle caricatura. Sólo tenía un consuelo, y era que, según me parecía, nadie observaba la imitación sino yo; de modo que ningún otro se fijaba en las sonrisas misteriosas y singularmente sarcásticas de mi homónimo. Satisfecho de haber producido en mi corazón el efecto deseado, parecía gozarse secretamente en la picadura que me había inferido, aparentando desdeñar los aplausos que

su ingenio le podía conquistar fácilmente. ¿Cómo era que nuestros compañeros no adivinaban su designio, ni veían su manera de proceder, ni participaban de su alegría burlona? Durante algunos meses de inquietud esto fué un enigma insoluble para mí. Tal vez la lentitud graduada de su imitación fué causa de que no se notase, ó tal vez debiera mi seguridad á la perfecta maestría del que me copiaba.

Ya he hablado varias veces del aire de protección que Wilson afectaba conmigo, y de su frecuente y oficiosa intervención en mis voluntades, la cual tomaba con frecuencia el carácter desagradable de un consejo; pero no dado abiertamente, sino sugerido, insinuado tan sólo: yo le recibía con una repugnancia cada vez más fuerte á medida que avanzaba en edad. Sin embargo, debo hacerle la justicia de reconocer que no recuerdo un solo caso en que las sugerencias de mi rival, en aquella época lejana, participasen de ese carácter de error y de locura, tan natural en la juventud, que generalmente carece de experiencia; debo confesar que por su sentido moral, si no por su talento y prudencia mundana, era muy superior á mí; y que hoy sería yo mejor hombre, y de consiguiente más feliz, á no haber rechazado tan á menudo los consejos que en sus cuchicheos significativos me daba, los cuales me inspiraron sólo entonces un odio concentrado y el más amargo desdén.

Al fin llegué á mostrarme así en extremo rebelde á su odiosa vigilancia, y aborrecí cada día más abiertamente lo que consideraba como un intolerable orgullo. He dicho que en los primeros años de nuestro compañerismo mis sentimientos respecto á él se hubieran convertido fácilmente en amistad; pero durante los últimos meses de mi permanencia en la escuela, aunque la importunidad de su proceder habitual hubiese disminuído mucho, mis impresiones se inclinaban

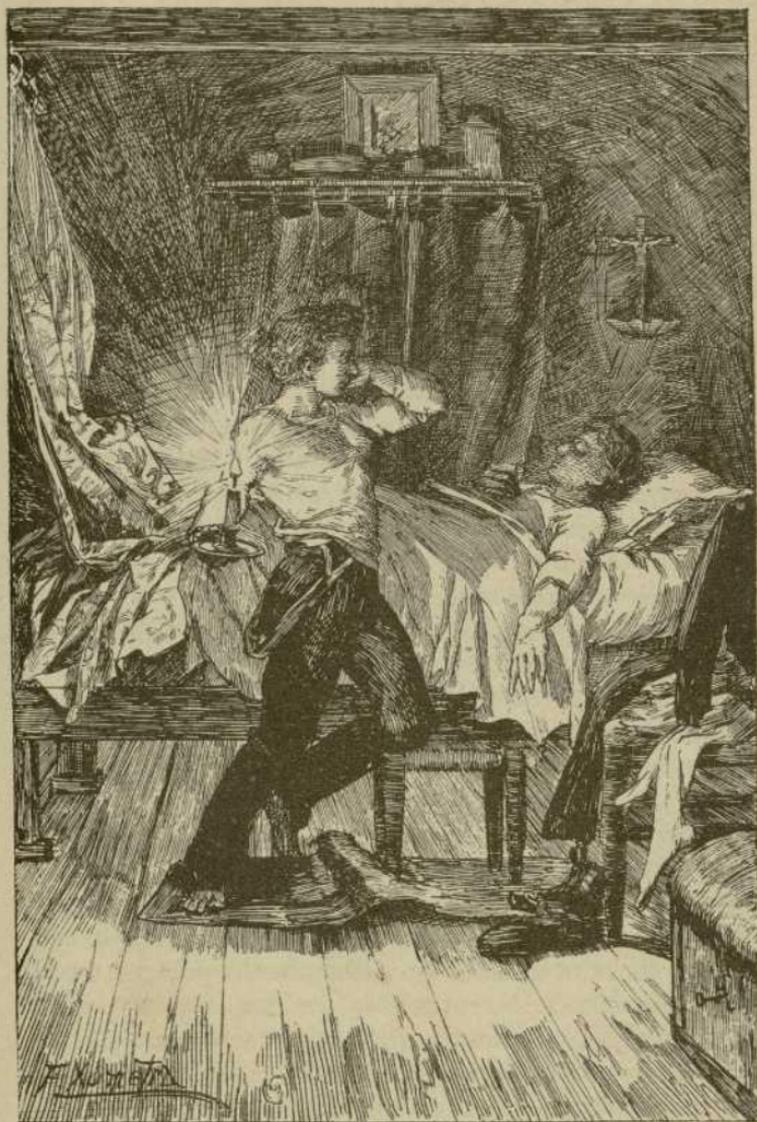
positivamente hacia el odio en una proporción casi igual. En cierta circunstancia debió comprenderlo así, según creo, y desde entonces evitó mi presencia ó afectó evitarla.

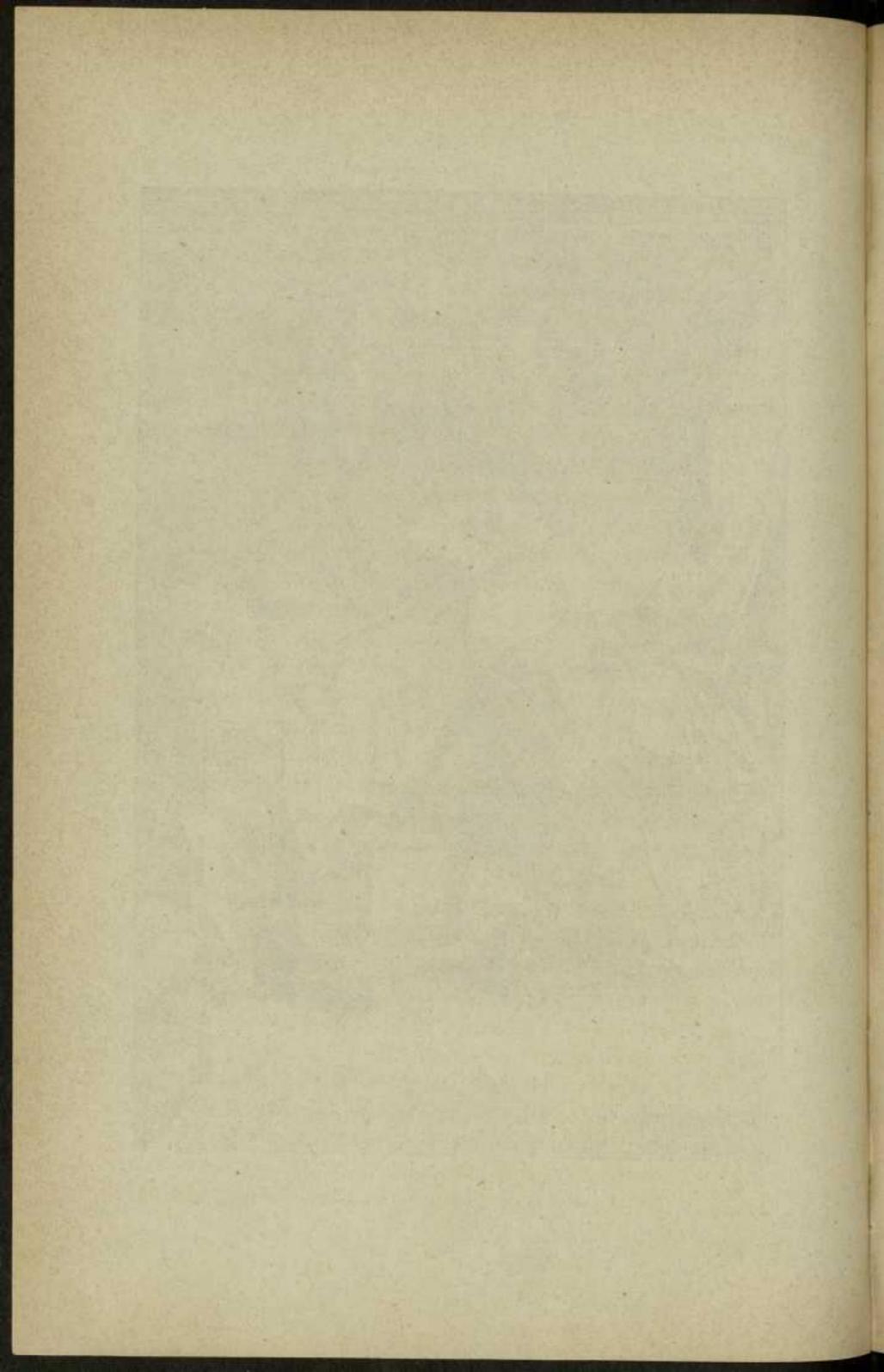
Hacia la misma época, si mal no recuerdo, fué cuando, con motivo de una disputa violenta en que mi homónimo perdió su acostumbrada reserva, hablando y procediendo de un modo extraño á su carácter, descubrí, ó parecióme descubrir en su acento, en su aire y en su fisonomía, alguna cosa que al principio me hizo estremecer, interesándome después profundamente, pues trajo á mi espíritu visiones oscuras de mi primera infancia, recuerdos extraños y confusos de un tiempo en que aún no había nacido mi memoria. Para definir bien la sensación que me oprimía, lo mejor que puedo hacer es confesar que me era difícil desechiar la idea de que había conocido ya en una época muy remota al individuo que tenía en mi presencia. Esta ilusión, sin embargo, desvaneciése tan rápidamente como la concibiera, y solamente la apunto para señalar el día de mi última conversación con mi singular homónimo.

La grande y vetusta casa, con sus innumerables subdivisiones, contenía varias espaciosas salas que se comunicaban entre sí, sirviendo de dormitorios á un considerable número de escolares; pero había (como necesariamente debía suceder en una construcción tan mal trazada), muchos rincones y escondrijos, desperdicios del suelo, que la ingeniosa economía del doctor Bransby había transformado en dormitorios; pero como eran solamente una especie de cuartuchos, no podían servir sino para un individuo. Wilson ocupaba uno de ellos.

Cierta noche, hacia fines del quinto año de escuela, y seguidamente después del altercado de que antes hice mención, aproveché el momento en que todo el

mundo dormía, salté de la cama, y con una luz en la mano deslicéme á través de un laberinto de estrechos corredores, pasando desde mi alcoba á la de mi rival. Yo había tramado hacia tiempo contra él una de esas malignidades que tantas veces me habían salido mal hasta entonces; tenía empeño en llevar á cabo un plan, y resolví hacerle sentir toda la fuerza de la perversidad de que yo era capaz. Llegué hasta su cuarto, entré sin hacer ruido, dejando la luz á la puerta con una pantalla, adelanté un paso y escuché su tranquila respiración. Seguro de que estaba bien dormido, volví á la puerta, cogí la luz y me aproximé otra vez al lecho. Las cortinas le ocultaban; las descorrí suavemente con mucha lentitud, para ejecutar mejor mi proyecto; pero una viva luz se reflejó de lleno en el durmiente, y mi vista se fijó en su fisonomía. En el mismo instante sobrecogiómeme una especie de entorpecimiento; una sensación de hielo recorrió todo mi sér; palpitóme el corazón aceleradamente, mis piernas vacilaron, y apodórose de mi alma un horror insufrible é inexplicable. Respirando convulsivamente, acerqué más la luz al rostro de mi rival, y preguntéme si eran aquellas, en efecto, las facciones de Guillermo Wilson. Yo veía que sí, pero temblaba, como poseído de un acceso de fiebre, imaginándome que no eran las suyas. ¿Qué había en ellas que pudiera confundirme de tal modo? Las contemplé, y figuróseme que mi cerebro daba vueltas bajo la acción de mil pensamientos incoherentes. No se me aparecía como Wilson; no, seguramente no me parecía *él*, tal como era en las horas en que estaba despierto. ¡El mismo nombre! ¡Las mismas facciones! ¡Su entrada en la escuela el mismo día que yo! ¡Y sobre todo esto, la enojosa é inexplicable imitación de mi modo de andar, de mi voz, de mi traje y de mis ademanes! ¿Estaba realmente en los límites de lo posible que *lo que yo veía entonces* fuera el simple resul-





tado de la costumbre, ó mejor dicho, de una imitación sarcástica? Poseído de terror, y estremeciéndome, apagué la luz, salí silenciosamente de la habitación, y abandoné de una vez el recinto de aquella vieja escuela para no volver jamás.

Transcurridos algunos meses, que pasé en casa de mis padres entregado á la ociosidad, ingresé en el colegio de Eton. Este breve intervalo había sido suficiente para debilitar en mí el recuerdo de los acontecimientos de la escuela Bransby, ó por lo menos producir un cambio notable en la naturaleza de los sentimientos que aquellos recuerdos me inspiraban. La realidad, la parte trágica del drama no existía ya; parecióme tener entonces algunas razones para dudar del testimonio de mis sentidos, y rara vez recordé la aventura sin admirarme de que pudiese llegar á tal punto la credulidad humana, y sin sonreír al reflexionar sobre la prodigiosa fuerza de imaginación que había heredado de mi familia. Ahora bien, mi género de vida en Eton no era el más propio para disminuir esta especie de escepticismo; el torbellino de locuras en que me lancé, sin reflexión, lo barrió todo excepto la espuma de mis pasadas olas, absorbió de una vez toda impresión formal, y no dejó en mi recuerdo más que los aturdimientos de mi existencia anterior.

No me propongo, sin embargo, trazar aquí el curso de mis míseros desarreglos, que desafiaban toda ley, eludiendo toda vigilancia. Tres años de locura, gastados sin provecho alguno; sólo sirvieron para hacerme contraer vicios arraigados, acrecentando mi desarrollo físico de una manera casi anormal. Cierta día, después de pasar toda una semana entregado á una disipación embrutecedora, invité á varios estudiantes de los más disolutos á una orgía secreta en mi habitación; el festín comenzó á hora avanzada de la noche, pues nuestra saturnal debía prolongarse hasta la mañana;

el vino circulaba libremente, y tal vez no se habían descuidado otras seducciones más peligrosas, y cuando el alba hizo palidecer el cielo por oriente, el delirio y las extravagancias llegaban á su apogeo. Enardecido por el juego y la embriaguez, me obstinaba en pronunciar un brindis asaz indecente, cuando distrajo mi atención una puerta que se entreabría rápidamente, y la voz precipitada del criado, quien me dijo que una persona deseaba hablarme cuanto antes en el vestíbulo.

Singularmente excitado por la bebida, aquella inesperada interrupción me produjo más placer que sorpresa; precipítame vacilante, y á los pocos pasos estuve en el vestíbulo de la casa. En aquella habitación estrecha y de techo bajo no había lámpara alguna, ni más luz que la del alba, cuyos primeros fulgores, muy débiles, deslizábanse á través de la ventana cintrada. Al pisar el umbral distinguí la figura de un joven de mi estatura, poco más ó menos, con bata de lana blanca, á la última moda como la que yo llevaba entonces.

La incierta luz me permitió ver todo esto, pero no la fisonomía del individuo. Apenas entré, precipitóse hacia mí, y cogiéndome del brazo con ademán imperioso é impaciente, murmuró á mi oído estas palabras: «¡Guillermo Wilson!»

Mi embriaguez se disipó al punto.

En el ademán del extranjero, en el temblor nervioso de su dedo, levantado entre mis ojos y la luz, había alguna cosa que me hizo enmudecer de asombro; mas no fué esto lo que me conmovió tan fuertemente: era la importancia, la solemnidad contenida en aquella palabra singular, pronunciada á manera de amonestación, y sobre todo el carácter, el tono, la *llave* de aquellas pocas sílabas, simples, familiares, y sin embargo misteriosamente *cuchicheadas*, que con mil recuerdos de los días pasados cayeron sobre mi alma como una

descarga de la pila voltaica. Antes de que pudiera reponerme, el joven había desaparecido.

Aunque este acontecimiento produjera un efecto muy vivo en mi imaginación desordenada, pronto comenzó á desvanecerse. Durante algunas semanas, á decir verdad, unas veces me entregaba á la más detenida investigación, y otras quedaba sumido en mis meditaciones. No traté de ocultarme la identidad del singular individuo que tan inesperadamente se inmiscuaba en mis asuntos, molestándome con sus consejos officiosos; pero ¿quién y qué era aquel Wilson? ¿De dónde venía? ¿Cuál era su objeto? Á ninguna de estas preguntas me podía contestar: sólo averigüé que un repentino accidente en su familia le había obligado á salir de la escuela del doctor Bransby en la tarde del día en que yo me marché. Pasado algún tiempo, dejé de pensar en el asunto, y toda mi atención se fijó en un viaje proyectado á Oxford, donde, gracias á la vanidad pródiga de mis padres, que me permitieron vivir con ostentación en medio del lujo, tan querido ya para mí, llegué muy pronto á rivalizar en prodigalidades con los más soberbios herederos de los más ricos condados de la Gran Bretaña.

Estimulado en el vicio por semejantes medios, mi naturaleza se desbordó con mayor ardimiento, y en la loca embriaguez de mi libertinaje hollé las vulgares trabas de la decencia; pero absurdo fuera insistir en los detalles de mis extravagancias. Baste decir que aventajé á Herodes en disipación, y que, dando nombre á una infinidad de nuevas locuras, agregué un copioso apéndice al largo catálogo de los vicios que reinaban entonces en la Universidad más disoluta de Europa.

Parecerá difícil creer que decayera de tal modo de la categoría de caballero, que tratase de familiarizarme con los artificios más viles del jugador de profesión, y que, convertido en adepto de esa ciencia despreciable,

la practicara habitualmente como medio de aumentar mi renta, ya enorme, á expensas de aquellos de mis compañeros cuyo espíritu era más débil. Sin embargo, así fué; y la enormidad misma de este ataque contra todos los sentimientos de la dignidad y del honor era evidentemente la principal, si no la única razón de mi impunidad. ¿Cuál de mis compañeros más depravados no habría contradicho al más acreditado testigo antes que suponer semejante conducta en el alegre, el franco y el generoso Guillermo Wilson, el más noble y desprendido compañero de Oxford, aquel cuyas locuras, según decían sus parásitos, eran propias de un joven de imaginación desenfrenada, cuyos errores no pasaban de ser inimitables caprichos, y sus vicios más negros una indiferente y soberbia extravagancia?

Ya había pasado dos años divirtiéndome así, cuando llegó á la Universidad un joven recientemente ennoblecido, un tal Glendinning, más rico que Herodes Atico, según la voz pública, y que lo era sin que le hubiera costado el menor trabajo. Muy pronto reconocí que estaba dotado de escasa inteligencia, y naturalmente le consideré como una segura víctima de mi habilidad; invitéle á jugar, y con la astucia propia de un tahur dejéle ganar al principio sumas considerables para cogerle mejor en mis redes. Una vez madurado mi plan, y con la intención bien decidida de ponerlo por obra de una vez, fuí á buscar á Glendinning á casa de uno de nuestros compañeros, llamado Preston, igualmente relacionado con nosotros dos; pero que, debo hacerle esta justicia, no tenía la menor sospecha de mi designio. Para dar á todo esto mejor colorido, tuve cuidado de invitar á ocho ó diez personas, y me arreglé de modo que la introducción de las cartas pareciese del todo accidental y no se efectuara sino á instancias de mi futura víctima. En fin, para abreviar en este asunto tan soez, no descuidé ninguna de esas

viles finezas, tan frívolamente practicadas en semejante caso, que parece imposible que haya hombres bastante estúpidos para dejarse coger en el lazo.

Habiase prolongado nuestra reunión hasta una hora muy avanzada, y entonces maniobré de modo que pudiera tener á Glendinning por único adversario. El ecarté era mi juego favorito; las demás personas de la reunión, interesadas por las proporciones grandiosas de nuestro envite, habían dejado sus naipes y formaban círculo al rededor de nosotros. Nuestro intruso, á quien yo había impulsado diestramente en la primera parte de la noche á beber en demasía, barajaba, daba las cartas y jugaba de una manera singularmente nerviosa, sin duda por efecto de su embriaguez, según creí yo, aunque no me explicaba bien el hecho por semejante causa. En poco tiempo llegó á deberme una suma considerable, y como apurase otra copa de vino, hizo lo que yo había previsto friamente; propuso doblar la puesta, ya muy extravagante. Aparentando resistirme, con la mayor naturalidad, y sólo después que mi negativa le hubo impulsado á dirigirme algunas palabras duras, que dieron á mi consentimiento la apariencia de un pique, acepté su proposición. El resultado fué lo que debía ser: mi presa estaba completamente cogida en mis redes, y en menos de una hora cuadruplicó su deuda. Hacía algún tiempo que de su rostro habían desaparecido los vivos colores que le comunicaban los vapores del vino, y de pronto observé con asombro que su palidez era verdaderamente espantosa; digo con asombro porque, habiendo tomado minuciosos informes sobre Glendinning, se me aseguró que era inmensamente rico, y las sumas perdidas por él hasta entonces, aunque considerables, no podían, ó por lo menos yo lo supuse así, trastornarle tan gravemente, afectándole con tal violencia. La idea que desde luego me ocurrió fué que estaba aturdido

por la bebida; y con objeto de conservar mi buen nombre á los ojos de los circunstantes, más bien que por desinterés, iba á insistir para que dejáramos el juego, cuando algunas palabras pronunciadas junto á mí entre los presentes, y una exclamación de Glendinning que manifestaba la más completa desesperación, hiciéronme comprender que le había arruinado, en condiciones que hacían de él un objeto de compasión para todos, lo cual podría protegerle contra las asechanzas de un demonio.

Difícil me sería decir qué conducta hubiera adoptado en semejante circunstancia; la deplorable situación de mi víctima era causa de que todos afectasen cierto aire de malestar y tristeza, y reinó un silencio profundo por espacio de algunos minutos, durante los cuales sentí, á pesar mío, que se me encendían las mejillas bajo las miradas abrasadoras de desprecio y reprensión de las personas menos endurecidas, allí presentes. Confieso que mi corazón quedó momentáneamente aliviado de una intolerable angustia por la repentina y extraordinaria interrupción que siguió: las pesadas hojas de la puerta de la habitación se abrieron de par en par de un solo golpe, con una impetuosidad tan vigorosa y violenta, que todas las bujías se apagaron como por encanto; pero la moribunda luz me permitió ver que había penetrado en la sala un extranjero, un hombre de mi estatura poco más ó menos, embozado en su capa; las tinieblas llegaron á ser completas, y sólo podíamos ya *sentir* que estaba en medio de nosotros. Antes que nadie se repusiera del asombro que le causara semejante violencia, oímos la voz del intruso.

—Caballeros—dijo con *una voz muy baja*, pero bien distinta, con una voz inolvidable que penetró hasta la médula de mis huesos—caballeros, no trato de excusar mi conducta, porque, al proceder así, sólo cumplo con un deber. Sin duda no conocen ustedes el verdadero

carácter de la persona que esta noche ha ganado una suma enorme á lord Glendinning, y por lo tanto voy á indicarles un medio expedito y decisivo para obtener importantes informes: sírvanse examinar con detención el forro de su manga izquierda y los pequeños paquetes que se hallarán en los bolsillos bastante grandes de su bata bordada.

Mientras hablaba, el silencio era tan profundo, que se hubiera oído caer un alfiler en la alfombra, y cuando hubo concluído, salió tan bruscamente como había entrado. ¿Cómo describir mis sensaciones? ¿Será necesario decir que me pareció estar rodeado de todos los horrores del infierno? Poco tiempo tuve para reflexionar; varios brazos me cogieron con fuerza, y al punto se mandó traer luz, siguiéndose á esto un registro completo. En el forro de mi manga se hallaron todas las cartas principales del ecarté, y en los bolsillos de mi bata cierto número de barajas del todo semejantes á las usadas en nuestras reuniones, sólo que las mías estaban convenientemente preparadas por medio de señales sólo perceptibles para mí.

Una tempestad de indignación me habría afectado menos que el silencio despreciativo y la calma sarcástica que se produjo por este descubrimiento.

—Señor Wilson—dijo el dueño de la casa, bajándose para recoger á sus pies una magnífica capa guarnecida de preciosas pieles—señor Wilson, esto es de usted (el tiempo estaba frío, y al salir de mi habitación me había cubierto con una capa, de la cual me despojé al llegar á casa de mi amigo). Presumo—añadió, mirando los pliegues de mi traje con amarga sonrisa—que será inútil darnos aquí nuevas pruebas de su habilidad, pues ya tenemos las suficientes. Espero que comprenderá usted que debe salir de Oxford, y por lo pronto de mi casa, ahora mismo.

Envilecido, humillado así y cubierto del lodo de la

vergüenza, es probable que hubiese castigado aquellas insultantes palabras con una inmediata violencia personal, si en el mismo momento no se hubiese fijado mi atención en un detalle de los más sorprendentes que imaginarse pudiera. La capa que yo había llevado estaba guarnecida de espesas pieles de una rareza y de un precio extravagantes, y el corte, de puro capricho, era de mi invención, pues en aquellas materias frivolas, mi afán de ser elegante me impelía á lo absurdo. Así, pues, cuando Preston me presentó la capa recogida en el suelo, junto á la puerta de la habitación, experimenté un asombro que rayaba en terror al ver que llevaba ya la mía en el brazo, y que aquella era igual en sus más minuciosos detalles. El extraño personaje que tan inoportunamente me había delatado, llevaba también capa, según recordé, y ninguno de los individuos presentes la usaba, excepto yo. Sin embargo, conservé mi presencia de ánimo, tomé la que Preston me presentaba, y púsela sobre la mía, sin que nadie fijara en ello la atención; después salí de la sala, dirigiendo á todos una mirada de reto, y aquella misma mañana, antes de rayar el día, salí precipitadamente de Oxford, poseído de una verdadera angustia, de horror y de vergüenza.

Huí en vano: mi maldita estrella me ha perseguido triunfante, como para demostrarme que su misteriosa influencia no había comenzado hasta entonces. Apenas puse los pies en París, recibí una nueva prueba del detestable interés que Wilson tomaba en mis asuntos. Los años transcurrieron sin que me dejara un momento de reposo. ¡Miserable! ¡Con qué importuna obsequiosidad me acosó en Roma, y con qué ternura de espectro se interpuso entre mi ambición y yo! ¡Y en Viena, en Berlín, en Moscou! ¿Dónde no encontraba yo alguna amarga razón para maldecirle en el fondo de mi alma? Presa de indecible pánico, emprendí la

fuga ante su impenetrable tiranía, huyendo como de la peste; y hasta el fin del mundo he huído; pero *en vano*.

Interrogando siempre á mi alma en secreto, repetía mis preguntas. ¿Quién es? ¿De dónde viene? ¿Cuál es su objeto? No podía contestarme, y entonces analizaba con minuciosa atención las formas, el método y los rasgos característicos de su insolente benevolencia; pero ni aun en esto encontraba gran cosa que pudiera servir de base á una conjetura. Era un hecho verdaderamente notable que en los numerosos casos en que se había cruzado últimamente en mi camino no lo hiciera nunca sino para desbaratar planes ú operaciones que, de haber salido bien, hubieran llevado consigo amargas consecuencias. ¡Pobre justificación era esta para una autoridad tan imperiosamente usurpada! ¡Pobre indemnización para esos derechos naturales del libre arbitrio, tan tenaz y aisladamente negados!

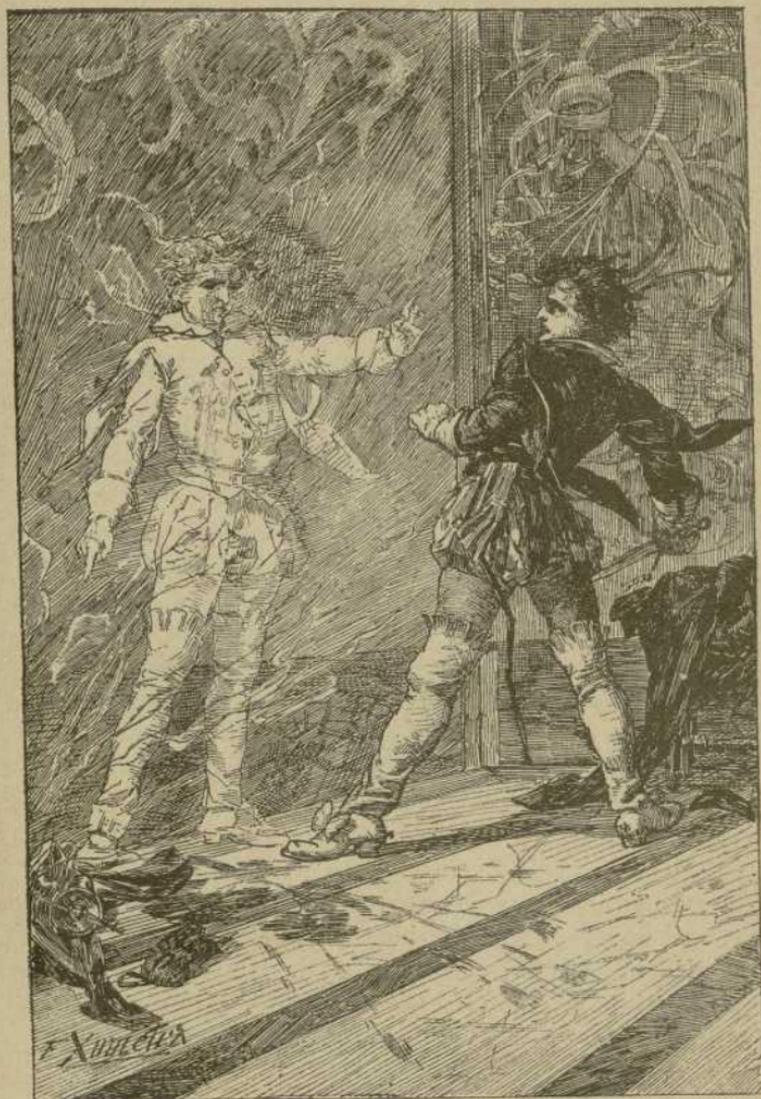
También me había sido forzoso observar, hacía largo tiempo, que mi verdugo, satisfaciendo escrupulosamente y con maravillosa destreza la manía de vestirse lo mismo que yo, se había arreglado de modo que, cuando intervenía en mi voluntad, no pudiese yo ver nunca sus facciones. Quien quiera que fuese aquel condenado Wilson, semejante misterio era el colmo de la afectación y de la necedad. ¿Podría suponer él un solo instante que en mi consejero de Eton, en el que me envileció en Oxford, en el que había contrarrestado mi ambición en Roma, mi venganza en París, mi amor apasionado en Nápoles, y en Egipto lo que llamaba mi codicia; podría suponer, repito, que en ese sér, mi enemigo mortal, mi genio maléfico, no hubiera reconocido yo al Guillermo Wilson de mis años de colegio, al homónimo, al compañero, al rival execrado y temido de la casa Bransby?—¡Imposible!— Pero dejadme llegar al terrible desenlace del drama.

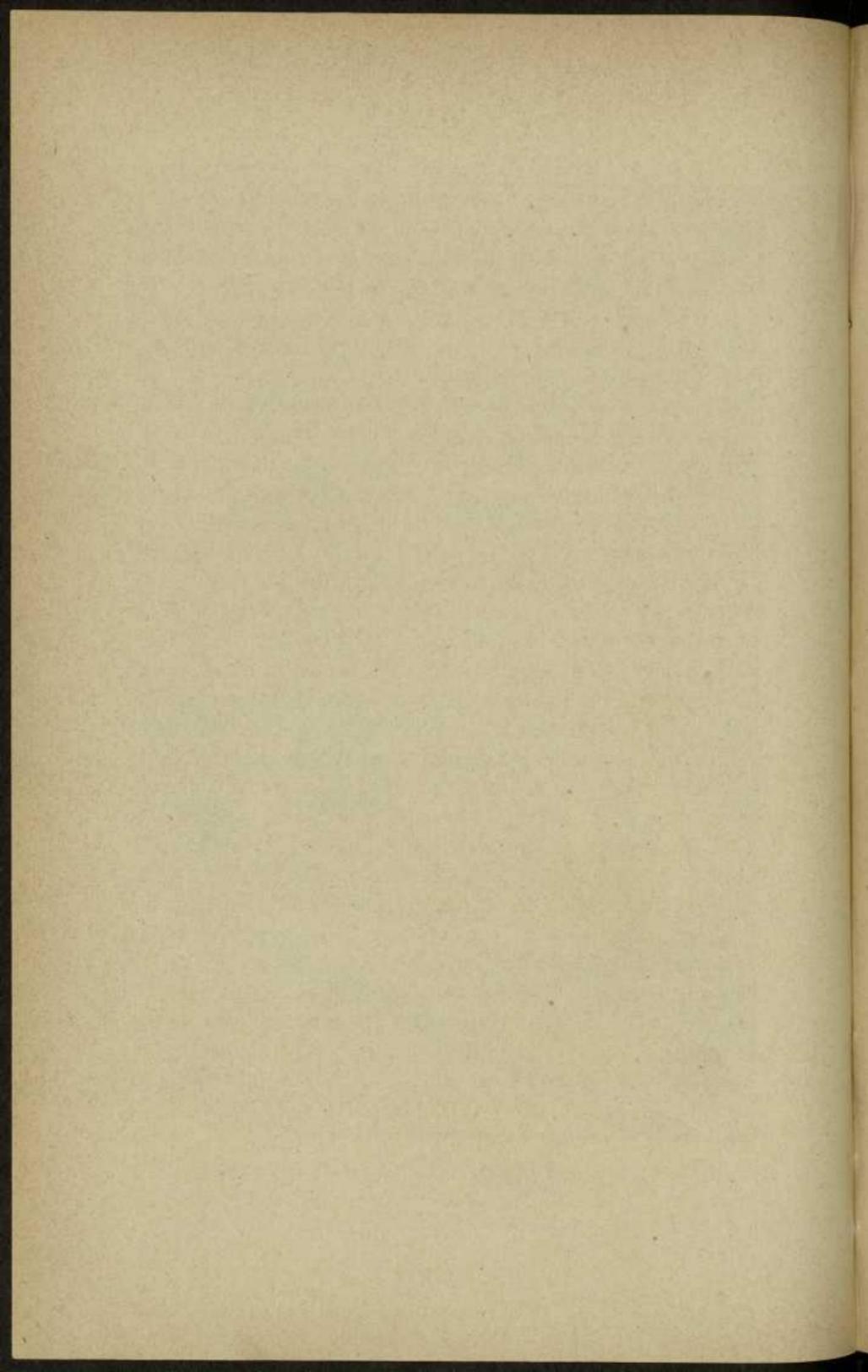
Hasta entonces me había sometido cobardemente á

su imperioso dominio. El sentimiento de profundo respeto con que me había acostumbrado á considerar el carácter elevado, la sabiduría majestuosa y la omnipotencia aparentes de Wilson, unido á no sé qué impresión de terror inspirado por ciertos rasgos de naturaleza y algunos privilegios, habían creado en mí la idea de mi completa debilidad y de mi impotencia, aconsejándome una completa sumisión, aunque llena de amargura y repugnancia por tan arbitraria tiranía. Sin embargo, hacía tiempo que me había entregado á la bebida, y la influencia del vino, exasperando mi temperamento, me rebelaba contra toda sujeción. Comencé á murmurar, á vacilar, á resistir. ¿Fué sólo mi imaginación la que me indujo á creer que la tenacidad de mi verdugo disminuiría en razón de mi propia firmeza? Es posible, pero de todos modos, comencé á sentir la inspiración de una esperanza ardiente y acabé por alimentar en lo secreto de mis pensamientos la sombría y desesperada resolución de librarme de aquella esclavitud.

Estábamos en Roma, durante el carnaval de 18...; yo había ido á un baile de máscaras que se daba en el palacio del Duque Di Broglio, en Nápoles, después de beber más que de costumbre, y la atmósfera sofocante de los salones, llenos de gente, irritábame de un modo insoportable. La dificultad de abrirme paso á través de la multitud me exasperó más todavía, pues buscaba con afán, no sé para qué indigno propósito, á la joven y bella esposa del viejo y extravagante Duque. Con no menos confianza que imprudencia, habíame dicho qué traje vestiría; y como acababa de verla á lo lejos, tenía prisa por llegar hasta ella. En el mismo instante sentí que una mano se apoyaba suavemente en mi hombro, y pude oír después ese inolvidable, ese profundo y maldito *cuchicheo* de otras veces.

Poseído de frenética cólera, volvíme bruscamente





hacia el que así me molestaba y cogile con fuerza por el cuello. Llevaba, como ya me lo esperaba yo, un traje del todo igual al mío: capa á la española de terciopelo azul, y cinturón carmesí, del que pendia la espada: una careta de seda ocultaba sus facciones.

— ¡ Miserable ! — grité con voz enronquecida por la cólera, y pareciéndome que cada una de mis palabras era alimento para el fuego de mi ciega rabia. — ¡ Miserable impostor, condenado bribón, ya no me seguirás más la pista, ya no me acosarás hasta la muerte ! ¡ Sígueme, ó te atravieso aquí mismo de parte á parte !

Y me abrí paso desde el salón de baile hasta una pequeña antecámara, arrastrando con irresistible fuerza á mi rival.

Al entrar, empujéle con violencia lejos de mí, y fué á tropezar vacilante contra la pared ; entonces cerré la puerta, profiriendo maldiciones, y ordené á Wilson que desenvainara. Vaciló un momento, y dejando escapar después un suspiro desenvainó lentamente su acero y púsose en guardia.

El combate no fué largo: yo estaba exasperado por las más ardientes excitaciones de todo género, y sentía en mi brazo la energía y el vigor de toda una multitud. A los pocos segundos acorralé á mi adversario contra la pared, y teniéndole allí á mi discreción, hundi varias veces mi espada en su pecho con una ferocidad brutal.

En aquel momento, alguno tocó á la cerradura de la puerta; apresuréme á impedir una invasión importuna, y me dirigí inmediatamente hacia mi adversario moribundo; pero ¿qué lengua humana pudiera expresar el asombro y el horror que experimenté ante el espectáculo que se ofreció á mi vista? El breve instante en que estuve vuelto de espaldas había bastado para producir, al parecer, un cambio material en las disposiciones locales en la opuesta extremidad de

la habitación: un vasto espejo — en mi turbación me pareció que lo era — brillaba en el sitio donde antes no había visto señales de tal cosa; y como avanzase hacia él, poseído de terror, mi propia imagen, pero con el rostro pálido y manchado de sangre adelantóse á mi encuentro con vacilante paso.

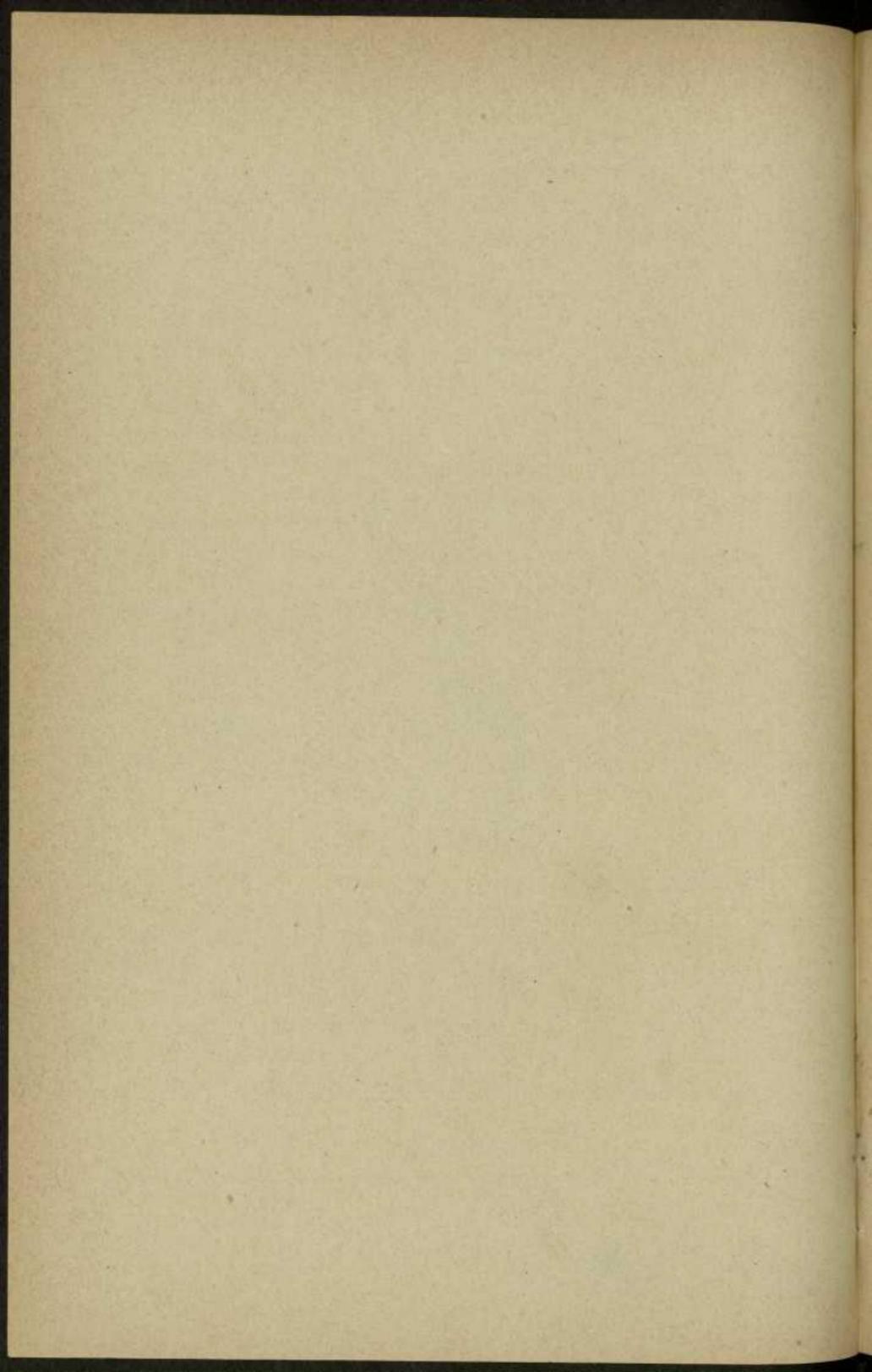
Así me pareció á mí; pero era mi adversario, era Wilson, que se hallaba delante de mí en medio de su agonía; su careta y su capa estaban en el suelo, en el mismo sitio donde las arrojara. ¡No había un hilo de su traje, ni una línea de su rostro, tan caracterizado y singular, que no fuese *mío*, que no fuera *mita*; era la identidad en absoluto!

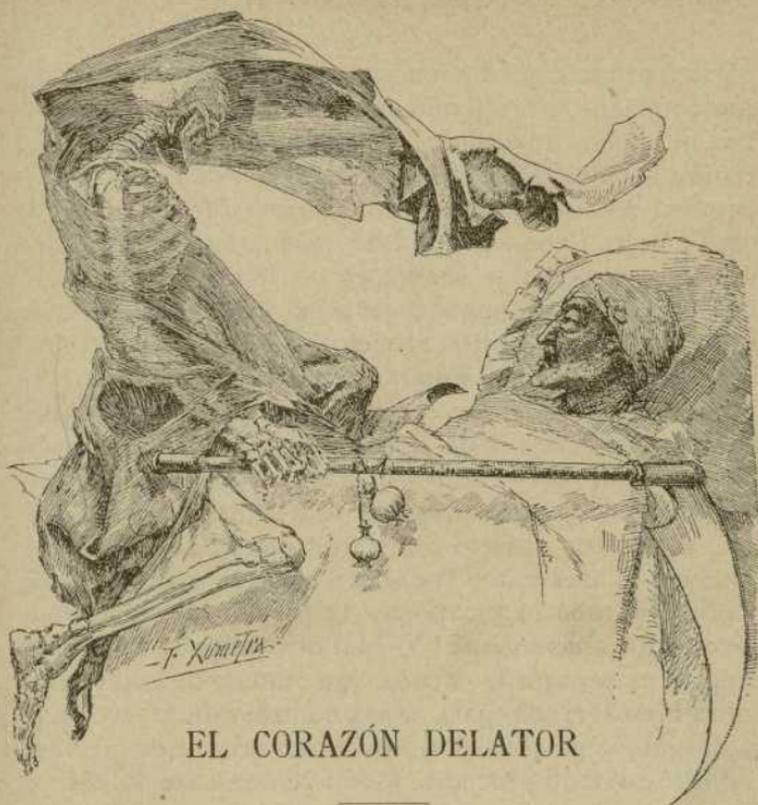
Era Wilson; pero sin cuchichear ya sus palabras, tanto que habría podido creer que era yo mismo quien hablaba cuando me dijo:

— ¡Tú has vencido, y yo sucumbo; pero en adelante tú estarás muerto también, muerto para el Mundo, para el Cielo y la Esperanza! ¡En mí existías, y ahora puedes ver en mi muerte, por esta imagen que es la tuya, cómo te has suicidado irremisiblemente!



EL CORAZÓN DELATOR





EL CORAZÓN DELATOR

Es verdad! Soy muy nervioso, espantosamente nervioso; siempre lo fui, pero ¿por qué pretendéis que esté loco? La enfermedad ha aguzado mis sentidos, mas sin destruirlos ni embotarlos. Tenía el oído muy fino; ninguno le igualaba; he escuchado todas las cosas del cielo y de la tierra, y no pocas del infierno. ¿Cómo he de estar loco? ¡Atención! Ahora veréis con qué sano juicio y con qué calma puedo referiros toda la historia.

Me es imposible decir cómo me ocurrió primeramente la idea; pero una vez concebida, no pude desecharla ni de día ni de noche. No me proponía objeto

alguno ni me dejaba llevar de una pasión. Amaba al buen anciano, pues jamás me había hecho daño alguno, ni menos insultado; no envidiaba su oro; pero tenía una cosa desagradable. ¡Era uno de sus ojos, si, esto es! Asemejábase al de un buitre y tenía el color azul pálido. Cada vez que este ojo fijaba en mí su mirada, helábaseme la sangre en las venas; y lentamente, por grados, comenzó á germinar en mi cerebro la idea de arrancar la vida al viejo, á fin de librarme para siempre de aquel ojo que tanto me molestaba.

¡He aquí el *quid!* Me creéis loco; pero advertid que los locos no saben nada. ¡Si hubiérais visto con qué buen juicio procedí, con qué tacto y previsión, y con qué disimulo puse manos á la obra! Nunca había sido tan amable con el viejo como durante la semana que precedió al asesinato. Todas las noches, á eso de las doce, levantaba el picaporte de la puerta y la abría; pero ¡qué suavemente! Y cuando quedaba bastante espacio para pasar la cabeza, introducía una linterna sorda bien cerrada, para que no filtrase ninguna luz, y alargaba el cuello. ¡Oh! os hubiérais reído al ver con qué cuidado procedía. Movía lentamente la cabeza, muy poco á poco, para no perturbar el sueño del viejo, y necesitaba al menos una hora para adelantarla lo suficiente á fin de ver al hombre echado en su cama. ¡Ah! un loco no hubiera sido tan prudente. Y cuando mi cabeza estaba dentro de la habitación, levantaba la linterna con sumo cuidado, ¡oh! con qué cuidado, con qué cuidado! porque la charnela rechinaba. No la abría más de lo suficiente para que un imperceptible rayo de luz iluminase el ojo de buitre. Y he hecho esto durante siete largas noches, hasta las doce; pero siempre encontré el ojo cerrado, y de consiguiente me fué imposible consumir mi obra, porque no era el viejo lo que me incomodaba, sino su Mal Ojo. Todos los días, al amanecer, entraba atrevidamente en

su cuarto y hablábale con la mayor serenidad, llamándole por su nombre con tono cariñoso, y preguntándole cómo había pasado la noche. Ya veis, por lo dicho, que debía ser un viejo muy perspicaz para sospechar que todas las noches hasta las doce le examinaba durante su sueño.

Llegada la octava noche, procedí con más precaución aún para abrir la puerta; la aguja de un reloj se hubiera movido más rápidamente que mi mano. Mis facultades y mi sagacidad estaban más desarrolladas que nunca, y apenas podía reprimir la emoción de mi triunfo.

¡Pensar que estaba allí, abriendo la puerta poco á poco, y que él no podía ni siquiera soñar en mis actos, ni menos imaginar mis pensamientos secretos! Esta idea me hizo reír; y tal vez el durmiente oyó mi ligera carcajada, pues se movió de pronto en su lecho como si se despertase. Tal vez creeréis que me retiré; nada de eso; su habitación estaba negra como la pez; tan espesas eran las tinieblas, pues mi hombre había cerrado herméticamente los postigos por temor á los ladrones; y sabiendo que no podía ver la puerta entornada, seguí empujándola más, siempre más.

Había pasado ya la cabeza y estaba á punto de abrir la linterna, cuando mi pulgar se deslizó sobre el muelle con que se cerraba, y el viejo se incorporó en su lecho exclamando:

—¿Quién anda ahí?

Permanecí inmóvil sin contestar; durante una hora me mantuve como petrificado, y en todo este tiempo no le ví echarse de nuevo: seguía sentado y escuchando, como yo lo había hecho noches enteras.

Pero he aquí que de repente oigo una especie de queja débil, y reconozco que era debida á un terror mortal; no era de dolor ni de pena; ¡oh, no! Era el ruido sordo y ahogado que se eleva del fondo de un alma

poseída de espanto. Yo conocía bien este rumor, pues muchas noches, á las doce, cuando todos dormían, le oi producirse en mi pecho, aumentando con su eco terrible el terror que me embargaba. Por eso comprendía bien lo que el viejo experimentaba, y compadecíale, aunque la risa entreabriese mis labios. No se me ocultaba que se había mantenido despierto desde el primer ruido, cuando se revolvió en el lecho; sus temores se acrecentaron, y sin duda quiso persuadirse de que no había causa para ello; mas no pudo conseguirlo. Sin duda pensó: «Eso no será más que el viento en la chimenea, ó un ratón que corre, ó algún grillo que canta.» El hombre se esforzó para confirmarse en estas hipótesis, pero todo fué inútil; *era inútil* porque la Muerte, que se acercaba, había pasado delante de él con su negra sombra, envolviendo en ella á su víctima; y la influencia fúnebre de esa sombra invisible era la que le hacía sentir, aunque no distinguiera ni viera nada, la presencia de mi cabeza en la habitación.

Después de esperar largo tiempo con mucha paciencia sin oírle echarse de nuevo, resolví entreabrir un poco la linterna; pero tan poco, tan poco, que casi no era nada; abríla tan cautelosamente, que más no podía ser, hasta que al fin un solo rayo pálido, como un hilo de araña, saliendo de la abertura, proyectóse en el ojo de buitre.

Estaba abierto, muy abierto, y yo me enfurecí apenas le miré; víle con la mayor claridad, todo entero, con su color azul opaco, y cubierto de una especie de velo hediondo que heló mi sangre hasta la médula de los huesos; pero esto era lo único que veía de la cara ó de la persona del anciano, pues había dirigido el rayo de luz, como por instinto, al maldito ojo.

¿No os he dicho ya que lo que tomabais por locura no es sino un refinamiento de los sentidos? En aquel

momento, un ruido sordo, ahogado y frecuente, semejante al que produce un reloj envuelto en algodón, hirió mis oídos; *aquel rumor*, lo reconocí al punto, era el latido del corazón del anciano, y aumentó mi cólera, así como el redoble del tambor sobreexcita el valor del soldado.

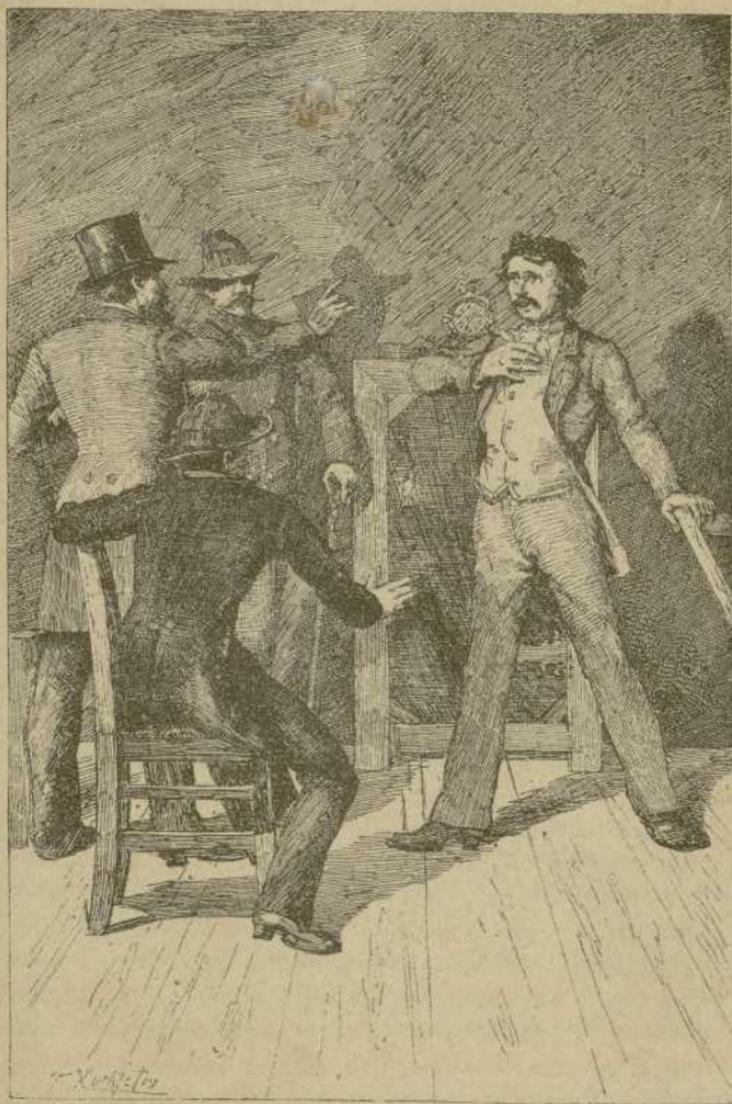
Pero aún me contuve y permanecí inmóvil, sin respirar apenas, y esforzándome en iluminar el ojo con el rayo de luz. Al mismo tiempo, el corazón latía con mayor violencia, cada vez más precipitadamente y con más ruido. El terror del anciano *debía* ser indecible, pues aquel latido se producía con redoblada fuerza cada minuto.—¿Me escucháis atentos? Ya os he dicho que yo era nervioso, y lo soy en efecto. En medio del silencio de la noche, un silencio tan imponente como el de aquella antigua casa, aquel ruido extraño me produjo un terror indecible. Por espacio de algunos minutos me contuve aún, permaneciendo tranquilo; pero el latido subía de punto á cada instante; hasta creí que el corazón iba á estallar, y de pronto sobrecogíome una nueva angustia: ¡algún vecino podría oír el rumor! Era llegada la última hora del viejo: profiriendo un alarido, abrí bruscamente la linterna y lancéme en la habitación. El buen hombre solamente dejó escapar un grito: no más uno. En un instante le arrojé en el suelo, echando sobre él todo el peso enorme de la cama; y entonces sonreí de contento al ver mi tarea tan adelantada; pero durante algunos minutos el corazón latió sordamente, aunque esta vez ya no me atormentaba, pues no se podía oír á través de la pared. Al fin cesó la palpitación, porque el viejo había muerto; levanté la cama y examiné el cadáver: estaba rígido, completamente rígido; apoyé mi mano sobre el corazón, y la tuve aplicada algunos minutos; no se oía ningún latido; el hombre había dejado de existir, y su ojo desde entonces ya no me atormentaría más.

Si persistís en tomarme por loco, esa creencia se desvanecerá cuando os diga qué sabias precauciones adopté para ocultar el cadáver. La noche avanzaba, y yo comencé á trabajar activamente, aunque en silencio: corté la cabeza, después los brazos, y por último las piernas.

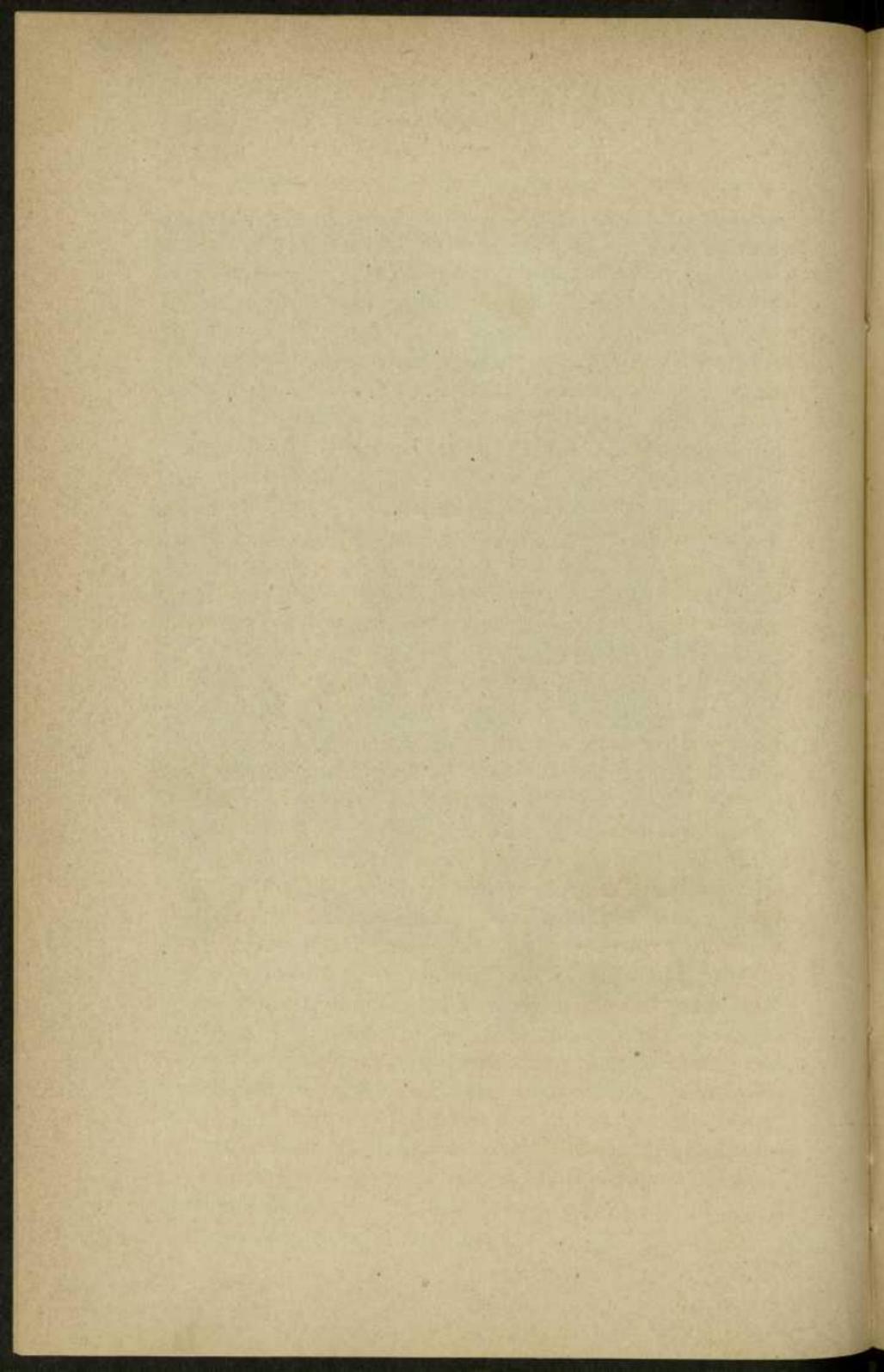
En seguida arranqué tres tablas del suelo de la habitación, deposité los restos mutilados en los espacios huecos, y volví á colocar las tablas tan hábil y diestramente, que ningún ojo humano, ni aun el *suyo*, hubiera podido descubrir nada de particular. No era necesario lavar mancha alguna, gracias á la prudencia con que procedí. Un barreño lo había absorbido todo. Jah! Jah!

Terminada la operación, á eso de las cuatro de la madrugada, aún estaba tan oscuro como á media noche. Cuando el reloj dió las horas, llamaron á la puerta de la calle, y yo bajé con la mayor calma para abrir, pues ¿qué podía temer ya? Tres hombres entraron, anunciándose cortésmente como oficiales de policía; un vecino había oído un grito durante la noche; esto bastó para despertar sospechas, envióse un aviso á las oficinas de policía, y los señores oficiales se presentaban para visitar el local.

Yo sonreí, porque nada debía temer, y recibiendo cortésmente á aquellos caballeros, dijeles que yo era quien había gritado en medio de mi sueño; añadí que el viejo estaba de viaje, y conduje á los oficiales por toda la casa, invitándoles á buscar, á registrar perfectamente. Al fin entré en *su* habitación, y mostré sus tesoros, completamente seguros y en el mejor orden. En el entusiasmo de mi confianza ofrecí sillas á los visitantes para que descansaran un poco; mientras que yo, con la loca audacia de un triunfo completo, coloqué la mía en el sitio mismo donde yacía el cadáver de la víctima.



W. H. P.

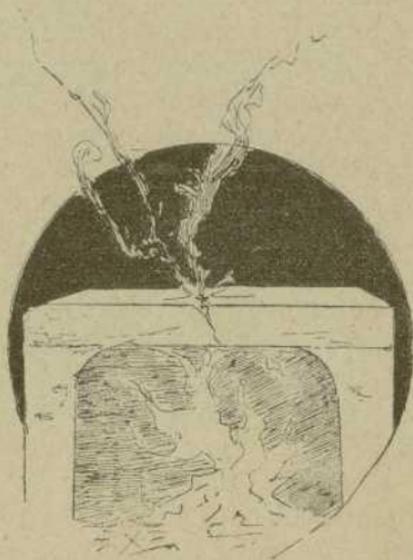


Los oficiales quedaron satisfechos, y convencidos por mis modales; yo estaba muy tranquilo; sentáronse y hablaron de cosas familiares, á las que contesté alegremente; mas al poco tiempo conocí que palidecía y ansié la marcha de aquellos hombres. Me dolía la cabeza; parecíame que los oídos me zumbaban; pero los oficiales continuaban sentados, hablando sin cesar. El zumbido se pronunció más, persistiendo con mayor fuerza; púseme á charlar sin tregua para librarme de aquella sensación, pero todo fué inútil, y al fin descubrí que el rumor no se producía en mis oídos.

Sin duda palidecí entonces mucho, pero hablaba con más viveza todavía, alzando la voz, lo cual no impedía que el sonido fuera en aumento. ¿Qué podía hacer yo? Era *un rumor sordo, ahogado, frecuente, muy análogo al que produciría un reloj envuelto en algodón*. Respiré fatigosamente; los oficiales no oían aún. Entonces hablé más aprisa, con mayor vehemencia; pero el ruido aumentaba sin cesar. — Levantéme al punto y comencé á discutir sobre varias nimiedades, en un diapason muy alto y gesticulando vivamente; mas el ruido acrecia. ¿Por qué *no querían* irse aquellos hombres? Aparentando que me exasperaban sus observaciones, dí varias vueltas de un lado á otro de la habitación; mas el rumor iba en aumento. ¡Dios mío! ¿qué podría hacer! La cólera me cegaba; comencé á renegar; agité la silla donde me había sentado, haciéndola rechinar sobre el suelo; pero el ruido dominaba siempre de una manera muy marcada... Y los oficiales seguían hablando, bromeaban y sonreían. ¿Sería posible que no oyesen? ¡Dios todo poderoso!—¡No, no! ¡Oían! ¡Sospechaban; lo sabían todo; divertíanse con mi espanto! Lo creí y lo creo aún. Cualquiera cosa era preferible á semejante burla; no podía soportar más tiempo aquellas hipócritas sonrisas. ¡Comprendí que era preciso gritar ó morir! Y

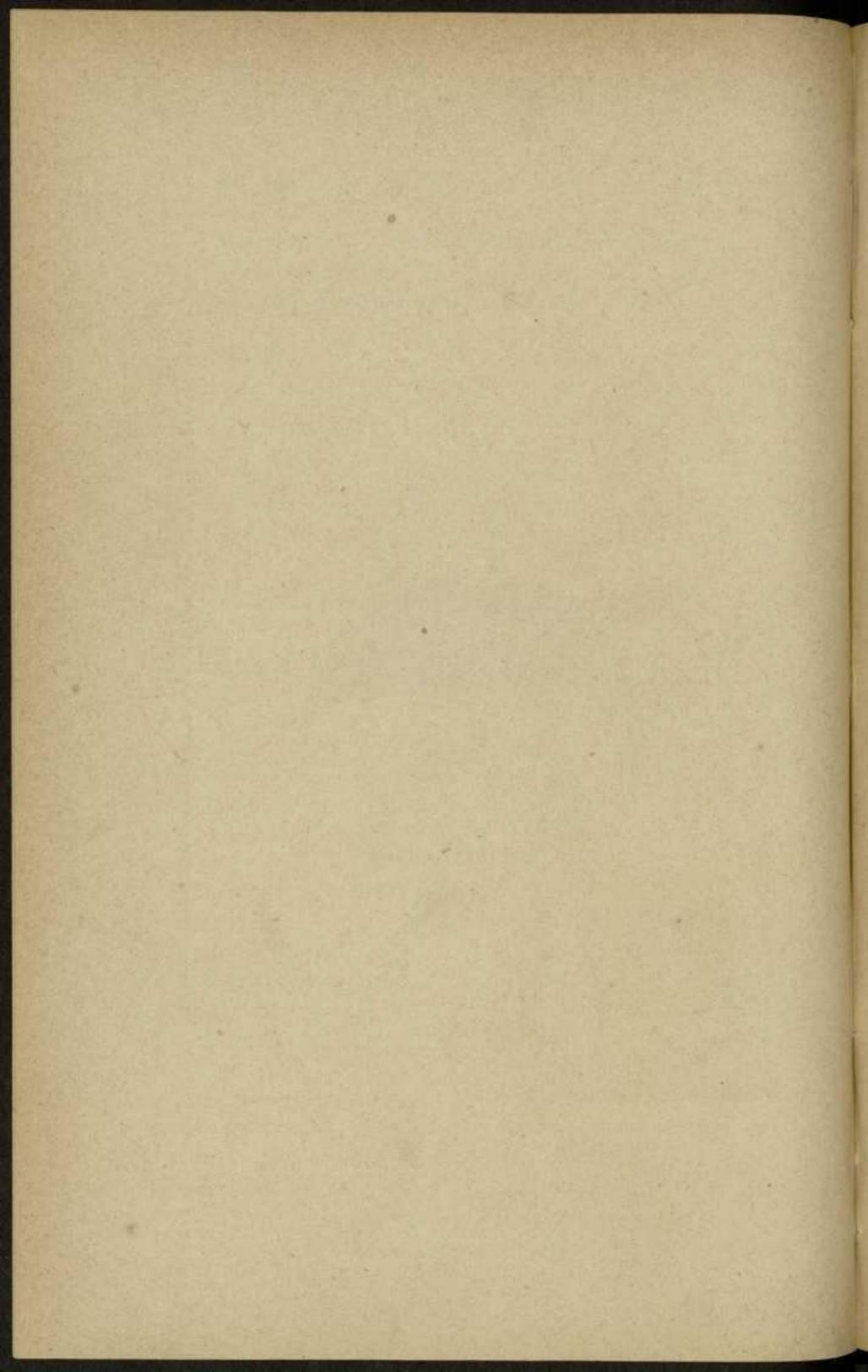
cada vez más alto, ¿lo oís? ¡Cada vez más alto, *siempre más alto!*

—¡Miserables!—exclamé.—No disimuléis más tiempo; confieso el crimen. ¡Arrancad esas tablas; ahí está, ahí está! ¡Es el latido de su espantoso corazón!



AVENTURA SIN PAR

DE UN TAL HANS PFAALL





AVENTURA SIN PAR
DE UN TAL HANS PFAALL

SEGÚN las últimas noticias de Rotterdam, parece que esta ciudad se halla en un singular estado de efervescencia filosófica. Á decir verdad, se han producido fenómenos de un género tan inesperado, tan nuevo y tan absolutamente en contradicción con todas las opiniones admitidas, que no dudo que muy pronto se hallará trastornada

toda Europa, y la física en fermentación; mientras que la razón y la astronomía se agarran de los cabellos.

Parece que el... del mes de... (no recuerdo á punto fijo la fecha) se había reunido una inmensa multitud, con un objeto que no se especifica, en la gran plaza de la Bolsa de la agradable ciudad de Rotterdam. El día era muy caluroso para la estación; apenas soplabla la brisa, y á la multitud no le desagradaba que de vez en cuando la regase, durante algunos minutos, un chaparrón benéfico, producido por las masas de blancas nubes diseminadas en la celeste bóveda del firmamento.

Sin embargo, hacia mediodía manifestóse en la multitud una ligera aunque notable agitación, seguida del clamoreo de diez mil lenguas; diez mil cabezas se levantaron para fijar la vista en el cielo; otras tantas pipas se retiraron simultáneamente de las bocas, y un grito prolongado, inmenso, atronador, sólo comparable con el mugido del Niágara, resonó á través de toda la ciudad y de los alrededores de Rotterdam.

El origen de aquel tumulto fué muy pronto evidente; vióse desembocar en un espacio de la extensión azulada, saliendo de una de aquellas grandes masas de nubes de contornos vagamente definidos, un sér extraño, heterogéneo, de aspecto sólido, de tan singular configuración y tan fantásticamente organizado, que la multitud de aquellos robustos menestrales, que le miraban desde abajo con la boca abierta, no podían de ningún modo comprender lo que era, ni cansarse de admirarle.

¿Qué podría ser aquello? Por todos los diablos de Rotterdam, ¿qué presagiaría semejante aparición? Nadie lo sabía; á nadie le era posible adivinarlo; ni aun el burgo-maestre Mynheer Superbus Von Underduk poseía el más ligero dato para aclarar aquel misterio; de modo que los buenos ciudadanos, no teniendo cosa mejor que hacer, volvieron á colocar sus pipas en la boca, y con la vista siempre fija en el fenómeno, lanzaron bocanadas de humo, hicieron una pausa,

contoneáronse de derecha á izquierda, murmurando significativamente, guardaron silencio otra vez, y después de gruñir de nuevo, siguieron fumando tranquilamente.

Sin embargo, veíase bajar, acercándose cada vez más á la beata ciudad, el objeto de tan general curiosidad, causa de aquella considerable humareda; de modo que á los pocos minutos el objeto estuvo lo bastante cerca para que se pudiera distinguir con claridad. Parecía ser, y lo *era* indudablemente, una especie de globo; pero hasta entonces, Rotterdam no había visto otro semejante, pues ¿quién ha oído hablar nunca de un globo fabricado tan sólo con diarios grasientos? Seguramente nadie en Holanda; y sin embargo, allí, sobre las narices del pueblo, ó más bien á cierta distancia de ellas, veíase el objeto en cuestión, construído—lo sé de buena autoridad—con dicho material, en el que nadie había pensado hasta entonces para semejante objeto. Aquello era un escandaloso insulto al buen sentido de los menestrales de Rotterdam.

En cuanto á la forma del fenómeno, era más reprehensible aún: afectaba la figura de un gigantesco gorro de loco completamente invertido; y esta semejanza no se desvaneció en modo alguno cuando al mirarle más de cerca la multitud pudo ver una enorme bellota pendiente de la punta, y al rededor del borde superior ó de la base del cono, una serie de pequeños instrumentos semejantes á las campanillas de las ovejas, que resonaban continuamente.

Pero he aquí otra cosa más extraordinaria aún: suspendido de unas cintas azules en la extremidad de la fantástica máquina, balanceábase, á manera de barquilla, un inmenso sombrero de castor gris americano, de alas en extremo anchas, de copa hemisférica, con una cinta negra y una hebilla de plata. Cosa sin-

gular: algunos ciudadanos de Rotterdam hubieran jurado que conocían ya aquel sombrero, y á decir verdad, la multitud pareció casi familiarizada con él; mientras que la matrona Grettet Pfaall profirió una exclamación de alegría al verle, declarando que era positivamente el sombrero de su querido esposo. Ahora bien, esta circunstancia parecía tanto más importante cuanto que Pfaall había desaparecido de Rotterdam con tres compañeros hacia unos cinco años, de una manera tan repentina como inexplicable, y hasta el momento en que comienza este relato, todos los esfuerzos para obtener noticia de los ausentes fueron completamente inútiles. Ciertamente se habían descubierto últimamente, en un punto retirado de la ciudad, algunas osamentas que se creyeron humanas, mezcladas con restos de extraño aspecto, llegando á suponer algunos que en aquel lugar se había cometido un horrible asesinato, y que Hans Pfaall y sus compañeros fueron probablemente las víctimas.

El globo, pues en efecto lo era, hallábase entonces á cien pies del suelo, y la multitud podía ver claramente al personaje que le ocupaba. Era, por cierto, un sér extraño; sólo media dos pies de estatura, pero su pequeñez no le hubiera librado de perder el equilibrio y caer de su diminuta barquilla, á no haber tenido ésta un reborde circular que llegaba hasta el pecho del singular individuo, estando sujeto por las cuerdas del globo. El cuerpo del hombrecillo era desproporcionadamente voluminoso y comunicaba al conjunto de su persona un aspecto de redondez extravagante; sus pies, como era natural, no se podían ver; tenía las manos monstruosas; el cabello gris, sujeto por detrás en forma de coleta; la nariz prodigiosamente larga, ganchuda y de color rojizo; los ojos grandes y de penetrante mirada; y la barba y las mejillas, aunque llenas de arrugas, infladas al parecer: lo más singular en

aquel conjunto era que en los dos lados de la cabeza no se veía la menor señal de orejas.

El hombrecillo vestía una especie de paletó, ó más bien saco, de seda azul celeste, calzón ceñido, sujeto en las rodillas con hebillas de plata, chaleco amarillo, de una tela brillante, una especie de bonete blanco, puesto con gracia de medio lado; y como complemento de este equipo, un pañuelo de seda encarnado al rededor del cuello, con un nudo enorme y las puntas pendientes sobre el pecho.

Al llegar á cien pies del suelo, como ya he dicho, el hombrecillo pareció sobrecogido repentinamente de una agitación nerviosa, y hubiérase dicho que no deseaba acercarse más á la *tierra firme*. Arrojó cierta cantidad de arena, tomándola de un saco de lona, que á duras penas levantó, y mantúvose estacionario durante un momento; después sacó del bolsillo de su paletó, con cierta precipitación, una cartera de piel, pesóla en la mano con aire receloso, examinóla detenidamente, sorprendido al parecer, abrióla al fin, sacó una enorme carta sellada con lacre encarnado, muy bien sujeta con hilos del mismo color, y dejóla caer á los pies del burgo-maestre Superbus Von Underduk.

Su Excelencia se inclinó para recogerla; pero el aeronauta, siempre muy inquieto, y no teniendo aparentemente nada que hacer en Rotterdam, comenzaba á prepararse ya para subir de nuevo, y como le era preciso descargar una parte de su lastre á fin de elevarse, media docena de sacos, arrojados uno después de otro sin tomarse la molestia de vaciarlos, cayeron sobre la espalda del infeliz burgo-maestre é hicieronle rodar varias veces por tierra á la vista de todo Rotterdam.

No se ha de suponer, sin embargo, que el gran Underduk dejó pasar impunemente aquella impertinencia de parte del hombrecillo; dícese que en cada una de sus caídas arrojó furiosamente seis bocanadas de

humo de su querida pipa, la cual sujetaba entre tanto con toda su fuerza, como lo hará siempre, si Dios lo permite, hasta el último día de su vida.

Sin embargo, el globo se elevaba como una golondrina, y cerniéndose sobre la ciudad, desapareció tranquilamente detrás de una nube semejante á aquella de que había salido de un modo tan singular, perdiéndose de vista para los buenos ciudadanos de Rotterdam, atónitos ante aquél espectáculo.

Toda la atención se fijó entonces en la carta, cuya transmisión, con los accidentes que la siguieron, habían estado á punto de ser tan fatales á la persona y á la dignidad de su Excelencia Von Underduk. Este funcionario, sin embargo, no se olvidó, durante sus movimientos giratorios, de poner en seguridad el objeto importante, la carta, que según el sobre, había caído en manos legítimas, puesto que iba dirigida á su Excelencia, primeramente, y al profesor Rudabub, en su calidad respectiva de presidente y vice-presidente del colegio astronómico de Rotterdam. En su consecuencia, estos dignatarios la abrieron al punto y hallaron la siguiente comunicación, muy extraordinaria, y á la verdad en extremo grave:

A sus Excelencias Von Underduk y á Rudabub, presidente y vice-presidente del colegio nacional astronómico de la ciudad de Rotterdam.

Vuestras Excelencias se acordarán sin duda de un humilde artesano, componedor de fuelles, que desapareció de Rotterdam hará unos cinco años, con otros tres individuos y de una manera que debió considerarse inexplicable: yo soy el mismo Hans Pfaall, si vuestras Excelencias no lo llevan á mal, y el mismo que firma esta comunicación. Es notorio entre la mayor parte de mis conciudadanos que he ocupado por espacio de cuatro años la casita de ladrillo situada en la callejuela conocida con el nombre de Sauerkraut, donde aún

habitaba en el momento de mi desaparición. Mis abuelos residieron siempre allí desde tiempo inmemorial ejerciendo invariablemente, como yo, el muy respetable y lucrativo oficio de componedores de fuelles, pues á decir verdad, hasta estos últimos años, en que todos se entregan con pasión á la política, jamás se ejerció más fructuosa industria por un honrado ciudadano de Rotterdam, y nadie fué más digno que yo. El crédito era excelente, los parroquianos numerosos, y por lo tanto no faltaba dinero ni buena voluntad; pero como ya he dicho, muy pronto nos resentimos de los efectos de la independendencia, de los grandes discursos, del radicalismo y de todas las drogas de esa especie. Aquellos que hasta entonces habían sido los mejores parroquianos del mundo, no tuvieron ya un momento para pensar en nosotros; todo lo necesitaban para aprender la historia de las revoluciones, vigilando en su marcha la inteligencia y la idea del siglo; si necesitaban soplar el fuego, construían un fuelle con algún diario; á medida que el gobierno se debilitaba, adquiría yo la convicción de que el cuero y el hierro eran cada vez más indestructibles; y muy pronto, no hubo en todo Rotterdam un solo fuelle que necesitase compostura. Semejante estado de cosas era insostenible; muy pronto quedé más pobre que una rata, y como tenía mujer é hijos, mis gastos llegaron á ser insoportables; de modo que empleaba todo mi tiempo en reflexionar sobre la manera más conveniente de poner fin á mis días.

Sin embargo, mis acreedores me dejaban pocos ratos para entregarme á la meditación; sitiaban materialmente mi domicilio desde la mañana á la noche, y tres de ellos, en particular, atormentábanme lo que no es decible, vigilaban de continuo mi puerta y me amenazaban á cada momento con la ley. Juré vengarme cruelmente de aquellos tres individuos, si llegaba á tener la suerte de cogerlos entre mis uñas; y creo que esta

dulce esperanza fué la única cosa que me impidió realizar desde luego mi proyecto de suicidio, que era levantarme la tapa de los sesos de un pistoletazo. No obstante, juzgué que sería mejor disimular mi rabia, prodigando promesas y buenas palabras hasta que, por un feliz capricho de la suerte, se me presentara ocasión de vengarme.

Cierto día que conseguí escapar de aquellos tres perros, y hallándome más abatido que nunca, estuve vagando largo tiempo, sin objeto fijo, por las calles más oscuras, hasta que al fin, al doblar una esquina, me encontré junto á la tienda de un librero de viejo, vi á mano un sillón, destinado para los parroquianos, dejéme caer en él de muy mal humor, y sin saber porqué, abrí el primer volumen que me cayó bajo las manos. Resultó ser un folleto sobre la astronomía especulativa, escrito por el profesor Encke de Berlin, ó por un francés cuyo nombre se asemejaba mucho al suyo; y como yo tenía un ligero conocimiento de esta ciencia, me absorbí pronto de tal manera en la lectura del folleto, que le leí dos veces de cabo á rabo sin saber lo que pasaba á mi alrededor.

No obstante, como se acercaba la noche, tomé el camino de mi casa; pero la lectura de aquel tratado, coincidiendo con un descubrimiento neumático que me había revelado hacía poco un primo de Nantes, como secreto de gran importancia, acababa de producir en mi ánimo una impresión indeleble, y vagando á través de las oscuras calles, repasé minuciosamente en mi memoria los extraños razonamientos del escritor, á veces ininteligibles. Algunos pasajes me habían afectado de una manera extraordinaria, y cuanto más pensaba en ellos, más me interesaba el asunto. Mi educación, muy limitada, y mi completa ignorancia de los asuntos relativos á la filosofía natural, lejos de hacerme desconfiar de mi aptitud para comprender lo que

había leído, ó de inducirme á poner en cuarentena las nociones vagas y confusas que surgieran naturalmente de mi lectura, convirtiéronse en aguijón más poderoso para mi espíritu, y fui lo bastante vano, ó tal vez razonable, para preguntarme si las ideas descabelladas que surgen desordenadamente de los espíritus no pueden contener á menudo toda la fuerza, toda la realidad y las demás propiedades inherentes al instinto y á la intuición.

Era ya tarde cuando llegué á casa, y al punto me acosté, pero estaba tan preocupado que no pude dormir, y pasé toda la noche sumido en profundas meditaciones. Por la mañana, á primera hora, corrí á la tiendecilla del librero y gasté el poco dinero que me quedaba para comprar algunos volúmenes de mecánica y de astronomía prácticas. Los llevé á mi casa como un tesoro, y comencé á leerlos con detención, aprovechando cuantas horas me quedaban libres. Así pude adelantar lo bastante en mis nuevos estudios para poner en ejecución cierto proyecto, inspirado por el diablo ó por algún genio protector.

Durante aquel tiempo hice los esfuerzos posibles para contentar á los tres acreedores que tanto me martirizaban, y por último lo conseguí, vendiendo una buena parte de mi mobiliario para satisfacer hasta cierto punto sus reclamaciones, y ofreciendo saldar la diferencia apenas realizase un plan que habla concebido, para el cual reclamaba sus servicios. Gracias á estos medios, pues mis acreedores eran muy ignorantes, no me costó mucho inducirlos á secundar mis miras.

Arregladas así las cosas, con el auxilio de mi esposa, y adoptando las mayores precauciones para guardar el secreto, dispuse de lo poco que me quedaba, y pedí á préstamo una regular cantidad, sin cuidarme, con vergüenza lo confieso, de los medios de reembolsar la suma.

Gracias á este aumento de recursos, pude comprar varias piezas de batista muy buena, de doce varas cada una, cordel, barnices, un cesto de mimbre, y otros artículos necesarios para construir un globo de extraordinarias dimensiones. Encargué á mi mujer que le confeccionara lo más pronto posible, y le di todas las instrucciones necesarias para proceder convenientemente en su trabajo.

Al mismo tiempo construí con bramante una red de suficientes dimensiones, á la cual adapté un aro y varias cuerdas, y compré numerosos instrumentos y las materias necesarias para practicar experiencias en las más altas regiones de la atmósfera. Cierta noche transporté prudentemente á un sitio retirado de Rotterdam cinco barricas con aros de hierro, de cincuenta cuartillos de cabida cada uno, otro más grande, seis tubos de hoja de lata de seis pulgadas de diámetro por cuatro pies de longitud, una regular cantidad de *cierta sustancia metálica* que no quiero nombrar, y media docena de frascos llenos de un ácido muy común. El gas que debía resultar de esta combinación no se ha fabricado hasta ahora sino por mí, ó por lo menos no se aplicó nunca á semejante fin; sólo puedo decir aquí que es una de las *partes constituyentes del ázoe*, que tanto tiempo se ha considerado como irreductible, creyéndose que su densidad es menor que la del hidrógeno en unas treinta y siete veces ó poco más; carece de sabor, pero no de olor; arde cuando está puro, produciendo una llama verdosa, y ataca instantáneamente la vida animal. No tengo inconveniente en revelar todo el secreto; si bien pertenece de derecho, según he indicado ya, á un ciudadano de Nantes, en Francia, quien me lo comunicó incondicionalmente.

El mismo individuo tuvo á bien confiarme, sin conocer en modo alguno mis intenciones, un procedimiento para fabricar los globos con cierto tejido ani-

mal, que hace casi imposible el escape de gas; pero esto me pareció demasiado costoso, y por otra parte era muy posible que la batista revestida de cautchuc, produjese el mismo efecto. Sólo cito esta circunstancia porque creo probable que el individuo de que se trata intente uno de estos días alguna ascensión con el nuevo gas y la materia de que hablo, y porque no quiero robarle la gloria de un invento muy original.

En el espacio que debía ocupar cada una de las barricas practiqué secretamente un agujero, de modo que todos formaron un círculo de veinticinco pies de diámetro, en cuyo centro, que era el sitio destinado al barril más grande, abrí un hoyo profundo. En cada uno de los cinco agujeros deposité una caja de hoja de lata que contenía cincuenta libras de pólvora de cañón, y en el hoyo un barril que encerraba ciento cincuenta. Entre este barril y las cinco cajas formé unos regueros de pólvora, y después de introducir en una la extremidad de una mecha de cuatro pies, llené el hoyo y coloqué el barril encima, dejando que sobresaliera un poco de éste la otra punta de aquella, aunque casi imperceptiblemente.

Además de los artículos enumerados, transporté á mi depósito general y oculté allí uno de los aparatos perfeccionados de Grimm para la condensación del aire atmosférico, aunque reconocí que esta máquina necesitaba singulares modificaciones para llenar el objeto á que yo la destinaba. Sin embargo, gracias á un continuo trabajo y á una incesante perseverancia, obtuve excelentes resultados en todos mis preparativos, y el globo quedó terminado muy pronto. Podía contener más de cuarenta mil pies cúbicos de gas, y elevarme fácilmente con todos mis aparatos, y ciento setenta y cinco libras de lastre, según calculé, si gobernaba bien. Habíale aplicado tres capas de barniz, y observé que la batista haría muy bien las veces de la

seda; era tan sólida como esta última y costaba mucho más barata.

Cuando todo estuvo dispuesto, exigí á mi mujer que me guardara el secreto de todos mis actos desde el día en que visité la tiendecilla del librero, y prometíla por mi parte volver tan pronto como las circunstancias me lo permitiesen; díle el poco dinero que me quedaba y nos despedimos. A decir verdad, no me inquietaba por ella, pues era una mujer de las que llaman vividoras, y podía arreglar sus asuntos sin mi auxilio. Hasta creo, hablando con franqueza, que siempre me había tenido por un gandul, por un simple complemento de peso, una especie de hombre bueno para hacer castillos en el aire, y nada más, por lo cual no le disgustaría verse libre de mí. Era ya muy entrada la noche cuando nos despedimos, y ayudado por los tres acreedores que tanto me habían perseguido, trasladé el globo, con su barquilla y demás accesorios, por una senda retirada hasta el sitio donde guardaba todos los demás objetos: los encontré intactos; y di principio á mi tarea.

Era el primero de Abril y la noche estaba tan oscura, como ya he dicho, que no se veía ni una sola estrella; una espesa niebla nos molestaba mucho, pero lo que más me inquietaba era el globo, que á pesar del barniz que le protegía, comenzaba á cargarse de humedad, sin contar que la pólvora podía averiarse también. Hice trabajar mucho á mis tres acreedores, ocupándolos en amontonar hielo al rededor de la barrica central y agitar el ácido en las otras; pero á cada momento me importunaban con sus preguntas para saber qué proyectaba con todo aquel aparato, manifestando su descontento por la ruda tarea que les imponía. Dijéronme que no les era posible comprender lo que podría resultar de bueno haciéndoles mojar la piel sólo para ser cómplices de tan abominable hechicería.

Ya comenzaba á inquietarme un poco y hacía los mayores esfuerzos para adelantar el trabajo, pues pensé que aquellos tontos habrían creído que yo tendría algún pacto con el diablo, y que todas mis operaciones no eran nada tranquilizadoras. Temiendo que me dejaran plantado, esforcéme para calmarlos, prometiendo pagarles cuanto se les debía tan pronto como hubiese llevado á buen fin el trabajo en que me ocupaba. Naturalmente, interpretaron mis palabras como quisieron, imaginándose sin duda que trataba de obtener una inmensa cantidad de dinero contante; la cuestión para ellos era que les satisficiera mi deuda, y con tal que lo hiciera así, dándoles además una gratificación por sus servicios, seguro estoy que poco les importaba que mi alma y mi cuerpo se perdiesen.

Al cabo de cuatro horas y media, el globo me pareció bastante lleno, colgué la barquilla y puse en ella todo mi equipo, un telescopio, un barómetro, un electómetro, el compás, la brújula, el reloj, la campana, una bocina, etc., etc., así como un globo de cristal, cerrado herméticamente después de hacer el vacío, el condensador, cal viva, una barra de lacre, y abundante provisión de agua y víveres, tales como el *pemmican*, que contiene mucha materia nutritiva relativamente á su escaso volumen. También puse en mi barquilla un par de palomas y una gata.

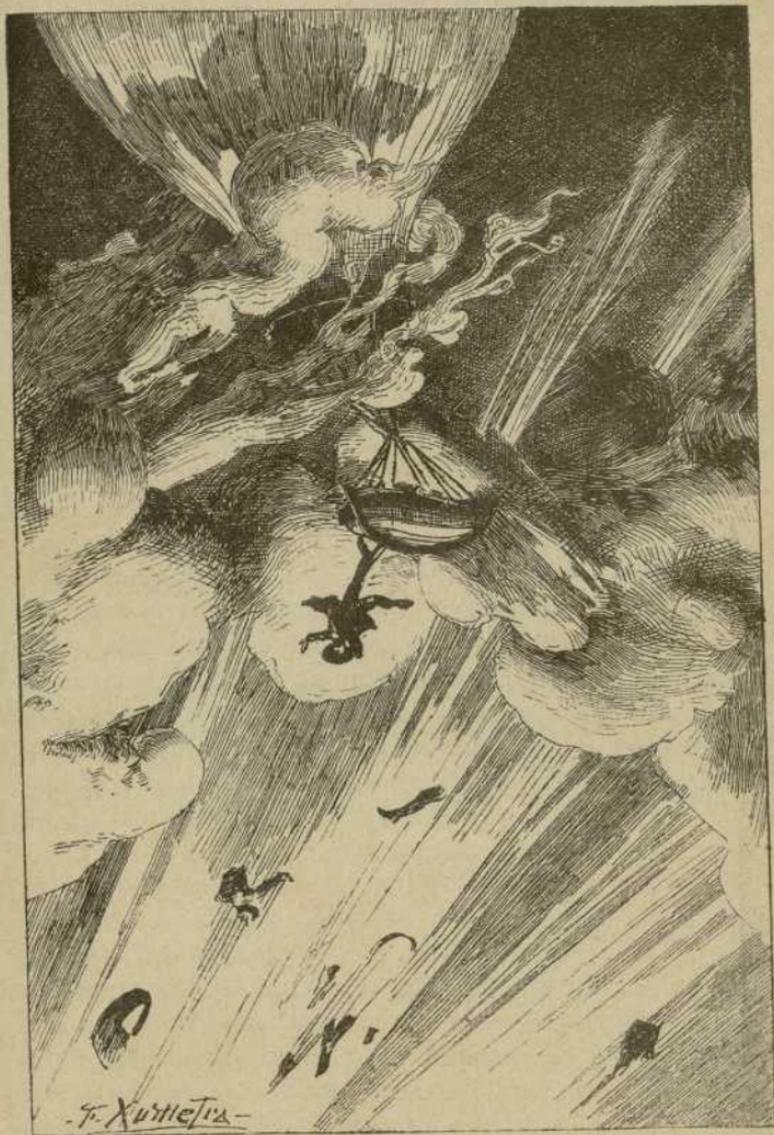
Iba á rayar el día, y pensé que era la mejor hora para emprender mi ascensión. Dejé caer un cigarro en el suelo como por casualidad, y al bajarme para recogerle, prendí fuego disimuladamente á la mecha, cuya extremidad, como ya he dicho, sobresalía un poco del borde inferior de uno de los pequeños toneles.

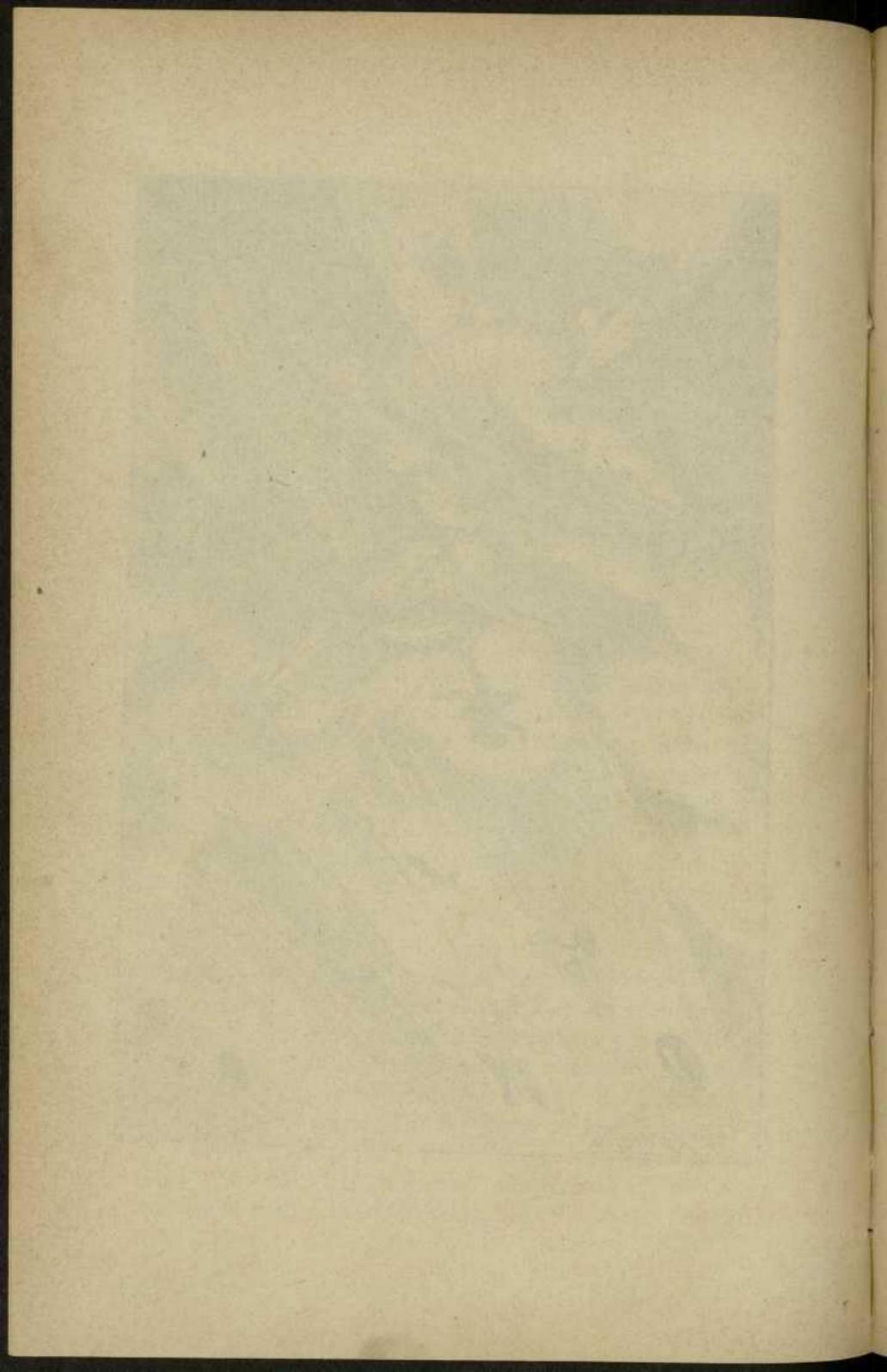
Practiqué esta maniobra sin ser visto de ninguno de mis tres verdugos; salté á la barquilla, corté al punto la única cuerda que me retenía en tierra, y eché de ver con la mayor satisfacción que subía con

inconcebible rapidez; el globo llevaba sin dificultad sus ciento setenta y cinco libras de lastre de plomo, y habría podido soportar doble cantidad. Cuando abandoné la tierra, el barómetro marcaba treinta pulgadas y el termómetro centígrado 19°.

Sin embargo, apenas me hallé á la altura de cincuenta varas, llegó á mis oídos un estruendo espantoso, y ví elevarse tan espesa tromba de fuego, de grava, de madera y de metal inflamado, con miembros humanos, que mi corazón desfalleció y arrojéme en el fondo de mi barquilla estremecido de horror.

Entonces comprendí que había cargado la mina espantosamente, y que debía sufrir las principales consecuencias de la sacudida. En efecto, en menos de un segundo sentí toda mi sangre afluir hacia las sienas, y de improviso prodújose á través de las tinieblas una agitación que no olvidaré jamás, pues parecía que el firmamento se desgarraba. Más tarde, cuando tuve tiempo de reflexionar, no dejé de atribuir la extrema violencia de la explosión, relativamente á mí, á su verdadera causa, es decir á mi posición directamente sobre la mina y en la línea de su acción más poderosa; pero en aquel momento sólo pensé en salvar mi vida. El globo bajó primero, después se dilató violentamente, luego comenzó á girar con una velocidad vertiginosa, y por último, vacilante y rodando como un hombre ebrio, hízome saltar de la barquilla y me dejó enganchado, á espantosa altura, de cabeza abajo, en la extremidad de una cuerda muy delgada, de tres pies de longitud, que por casualidad se cruzaba cerca del fondo de la barquilla; en esta cuerda se enredó mi pie izquierdo providencialmente en medio de la caída. Es de todo punto imposible formarse una idea exacta de mi horrible situación: abrí convulsivamente la boca para respirar; un estremecimiento semejante á un acceso de fiebre sacudió todos los nervios y los mús-





culos de mi sér; parecióme que los ojos saltaban de sus órbitas; sobrecogiéronme unas náuseas horribles; y por último perdí el conocimiento.

No podría decir cuánto tiempo estuve en aquella posición; pero transcurrieron algunas horas, pues cuando recobré en parte el uso de mis sentidos observé que amanecía; el globo se hallaba á prodigiosa altura sobre la inmensidad del Océano, y en los límites de aquel vasto horizonte, en todo el espacio que mi vista alcanzaba, no veía señales de tierra. Sin embargo, mis sensaciones al recobrar el sentido no eran tan dolorosas como podía esperarlo; pero á decir verdad, había mucho de locura en la contemplación plácida con que examiné al principio mi situación. Apliqué las manos á los ojos una después de otra, y preguntéme con asombro qué accidente podría haber dilatado mis venas, ennegreciendo tan horriblemente mis uñas; después palpé la cabeza, movila varias veces, y al fin me aseguré que no era, como lo pensara un instante con espanto, más voluminosa que mi globo. Después, al tocar los bolsillos de mi pantalón, eché de ver que había perdido el libro de memorias y el monda-dientes, lo cual me produjo honda pena. Entonces sentí un vivo dolor en el tobillo del pie izquierdo, y comencé á darme cuenta de mi situación.

Pero ¡cosa extraña! no experimenté asombro ni horror, sino una especie de satisfacción al pensar en la destreza que debería desplegar para librarme de aquella extraña alternativa, y no dudé un momento de mi salvación. Por espacio de algunos minutos entreguéme á profundas reflexiones, y recuerdo muy bien que á menudo oprimí los labios, apliqué mi índice á un lado de la nariz, é hice los ademanes propios de las personas que, cómodamente sentadas en un sillón, meditan sobre asuntos intrincados ó importantes.

Cuando hube coordinado lo bastante mis ideas,

acerqué con precaución mis manos á la espalda y desprendí la hebilla de hierro de la pretina del pantalón; tenía tres dientes un poco enmohecidos y giraban difícilmente; pero con mucha paciencia los coloqué en ángulo recto con el cuerpo de la hebilla y vi con la mayor satisfacción que se mantenían firmes. Sujetando entre los dientes esta especie de instrumento, comencé á desatar el nudo de mi corbata; mas antes de llevar á cabo esta maniobra, hube de reposar algunas veces. En una de las puntas de la corbata sujeté la hebilla, y para mayor seguridad até la otra al rededor de mi muñeca. Después, elevando el cuerpo, por un prodigioso esfuerzo muscular, conseguí lanzar la hebilla sobre la barquilla y engancharla en el reborde circular.

Mi cuerpo formaba entonces con la pared de aquella un ángulo de cuarenta y cinco grados; pero no se ha de entender que yo estuviese á cuarenta y cinco grados bajo la perpendicular; muy lejos de ello, hallábame siempre en un plano casi paralelo al nivel del horizonte y mi posición era por lo tanto de las más peligrosas.

Si se supone que al principio, cuando fuí lanzado de la barquilla, hubiese caído de cara al globo, en vez de dar la vuelta por el lado opuesto, ó en segundo lugar, que la cuerda á que me enganché hubiera estado pendiente por casualidad del reborde superior, en vez de pasar por una abertura de fondo, se comprenderá muy bien que en estas dos hipótesis me hubiera sido imposible efectuar semejante milagro, perdiéndose así para la posteridad mis presentes relaciones. Tenía, pues, muchos motivos para bendecir mi suerte; pero hallábame tan aturdido, que no podía hacer nada, y permanecí colgado durante un cuarto de hora, sin atreverme á intentar ningún esfuerzo y en un estado semejante al idiotismo. Sin embargo, esta disposición de mi

sér fué sustituida muy pronto por un sentimiento de horror, de espanto y de desesperación. La sangre, tan largo tiempo acumulada en los vasos de la cabeza y del cuello, y que hasta entonces había producido un saludable delirio, comenzaba ahora á refluir y recobrar su nivel; y entonces, pudiendo ya juzgar bien de mi terrible situación, comprendí el peligro, lo cual no me sirvió más que para perder la sangre fría y el valor necesarios. Afortunadamente para mí, esta debilidad no duró largo tiempo; la energía de la desesperación me infundió ánimos; profiriendo gritos y haciendo frenéticos esfuerzos, me lancé convulsivamente por una sacudida general, y al fin, cogiéndome al borde tan deseado á fuerza de puños, contraje mi cuerpo y fuí á caer de cabeza en el fondo de la barquilla casi sin aliento.

Transcurrió un buen rato antes de que me serenase lo suficiente para ocuparme de mi globo; y al examinarle con atención tuve el gusto de reconocer que no había sufrido percance alguno. Todos mis instrumentos estaban intactos, y por fortuna no había perdido tampoco ni lastre ni provisiones. Miré mi reloj, que marcaba las seis; seguí subiendo rápidamente, y el barómetro marcó entonces la altura de tres millas y tres cuartos. Debajo de mí veíase en el Océano un pequeño objeto negro, de forma ligeramente prolongada, poco más ó menos de la dimensión de una ficha de dominó, y que no parecía otra cosa. Apunté mi telescopio y vi claramente que era un buque inglés de noventa y cuatro cañones, que avanzaba pesadamente, siguiendo la dirección del Oeste Sudoeste: fuera de este buque, sólo se divisaba agua y cielo.

Ya es hora de explicar á Vuestras Excelencias el objeto de mi viaje. Recordaréis que mi deplorable situación en Rotterdam me había impulsado á proyectar el suicidio, no porque estuviese cansado de la vida, sino

porque era intolerable la miseria en que me hallaba. En esta disposición de ánimo, deseando vivir aún, aunque la existencia me aburría, el folleto que lei en la tienda del librero y la oportuna revelación de mi primo de Nantes, despertaron en mí el deseo de apelar á un nuevo recurso y tomé un partido decisivo. Resolvi marchar, pero vivir; abandonar el mundo, sin renunciar á la existencia; y en una palabra, suprimiendo los enigmas, determiné abrirme paso *hasta la luna*, sin cuidarme de todo lo demás.

Y ahora, para que no se me crea más loco de lo que soy, voy á exponer detalladamente, lo mejor que me sea posible, las consideraciones que me indujeron á creer que una empresa de este género, aunque difícil y llena de peligros, no estaba del todo fuera de los límites de lo posible para un espíritu audaz.

La primera cosa que se debía tener en cuenta era la distancia positiva de la luna á la tierra. Esta distancia media ó aproximativa, entre los centros de ambos planetas, es cincuenta y nueve veces, más una fracción, el radio ecuatorial de la tierra, ó sean unas 237,000 millas. Digo la distancia media ó aproximativa porque es fácil comprender que la forma de la órbita lunar, siendo una elipse de una excentricidad que no baja de 0'05481 de su semi-eje mayor, y ocupando el centro de la tierra el foco de esa elipse, si conseguía de un modo ú otro encontrar la luna en su perigeo, la distancia indicada disminuiría sensiblemente. No obstante, dejando á un lado esta hipótesis, era positivo que en todo caso debía deducir de las 237,000 millas el radio de la tierra, ó sea 4,000, y el de la luna que son 1,080, ó un total de 5,080; de modo que sólo debería franquear una distancia aproximativa de 231,920 millas. Pensé que este espacio no era verdaderamente extraordinario, pues repetidas veces se han hecho en tierra viajes de una celeridad de 60 millas por hora, y

verdaderamente hay motivos para creer que se alcanzará mayor rapidez; pero aun contentándome con la de que hablo, no se necesitarían más de ciento sesenta y un días para llegar á la superficie de la luna.

Sin embargo, numerosas circunstancias me inducian á creer que la velocidad aproximativa de mi viaje excedería en mucho á la de sesenta millas por hora; y como estas consideraciones produjeron en mí una impresión profunda, las explicaré más ampliamente por lo que sigue.

El segundo punto que se debía examinar tenía distinta importancia. Según las indicaciones del barómetro, sabido es que cuando nos elevamos sobre la superficie de la tierra á una altura de 1,000 pies, se deja debajo una trigésima parte, poco más ó menos, de la masa atmosférica; que á 10,600 pies llegamos á una tercera parte, con corta diferencia; y que á 18,000, que es casi la elevación del Colopaxi, se pasa de la mitad de la masa fluida, ó en todo caso, la mitad de la parte ponderable del aire que rodea nuestro globo.

Se ha calculado también que á una altura que no excede de la centésima parte del diámetro terrestre, es decir, 80 millas, la rarefacción aumenta de tal modo, que la vida animal no es posible, y además, que los medios que tenemos á nuestro alcance para reconocer la presencia de la atmósfera, llegaban á ser del todo insuficientes. Sin embargo, no dejé de observar que estos últimos cálculos se basaban únicamente en nuestro conocimiento experimental de las propiedades del aire y de las leyes mecánicas que rigen su dilatación y compresión en lo que se puede llamar, comparativamente hablando, la proximidad inmediata de la tierra. Al mismo tiempo, considérase como cosa positiva que á cualquiera distancia dada de su superficie, pero inaccesible, la vida animal no sufre ni debe sufrir esencialmente modificación alguna. Ahora bien, todo razo-

namiento de este género y según semejantes datos, ha de ser por necesidad puramente analógico. La mayor altura á que el hombre ha llegado es de 25.000 pies, y al decir esto refiérome á la expedición aereonautica de Gay-Lussac y Biot: es una elevación bastante regular aunque se compare con las 80 millas en cuestión, y yo no podía menos de pensar que el asunto daba lugar á la duda y mucha latitud á las conjeturas.

En fin, suponiendo una ascensión efectuada á cualquiera altura, la cantidad de aire ponderable atravesada en todo período ulterior del viaje, no está de manera alguna en proporción con la altura adicional adquirida, y es evidente que, elevándonos todo lo posible, no podemos, en rigor, llegar á un límite más allá del cual la atmósfera deja de existir en absoluto. Deduje, en conclusión, que *debe existir*, aunque *pueda ser* en un estado de rarefacción infinita.

Por otra parte, yo sabía que no faltaban argumentos para demostrar que hay un límite verdadero y determinado de la atmósfera, más allá del cual falta por completo el aire respirable; pero se ha omitido una circunstancia por los que sostienen la existencia de este límite, que parecía no una refutación perentoria de la doctrina expuesta, sino un punto digno de la más seria investigación. Comparemos los intervalos entre las vueltas sucesivas del cometa de Encke en su perihelio, teniendo en cuenta todas las perturbaciones debidas á la atracción planetaria, y veremos que los períodos disminuyen gradualmente, es decir, que el eje de la elipse del cometa se acorta siempre, en proporción lenta, pero muy regular.

Ahora bien, esto es precisamente lo que debe suceder, si suponemos que el cometa halla una resistencia por haber penetrado en las regiones de su órbita *un medio etéreo excesivamente raro*, porque es evidente que este medio, retardando la velocidad de aquel, debe

aumentar su fuerza centrípeta y debilitar la centrífuga. En otros términos, la atracción del sol llegaría á ser cada vez más poderosa, y el cometa se aproximaría más en cada revolución. Verdaderamente no hay otro medio para explicarse el cambio de que se trata.

He aquí otro hecho: obsérvase que el diámetro verdadero de la parte nebulosa de ese mismo cometa se contrae rápidamente á medida que se acerca al sol, dilatándose muy pronto cuando continúa su marcha hacia su afelio. ¿No tenía yo alguna razón para suponer, con Mr. Valz, que esa aparente condensación de volumen tenía su origen en la compresión del medio citado, y cuya densidad está en proporción de la proximidad del sol? El fenómeno que afecta la forma lenticular, y que llaman luz zodiacal, era también un punto digno de atención: esta luz, tan visible en los trópicos, y que no es posible tomar por una luz meteórica cualquiera, elévase oblicuamente desde el horizonte y sigue por lo regular la línea del ecuador del sol: á mí me pareció dimanada evidentemente de una atmósfera especial que se extendía desde el astro hasta más allá de la órbita de Venus, y en mi opinión á mucha mayor distancia. No podía suponer que aquel medio estuviese limitado por la línea del trayecto del cometa, ó se hallara confinado en la inmediación próxima al sol; era sencillo imaginar, por el contrario, que invadía todas las regiones de nuestro sistema planetario, condensado al rededor de los planetas en lo que llamamos atmósfera, y modificado tal vez en algunas por circunstancias puramente geológicas, es decir, modificado ó variado en sus proporciones ó en su naturaleza esencial por las materias volatilizadas que emanan de sus globos respectivos.

Tomada la cuestión bajo este punto de vista, no podía ya vacilar apenas: suponiendo que á mi paso hallara una atmósfera *esencialmente* análoga á la que

rodea la superficie de la tierra, pensé que por medio del muy ingenioso aparato de M. Grimm podría condensarla fácilmente en suficiente cantidad para las necesidades de la respiración. Esto era lo que oponía el principal obstáculo á un viaje á la luna; yo había empleado algún dinero y mucho trabajo para adaptar el aparato al objeto que me proponía, y confiaba del todo en su aplicación, con tal que pudiese llevar á cabo el viaje en muy corto tiempo. Esto me conduce á la cuestión de la velocidad posible.

Todo el mundo sabe que los globos se elevan en el primer período de su ascensión con una rapidez comparativamente moderada. Ahora bien, la fuerza de extensión consiste tan sólo en la gravedad del aire ambiente respecto al gas del globo; y á primera vista no parece nada probable ni verosímil que á medida que éste vaya llegando sucesivamente á las capas atmosféricas de menor densidad, pueda aumentar su rapidez y velocidad primeras. Por otra parte, no recordaba que en ningún informe sobre un experimento anterior se hubiese demostrado jamás una disminución aparente en la celeridad absoluta de la ascensión, aunque tal pudo suceder á causa del escape de gas por un globo mal confeccionado, muchas veces falto de barniz, ó defectuoso por cualquier otro estilo. Parecíame, pues, que sólo el efecto de esta pérdida podría equilibrar la rapidez adquirida por el globo á medida que se alejase del centro de gravitación. Consideré también que, si en mi travesía hallaba el *medio* que yo había imaginado, y era de la misma esencia de lo que llamamos aire atmosférico, importaba relativamente poco que le encontrase en tal ó cual grado de rarefacción, es decir, respecto á mi fuerza ascensional, pues no sólo el gas del globo estaría sometido á la misma rarefacción (en cuyo caso bastábame soltar una cantidad proporcional de gas suficiente para evitar una ex-

plosión), sino que por la naturaleza de sus partes integrantes, debía en todo caso ser siempre específicamente más ligero que un compuesto cualquiera de ázoe puro y de oxígeno. Había, pues, una probabilidad, y hasta muy grande, *para que en ningún período de mi ascensión pudiese llegar á un punto donde las diversas gravedades reunidas de mi inmenso globo, del gas inconcebiblemente raro que encerraba, de la barquilla y de su contenido, igualasen á la gravedad de la masa de atmósfera ambiente desalojada*; y se concibe sin dificultad que ésta era la única condición que pudiera detener mi fuga ascensional. Si llegaba alguna vez á ese punto imaginario, quedábame el recurso de servirme de mi lastre y de otros pesos, que representaban un total de 300 libras poco más ó menos. Al mismo tiempo, la fuerza centrípeta debía de crecer siempre en razón del cuadrado de las distancias, y por lo tanto, llevando una celeridad prodigiosamente acelerada, llegaría sin duda al fin á esas lejanas regiones donde la fuerza de atracción de la luna se sustituía por la de la tierra.

Había otra dificultad que no dejaba de inquietarme. Se ha observado que en las ascensiones á considerable altura, además de la dificultad para respirar, experimentase en la cabeza y en todo el cuerpo un malestar indecible, acompañado á menudo de hemorragia nasal y otros síntomas alarmantes, malestar que se hace cada vez más insoportable á medida que el globo se eleva (1). Esta era una consideración bastante temible. ¿No podía suceder muy bien que esos síntomas aumentasen hasta terminar por la muerte

(1) Desde que Hans Pfaall publicó su primer trabajo he sabido que M. Green, el célebre aeronauta del globo el *Nassau*, y otros experimentadores combaten los asertos de M. de Humboldt, hablando, por el contrario, de un malestar siempre *decreciente*, lo cual conviene con la teoría presentada aquí.—E. P.

misma? Después de madura reflexión, deduje que no. Era preciso buscar el origen en la desaparición progresiva de la presión atmosférica á que está acostumbrada la superficie de nuestro cuerpo, y en la distensión inevitable de los vasos sanguíneos superficiales, — no en una desorganización positiva del sistema animal, como en el caso de la dificultad para respirar, por ser la densidad atmosférica químicamente insuficiente para la renovación regular de la sangre en un ventrículo del corazón. Excepto en el caso de faltar esta renovación, no veía motivo para que la vida no se conservase, aún en el vacío, pues la expansión y compresión del pecho, que se llama comunmente respiración, es un acto puramente muscular; es la causa y no el efecto de aquella. En una palabra, yo concebía que si el cuerpo se acostumbraba á la falta de presión atmosférica, estas sensaciones dolorosas debían disminuir gradualmente; y para soportarlas mientras durasen, tenía gran confianza en mi constitución de hierro.

He expuesto algunas de las consideraciones, no todas seguramente, que me indujeron á formar el proyecto de un viaje á la luna. Ahora, con permiso de Vuestras Excelencias, voy á manifestar el resultado de una tentativa cuya concepción parece tan audaz, y que en todo caso no tiene igual en los anales de la humanidad.

Habiendo llegado á la altura que ya he dicho, es decir, á tres millas tres cuartos, arrojé algunas plumas al aire y reconocí que subía siempre con suficiente rapidez; de modo que no era necesario gastar lastre, de lo cual me alegré mucho, pues deseaba guardar tanto como fuera posible, por la sencilla razón de que no tenía ningún dato positivo sobre la fuerza de atracción y la densidad atmosférica de la luna. Hasta entonces no me aquejaba ningún malestar físico, respiraba

libremente y no tenía dolor de cabeza. La gata estaba echada muy tranquila sobre mi ropa, de la que me había despojado, y miraba las palomas con aire indiferente; yo había atado las patas de estas últimas para impedirles volar, y en aquel momento picaban afanosas algunos granos de arroz diseminados en el fondo de la barquilla.

A las seis y veinte minutos el barómetro marcó una elevación de 26,400 pies, ó sean cinco millas, con diferencia de una fracción. La perspectiva parecía no tener límites; pero nada es más fácil que calcular, con el auxilio de la trigonometría esférica, la extensión de superficie terrestre que abarcaba con la vista en aquel instante. La superficie convexa de un segmento de esfera es á toda la superficie de esta esfera como el grueso del segmento al diámetro de la misma. En mi caso, el espesor debajo de mí era poco más ó menos igual á mi elevación, ó á la altura del punto de vista sobre la superficie. La proporción de 5 á 8 millas expresaría, pues, la extensión de la superficie que yo abrazaba, es decir que veía la décimasexta parte de la superficie total del globo. El mar aparecía liso como un espejo, aunque con ayuda del telescopio pude observar que se hallaba en un estado de violenta agitación; el buque no era visible, sin duda por haber derivado hacia el Este. Desde aquel momento comencé á sentir á intervalos un fuerte dolor de cabeza, aunque seguía respirando con libertad; la gata y las palomas no experimentaban al parecer molestia alguna.

A las siete menos veinte el globo penetró en la región de una grande y espesa nube que me entorpeció mucho; mi aparato condensador se deterioró, y quedé calado hasta los huesos. Semejante encuentro no dejaba de ser muy singular, pues yo no podía suponer que una nube de tal naturaleza fuera capaz de sostenerse á tan considerable altura. Pensé remediar

el mal arrojando dos pedazos de lastre de cinco libras cada uno, quedándome aún ciento sesenta y cinco libras; y gracias á esta operaci3n atravesé muy pronto el obstáculo, observando al punto que mi rapidez habia aumentado prodigiosamente. A los pocos segundos de haber salido de la nube, un relámpago deslumbrador la cruzó de una extremidad á otra, incendiándola completamente, de tal modo que la comunicó el aspecto de una masa de carb3n en ignici3n: recuérdese que esto sucedió en pleno día. No se podría expresar con palabras la sublimidad de semejante fenómeno cuando se produce en las tinieblas de la noche, fenómeno solamente comparable con el infierno; y tal como le ví, aquel espectáculo me erizó los cabellos. Sin embargo, paseaba á lo lejos mis miradas en la inmensidad, explorando mentalmente las singulares y vastas bóvedas, los abismos rojizos y siniestros de un fuego espantoso é insondable. De buena habia escapado; si el globo hubiese permanecido un minuto más en la nube, es decir, si la molestia que me aquejó no me hubiese aconsejado arrojar lastre, el resultado habria sido muy probablemente mi muerte. Semejantes peligros, por más que se fije poco la atenci3n en ellos, son los mayores que se pueden presentar cuando se va en globo. Entre tanto, habia alcanzado una altura bastante considerable para no tener ya la menor inquietud por este concepto.

Desde aquel momento me elevé muy rápidamente, y á las siete el barómetro marcaba una altura al menos de nueve millas y media. Entonces comencé á experimentar mucha dificultad para respirar; la cabeza me dolía mucho; y como sintiera hacia tiempo cierta humedad en las mejillas, reconocí al fin que era sangre que saltaba continuamente del tímpano de mis oídos. Los ojos me inquietaban también mucho; al pasar la mano por encima, parecióme que estaban fuera de las

órbitas, y todos los objetos contenidos en la barquilla y el globo tenían á mi vista un aspecto monstruoso y falseado. Estos síntomas excedían á lo que yo esperaba, é inquietábanme bastante. En aquella coyuntura arrojé imprudentemente fuera de la barquilla tres pedazos más de lastre de á cinco libras, y entonces la velocidad acelerada de mi ascensión condújome rápidamente sin bastante gradación á una capa de atmósfera en extremo rarificada, lo cual estuvo á punto de producir un resultado fatal para mi expedición y para mi persona. Sobrecogíome de pronto un espasmo que duró más de cinco minutos, y cuando cesó en parte, sólo pude respirar a grandes intervalos, de una manera convulsiva, desangrándome copiosamente durante todo este tiempo por nariz y oídos, y hasta ligeramente por los ojos. Las palomas parecían presa de excesiva angustia, y agitabanse para escapar; mientras que la gata mayaba lastimosamente, tambaleándose en la barquilla como bajo la influencia de un veneno.

Entonces reconocí, demasiado tarde, la grave imprudencia que había cometido al arrojar el lastre, y mi turbación fué indecible. Sólo esperaba, y esto en pocos minutos, porque mi padecimiento físico contribuía también á impedirme que hiciera el menor esfuerzo para salvar la vida. Apenas me quedaba facultad para reflexionar, y el fuerte dolor de cabeza aumentaba por momentos; entonces comprendí que iba á perder muy pronto los sentidos completamente, y había empuñado ya una de las cuerdas de la válvula, cuando el recuerdo de la jugarreta que había hecho á mis tres acreedores, y el temor de las consecuencias que esto tendría á mi regreso, atemorizáronme por el pronto y me contuvieron; me eché en el fondo de la barquilla, esforzándome para coordinar mis ideas, y cuando lo hube conseguido un poco, resolví apelar al recurso de una sangría.

Como no tenía lanceta, érame imposible practicar bien la operación, pero la llevé á cabo abriéndome una vena en el brazo izquierdo con la hoja de mi cortaplumas. Apenas comenzó á salir la sangre experimenté mucho alivio, y cuando hube perdido una regular cantidad, los síntomas más peligrosos desaparecieron casi completamente. Sin embargo, no juzgaba oportuno ponerme en pie, y después de vendarme el brazo lo mejor que pude, permanecí inmóvil durante un cuarto de hora. Pasado este tiempo me levanté, sin sentir ya el malestar que me aquejaba.

Sin embargo, la dificultad de respirar había disminuído muy poco, y pensé que muy pronto sería urgente hacer uso del condensador. La gata se había vuelto á echar cómodamente sobre mi ropa, y con gran sorpresa observé que durante mi indisposición había dado á luz cinco gatitos. Seguramente no esperaba este aumento de pasajeros, pero el incidente me agradó, pues proporcionábame la oportunidad de comprobar un hecho que más que ningún otro me había inducido á intentar el viaje.

Yo había imaginado que la *costumbre* de la presión atmosférica en la superficie de la tierra era en gran parte causa de los dolores que atacaban la vida animal á cierta distancia de esa superficie. Si los gatitos experimentaban malestar *en el mismo grado que su madre*, debía considerar como falsa mi teoría; pero en el caso contrario, como una excelente confirmación de mi idea.

A las ocho hallábame á una elevación de diez y siete millas, y de consiguiente me pareció indudable que mi velocidad ascensional, no sólo aumentaba, sino que hubiera sido algo sensible hasta en el caso de no haber arrojado lastre, como lo había hecho. Los dolores de cabeza y de oídos repetíanse á intervalos con fuerza, y de vez en cuando producíase la hemorragia de la nariz; pero en suma, padecía mucho menos de lo que yo es-

peraba. No obstante, de minuto en minuto érame más difícil respirar, y cada inhalación iba seguida de un movimiento espasmódico del pecho, en extremo fatigoso. Por lo mismo preparé al punto el aparato condensador para que funcionara inmediatamente.

El aspecto de la tierra en aquel período de mi ascensión era verdaderamente magnífico: al oeste, al norte y al sud, en todo el espacio que mi vista alcanzaba, extendíase una superficie ilimitada de mar, al parecer inmóvil, que de vez en cuando tomaba un tinte azul más profundo; y á una inmensa distancia hacia el Este, prolongábanse con mucha claridad las islas Británicas, las costas occidentales de Francia y España, y una pequeña porción de la parte norte del Continente Africano. Era imposible distinguir la menor señal de edificios; las más orgullosas ciudades de la humanidad habían desaparecido completamente de la faz de la tierra.

Lo que me sorprendía sobre todo en el aspecto de las cosas que estaban debajo de mí era la concavidad aparente de la superficie del globo; fuí bastante necio para esperar que su verdadera convexidad se manifestase más claramente á medida que me elevaba; pero á los pocos segundos de reflexionar sobre el hecho pude explicarme esta contradicción. Una línea dirigida perpendicularmente sobre la tierra desde el punto en que me hallaba habría formado la perpendicular de un triángulo rectángulo cuya base se habría extendido desde el ángulo recto en el horizonte y la hipotenusa de este en el punto ocupado por mi globo; pero la altura á que me hallaba no era nada, ó casi nada comparativamente con la extensión que mi vista abarcaba; en otros términos, la base y la hipotenusa del triángulo supuesto eran tan largas, en comparación con la perpendicular, que podían considerarse como dos líneas casi paralelas: de este modo, el horizonte del

areonauta se le aparece siempre al nivel de su barquilla. Sin embargo, como el punto situado desde luego debajo de él se halla aparentemente, y lo está en efecto, á inmensa distancia, es natural que le parezca también sumamente alejado debajo del horizonte. De aquí la impresión de concavidad, impresión que durará hasta que la altura se halle relativamente á la extensión de la perspectiva en una proporción tal que desaparezca el paralelismo aparente de la base y de la hipotenusa.

Sin embargo, como las palomas parecían sufrir horriblemente, resolví ponerlas en libertad; desaté una de ellas, magnífico macho de color gris, y lo coloqué en el borde de la barquilla; mas al punto eché de ver que estaba muy inquieto; miraba ansiosamente á su alrededor, batía las alas y arrullaba con fuerza, aunque sin atreverse á marchar. Al fin le cogí y arrojéle á unas seis varas de distancia; pero muy lejos de bajar, como yo esperaba, hizo grandes esfuerzos para volver al globo, produciendo sonidos muy agudos y penetrantes. Al fin consiguió ocupar su primera posición en el borde de la barquilla; mas apenas se hubo posado, inclinó la cabeza sobre el cuello y cayó muerto en el fondo de aquella.

La otra paloma no tuvo tan mala suerte: para evitar que hiciese como su compañera y volviera al globo, precipitéla con toda mi fuerza, y tuve el gusto de observar que seguía bajando con gran rapidez, haciendo uso de sus alas muy fácilmente con la mayor naturalidad. Al poco tiempo se perdió de vista, y no dudo que llegase á buen puerto. En cuanto á la gata, que parecía bastante repuesta de su crisis, devoraba en aquel momento con evidente satisfacción el ave muerta, y acabó por dormirse, muy contenta al parecer. Los gatitos, bien vivos, no manifestaban el más ligero síntoma de malestar.

A las ocho y cuarto, no pudiendo ya respirar más tiempo sin sufrir intolerables dolores, ocupéme en adaptar alrededor de la barquilla el aparato unido con el condensador. Este aparato exige algunas explicaciones, y vuestras Excelencias recordarán sin duda que mi objeto era ante todo encerrarme completamente en mi barquilla, preservandome de la atmósfera en extremo rarificada, en medio de la cual vivía; y por último, introducir con mi condensador una cantidad de esa misma atmósfera, preparada para la respiración.

Con este objeto arreglé un saco muy grande de cautchuc en extremo flexible, muy sólido y completamente impermeable; toda la barquilla estaba en cierto modo colocada en este saco, cuyas dimensiones eran propias para el objeto; es decir que pasaba por debajo del fondo de la barquilla, extendíase sobre sus bordes y subía por fuera á lo largo de las cuerdas hasta el aro donde estaba sujeta la red. Desplegado así el saco, y cerrado herméticamente por todos lados, era preciso sujetar ahora la abertura, haciendo pasar el tejido de cautchuc sobre el aro, ó en otros términos, entre este y la red; pero si desprendía la una del otro para efectuar la operación ¿cómo se sostendría la barquilla? Ahora bien, la red no estaba ajustada al aro sólidamente, y sí sólo por una serie de nudos corredizos; no deshice más que un corto número de estos á la vez, y dejé la barquilla suspendida por los otros. Después de hacer pasar cuanto pude de la parte superior del saco, rehice los nudos, mas no en el aro, pues la interposición de la cubierta de cautchuc hacía esto imposible, sin una serie de grandes botones fijos en aquella, á unos tres pies bajo la abertura del saco: los intervalos de los nudos y de los botones se correspondían. Hecho esto, desprendí del aro algunos más de aquellos, introduje una nueva parte de la cubierta, y deshechos los nudos, los fijé á su vez en los botones respectivos. Por este

procedimiento pude pasar toda la parte superior del saco entre la red y el aro.

Es evidente que el aro debía caer desde entonces en la barquilla, no estando sostenido el peso de esta y de cuanto contenía sino por la fuerza de los botones. A primera vista, este medio no ofrecía tal vez la suficiente seguridad; pero no había razón alguna para desconfiar, pues no solamente los botones eran en sí sólidos, sino que estaban tan unidos, que cada uno de ellos no soportaba en realidad más que una ligera parte del peso total. Aunque la barquilla hubiera pesado tres veces más, no habría tenido la menor inquietud por este concepto. Elevé el aro á lo largo de la cubierta de cautchuc, y le fijé en tres ligeras pértigas preparadas al efecto; con esto me proponía conservar en la parte superior del saco la suficiente tirantez, y mantener la inferior de la red en la posición apetecida. Ya no me faltaba más que anudar la abertura del saco, lo cual hice fácilmente, reuniendo los pliegues de cautchuc y oprimiéndolos fuertemente con una especie de torniquete fijo.

En los lados de la cubierta desplegada al rededor de la barquilla había adaptado tres cristales redondos muy gruesos, pero sumamente claros, á través de los cuales podía ver á mi alrededor, sin dificultad, en direccíon horizontal; y en la parte del saco que formaba el fondo había una cuarta ventana análoga, correspondiente á una pequeña abertura, que practicada en el suelo de la misma barquilla, permitíame mirar perpendicularmente debajo de mí. No me había sido posible aplicar el invento á la parte superior, sobre mi cabeza, á causa de verme obligado á cerrar la abertura de una manera especial, y por efecto de los numerosos pliegues que resultaban, siéndome preciso renunciar por lo tanto á ver los objetos situados en mi zénit. Esto importaba poco, pues aunque hubiera podido

tener una ventana sobre mí, el globo me habría impedido ver.

A la distancia de un pie, bajo una de las ventanas laterales, había una abertura circular de tres pulgadas de diámetro, con un reborde de cobre, modelado interiormente para adaptarse á la espiral de un tornillo; el ancho tubo del condensador estaba apuntado en este reborde, hallándose el cuerpo del aparato, naturalmente, en la cámara de cautchuc. Al hacer el vacío en el cuerpo de la máquina, atraíase al tubo una masa de atmósfera ambiente rarificada, que salía condensada y mezclada con el aire sutil contenido ya en la cámara. Esta operación, repetida varias veces, llenaba al fin aquella de una atmósfera conveniente para respirar; pero en un espacio tan reducido como aquél, debía viciarse muy pronto por necesidad, haciéndose impropio para la vida por su repetido contacto con los pulmones. Entonces, rechazábale una pequeña válvula puesta en el fondo de la barquilla, precipitándose muy pronto el aire denso en la atmósfera rarificada. Para evitar en un momento dado el inconveniente de un vacío total en la cámara, esta purificación no se debía practicar en una vez, sino gradualmente, teniendo la válvula abierta sólo algunos segundos, y cerrándola después, hasta que uno ó dos golpes de la bomba del condensador hubiesen dado con que llenar la atmósfera expulsada. Por amor á los experimentos, había puesto la gata y su progenie en un cestito, suspendiendo este, fuera de la barquilla, de un botón que había cerca del fondo, próximo á la válvula, á través de la cual podría introducirles el alimento en caso necesario.

Practiqué esta maniobra antes de cerrar la abertura de la cámara, y no sin alguna dificultad, pues para llegar á la parte inferior de la barquilla hube de servirme de una de las pértigas, provista de un gancho. Apenas el aire condensado penetró en la cámara, el

aro y aquellas fueron inútiles: la expansión de la atmósfera obtenida distendió poderosamente el cautuchuc.

Cuando hube concluído todo este arreglo, y la cámara estuvo llena de aire condensado, eran ya las nueve menos diez minutos. Durante todo el tiempo empleado en estas operaciones había sufrido horriblemente por la dificultad de respirar, y deploré el descuido, ó más bien la increíble imprudencia de que me había hecho culpable al aplazar para última hora un asunto de tanta importancia.

Pero al fin, cuando hube terminado, comencé á recoger, y muy pronto, los beneficios de mi invento. Respiré de nuevo con la más completa facilidad; y ciertamente no había razón para que no fuese así. Complacióme por demás sentirme aliviado de los vivos dolores que hasta entonces me aquejaban; lo único que me molestaba era un ligero dolor de cabeza, con cierta sensación de plenitud en las muñecas, en los tobillos y en la garganta. Era evidente que una gran parte del malestar ocasionado por haber desaparecido la presión atmosférica se desvanecía del todo, y casi todos los dolores que me acosaban durante las dos últimas horas debían atribuirse tan sólo á los efectos de una respiración insuficiente.

Á las nueve menos cuarto, es decir poco antes de haber cerrado la abertura de mi cámara, el mercurio, después de alcanzar su límite extremo, había vuelto á caer en la cubeta del barómetro, que, como ya he dicho, era muy grande. Señalaba entonces una altura de 132,000 pies, ó sean veinticinco millas, y de consiguiente, en aquel momento abarcaba con la mirada por lo menos la 320.^a parte de la superficie total de la tierra. A las nueve había perdido esta última de vista otra vez por el Este, pero no sin observar antes que el globo derivaba rápidamente hacia el noroeste. El

Océano conservaba siempre su aspecto de concavidad, mas con frecuencia impedíanme verle las masas de nubes flotantes.

A las nueve y media repetí el experimento de las plumas, arrojando un puñado á través de la válvula: no revolotearon, como yo esperaba, sino que cayeron perpendicularmente como una bala, y con tal velocidad, que las perdi de vista á los pocos segundos. Al pronto no supe qué pensar de aquel fenómeno extraordinario, pues no podía creer que mi velocidad ascensional hubiese aumentado tan repentina y prodigiosamente; pero reflexioné muy pronto que la atmósfera estaba entonces demasiado rarificada para sostener ni aun las plumas, que estas caían realmente como á mí me pareció, con excesiva rapidez; y que me habían sorprendido simplemente las velocidades combinadas de su caída y de mi ascensión.

A las diez ya no tenía apenas que hacer, pues nada exigía mi atención inmediata; todo iba muy bien, y estaba persuadido de que el globo ascendía con una velocidad siempre mayor, aunque no tenía medio alguno para apreciar el grado de rapidez. No sentía dolor ni molestia de ninguna especie, y hasta disfrutaba de un bienestar que no había conocido desde mi salida de Rotterdam. Ocupábame unas veces en inspeccionar mis instrumentos, y otras en renovar la atmósfera de la cámara; en cuanto á esto último, resolví practicar la operación cada cuarenta minutos, más bien para preservar completamente mi salud que por una necesidad absoluta. Sin embargo, no podía menos de hacer conjeturas, dejándome llevar de ciertas ilusiones: mi pensamiento se elevaba á las extrañas y quiméricas regiones de la luna; mi imaginación, libre ya de toda traba, vagaba á su antojo entre las maravillas multiformes de un planeta tenebroso y cambiante. Unas veces creía ver bosques llenos de ve-

nerables encinas, precipicios pedregosos, sonoras cascadas y abismos sin fondo; otras, llegaba de repente á tranquilas soledades inundadas de un sol de mediodía, donde no podía penetrar nunca viento alguno del cielo, y donde se extendían, hasta perderse de vista, vastas praderas cubiertas de amapolas y grandes flores semejantes á lirios, todas silenciosas é inmóviles durante una eternidad. Después de viajar largo tiempo, penetraba en un país que no era otra cosa sino un lago tenebroso, con una frontera de nubes; pero estas imágenes no eran las únicas que fluctuaban en mi cerebro. Algunas veces creía ver negros horrores, verdaderamente espantosos, que agitaban las últimas profundidades de mi alma por la simple hipótesis de su posibilidad. Sin embargo, no podía permitir á mi pensamiento fijarse con insistencia en estas últimas contemplaciones, pues pensaba juiciosamente que los peligros verdaderos y palpables de mi viaje eran harto suficientes para absorber toda mi atención.

A las cinco de la tarde, cuando me ocupaba en renovar la atmósfera de la cámara, aproveché esta ocasión para observar la gata y sus hijuelos á través de la válvula. Parecía sufrir mucho otra vez, y no dudé que se debía atribuir particularmente su malestar á la respiración; pero mi prueba, respecto á los gatitos, había tenido un resultado de los más singulares. Como era natural, esperaba que manifestarían una sensación de dolor, aunque no tanto como la madre, y esto hubiera sido suficiente para confirmar mis suposiciones respecto á la costumbre de la presión atmosférica; mas no esperaba hallarlos, después de un escrupuloso examen, disfrutando de perfecta salud, sin la menor señal de malestar. Sólo podía explicarme esto desarrollando más mi tema, y suponiendo que la atmósfera ambiente, en alto grado rarificada, podría no ser insuficiente, bajo el punto de vista químico, para las funciones vi-

tales, como creí al principio, y que á una persona nacida en semejante región le sería dado, tal vez, no sentir la menor molestia para respirar; mientras que al volver á las capas más densas, inmediatas á la tierra, sufriría sin duda dolores análogos á los que yo acababa de padecer. Fué para mí motivo de profundo sentimiento el accidente desgraciado que me privó de mi pequeña familia de gatos, y del medio de profundizar la cuestión por un experimento continuado. Al pasar la mano por la válvula con una taza llena de agua para la madre, la manga de mi camisa se enganchó en la hebilla que sostenía el cesto, el cual se desprendió del botón. Aunque se hubiese evaporado en el aire, no se habría perdido de vista de una manera más instantánea; seguramente no transcurrió la décima parte de un segundo entre el momento de soltarse y su desaparición completa con todo cuanto contenía. Hubiera deseado que llegasen á tierra felizmente; mas no era posible que la gata y sus hijuelos sobrevivieran para referir su odisea.

A las seis de la tarde observé que una gran parte de la superficie visible de la tierra estaba sumida en una espesa sombra y avanzaba de continuo con singular rapidez; á las siete menos cinco, dicha superficie quedó envuelta en las tinieblas de la noche. Sin embargo, hasta algunos instantes después los rayos del sol poniente no dejaron de iluminar el globo; y esta circunstancia, que yo esperaba ya, no dejó de causarme un inmenso placer. Era evidente que por la mañana contemplaría el cuerpo luminoso á su salida, algunas horas antes que los ciudadanos de Rotterdam, aunque estuviesen situados mucho más lejos que yo en el Este; y que de día en día, á medida que me hallase á más altura en la atmósfera, disfrutaría de la luz solar durante un período cada vez más largo. Resolví entonces redactar un diario de mi viaje,

contando los días de veinticuatro horas consecutivas, sin tener en cuenta los intervalos de tinieblas.

A las diez me acometió el sueño y me eché para pasar el resto de la noche; pero de pronto hallé una dificultad que, si bien hubiera debido saltarme á la vista, pasó desapercibida para mí hasta el último momento. Si me dormía, según era mi intención, no podría renovar el aire de la cámara durante aquel intervalo: respirar aquella atmósfera más de una hora era cosa de todo punto imposible, y si este tiempo se prolongaba un cuarto de hora más, podían resultar las más deplorables consecuencias. Tan cruel alternativa me inquietó mucho; y apenas se creó que después de haber estado expuesto á tantos peligros me pareciese la cosa tan grave que desesperase de llevar á cabo mi designio, resignándome por último á bajar.

Pero esta vacilación sólo fué momentánea: reflexioné que el hombre es el más completo esclavo de la costumbre, y que mil casos de la rutina de su existencia se consideran de importancia esencial, no siendo tales sino porque ha hecho rutina de las necesidades. Era positivo que no podía dormir; pero sería fácil adquirir la costumbre de despertarme sin el menor inconveniente de hora en hora durante todo el tiempo consagrado á mi reposo. Bastábanme cinco minutos cuando más para renovar completamente la atmósfera; y la única dificultad verdadera reducíase á inventar un procedimiento para despertarme en el momento necesario. Sin embargo, era este un problema cuya solución, lo confieso, no me apuraba poco.

Había oído hablar del estudiante que, para no dormirse sobre los libros, tenía en la mano una bola de cobre que, resonando al caer en una vasija del mismo metal puesta en el suelo junto á su silla, servía para despertarle si le sobrecogía el sueño. Sin embargo, mi caso era muy distinto del suyo y no daba lugar á

seméjante idea, pues yo no deseaba estar siempre despierto, y si sólo á intervalos regulares. En fin, imaginé un medio que, aun cuando parezca muy sencillo, consideréle como un invento comparable con el del telescopio, de las máquinas de vapor y hasta de la imprenta.

Se ha de observar por lo pronto que el globo, á pesar de la altura á que había llegado, seguía subiendo en línea recta con toda regularidad y que la barquilla no experimentaba la menor oscilación. Esta circunstancia me favoreció mucho para llevar á cabo mi proyecto: la provisión de agua se hallaba en barriles sólidamente sujetos en el interior de la barquilla; desprendí uno de ellos, y cogiendo dos cuerdas, las até con fuerza en el reborde de aquella, de modo que las cruzasen paralelamente, á la distancia de un pie una de otra; así formaban una especie de tableta, sobre la cual coloqué el barril, sujetándole en posición horizontal.

A unos ocho pies sobre estas cuerdas y á cuatro del fondo de la barquilla, fijé una tabla delgada, la única que tenía, y sobre ella, y debajo de uno de los bordes del barril, puse una pequeña vasija de barro.

Después practiqué un agujero en el fondo de aquel, de modo que correspondiese con la vasija, y adapté un pedazo de madera cortado en forma de tapón, introduciéndole y retirándole hasta que se ajustase de modo que el agua cayera por el agujero sólo en cantidad suficiente para llenar el receptáculo hasta el borde en el intervalo de sesenta minutos. En cuanto á esto último, me fué fácil asegurarme pronto; bastóme observar hasta dónde se llenaba la vasija en un tiempo dado. Dispuesto así el mecanismo, lo demás se adivina sin dificultad.

Mi lecho estaba en el fondo de la barquilla de modo que mi cabeza, cuando me echaba, hallábase debajo de la vasija, siendo evidente que al cabo de una hora,

una vez llena aquella, el agua debía desbordarse y caer desde una altura de más de cuatro pies sobre mi rostro, lo cual me despertaría sin duda al punto, aunque durmiera profundamente. Eran lo menos las once cuando terminé mi operación y al punto me acosté, confiado en la eficacia de mi invento. No se defraudaron mis esperanzas: de sesenta en sesenta minutos despertábame con toda exactitud mi fiel cronómetro; vaciaba entonces el contenido de la vasija por el agujero del barril, dejaba funcionar el condensador y volvía á mi cama. Estas interrupciones regulares en mi sueño me causaron menos fatiga de la que esperaba, y cuando al fin me levanté de hecho, eran ya las 7: el sol alcanzaba algunos grados sobre la línea de mi horizonte.

3 *Abril*.—Observé que mi globo había llegado á una inmensa altura, y que la convexidad de la tierra se manifestaba al fin de una manera notable. Debajo de mí, en el Océano, divisábanse numerosos puntos negros, que sin duda eran islas; sobre mi cabeza, el cielo tenía un color negro de azabache y las estrellas visibles brillaban mucho, bien es verdad que siempre me habían parecido iguales desde el primer día de mi ascensión. Muy lejos, hacia el Norte, divisaba en el confín del horizonte una línea de deslumbrante blancura y supuse al punto que aquello sería el límite Sur del Mar de los hielos polares. Mi curiosidad se despertó en alto grado, porque esperaba avanzar mucho más en aquella dirección, y tal vez hallarme en un momento dado directamente sobre el mismo polo. Entonces deploré que la enorme altura á que me hallaba me impidiera practicar un examen tan seguro como yo quería; pero de todos modos, aún podía hacer algunas buenas observaciones.

No me ocurrió nada extraordinario durante aquel día; mi aparato funcionaba siempre con toda regularidad y el globo subía sin ninguna vacilación apa-

rente; pero el frío era intenso y debía abrigarme todo lo posible con mi paletó. Cuando las tinieblas se extendieron sobre la tierra me acosté, aunque todavía me iluminó durante algunas horas la luz del día. Mi reloj hidráulico funcionaba muy bien y dormí con toda tranquilidad hasta la mañana siguiente, salvo las interrupciones periódicas.

4 Abril.—Me he levantado con buena salud y contento, causándome no poca admiración el extraño cambio sobrevenido en el aspecto del mar: ya no presentaba en su mayor parte el tinte azul intenso observado por mí hasta entonces; tenía un color blanco agrisado y un brillo que deslumbraba los ojos. La convexidad del Océano era tan evidente, que toda la masa de sus aguas lejanas parecía precipitarse con violenta rapidez en el abismo del horizonte, é instintivamente presté atento oído, esperando percibir los ecos de la poderosa catarata.

Las islas no estaban ya visibles, bien porque hubiesen quedado detrás del horizonte hacia el Sudeste, ó ya porque mi mayor elevación las hubiera puesto fuera del alcance de mi vista: no me era posible determinarlo, pero me inclinaba en favor de esta última opinión. La faja de hielo, al Norte, era cada vez más aparente; el frío había perdido mucho de su intensidad; no me ocurrió nada nuevo, y pasé el día leyendo, pues no olvidé los libros al emprender mi excursión.

5 Abril.—He contemplado el singular fenómeno del sol levante, cuando toda la superficie visible de la tierra estaba sumergida en las tinieblas aún; pero la luz comenzó á difundirse sobre todas las cosas y volví á ver la línea de los hielos por el Norte; entonces era muy distinta y parecía de un tono más oscuro que las aguas del Océano. Evidentemente me acercaba con la mayor rapidez. Imaginé que divisaba todavía una faja de tierra hacia el Este, y otra en la dirección Oeste;

pero no me fué posible asegurarme. Temperatura moderada; no ha ocurrido nada importante este día, y me acuesto temprano.

6 Abril.—Me ha sorprendido mucho hallar la faja de hielo á una distancia moderada, llamándome la atención un inmenso campo de hielo que se extendía hacia el Norte. Era evidente que el globo conservaba su misma posición; de modo es que debía llegar muy pronto á la altura del Océano boreal, y por lo tanto, tenía grandes esperanzas de ver el polo. Durante todo el día continué acercándome á los hielos.

A la caída de la noche, los límites de mi horizonte se agrandaron de improviso y muy sensiblemente, lo cual se debía sin la menor duda á la forma de nuestro planeta, que es la de un esferoide aplanado. Al fin, cuando las tinieblas me invadieron, me acosté con mucha ansiedad, temiendo pasar sobre un punto tan curioso sin poder observarle bien.

7 Abril.—Me levanté temprano, y con mucha alegría contemplé lo que vacilaba en considerar como el mismo polo Norte. Allí estaba, sin duda alguna, directamente bajo mis pies; pero ¡ay! entonces me hallaba á tan inmensa elevación, que no podía distinguir nada con claridad. A juzgar por la progresión de las cifras que indicaban mis diversas alturas en diferentes momentos, desde el 2 de Abril á las 6 de la mañana hasta las 9 menos 20 minutos de la misma (instante en que el mercurio volvió á caer en la cubeta del barómetro) había seguramente motivo para suponer que el globo debía haber alcanzado en aquel momento—7 Abril á las 4 de la madrugada—una altura de 7,254 millas, por lo menos, sobre el nivel del mar. Esta elevación puede parecer enorme; pero el cálculo en que se basaba dábame sin duda un resultado muy inferior á la realidad. De todos modos era evidente que tenía á la vista la totalidad del mayor diámetro terrestre; todo

el hemisferio norte se extendía debajo de mí como un inmenso mapa en relieve, y el gran círculo mismo del ecuador formaba la línea fronteriza de mi horizonte. Vuestras Excelencias, sin embargo, comprenderán fácilmente que las regiones sin explorar aún, y confinadas en los límites del círculo ártico, aunque se hallaban directamente debajo de mí, estaban demasiado lejos del punto de observación para que pudiese practicar un minucioso examen.

Sin embargo, lo que yo veía era de una naturaleza singular é interesante. Al norte de la inmensa faja citada, que se podría definir, salvo una ligera restricción, como límite de la exploración humana en esas regiones, seguía extendiéndose sin interrupción, ó por lo menos muy pequeña una sábana de hielo. Desde su principio, la superficie de aquel mar helado se deprime marcadamente; más lejos parece plano; y por último llega á ser singularmente cóncavo, terminándose en el polo mismo por una cavidad central circular, cuyos bordes se marcan bien, y cuyo diámetro aparente indicaba entonces, respecto á mi globo, un ángulo de 65 segundos, poco más ó menos. En cuanto al color, era oscuro, de diversa intensidad, siempre más sombrío que ningún punto del hemisferio visible, y llegando á veces al negro: más allá era difícil distinguir cosa alguna. A las siete de la tarde, el globo pasaba hacia la orilla oeste de los hielos, deslizándose rápidamente en dirección al ecuador.

8 Abril.—He observado una sensible disminución en el diámetro aparente de la tierra, y un cambio positivo en su color y aspecto general. Toda la superficie visible presentaba entonces, en diversos grados, un tinte amarillo pálido, y en ciertas partes tenía un brillo casi doloroso para los ojos. La densidad de la atmósfera me molestaba mucho para ver bien; y entre las masas de nubes apenas me era posible distinguir

el planeta de vez en cuando. En las últimas cuarenta y ocho horas aquel obstáculo me impidió la observación; y como la altura á que me hallaba era excesiva, confundíame con aquellas masas flotantes de vapor, y el inconveniente aumentaba á medida que ascendía. No obstante, pude reconocer sin dificultad que el globo se cernía entonces sobre el grupo de los grandes lagos de la América del Norte, corriéndose directamente hacia el Sud, lo cual debía conducirme muy pronto en dirección á los trópicos.

Esta circunstancia fué para mí altamente satisfactoria, y consideréla como un feliz presagio de mi triunfo. Á decir verdad, la dirección que había tomado hasta entonces me inquietò, pues era evidente que si la hubiera seguido largo tiempo, no me habría sido posible llegar á la luna, cuya órbita no está inclinada sobre la eclíptica sino en un pequeño ángulo de $5^{\circ} 8' 48''$. Por extraño que esto parezca, hasta aquel período tardío no comencé á comprender la gran falta que había cometido al no partir de algún punto terrestre situado en el plano de la elipse lunar.

9 Abril.—El diámetro de la tierra ha disminuído hoy mucho, y la superficie adquiere por momentos un tinte amarillo más pronunciado. El globo se ha deslizado siempre en línea recta hacia el sud, llegando á las 9 de la noche sobre la costa norte del golfo de Méjico.

10 Abril.—Un ruido sordo, un crugido terrible que no me podía explicar en manera alguna, me despertó de improviso á las cinco de la mañana; fué breve, pero mientras durò, no se parecía á ninguno de los ruidos que jamás oyera. Inútil parece decir que esto me alarmó mucho, pues al pronto creí que el globo se desgarraba; pero al examinar todo el aparejo atentamente, no encontré el menor desperfecto. He pasado la mayor parte del día haciendo conjeturas sobre tan extraordinario accidente, pero sin hallar una explicación satis-

factoria. Me acosté muy descontento, poseído de la mayor ansiedad.

11 Abril.—He observado una disminución sensible en el diámetro aparente de la tierra, y un acrecentamiento considerable, por primera vez, en el de la luna. Entonces fué un penoso trabajo para mí condensar en la cámara el suficiente aire atmosférico para la conservación de la vida.

12 Abril.—Se ha verificado un cambio singular en la dirección del globo, y aunque ya le esperaba, he experimentado el mayor placer. En su dirección primera había llegado al vigésimo paralelo de latitud sur, y ha girado bruscamente hacia el Este, en ángulo agudo, siguiendo esta ruta todo el día, y manteniéndose poco más ó menos en el plano exacto de la elipse lunar. Lo más digno de notarse era que este cambio ocasionaba una oscilación muy sensible de la barquilla, oscilación que duró algunas horas en mayor ó menor grado.

13 Abril.—Me ha ocasionado otra vez mucha inquietud la repetición de aquel crugido que me atemorizó el 10, sin que aún pueda explicarme la causa de una manera satisfactoria. Observo notable decrecimiento en el diámetro aparente de la tierra; que subtiende respecto al globo un ángulo de 25 grados; y en cuanto á la luna, érame imposible verla, porque estaba casi en mi zenit. Avanzaba siempre en el plano de la elipse, pero progresando poco hacia el Este.

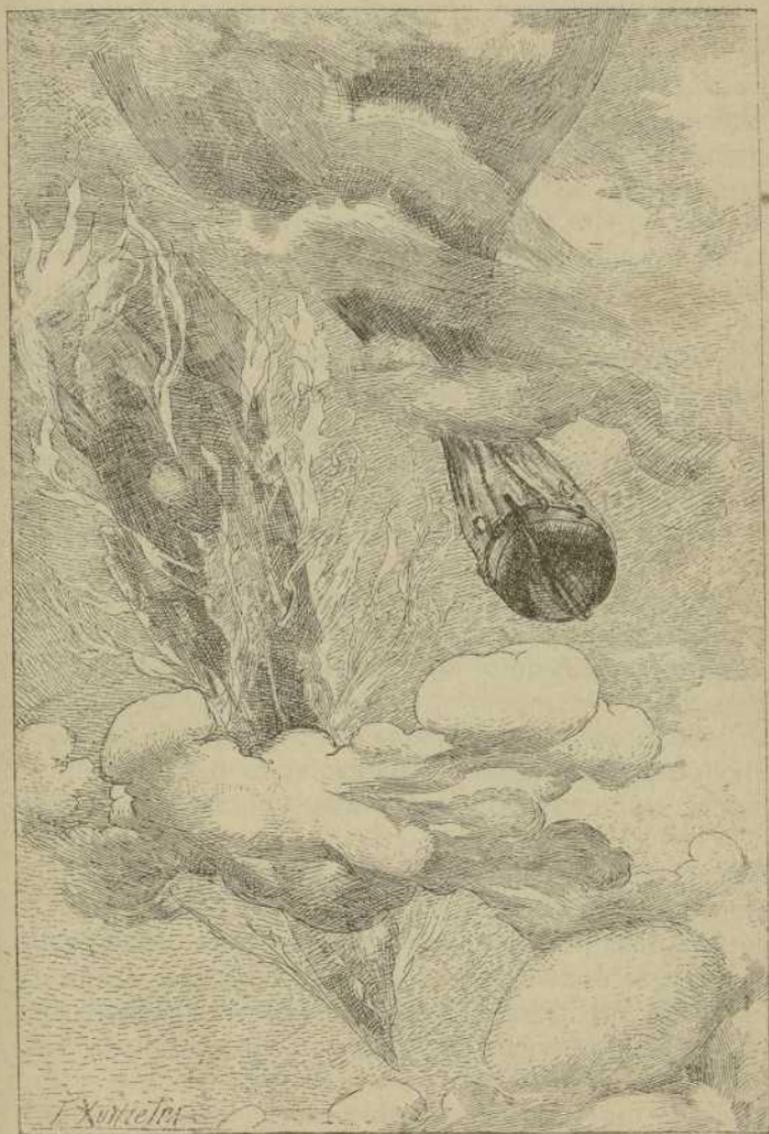
14 Abril.—Disminución excesivamente rápida en el diámetro de la tierra. Hoy me ha impresionado mucho la idea de que el globo avanzaba por la línea de los ápsides, remontando hacia el perigeo, ó en otros términos, que seguía directamente el camino que debía conducirlo á la luna en esta parte de su órbita, la más próxima á la tierra. La luna estaba sobre mi cabeza, y de consiguiente invisible para mí. Siempre me ocupa el enojoso é indispensable trabajo para condensar la atmósfera.

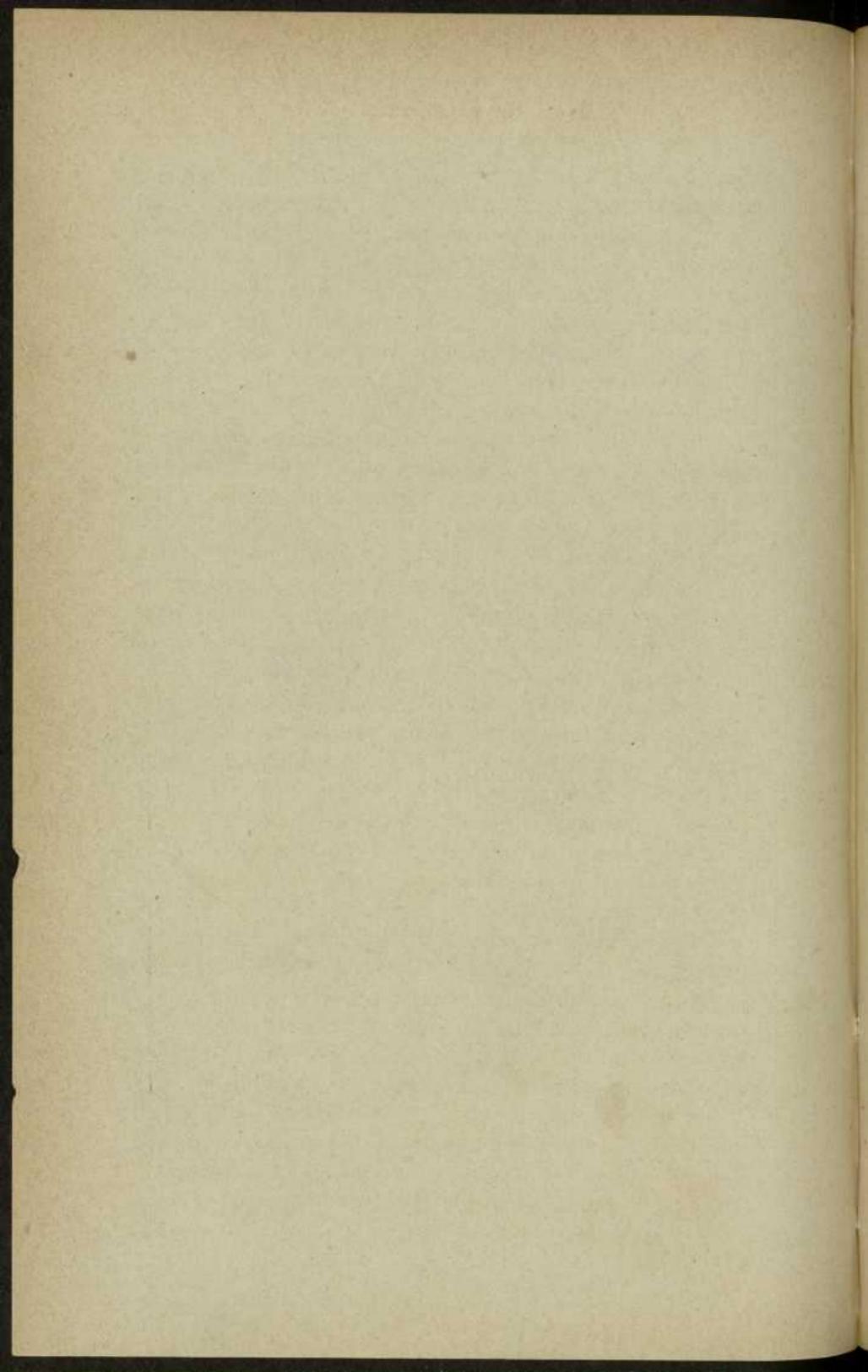
15 Abril.—Ni siquiera podía distinguir claramente en el planeta los contornos de los continentes y de los mares. Hacia el medio día me inquietó por tercera vez ese ruido espantoso que tanto me asombrara antes; pero duró más, y fué mayor su intensidad. Poseído de terror, esperaba temblando alguna terrible destrucción, cuando la barquilla osciló con violencia suma, y junto al globo ví pasar una masa de materia, gigantesca, inflamada y rugiendo como el fragor de mil truenos, sin dejarme tiempo de ver lo que era. Cuando me recobré de mi admiración y espanto, supuse naturalmente que aquello debía ser algún enorme fragmento volcánico desprendido de aquel mundo á que me acercaba con tanta rapidez, y sin duda un pedazo de esas singulares sustancias recogidas á veces en la tierra, que se llaman aerolitos, á falta de un nombre más preciso.

16 Abril.—Al mirar hoy hacia arriba, en cuanto me era posible, por cada una de las dos ventanas laterales, ví, con mucha satisfacción, una parte muy pequeña del disco lunar que avanzaba, por decirlo así, mas allá de la vasta circunferencia de mi globo. Mi agitación fue extremada, pues apenas me cabía ya duda que iba á llegar muy pronto al fin de mi peligroso viaje.

A decir verdad, el trabajo que exigía entonces el condensador se acrecentó hasta el punto de ser intolerable, sin dejarme apenas punto de reposo. Ya no debía pensar en dormir; sentía un malestar indecible, y todo mi sér desfallecía; la naturaleza humana no podía soportar más tiempo semejante padecer. Durante el intervalo de las tinieblas, muy corto ahora, otra piedra meteórica pasó de nuevo cerca del globo, y la frecuencia de estos fenómenos comenzó á inquietarme.

17 Abril.—Esta mañana debe ser memorable en mi expedición. Se recordará que el 13 la tierra subtendía relativamente á mí un ángulo de 25 grados; el 14 había





disminuído éste mucho; el 15, más aún; y el 16, antes de acostarme, calculé que no era más que de 7 grados 15 minutos. Imagínese, pues, cuál sería mi asombro cuando al despertarme en la mañana del 17, después de un breve sueño agitado, vi que la superficie planetaria colocada debajo de mí había *aumentado* de una manera tan inopinada y espantosa, que su diámetro aparente subtendía un ángulo de 39 grados al menos. Quedé como herido del rayo; ninguna palabra podría dar idea exacta del asombro, del estupor que me sobrecogió; mis piernas vacilaron, estremecíme de pies á cabeza, y erizóseme el cabello.—¡El globo ha reventado!—Esta fué la primera idea que cruzó por mi mente; no había la menor duda. ¡Tal vez caía ya en aquel momento con la más impetuosa é incomparable velocidad! A juzgar por el inmenso espacio recorrido ya con tal rapidez, debía encontrar la superficie de la tierra dentro de diez minutos. ¡Dentro de diez minutos quedaría aniquilado, destrozado!

Pero al fin la reflexión vino en mi auxilio; medité y comencé á dudar. La cosa era imposible; de ningún modo podía haber bajado tan rápidamente; y además; aunque me acercase á la superficie situada debajo de mí, mi verdadera velocidad no estaba de ningún modo en relación con la espantosa rapidez que había imaginado al principio.

Estas reflexiones calmaron la perturbación de mis ideas, y pasé á considerar el fenómeno bajo su verdadero punto de vista. Era preciso que mi asombro me hubiese privado del ejercicio de mis sentidos para que no echase de ver la inmensa diferencia que había entre el aspecto de la superficie que estaba debajo de mí y la de mi planeta natal. Esta última se hallaba, pues, sobre mi cabeza y del todo oculta por el globo; mientras que la luna—la luna misma en toda su gloria,—se extendía debajo de mí: la tenía á mis pies.

El asombro y el estupor producidos en mi espíritu por aquel extraordinario cambio en la situación de las cosas eran tal vez, bien mirado, lo más inexplicable en mi aventura, pues aquella *inversión*, no sólo era natural en sí é inevitable, sino que hacía largo tiempo habíala previsto, considerándola como una simple circunstancia, como una consecuencia que debía producirse cuando llegara al punto exacto en que la atracción del planeta sería reemplazada por la del satélite, ó en otros términos, cuando la gravitación del globo hacia la tierra fuese menos poderosa que su gravitación hacia la luna.

Cierto que salía de un profundo sueño, que todos mis sentidos estaban aún trastornados cuando me encontré de pronto ante un fenómeno de los más sorprendentes, un fenómeno que esperaba y no esperaba en aquel momento.

La revolución misma debía haberse verificado naturalmente de la manera más suave y gradual, y es positivo que, aunque me hubiese despertado en el momento en que se efectuó, me habría parecido hallarme en sentido inverso, sin notar síntoma alguno *interior* del cambio de posición, es decir, una molestia, una perturbación cualquiera en mi persona ó en mi aparato. Es casi inútil decir que al darme cuenta de mi situación, y una vez libre del terror que absorbió todas las facultades de mi alma, me fijé tan sólo en la contemplación del aspecto general de la luna. Desarrollábase debajo de mí como una inmensa carta geográfica, y aunque se hallase todavía á considerable distancia, á mi modo de ver, las asperidades de la superficie se marcaban con una claridad muy singular, que no podía explicarme. La falta completa de océano, de mar, y hasta de lagos y ríos, me llamó la atención desde luego, como el carácter más extraordinario de su condición geológica.

Sin embargo ¡cosa extraña! veía vastas regiones planas, de carácter positivamente aluvial, aunque la mayor parte del hemisferio visible estuviese cubierto de innumerables montañas volcánicas en forma de conos, que más bien tenían el aspecto de eminencias formadas por el arte que de salientes naturales. La más alta no excedía de tres millas tres cuartos de elevación perpendicular; pero un mapa de las regiones volcánicas de los *Campi Phlegræi* daría á Vuestras Excelencias mejor idea de la superficie general que cualquiera descripción, siempre defectuosa, que yo trate de hacer.— La mayor parte de esas montañas se hallaban evidentemente en estado de erupción, y dábanme una terrible idea de su furiosa violencia por las piedras que lanzaban, impropriamente llamadas meteóricas, que partiendo de abajo, pasaban junto al globo con una frecuencia y velocidad espantosas.

18 Abril.—Hoy he observado un aumento enorme en el volumen aparente de la luna, y la rapidez de mi descenso ha comenzado á inquietarme. Ya se recordará que al principio, cuando comencé á soñar en la posibilidad de un paso hacia la luna, entró por mucho en mis cálculos la hipótesis de una atmósfera ambiente, cuya densidad debía ser proporcionada al volumen del planeta; y esto á despiques de muchas teorías contrarias, y hasta á pesar de la preocupación universal, que no admite la existencia de una atmósfera lunar cualquiera. Sin embargo, además de las ideas que ya emití respecto al cometa de Encke y á la luz zodiacal, lo que me confirmaba en mi opinión eran ciertas indicaciones de M. Shroeter, y de Lilienthal. Este sabio observó la luna por la noche, poco después de ponerse el sol, antes que la parte oscura se hiciese visible, y continuó examinándola hasta que dicha parte llegó á serlo. Los dos cuernos parecían afilarse, formando una especie de prolongación muy aguda, cuya extre-

midad estaba ligeramente bañada por los rayos solares cuando una parte del hemisferio oscuro no se veía; y poco tiempo después, todo el borde sombrío se iluminó. Yo pensé que aquella prolongación de los cuernos más allá del semicírculo reconocía por causa la refracción de los rayos del sol por la atmósfera de la luna; y calculé también que la altura de esta atmósfera (que podía refractar bastante luz en su hemisferio oscuro para producir un crepúsculo más luminoso que la luz reflejada por la tierra cuando la luna se halla á unos 32 grados de su conjunción), debía ser de 1356 pies de rey. Según esto, supuse que la mayor elevación capaz de refractar el rayo solar era de 5376 pies. Mis ideas sobre este punto se confirmaban también con un pasaje del tomo 82 de las *Transacciones filosóficas*, en el cual se dice que, al efectuarse una ocultación de los satélites de Júpiter, el tercero desapareció después de mantenerse invisible uno ó dos segundos, y que el cuarto no se pudo distinguir al acercarse al limbo (1).

Yo había fundado en la resistencia mi esperanza de

(1) Hevelius escribe que algunas veces observó en cielos muy serenos, donde hasta las estrellas de sexta y séptima magnitud brillaban visiblemente, que, supuesta la misma altura de la luna, igual alejamiento de la tierra, y el mismo telescopio, el astro y sus manchas no aparecían siempre tan luminosas. Dadas estas circunstancias, es evidente que la causa del fenómeno no reside en nuestra atmósfera ni en el telescopio, ni en la luna, ni en el ojo del observador, por lo cual debe buscarse en alguna cosa (¿una atmósfera?) existente al rededor de la luna.

Casini ha observado á menudo que en el momento de quedar ocultos por la luna Saturno, Júpiter y las estrellas fijas, cambiaban su forma circular, tomando la oval; y en otras ocultaciones no sorprendió ningún cambio en aquella. Se podría inferir, de consiguiente, que en algunos casos, pero no siempre, la luna está envuelta en una materia densa, en la cual se refractan los rayos de las estrellas.—E. P.

bajar sano y salvo, ó mejor dicho, en el apoyo de una atmósfera existente en estado de densidad hipotética. Por lo demás, si había hecho una conjetura absurda, debía suponer que el desenlace de mi excursión sería quedar pulverizado contra la áspera superficie del satélite: en una palabra, tenía mil razones para estar atemorizado.

La distancia que me separaba de la luna era comparativamente insignificante; pero el trabajo exigido por el condensador no había disminuído en nada, ni veía indicio alguno de densidad creciente en la atmósfera.

19 Abril.—Esta mañana, á eso de las nueve, hallándome espantosamente cerca de la superficie lunar, y cuando mi inquietud llegaba á su colmo, he observado con mucha alegría que el pistón del condensador daba señales evidentes de una alteración en la atmósfera. A las diez tuve motivos para creer que su densidad había aumentado considerablemente; á las once, el aparato exigía sólo un trabajo muy ligero; á medio día me aventuré, no sin alguna vacilación, á aflojar el torniquete, y al ver que no daba ningún mal resultado, abrí con resolución la cámara de cautchuc y descubrí la barquilla. Como ya debía esperarlo, una violenta migraña, acompañada de espasmos, fué la consecuencia inmediata de un experimento tan precipitado y lleno de peligros; pero como estos y otros inconvenientes para la respiración no eran de tal carácter que pusieran mi vida en peligro, me resigné á sufrirlos, tanto más cuanto que tenía motivos para esperar que desaparecerían progresivamente, pues á cada minuto me aproximaba á las capas más densas de la atmósfera lunar. Sin embargo, mi aproximación se efectuaba con impetuosidad excesiva, y bien pronto quedó demostrado—cosa muy alarmante para mí—que si no me engañaba, probablemente, al contar con una atmósfera cuya densidad debía ser proporcional al volumen

del satélite, me había equivocado mucho, sin embargo, al suponer que esa densidad, aun en la superficie, sería suficiente para soportar el inmenso peso contenido en la barquilla de mi globo. Tal *hubiera debido* ser el caso, exactamente como en la superficie de la tierra, si suponemos que en uno y otro planeta la verdadera gravitación del cuerpo está en razón de la densidad atmosférica; mas *no era* así; y mi precipitada caída lo demostraba suficientemente. Pero ¿por qué? No se podía explicar esto sino teniendo en cuenta esas perturbaciones geológicas que ya enuncié hipotéticamente.

Como quiera que sea, tocaba casi en el planeta, y caí con la más terrible impetuosidad. He aquí por qué, sin perder un minuto, arrojé todo mi lastre, mis barricas de agua, mi aparato condensador, mi saco de cautchuc, y, en fin, todos los artículos contenidos en la barquilla; pero todo esto no sirvió de nada. Caía siempre con espantosa rapidez, y bien pronto me hallé á media milla de la superficie. Como expediente supremo, me despojé de mi paletó, del sombrero y de las botas; desprendí también la barquilla, que no pesaba poco; y cogiéndome á la red con ambas manos, apenas tuve tiempo de observar que todo el país, en cuanto mi vista alcanzaba, estaba lleno de viviendas liliputienses. Un momento después caía como una bala en el centro mismo de una ciudad de aspecto fantástico, y en medio de una multitud de seres pequeños, ninguno de los cuales pronunció una sílaba ni se molestó en lo más mínimo para auxiliarme. Todos estaban con las manos en las caderas, gesticulando como idiotas de la manera más ridícula, y mirándome de través. Separéme de ellos con profundo desdén, y levantando la vista hacia la tierra que acababa de abandonar, de la cual me había desterrado tal vez para siempre, diviséla bajo la forma de un inmenso y som-

brío escudo de cobre, de un diámetro de dos grados poco más ó menos, fijo é inmóvil en el cielo, y guarnecido en uno de sus bordes de una media luna de brillante oro. No se descubría ninguna señal de mar ni de continente, y el conjunto presentaba manchas variables, cruzadas por las zonas tropicales y ecuatorial, como por otras tantas fajas.

Así, pues, me permitiré manifestar á Vuestras Excelencias, que después de una larga serie de angustias é indecibles peligros, llegué al fin sano y salvo, á los diez y nueve días de mi salida de Rotterdam, al término del viaje más extraordinario é importante que jamás se emprendió y efectuó, ni siquiera se concibió por un ciudadano cualquiera de vuestro planeta. Réstame sólo referir mis aventuras, pues Vuestras Excelencias comprenderán fácilmente que después de residir cinco años en un planeta que, tan interesante ya de por sí, lo es doblemente por su íntimo parentesco, en calidad de satélite, con el mundo habitado por el hombre, puedo ya mantener con el Colegio Nacional Astronómico correspondencias secretas de mayor importancia que los simples detalles, por sorprendentes que sean, del viaje llevado á cabo con tanta felicidad.

Tal es, en suma, la verdadera cuestión. Tengo muchas cosas que decir, y sería para mí un verdadero placer comunicáros las. He de hablar extensamente sobre el clima de ese planeta, sus asombrosas alternativas de frío y de calor, su claridad solar, que dura quince días, implacable y brillante; de su temperatura glacial, más que polar, que se siente en la otra quincena; de una traslación constante de humedad, efectuada por destilación, como en el vacío, desde el punto situado bajo el sol hasta el más lejano; de la raza misma de los habitantes, sus usos y costumbres y sus instituciones políticas; de su organismo particular, su fealdad, su falta de orejas, apéndices superfluos en

una atmósfera tan singularmente modificada; de su ignorancia sobre el uso y las propiedades del lenguaje, y el singular método de comunicación que reemplaza la palabra; de la incomprensible relación que une á cada ciudadano de la luna con otro del globo terráqueo, relación análoga que rige igualmente los movimientos del planeta y del satélite, por el cual las existencias y destinos de los habitantes del uno están enlazados con los del otro; y por último, si no lo llevan á mal Vuestras Excelencias, les hablaré muy particularmente de los sombríos y horribles misterios relegados á las regiones del otro hemisferio lunar, regiones que, gracias á la concordancia casi milagrosa de la rotación del satélite sobre su eje con su revolución sideral al rededor de la tierra, no se han vuelto jamás hacia nosotros, y á Dios gracias, no se expondrán nunca á la curiosidad de los telescopios humanos.

He aquí todo lo que desearía referiros, todo esto y mucho más aún; pero si he de hacerlo reclamo mi recompensa. Aspiro á volver al seno de mi familia y á mi casa; y como precio de mis comunicaciones ulteriores, y teniendo en cuenta la luz que puedo hacer, si tal me place, sobre diversos ramos importantes de las ciencias físicas y metafísicas, solicito que, por la influencia de vuestra digna corporación, se me perdone el crimen de que me hice culpable al abandonar la ciudad de Rotterdam. El portador de la presente, habitante de la luna que ha tenido á bien servirme de mensajero en la tierra, y á quien he dado las instrucciones necesarias, esperará la contestación de VV. EE. y me traerá la gracia solicitada si hay medio de obtenerla.

Tengo el honor de ofrecerme fiel y humilde servidor de Vuestras Excelencias.

HANS PFAALL.

Al terminar la lectura de este extraño documento,

el profesor Rudabub, mudo de sorpresa, dejó caer su pipa en tierra, según dicen; mientras que Mynheer Superbus Von Underduk, después de limpiar sus antiparras y guardarlas en el bolsillo, olvidó su dignidad hasta el punto de hacer tres piruetas, estupefacto y poseído del mayor asombro.

Se obtendría la gracia; esto era indudable, ó por lo menos así lo prometió el buen profesor Rudabub: jurólo profiriendo un voto enérgico; y tal fué decididamente la opinión del ilustre Von Underduk, quien cogiendo del brazo á su colega recorrió la mayor parte del camino hacia su casa sin pronunciar una palabra, para deliberar sobre medidas urgentes. Sin embargo, llegado á la puerta del domicilio, el profesor sugirió la idea de que, habiendo desaparecido el mensajero (aterrado sin duda por el aspecto de los ciudadanos de Rotterdam), el perdón no serviría de gran cosa, puesto que sólo un habitante de la luna podía emprender tan lejano viaje.

Ante una observación tan sensata, el burgomaestre debió ceder, y el asunto no tuvo más consecuencias; mas no pudieron evitarse los rumores y las conjeturas. La carta fué publicada y dió origen á una infinidad de opiniones y cuentos. Algunos hombres por demás juiciosos llegaron hasta el punto de ridiculizar la cosa, presentándola como una pura invención, como un *canard*; pero creo que esta palabra es para esa gente un término general que aplican á todas las materias cuando su inteligencia no puede penetrarlas. En cuanto á mí, comprendo en qué han fundado semejante acusación. Veamos lo que dicen:

Ante todo, que algunos farsantes de Rotterdam profesan ciertas antipatías especiales contra determinados burgomaestres y astrónomos.

Secundo: que un enano extravagante, escamoteador de oficio, cuyas orejas habían sido cortadas en castigo

de alguna falta, había desaparecido hacía algunos días de la inmediata ciudad de Brujas.

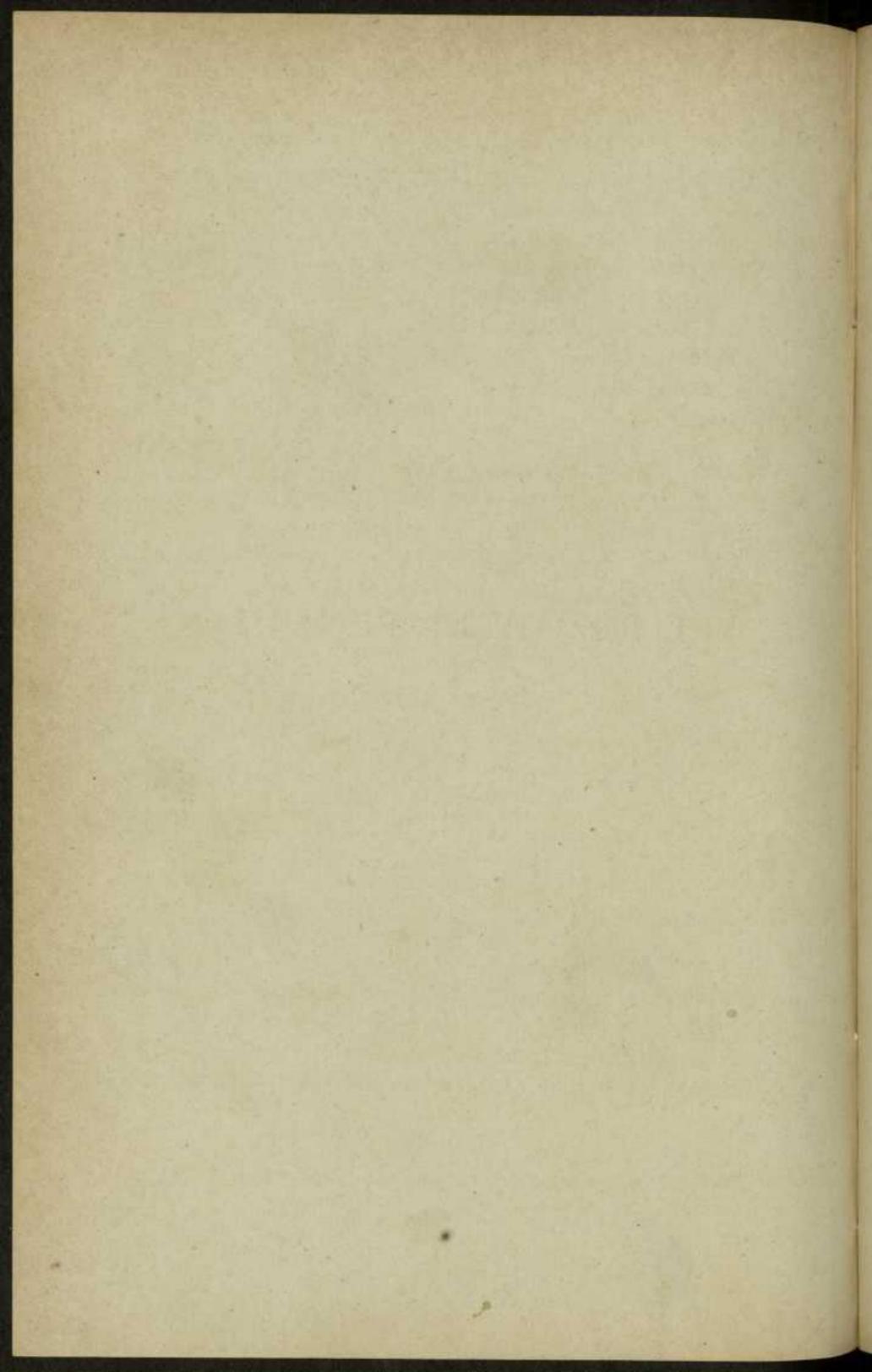
Tertio: que las gacetas pegadas al rededor del pequeño globo eran de Holanda, y de consiguiente no se podían haber fabricado en la luna: eran papeles sucios: muy grasosos; y el impresor Gluck juraba por la Biblia que aquellos diarios se habían tirado en Rotterdam.

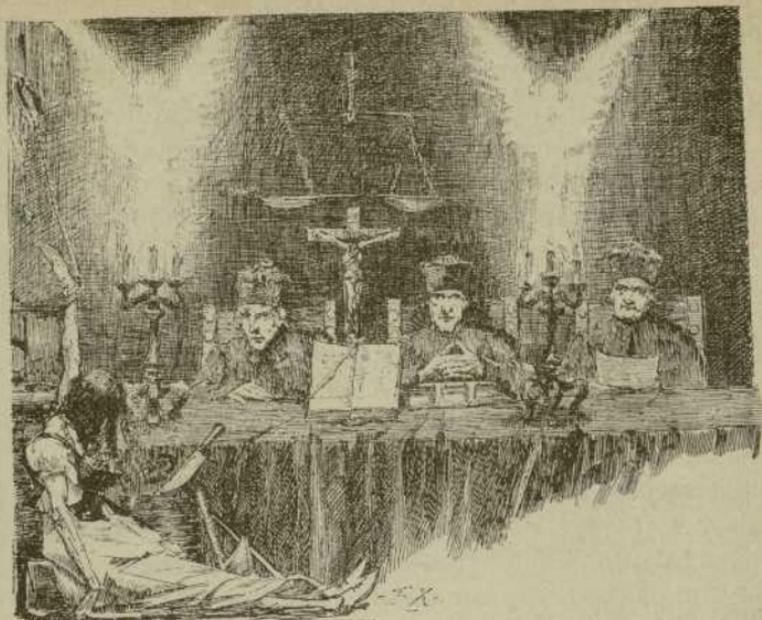
Quarto: que se había visto dos ó tres días antes al mismo Hans Pfaall, el vil borracho, con los tres bribones á quienes llamaba sus acreedores, en una taberna mal afamada de los arrabales, cuando volvían de una expedición con los bolsillos llenos de dinero.

Y por último, que es opinión generalmente admitida, ó que debe serlo, que el Colegio de los astrónomos de Rotterdam, así como todos los colegios astronómicos de las demás partes del mundo, no es ni mejor, ni más sabio, ni más ilustrado de lo que se necesita.



EL POZO Y EL PÉNDULO





EL POZO Y EL PÉNDULO

Impia tortorum longos hic turba furores,
Sanguinis innocui non satiata, aluit.
Sospite nunc patria, fracto nunc funeris antre
Mors ubi dira fuit vita salusque patent.

(Cuarteta compuesta para las puertas de un mercado que debía construirse en el sitio donde se hallaba el Club de los Jacobinos en París (1)).

ESTABA quebrantado, casi moribundo por aquella larga agonía, y cuando al fin me desataron y me fué permitido sentarme, parecióme que mis sentidos me abandonaban. La sentencia, la terrible sentencia de muerte, fué la última frase claramente acentuada que

(1) Este mercado, el de San Honorato, no tuvo nunca puertas ni inscripción.

hirió mis oídos; después de esto, el murmullo de las voces de los inquisidores pareció perderse entre las confusas imágenes de un sueño; aquel murmullo producía en mi espíritu el efecto de una rotación, tal vez porque en mi pensamiento le asociaba con una rueda de molino; pero esto duró poco, pues de repente no oí ya nada.

Sin embargo, durante algún tiempo pude ver (¡con qué terrible exageración!) los labios de los jueces, que me parecieron blancos, tanto como la hoja de papel en que escribo estas palabras, y delgados hasta lo grotesco, adelgazados por la intensidad de su expresión de dureza, de inmutable resolución, de soberbio desdén ante el dolor humano. Veía que los decretos de lo que para mí representaba el destino se pronunciaban aún por aquellos labios; observé su contracción al expresar la terrible sentencia; los vi indicar las sílabas de mi nombre, y estremecíme de espanto al reconocer que el sonido no seguía al movimiento. También observé durante algunos minutos de horror delirante la suave y casi imperceptible ondulación de los tapices negros que cubrían las paredes de la sala; y entonces mi vista se fijó en los siete grandes candelabros colocados en la mesa.

Al pronto creí reconocer en ellos la imagen de la Caridad; parecieronme ángeles blancos y esbeltos que debían salvarme: pero de repente una náusea mortal invadió mi alma, y cada una de las fibras de todo mi ser se estremeció cual si hubiese tocado el conductor de una pila voltaica; las formas angélicas convirtiéronse en espectros insignificantes; sus cabezas en llamas; y comprendí bien que no se debía esperar ningún auxilio de ellos. Entonces se deslizó en mi imaginación, cual melodiosa nota musical, la idea del tranquilo reposo que nos espera en la tumba; esta idea penetró suave y furtivamente, y figuróseme que necesitaba

mucho tiempo para apreciarla bien; pero en el momento mismo en que comenzaba al fin á acariciarla, las figuras de los jueces se desvanecieron como por encanto; los candelabros se redujeron á la nada; sus llamas se apagaron del todo; sucediéronse las tinieblas; todas las sensaciones se disiparon al parecer, y el universo no fué ya más que noche, silencio, inmovilidad.

Estaba sin conocimiento, pero no diré que le hubiese perdido del todo, aunque no podría definir qué parte conservaba. ¿Era aquello un profundo sueño? No. ¿Era el delirio? No. ¿Era un desvanecimiento? No. ¿La muerte? Tampoco, pues ni aun en la tumba se ha perdido todo, porque de lo contrario no habría inmortalidad para el hombre. Al despertar de un profundo sueño rasgamos el velo á través del cual veíamos las imágenes; pero un segundo después, tan frágil era el tejido, no nos acordamos ya de haber soñado. Cuando se recobra el conocimiento después de un desmayo hay dos grados: el primero es el sentimiento de la existencia moral ó espiritual, y el segundo, el de la existencia física. Parece probable que si al llegar al segundo grado pudiéramos evocar las impresiones del primero, volveríamos á encontrar todos los elocuentes recuerdos del abismo del otro mundo. ¿Y qué es este abismo? ¿Cómo distinguiríamos, por lo menos, sus sombras de las de la tumba? Si las impresiones de lo que yo considero como el primer grado no vuelven al ser llamadas por la voluntad, ¿no se manifiestan, sin embargo, al cabo de algún tiempo, sin ser invitadas, causándonos admiración, porque no sabemos de dónde pueden salir? Aquel que no ha perdido nunca el conocimiento no descubre extraños palacios y rostros singularmente familiares entre las llamas ardientes; no ve flotar en medio del aire las melancólicas visiones que al vulgo no le es dado percibir; no es el que me-

dita sobre el perfume de alguna flor desconocida; no es aquel cuyo cerebro se puede extraviar en el misterio de alguna melodía que hasta entonces no llamó nunca su atención.

En medio de mis repetidos esfuerzos, y á pesar de mi energía para recoger algún vestigio de aquel estado en que mi alma acababa de deslizarse, muy semejante á la nada, hubo momentos en que soñaba un triunfo; hubo cortos instantes, muy breves, en que evocé recuerdos que, según me había demostrado mi razón lúcida en época posterior, no podían relacionarse sino con ese estado en que la conciencia parece aniquilada. Estas sombras de recuerdos presentábanme indistintamente grandes figuras que me arrebatában, llevándome en silencio hacia abajo, cada vez más abajo, hasta el momento en que un vértigo horrible me oprimió, solamente al pensar en lo infinito del descenso. También me recuerdan no sé qué vago horror que sentía en el corazón, precisamente á causa de la calma sobrenatural de éste; y después vino la impresión de una inmovilidad repentina en todos los seres que estaban á mi alrededor, cual si aquellos que me conducían—cortejo de espectros,—hubieran traspasado en su descenso los límites de lo ilimitado, deteniéndose al fin, vencidos por el infinito enojo de su tarea. Después mi alma experimentó una sensación de blandura y humedad, y luego la locura de una memoria que se agita en lo abominable.

De pronto volvieron á mi alma sonido y movimiento,—el movimiento tumultuoso del corazón y el rumor de sus latidos; después una pausa en la que todo desaparecía; mas tarde, otra vez el sonido, el movimiento y el tacto, como una sensación vibrante que penetrara en mi sér; y al fin la simple conciencia de que existía, sin pensamiento,—estado que duró mucho. De pronto se manifestó aquel, con un terror que me estremecía,

y el ardiente deseo de comprender mi verdadera situación. Después ansié vivamente volver á la insensibilidad; pero el alma renació de improviso, é intenté, con buen resultado, el movimiento. Entonces recordé del todo el proceso, las colgaduras negras, la sentencia, mi debilidad y mi desvanecimiento; pero olvidé completamente lo que siguió; y sólo más tarde, por un esfuerzo de energía, conseguí recordarlo de una manera vaga.

Hasta entonces no había abierto los ojos; pero comprendía que me hallaba tendido de espaldas y sin ligaduras; extendí el brazo, y mi mano cayó pesadamente sobre alguna cosa húmeda y dura; no la retiré durante algunos minutos, y esforcéme por adivinar dónde podía hallarme y *qué era* de mí; estaba impaciente por servirme de mis ojos; pero no me atrevía á ello, temiendo dirigir la primera mirada sobre los objetos que tenía al rededor. No era porque me arredrase ver cosas horribles, sino porque me espantaba la idea de no ver cosa alguna. Al fin, poseído de indecible angustia, abrí los ojos vivamente: mi horrible idea se confirmaba; rodeábanme las tinieblas de la noche eterna; hice un esfuerzo para respirar, y parecíame que la oscuridad me oprimía y sofocaba. La pesadez de la atmósfera era intolerable; permanecí echado tranquilamente, y esforcéme para reflexionar. De pronto recordé los procedimientos de la Inquisición, y partiendo de aquí, procuré darme cuenta de mi estado en aquel momento.

Parecíame que después de dictada la sentencia había transcurrido mucho tiempo; pero no imaginé un solo instante que pudiera estar verdaderamente muerto. Semejante idea, á pesar de todas las ficciones literarias, es de todo punto incompatible con la existencia real; pero ¿dónde estaba, y en qué situación?

Yo sabía que los condenados á muerte solían sufrir la pena en los autos de fe; y precisamente habíase celebrado una solemnidad de este género el mismo día en que se me juzgó. ¿Me habrían conducido de nuevo al calabozo para esperar allí el próximo sacrificio, que no debía efectuarse hasta dentro de algunos meses? Desde luego vi que esto no podía ser, pues habíase reunido el contingente de las víctimas. Por otra parte, mi primer calabozo, así como las celdas de todos los condenados en Toledo, tenía el pavimento de piedra, y no faltaba completamente la luz.

De repente, una idea horrible hizo afluir la sangre á mi corazón, y durante algunos minutos volví á quedar en estado de insensibilidad. Al volver en mí púseme en pie, temblando convulsivamente; extendí con ansiedad los brazos hacia adelante, y no toqué nada, pero temía dar un solo paso, figurándome que iba á tropezar contra las paredes de mi tumba. El sudor inundaba mi cuerpo, y formando gruesas gotas acumulábase en mi frente; la angustia de la incertidumbre llegó á ser intolerable, y al fin avancé poco á poco con los brazos extendidos y los ojos desenchajados, esperando sorprender un débil rayo de luz. Dí algunos pasos, pero todo estaba negro y vacío; entonces respiré más libremente, y parecióme indudable que no se me había reservado la más espantosa muerte.

Y mientras seguía avanzando con precaución, asaltaron mi pensamiento los mil vagos rumores que habían circulado sobre los horribles hechos ocurridos en Toledo. Referíanse cosas muy extrañas sobre aquellos calabozos, y yo las había considerado siempre como fábulas, pues eran tan espantosas, que sólo se podían repetir en voz baja. ¿Debería yo morir de hambre en aquel mundo subterráneo de las tinieblas, ó qué destino más terrible aún me esperaba? Conocía demasiado bien el carácter de mis jueces para poner en duda

que el resultado sería mi muerte, y alguna muerte elegida con cruel refinamiento; y por eso preocupábame sólo sobre el día y la hora.

Mis manos extendidas encontraron al fin un obstáculo sólido: era una pared, al parecer de piedra, á juzgar por lo lisa, húmeda y fría; la seguí de cerca, avanzando con la recelosa desconfianza que me habían infundido ciertas antiguas historias; pero esta manobra no me facilitó el medio de reconocer las dimensiones de mi calabozo, pues podía dar la vuelta y regresar al punto de partida sin echarlo de ver; tan uniforme parecía el muro. Entonces busqué el cuchillo que llevaba en la faltriquera cuando me condujeron al tribunal; pero había desaparecido, pues se me despojó de mi ropa para ponerme una especie de sayón de estameña: mi objeto era introducir la hoja en alguna grieta de la pared, para reconocer el punto de que había partido. La dificultad me hubiera parecido vulgar en cualquier otro caso; pero en aquel momento, atendido el desorden de mis ideas, consideréla invencible. Arranqué un pedazo del dobladillo del sayo y le puse en el suelo de modo que formase ángulo recto contra la pared, pues siguiendo mi camino á tientas al rededor del calabozo, no podía menos de encontrar aquella señal cuando hubiese recorrido todo el circuito. Yo lo creía así por lo menos; mas no tuve en cuenta la extensión de mi calabozo ni mi debilidad. El terreno era húmedo y resbaladizo; avancé tambaleándome durante algún tiempo, y después tropecé y caí. Mi extremada fatiga me indujo á permanecer inmóvil, sin levantarme, y el sueño me sorprendió muy pronto en aquel estado.

Al despertar, y cuando extendí los brazos, encontré á mi lado un pán y un jarro de agua: estaba demasiado desfallecido para reflexionar sobre aquella circunstancia; pero bebí y comí ávidamente. Poco tiempo

después continué mi exploración al rededor del calabozo, y con mucho trabajo llegué á la señal, es decir al pedazo de estameña. Había contado ya cincuenta y dos pasos cuando caí, y al continuar mi paseo conté cuarenta y ocho hasta el sitio de la señal, resultando, pues, un total de ciento; y suponiendo que dos pasos compusieran una vara, presumí que el calabozo tenía cincuenta de circuito. Sin embargo, había reconocido muchos ángulos en la pared, y por lo tanto no había medio de conjeturar la forma del calabozo, ó mejor dicho la cueva, pues en mi concepto no podía ser otra cosa.

No me interesaba mucho aquella investigación, pues no tenía esperanza alguna; pero una vaga curiosidad me impulsó á continuarla. Separándome de la pared, resolví atravesar la superficie circunscrita, y al principio avancé con suma precaución, pues aunque el suelo parecía de una materia dura, era muy resbaladizo; pero al fin, armándome de valor, me adelanté con paso seguro, procurando seguir en lo posible la línea recta. Había avanzado ya diez ó doce pasos, cuando de pronto se me enredó entre las piernas el sayo por donde le había rasgado, y al pisarle caí de bruces.

Aturdido por el golpe, no observé de pronto una circunstancia algo sorprendente, y en la cual fijé mi atención, sin embargo, algunos minutos después, cuando aún estaba tendido. He aquí lo que era: mi barba se apoyaba en el suelo, pero mis labios y la parte superior de la cabeza no tocaban en nada; al mismo tiempo parecióme que mi frente estaba bañada en un vapor viscoso, y percibí un olor particular como de setas pasadas; extendí los brazos, y no pude menos de estremecerme al reconocer que había caído sobre el borde de un pozo circular, cuya profundidad no podía medir en aquel momento. Al tocar la pared sobre el brocal, pude extraer un fragmento, y arrojéle en el

abismo. Por espacio de algunos segundos escuché atentamente; en su caída chocaba con las paredes del pozo, y al fin se hundió en el agua, produciendo un sonido sordo y lúgubre, seguido de ruidosos ecos. En el mismo instante prodújose sobre mi cabeza un rumor, como si cerrasen y abriesen una puerta, y un débil rayo de luz atravesó de pronto la oscuridad, extinguiéndose al punto.

Comprendí entonces claramente la muerte que me deparaban, y felicítame del oportuno incidente que me había salvado. Este género de muerte evitada tan á tiempo, tenía ese carácter que yo consideraba hasta entonces como fabuloso y absurdo en los muchos cuentos que circulaban sobre la Inquisición. Las víctimas de su tiranía no tenían más alternativa que la muerte con sus más crueles agonías físicas, ó con sus más abominables tormentos morales; á mí se me había reservado para esta última. Mis nervios estaban tirantes á causa de tan largo padecimiento, tanto que temblaba al oír mi propia voz; y por todos conceptos era yo entonces la mejor presa para la especie de martirio que me esperaba.

Temblando como un azogado, retrocedí al punto á tientas hacia la pared, resuelto á morir antes que arrostrar los horrores del pozo, multiplicados entonces por mi espíritu en las tinieblas de mi prisión. En otra situación de ánimo, hubiera tenido valor para acabar de una vez con tantas miserias, precipitándome en el abismo; pero en aquel momento era el mayor de los cobardes; y por otra parte no podía olvidar lo que había leído sobre aquellos pozos, es decir, que la extinción *repentina* de la vida era una posibilidad cuidadosamente evitada por el genio infernal que concibiera el plan.

La agitación de mi espíritu me tuvo despierto durante largas horas; pero al fin me aletargué de nue-

vo. Al despertar hallé junto á mí, como la primera vez, un pan y un jarro de agua; la sed más abrasadora me devoraba, y apuré todo el contenido. Preciso era que aquel agua tuviese alguna droga, pues apenas la bebí sobrecogiome un sopor irresistible; un sueño profundo se apoderó de mí, sueño semejante al de la muerte. Ignoro cuánto tiempo duró; pero cuando abrí los ojos, los objetos que había á mi alrededor eran visibles; y gracias á un resplandor singular, sulfuroso, cuyo origen no pude descubrir al principio, me fué dado ver la extensión y aspecto de mi calabozo.

Habíame equivocado de medio á medio sobre sus dimensiones; las paredes no medían más de veinticinco varas de circuito, detalle que por espacio de algunos minutos me ocasionó profunda turbación, harto pueril á la verdad, pues en medio de las terribles circunstancias que me rodeaban, nada podían importarme las dimensiones de mi prisión; pero mi espíritu se interesaba singularmente en aquellas nimiedades, y me afané para explicarme el error cometido en mis medidas. Al fin se me representó la verdad como un rayo de luz: en mi primera tentativa de exploración había contado cincuenta y dos pasos hasta el momento de caer; debía hallarme entonces á uno ó dos de mi señal; y de hecho había recorrido casi el circuito del calabozo cuando me dormí; pero al despertar, sin duda hube de retroceder, creando así una circunferencia casi doble. La confusión de mi cerebro me impidió seguramente observar que había comenzado la vuelta con la pared de la izquierda y la terminaba teniéndola á mi derecha.

También me engañé relativamente á la forma de mi prisión: tanteando el camino, había encontrado muchos ángulos, y deduje de esto que el conjunto era muy irregular: tan poderoso es el efecto de una oscuridad completa en todo aquel que despierta de un le-

targo ó de un sueño. Aquellos ángulos se producían simplemente por algunas ligeras depresiones á intervalos desiguales; la forma general del calabozo era un cuadrado; y lo que yo había tomado por mampostería asemejábase ahora al hierro, ó cualquiera otro metal, en forma de grandes planchas, cuyas suturas producían las depresiones. Toda la superficie de aquella construcción metálica estaba toscamente pintarrajada con todos los hediondos y repulsivos emblemas á que dió nacimiento la superstición sepulcral de los frailes; varias figuras de diablos con aspecto amenazador, formas de esqueletos y otras imágenes horribles manchaban aquellas paredes en toda su extensión. Observé que los contornos de estas monstruosidades se marcaban bastante bien, pero que los colores estaban marchitos y alterados, como por efecto de una atmósfera húmeda; y también noté entonces que el suelo era de piedra. En el centro veía la boca circular del pozo de que había escapado, y que era el único.

Vi todo esto confusamente, no sin algún esfuerzo, pues mi posición física había cambiado singularmente durante mi sueño: estaba tendido de espalda en una especie de tablado de madera muy bajo, y atado fuertemente por una cosa que me pareció una correa, la cual se arrollaba varias veces al rededor de mis miembros y del cuerpo, dejando sólo libres la cabeza y el brazo izquierdo; mas para mover este último á fin de tomar el alimento de una especie de escudilla puesta junto á mí en el suelo, érame preciso esforzarme penosamente. Con terror eché de ver que se habían llevado la jarra, y digo con terror porque me devoraba una sed intolerable. Parecióme entonces que el plan de mis verdugos era exasperar mi sed, pues el alimento contenido en la escudilla estaba cargado de especias.

Alcé la vista para examinar el techo de mi prisión;

estaba á una altura de treinta á cuarenta pies, y por su aspecto asemejábase mucho á las paredes laterales. En una de sus divisiones llamé la atención una de las figuras, la mas extraña; era la del Tiempo, según se le suele representar, sólo que en vez de la hoz tenía un objeto que á primera vista tomé por la imagen pintada de un enorme péndulo, como los que vemos en los relojes antiguos. Sin embargo, en el aspecto de aquella máquina noté alguna cosa que me indujo á mirar más atentamente; y cuando la miraba, con la vista fija, pues hallábase precisamente sobre mí, parecióme que se movía. Un instante después mi idea se confirmó: su balanceo era corto, y naturalmente muy lento; observéle durante algunos minutos, no sin cierta desconfianza, pero particularmente con asombro; y cansado al fin de su monótono movimiento, fijé la vista en los demás objetos del calabozo.

Un ligero ruido me llamó la atención, y mirando el suelo, vi varias ratas enormes que iban de un lado á otro; habían salido del pozo, que estaba á mi derecha, y muy pronto aparecieron otras muchas, que avanzaban presurosas, con ojos voraces y atraídas, sin duda, por el olor de la carne: hube de hacer muchos esfuerzos para que no se acercasen.

Habría transcurrido media hora, ó tal vez una, pues no podía medir bien el tiempo, cuando al levantar de nuevo la vista, observé una cosa que me confundió y asombró. El péndulo estaba una vara más abajo, y como consecuencia natural, su velocidad era también mucho mayor; pero lo que me turbó sobre todo fué la circunstancia de que había *bajado* visiblemente. Entonces observé, é inútil es decir con qué espanto, que su extremidad inferior tenía la forma de una brillante media luna de acero, de un pie de longitud de un cuerno á otro, siendo el filo inferior tan cortante como el de una navaja de afeitar; esta especie de cuchilla,

pesada y maciza, estaba sujeta á una gruesa varilla de cobre, y el todo *silbaba* balanceándose en el espacio.

Apenas podía dudar ya de la suerte que me preparaba el horrible ingenio monacal. Los agentes de la Inquisición habían adivinado sin duda que ya conocía yo la existencia del pozo, el *pozo*, cuyos horrores estaban reservados para un hereje tan temerario como yo; el *pozo*, figura del infierno, y considerado por la opinión pública como la *Ultima Thule* de todos sus castigos. Yo había evitado la caída por la más rara de las casualidades, y recordaba que el arte de ocultar el suplicio bajo un lazo y una sorpresa, tenía gran importancia en todo aquel fantástico sistema de ejecuciones secretas. Ahora bien, habiendo escapado yo del abismo, no era ya el plan diabólico de mis verdugos precipitarme en él; se me reservaba, y esta vez sin alternativa posible, una muerte distinta y más dulce.— ¡Más dulce! Casi he sonreído en medio de mi agonía al pensar en la singular aplicación que hacía de esta palabra.

¿A qué referir las largas horas de horror, más que mortales, en las que conté las oscilaciones vibrantes del acero? Pulgada por pulgada, línea por línea, efectuábase su descenso gradual, sólo apreciable á intervalos que me parecían siglos; pero siempre descendía, siempre más y más. Transcurrieron varios días, tal vez muchos, antes que la brillante media luna se balanceara lo bastante cerca de mí para darme aire con su acre sopro. Mis fosas nasales percibían la sensación del afilado acero. Rogué al cielo, y hasta le cansé con mis súplicas, para que la cuchilla bajara más rápidamente; parecíame que me volvía loco; estaba frenético, y me esforcé para levantarme á fin de ir al encuentro de la espantosa cimitarra movible; pero después permanecí tranquilo, sonriendo ante aquella

muerte brillante, como un niño cuando contempla algún precioso juguete.

Siguióse un nuevo intervalo de perfecta insensibilidad, intervalo corto, pues al volver en mí, observé que el péndulo no había bajado de una manera apreciable; pero tal vez aquel tiempo fuera largo, pues no se me ocultaba que los agentes diabólicos, al observar mi desvanecimiento, pudieron detener la vibración á su antojo.

Al recobrar el uso de mis sentidos experimenté un malestar y una debilidad indecibles, como por efecto de una larga inanición; pero aun en medio de aquellas angustias la naturaleza humana imploraba su alimento. Con penosos esfuerzos extendí mi brazo izquierdo, tanto como me lo permitieron las ligaduras, y apoderéme del resto que las ratas me habían dejado.

Al acercar el alimento á la boca, una idea halagüeña, un rayo de esperanza cruzó de pronto por mi mente; pero ¿qué había ya de común entre la esperanza y yo? Díjeme que aquello era un pensamiento informe; el hombre concibe á menudo otros análogos, que nunca son completos; comprendí que era idea alegre, de esperanza, pero también que moría al nacer. En vano traté de rehacerla, de no dejarla escapar; mis largos padecimientos habían aniquilado casi las facultades ordinarias de mi espíritu: era un imbécil, un idiota.

La vibración del péndulo se efectuaba en un plano que formaba ángulo recto con mi longitud, y observé que la media luna se había dispuesto de modo que atravesase la región del corazón. A pesar de la espantosa dimensión de la curva recorrida (unos treinta pies, ó tal vez más), y de la irresistible energía del descenso, que hubiera bastado para cortar aquellas paredes de hierro, todo cuanto podía hacer dentro de algunos minutos era rozarme la ropa: al pensar esto,

no osé proseguir mi reflexión; me fijé en la idea con tenacidad, como si esta insistencia pudiese contener la bajada del acero. Comencé á meditar sobre el sonido que la media luna produciría al pasar por mi vestido; sobre la sensación particular y penetrante que el frotamiento de la tela ocasionaría en los nervios. Pensé en todas estas nimiedades, hasta que mis dientes se entrechocaron.

Deslizábase más, cada vez más, acercándose siempre, y yo me complacía, con una especie de frenesí, en comparar su celeridad de arriba abajo con la de los lados. ¡A derecha, á izquierda, y después alejábase mucho y volvía, produciendo un golpe, como un espíritu condenado, y acercándose á mi corazón con el paso furtivo del tigre! Yo reía y gritaba alternativamente, según me dominaba una ú otra idea.

¡Más abajo, invariablemente más abajo! Vibraba á tres pulgadas de mi pecho, é hice un esfuerzo furioso para desasir mi brazo izquierdo, que sólo podía mover desde el codo hasta la mano; érame posible servirme de esta última sólo para llevar el alimento desde el plato que estaba junto á mí hasta la boca, y aun esto con mucho trabajo. Si hubiera podido romper las ligaduras más arriba del codo, habría cogido el péndulo, procurando detenerle; pero esto hubiese sido tan inútil como tratar de contener una avalancha.

¡Siempre más abajo, más abajo! Respiré dolorosamente, y agitábame á cada vibración. Mis ojos le seguían en su movimiento ascensional y descendente con desesperado frenesí, y cerrábanse con un estremecimiento espasmódico en el momento de la bajada, aunque la muerte habría sido un alivio! Sin embargo, temblaba de pies á cabeza al pensar que bastaba que la máquina bajase un poco para precipitar sobre mi pecho aquella hacha afilada y brillante. La *esperanza* era la que hacía temblar así mis nervios; era

la *esperanza*, que triunfa hasta en el caballete, que susurra al oído de los condenados á muerte en los calabozos mismos de la Inquisición.

Observé que diez ó doce vibraciones pondrían el acero en contacto inmediato con mi ropa, y este detalle produjo en mi ánimo la calma de la desesperación; por primera vez, hacía muchas horas, y tal vez días, *pensé* y ocurrióme, que la ligadura que me sujetaba era de una sola pieza; estaba atado por un lazo continuo: el primer corte de la hoja de acero en una parte cualquiera de la correa debía desprenderla lo bastante para que mi mano izquierda pudiera desarrollarla á mi alrededor; pero, ¡cuán terrible llegaría á ser en este caso la proximidad del acero! El resultado de la más ligera sacudida sería mortal. ¿Era verosímil, por otra parte, que los ayudantes del verdugo no hubiesen previsto y obviado esta posibilidad? ¿Era probable que la ligadura cruzara por mi pecho en el trayecto del péndulo? Temblando al pensar que podría frustrarse aquella débil *esperanza*, sin duda la última, levanté lo bastante la cabeza para mirar bien el pecho: la ligadura rodeaba fuertemente mis miembros en todos sentidos, *excepto en la parte que debía tocar la hoja homicida.*

Apenas volví á inclinar la cabeza, dejándola tomar su primera posición, brilló en mi espíritu alguna cosa que yo definiría como el complemento de esa idea de libertad de que ya he hablado, y de la cual sólo había concebido vagamente una parte cuando acerqué el alimento á mis labios abrasados. Ahora tenía toda la idea, débil, apenas definida, pero completa, é inmediatamente intenté realizarla con la energía de la desesperación.

Hacía algunas horas que las ratas pululaban materialmente en la inmediatez del tablado en que me hallaba tendido; eran turbulentas, atrevidas, voraces; sus rojizos ojos tenían la mirada fija en mí, cual si sólo

esperasen la inmovilidad para hacer presa de mi cuerpo. ¿A qué alimento, pensé yo, se habrán acostumbrado en este pozo?

Ya habían devorado, á pesar de mis esfuerzos para impedirlo, casi todo el contenido de mi plato; mi mano estaba ya acostumbrada al movimiento de vaivén hacia el mismo, y por efecto de la uniformidad maquinaal de aquel, había perdido toda su fuerza. Á tal punto llegaba la voracidad de los roedores, que con frecuencia clavaban sus agudos dientes en mis dedos. Con los pedacitos de carne aceitosa que aún quedaba, froté la ligadura allí donde podía alcanzar, y retirando después mi mano del suelo, permanecí inmóvil sin respirar.

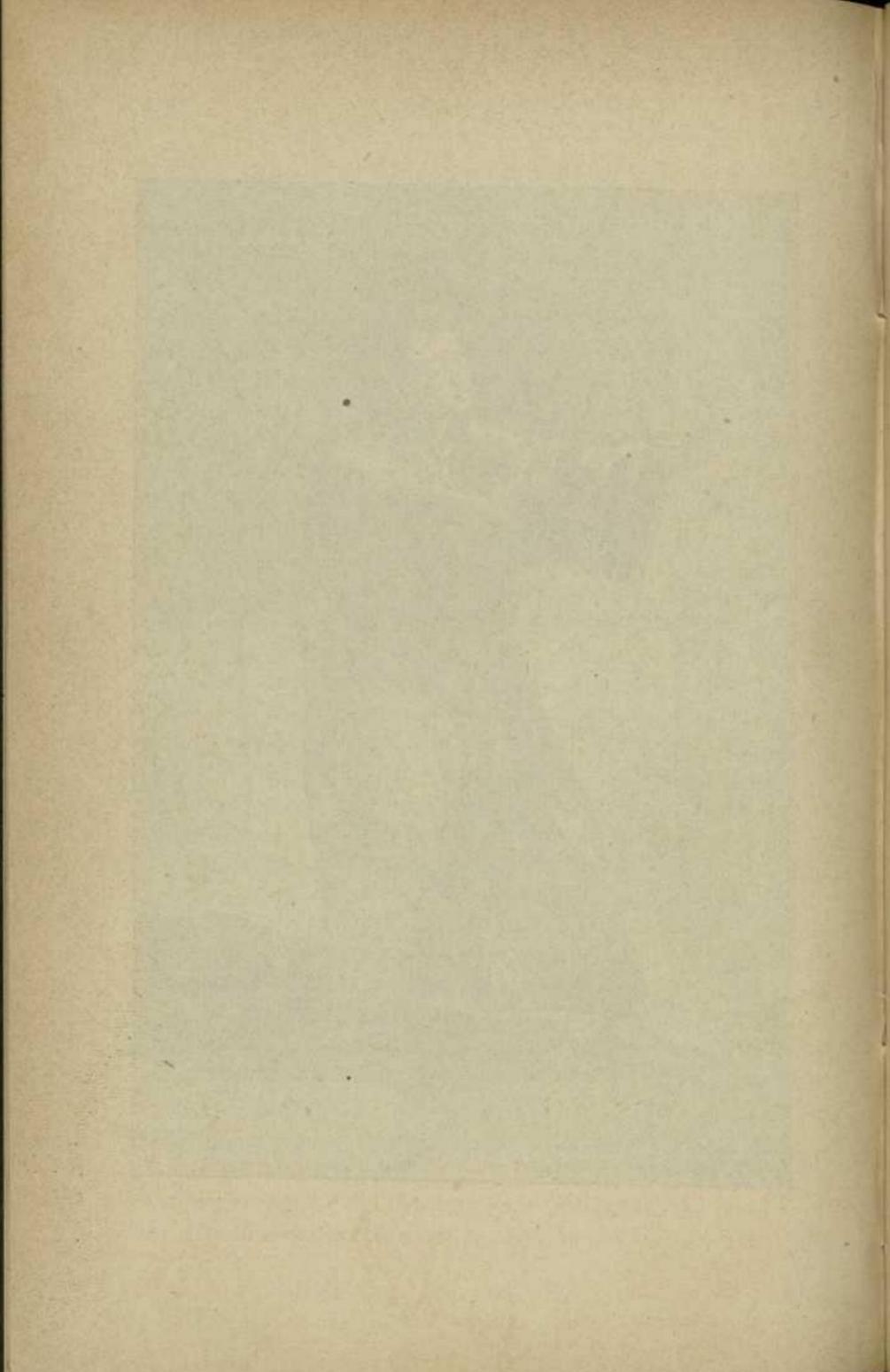
Los voraces animales se atemorizaron al principio por el cambio, por la cesación del movimiento; alarmáronse y emprendieron la retirada, volviendo algunos de ellos al pozo; pero esto duró sólo un instante, y no en vano conté con su glotonería.

Al observar que continuaba inmóvil, uno ó dos de los más atrevidos saltaron al tablado y olfatearon la ligadura, lo cual me pareció señal de que la invadirían muy pronto todos los demás; y en efecto, una numerosa legión salió del pozo; todos se agarraron á la madera, escaláronla y saltaron á centenares sobre mi cuerpo. El movimiento regular del péndulo no les inquietaba en manera alguna; evitaban su paso y roían activamente la ligadura aceitosa; oprimiéndose cada vez más, se amontonaban sin cesar sobre mí; enroscábanse sobre mi cuello; sus hocicos buscaban mis labios; su peso multiplicado me sofocaba casi; y una repugnancia que no tiene nombre en el mundo levantaba mi pecho, helándome el corazón como un pesado vómito. Comprendí, sin embargo, que dentro de un minuto habría terminado ya la horrible operación, pues sentía que la ligadura se aflojaba, y estaba seguro

de que los roedores la habían cortado en más de una parte. Con una resolución sobrehumana permanecí *inmóvil*, y pronto pude reconocer que no me había engañado en mis cálculos: mis padecimientos no resultaron inútiles. Al fin observé que estaba *libre*; los pedazos de la ligadura pendían al rededor de mi cuerpo; pero el movimiento del péndulo atacaba mi pecho; había cortado ya la tela de mi sayón y la camiseta interior; osciló dos veces más, y la sensación de un dolor agudo atravesó todos mis nervios; pero era llegado el momento de la salvación. Un ademán con la mano bastó para que mis salvadores emprendieran tumultuosamente la fuga; y entonces, practicando un movimiento resuelto y oblicuo, aunque con prudencia, y aplanándome lentamente, me deslicé fuera de la ligadura y de los alcances de la cimitarra. Por lo pronto, cuando menos, *estaba libre*.

¡Libre! ¡Y en las garras de la Inquisición! Apenas hube salido de aquel horrible lecho y dado algunos pasos por el calabozo, el movimiento de la máquina infernal cesó, y observé que la retiraba alguna fuerza invisible por el techo. Este detalle me desesperó, pues comprendí que se espiaban todos mis movimientos. ¡Libre! No había escapado de la muerte en forma de agonía sino para sufrir alguna cosa peor por cualquier otro medio; al hacer esta reflexión, fijé la mirada convulsivamente en las paredes de hierro que me rodeaban; y entonces eché de ver ¡cosa singular! un cambio que se producía en la habitación, y que al principio no pude apreciar claramente. Al cabo de algunos minutos de horrorosa meditación, y cuando me perdía en vanas conjeturas, observé por primera vez el origen de la luz sulfurosa que iluminaba la celda. Provenía de una grieta de media pulgada de anchura que se extendía al rededor del calabozo por la base de las paredes, las cuales parecían así separadas del suelo y está-





banlo efectivamente. Traté de mirar por aquella abertura, pero ya se comprenderá que fué inútil.

Al levantarme, completamente desanimado, comprendí el misterio de la alteración producida. Había observado que, si bien los contornos de las figuras murales eran bastante distintos, los colores parecían vagos é indecisos; pero á cada momento adquirían un brillo más intenso, el cual comunicaba á aquellas imágenes fantásticas y diabólicas un aspecto que hubiera hecho estremecer á personas de nervios más sólidos que los míos. Ojos de demonio, de una viveza feroz y siniestra, fijaban en mí su mirada desde numerosos sitios donde antes no se veía cosa alguna, con el lúgubre brillo de un fuego que yo quería, aunque inútilmente, considerar como imaginario.

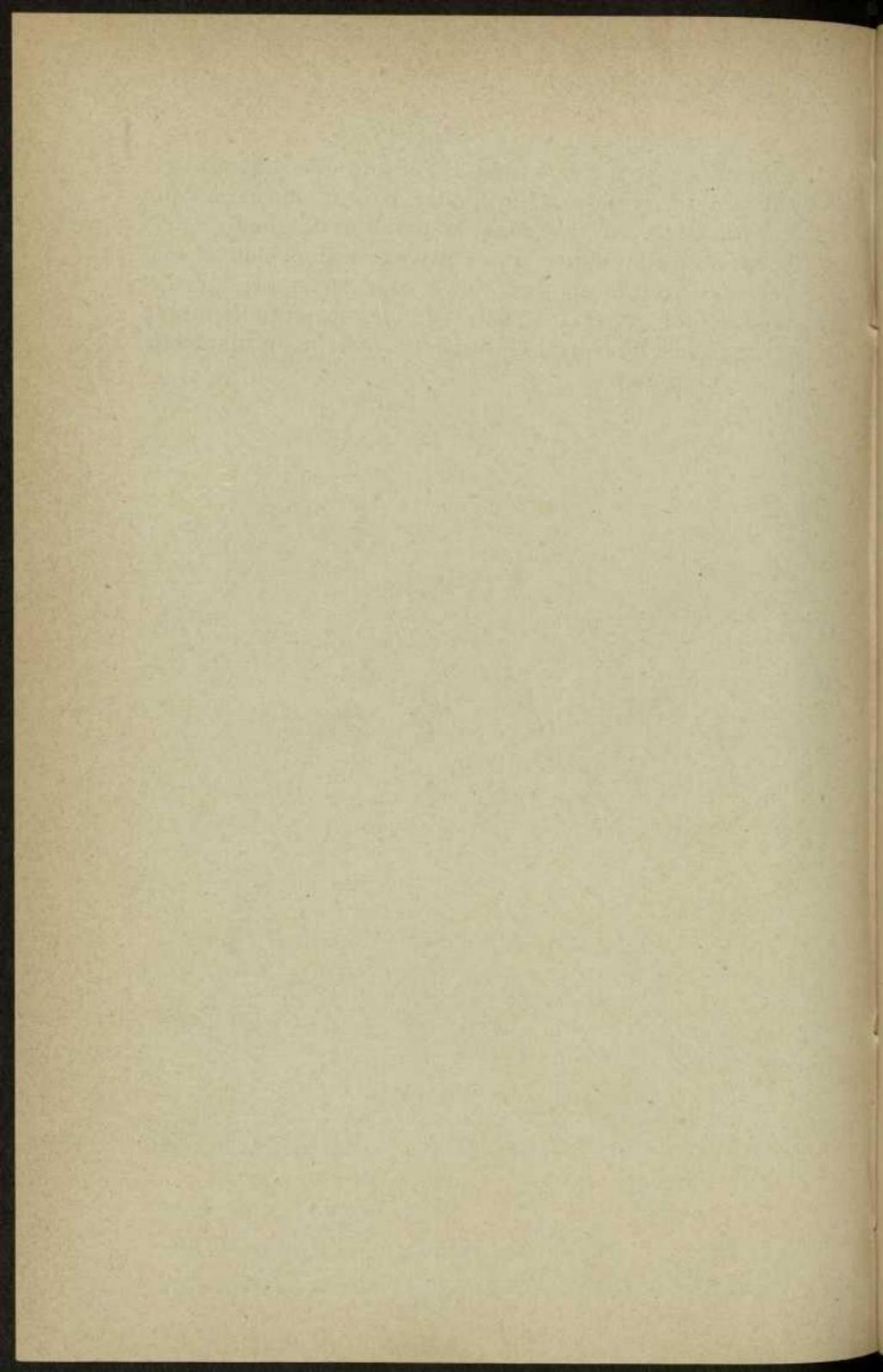
¡Imaginario!— Bastábame respirar para percibir el vapor del hierro calentado. Un olor sofocante llenó mi calabozo; los ojos que me miraban para contemplar mi agonía brillaban con más fuerza; y en aquellas horribles pinturas de sangre noté un tinte más rojizo. Respiraba con dificultad, pues era indudable el designio de mis verdugos. ¡Oh! ¡eran los hombres más desapiadados y diabólicos! Me alejé cuanto pude del metal ardiente, dirigiéndome al centro de mi prisión, y ante aquella muerte por el fuego, la idea de la frescura del pozo me alivió como un bálsamo. Entonces me precipité hacia el terrible brocal y dirigí una mirada al fondo; el brillo de la bóveda inflamada iluminó sus más recónditas cavidades; pero durante un momento de extravío mi espíritu no pudo explicarse la significación de lo que veía. Al fin lo comprendí, estremecido de espanto. ¡Oh! ¡una voz para hablar! ¡Oh qué horrores! ¡Todos menos los que veía serían preferibles! Profiriendo un grito me retiré del brocal, y con el rostro oculto en las manos, lloré amargamente.

El calor aumentaba con rapidez; de nuevo alcé los ojos, estremeciéndome como en un acceso de fiebre. En aquel momento verificábase un segundo cambio en el calabozo, y esta vez era evidentemente en la *forma*. Así como antes, no pude al principio apreciar ni comprender lo que pasaba; pero no me dejaron mucho tiempo en la duda. La venganza de la Inquisición no se detenía; burlada dos veces por mi suerte, no quería jugar ya más con el Rey de los Espantos. La habitación era antes cuadrada, y en aquel momento observé que dos de sus ángulos de hierro se habían hecho agudos, resultando, como ya se comprenderá, otros dos obtusos. El terrible contraste aumentaba rápidamente con un crujido sordo, y mi calabozo tomó al punto la forma de un romboide; pero la transformación no cesó aquí; yo no deseaba ni esperaba tampoco que cesase, y hubiera aplicado los rojos muros contra mi pecho para disfrutar al fin de la eterna paz. — ¡La muerte! me dije, ¡cualquier género de muerte excepto la del pozo! — ¡insensato! ¡Cómo no había comprendido yo *que era necesario el pozo*, y que *sólo aquel pozo* era la razón del hierro candente que me asediaba! ¿Podía yo resistir á su ardor? Y aunque así fuese ¿me sería dado rechazar su presión? Entre tanto, el romboide se aplanaba, con una rapidez que no me permitía reflexionar; su centro, colocado en la línea de su mayor anchura, coincidía exactamente con la boca del abismo. Traté de retroceder; pero las paredes, estrechándose cada vez más, oprimíanme irresistiblemente. Por último, llegó un instante en que mi cuerpo, quemado y contraído, apenas halló sitio, porque no le había, ni mi pie un espacio para apoyarse. No luché más; pero la agonía de mi alma se exhaló en un prolongado grito de desesperación; sentí que *vacilaba* en el borde del abismo, y aparté la vista...

Pero de repente oigo un ruido discordante de voces

humanas, seguido de una explosión, un huracán de trompetas, y después un poderoso rugido, semejante al fragor de mil truenos. Las paredes de fuego retroceden rápidamente; un brazo extendido coge el mío en el momento en que iba á caer en el pozo; era el brazo del general Lasalle: el ejército francés había entrado en Toledo; la Inquisición estaba en manos de sus enemigos.





LA BARRICA DE AMONTILLADO

COLLEGE OF THE CITY OF NEW YORK



LA BARRICA
DE AMONTILLADO

HABÍA tolerado cuanto me fué posible las mil injusticias de Fortunato; pero cuando se permitió el insulto, juré vengarme. Vosotros, que conocéis bien la naturaleza de mi alma, no supondréis, sin embargo, que esto fuese una simple amenaza; era preciso vengarme al fin, y estaba completamente resuelto; pero la sinceridad misma de mi determinación excluía toda idea de peligro. Debía castigar, pero impunemente; una injuria no se lava cuando el castigo alcanza á quien le aplica, ni queda satisfecha si el vengador no tiene cuidado de darse á conocer al que infirió la injuria.

Conviene que todos sepan que yo no había dado el menor motivo á Fortunato para dudar de mi benevolencia, ni por mis palabras ni por mis actos; según mi costumbre, continué sonriendo cuando me hablaba, y no adivinó que mi sonrisa sólo revelaría en adelante la idea de mi venganza.

Fortunato tenía un flaco, aunque fuese por todos conceptos un hombre respetable, y hasta temible: vanagloriábase de ser muy inteligente en vinos. Pocos italianos poseen el verdadero espíritu conocedor; su entusiasmo se manifiesta y adapta las más de las veces según el tiempo y la ocasión, y es un charlatanismo propio para influir en los millonarios ingleses y austríacos. En cuanto á pinturas y piedras preciosas, Fortunato, así como sus compatriotas, era un charlatán; pero en materia de vinos rancios, no dejaba de ser entendido. Por este concepto, yo no difería esencialmente de él, pues conocía bien los de Italia, y compraba grandes cantidades cuando podía.

Cierto día de carnaval, al oscurecer, encontré á mi amigo, que se acercó á mí con la más afectuosa cordialidad, sin duda porque había bebido mucho. Mi hombre iba disfrazado; llevaba un traje ceñido, y la cabeza cubierta con un sombrero cónico guarnecido de campanillas. Me alegré mucho de verle, y creí que no acabaría nunca de estrecharle la mano.

—Querido Fortunato—le dije—el encuentro es oportuno. ¡Qué buen semblante tiene usted hoy! Digo que me alegro verle porque he recibido una pipa de amontillado, ó por lo menos de un vino que me dan como tal, y tengo mis dudas.

—¿Una pipa de amontillado?—replicó mi amigo.—
¡No es posible!—¡En medio del carnaval!

—Tengo dudas—repuse—y he cometido la torpeza de pagar todo el valor sin consultar con usted antes. No le he podido encontrar, y he temido perder la ocasión de hacer la compra.

—¡Amontillado!—exclamó mi amigo.

—Repito que tengo mis dudas.

—¿Sobre el amontillado?

—Sí, y quiero saber á qué atenerme.

—¿Respecto al amontillado?

— ¡Sí, hombre! Y como sin duda le habrán hecho alguna invitación á usted, voy á buscar á Luchesi, pues si hay algún inteligente, seguramente es él. Luchesi me dirá...

— Luchesi es incapaz de distinguir entre el amontillado y el Jerez.

— Y sin embargo, hay imbéciles que sostienen que es tan inteligente como usted.

— ¡Vaya, vamos!

— ¿A dónde?

— A su bodega.

— No, amigo mío, no quiero abusar de su bondad, veo que está convidado, y de consiguiente, Luchesi...

— No estoy convidado. ¡Vamos!

— No, amigo mío; no lo hago por la invitación, sino porque me parece que está usted padeciendo á causa del frío, y en la bodega hay mucha humedad; las paredes están cubiertas de nitro.

— No importa, vamos; el frío no vale nada. Es preciso ver ese amontillado; sin duda ha sido usted víctima de un engaño; y en cuanto á Luchesi, es incapaz de distinguirle del Jerez.

Así diciendo, Fortunato me cogió del brazo; yo me puse una careta de seda negra, y embozándome en la capa, me dejé conducir hasta mi palacio.

Los criados no estaban en la casa; yo les había dicho que no volvería hasta por la mañana, dándoles formalmente la orden de no salir, lo cual bastaba, como yo sabía muy bien, para que todos marchasen apenas viese la espalda.

Cogí dos candeleros, entregué uno á Fortunato y condújele con la mayor complacencia á través de varias habitaciones, hasta el vestíbulo por donde se bajaba á la bodega; comencé á franquear una larga y tortuosa escalera, y volvía á menudo la cabeza para recomendar á mi amigo que tuviese cuidado. Al fin

llegué á los últimos peldaños, y nos hallamos los dos en el suelo húmedo de las catacumbas de Montresors.

Mi amigo se tambaleaba, haciendo resonar á cada movimiento sus campanillas.

—¿Dónde está la pipa de amontillado?—preguntóme.

—Mas lejos—contesté;— pero vea usted ese bordado blanco que brilla en las paredes.

Fortunato fijó en mí la mirada de sus ojos vidriosos, que destilaban las lágrimas de la embriaguez.

—¿El nitro?—preguntó al fin.

—Sí, el nitro—repuse.—¿Cuánto tiempo hace que tiene usted esa tos?

Un nuevo acceso impidió á mi amigo contestar hasta que pasaron algunos minutos.

—No es nada—replicó al fin.

—Venga usted—le dije con firmeza,— vámonos de aquí, pues no quiero que se resienta su importante salud. Usted es rico y feliz, como yo lo fuí en otro tiempo; se le respeta y se le ama, y su muerte dejaría un gran vacío. Yo no me hallo en el mismo caso. Vámonos de aquí, porque de lo contrario enfermaría usted. Por otra parte, tengo á Luchesi...

—Basta—replicó Fortunato—la tos no es nada; el resfriado no me matará.

—Cierto, muy cierto—repuse;— verdaderamente no tenía intención de alarmarle en vano; pero debería usted adoptar precauciones. Un trago de este medoc le preservará á usted de la humedad.

Y cogiendo una botella entre las muchas de una prolongada serie alineada en el suelo, la destapé.

—Beba usted—dije á Fortunato, presentándole el vino.

Acercó la botella á sus labios, mirándome de reojo, saludóme familiarmente (las campanillas sonaron) y dijo:

—Brindo por los difuntos que reposan al rededor de nosotros.

—Y yo por la salud de usted, deseándole larga vida.

Mi amigo me cogió del brazo y seguimos adelante.

—Estas bodegas — me dijo — son muy vastas.

—Los Montresors — contesté — eran una notable y numerosa familia.

—No me acuerdo cómo es el escudo.

—Un pie de oro en campo azul; el pie aplasta una serpiente que se arrastra, y que ha clavado sus dientes en el talón.

—¿Y la divisa?

—*Nemo me impune lacessit.*

—Muy bien.

El vino brillaba en los ojos de Fortunato, y las campanillas sonaban. El medoc me había calentado también un poco la cabeza; pero pronto llegamos, á través de montones de osamentas mezcladas con barricas y toneles, á las ultimas profundidades de las catacumbas. Detúveme de nuevo, y esta vez me tomé la libertad de coger á mi amigo por un brazo.

—El nitro aumenta — le dije; — vea usted cómo está suspendido de las bóvedas; nos hallamos en el lecho del río: las gotas de la humedad se filtran á través de las osamentas. ¡Vaya, vámonos antes que sea demasiado tarde! Esa tos...

—No es nada — contestó Fortunato; — sigamos adelante; mas por lo pronto, venga otro trago de medoc.

Destapé un frasco de vino de Grave y se lo presenté; vaciólo de un trago, y sus ojos brillaron como si fueran de fuego; comenzó á reir y arrojó la botella al aire con un ademán que no pude comprender.

Le miré con sorpresa, y repitió el movimiento, que á la verdad era muy grotesco.

—¿No comprende usted? — me dijo.

—No — repliqué.

—Entonces no es usted de la logia.

—¿Cómo?

—No es usted masón.

—¡Sí, sí,—repuse— eso sí!

—¿Usted? ¡Imposible! ¿Usted masón?

—Sí, masón.

—Veamos; una señal.

—Mire usted —repliqué, sacando una paleta de albañil de entre los pliegues de mi capa.

—Usted se chancea —exclamó, retrocediendo algunos pasos; —pero vamos a ver el amontillado.

—Sea —contesté, guardando el útil, y ofreciendo el brazo a mi amigo. Fortunato se apoyó con pesadez y continuamos nuestro camino en busca del amontillado. Después de atravesar una serie de arcos muy bajos seguimos avanzando por una bajada, y al fin llegamos a una cripta profunda, donde la impureza del aire más bien enrojecía nuestras luces que las hacía brillar.

En el fondo de aquella cripta descubriase otra no menos espaciosa; sus paredes se habían revestido con los restos humanos acumulados en los subterráneos que estaban situados sobre nosotros, a la manera de las grandes catacumbas de Paris. Tres lados de la cripta tenían aquel adorno; pero en el cuarto se habían arrancado los huesos, que yacían confusamente en el suelo y formaban en cierto sitio una especie de muro; en la pared desnuda, por la caída de los huesos, veíase un nicho de cuatro pies de profundidad, por tres de ancho y seis ó siete de altura; al parecer no se había construido para ningún uso especial, constituyendo simplemente el intervalo entre dos de las enormes pilstras que sostenían la bóveda de las catacumbas, apoyándose en una de las paredes de granito macizo que limitaban el conjunto.

Inútilmente trató Fortunato de escudriñar la profundidad del nicho levantando su hacha, pues la luz,

muy debilitada, no nos permitía ver la extremidad.

—Avance usted—dije á mi amigo;—allí está el amontillado. En cuanto á Luchesi...

—¡Es un ignorante!—interrumpió Fortunato, adelantándose un poco, y seguido de cerca por mí.

En un momento alcanzó la extremidad del nicho, y al ver que la roca le cerraba el paso, detúvose con aire perplejo. Un instante después teníale encadenado en la pared de granito, donde había dos grapones de hierro á la distancia de dos pies uno de otro, y dispuestos en sentido horizontal; en uno de ellos hallábase suspendida una cadena corta, y en la otra un candado; enlacé con aquella la cintura de Fortunato, y pude sujetarle fácilmente, porque era tal su asombro, que no se resistió; después retiré la llave del candado y salí del nicho.

—Pase usted la mano por la pared—le dije—pues no podrá menos de tocar el nitro. A decir verdad está muy húmedo, y por eso *suplicaré* á usted una vez más que se vaya. ¿No quiere usted? Pues bien; será preciso marcharme, pero le dispensaré antes las atenciones que están á mi alcance.

—¡El amontillado!—exclamó mi amigo, no recobrado aún de su asombro.

—Es verdad—reliqué—el amontillado.

Al pronunciar estas palabras acerquéme al montón de osamentas de que ya he hablado, separé algunas de ellas y dejé en descubierto un buen número de ladrillos y mortero. Con estos materiales, y sirviéndome de mi paleta, comencé á tapiar la entrada del nicho.

Apenas colocaba la primera línea de ladrillos, reconocí que la embriaguez de Fortunato se disipaba en gran parte; el primer indicio que tuve fué un grito sordo, un gemido que salió del fondo del nicho; pero *no era el grito* de un hombre ebrio. Después siguióse

un silencio profundo; puse otras tres líneas de ladrillos, y entonces oí las furiosas vibraciones de la cadena; el ruido duró algunos minutos, y durante ellos me agaché sobre las osamentas para deleitarme más, interrumpiendo mi trabajo. Cuando el rumor cesó empuñé de nuevo mi paleta, y sin más interrupción coloqué la quinta línea de ladrillos, la sexta y la séptima; la pared llegaba entonces casi á la altura de mi pecho; detúveme un poco, y elevando las hachas, dirigí algunos débiles rayos sobre mi amigo.

De pronto resonaron varios gritos agudos de la persona encadenada, y esto me hizo retroceder violentamente. Durante un instante vacilé, temblé; pero al fin, desenvainando mi espada, introduje la hoja á través de las aberturas del nicho. Un instante de reflexión bastó para tranquilizarme; puse la mano sobre la sólida pared de la cueva, acerquéme al muro y respondí á los alaridos de mi hombre con otros más ruidosos aún: de este modo conseguí hacerle callar.

Era entonces la media noche, y mi obra tocaba á su fin; había completado ya la octava línea de ladrillos, la novena y la décima, y una parte de la undécima y última, faltándome sólo ajustar una piedra. La moví con trabajo, y coloquéla al fin en la posición apetecida. En el mismo momento resonó en el nicho una carcajada ahogada que me puso los cabellos de punta, y á la cual siguió una voz triste que á duras penas reconocí como la de Fortunato.

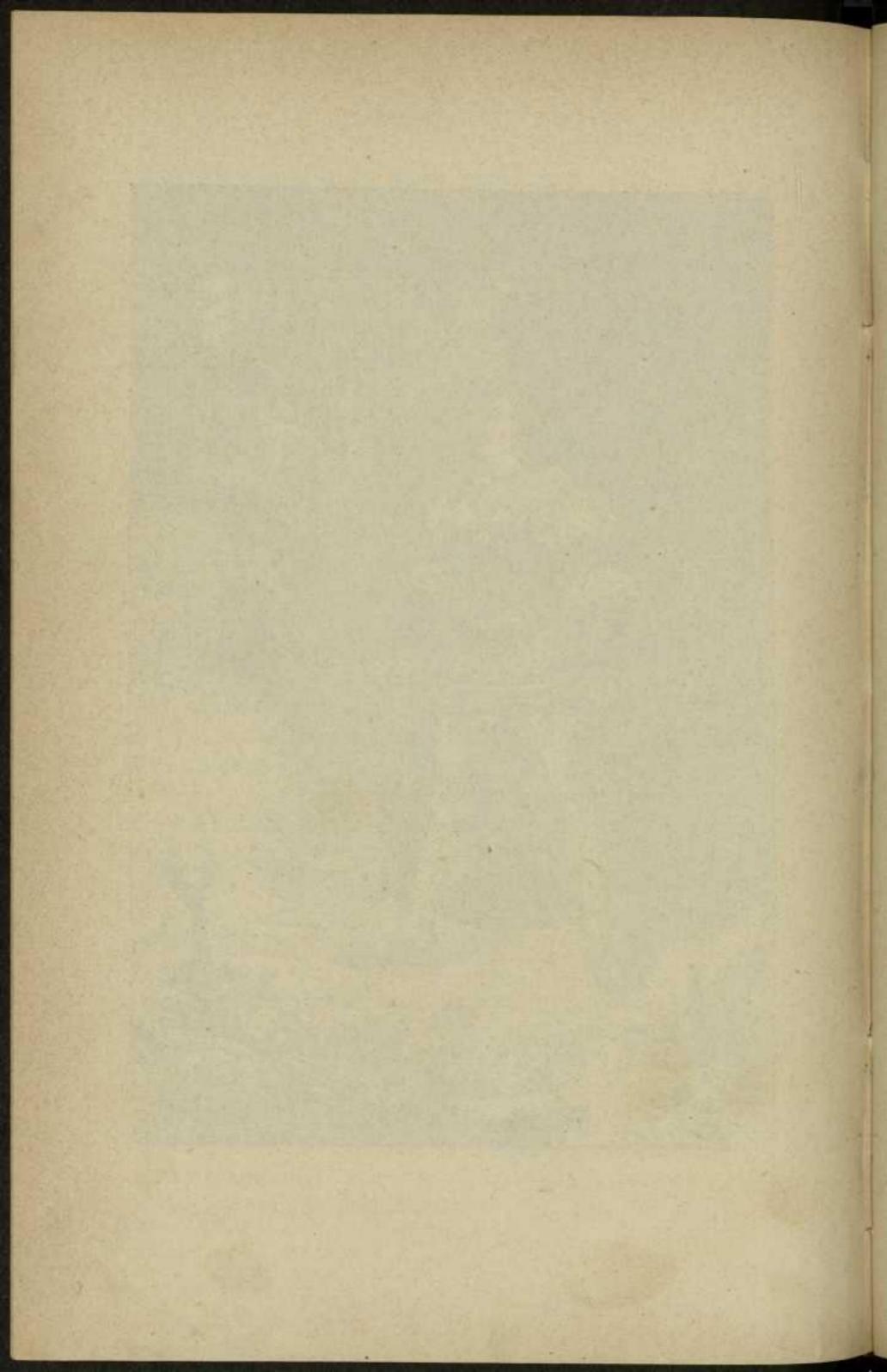
—¡Ah, ah!—exclamaba—¡no es mala broma! ¡Buena jugarreta! ¡Cómo nos reiremos en el palacio, já! já! de nuestro buen vino!

—¡Del amontillado!—dije yo.

—¡Já, já! sí, del amontillado. Pero ya es tarde. ¿No nos esperan en el palacio la señora Fortunato y los demás? Vámonos.

—Si—repuse—vámonos.





—¡Por amor de Dios, Montresor!

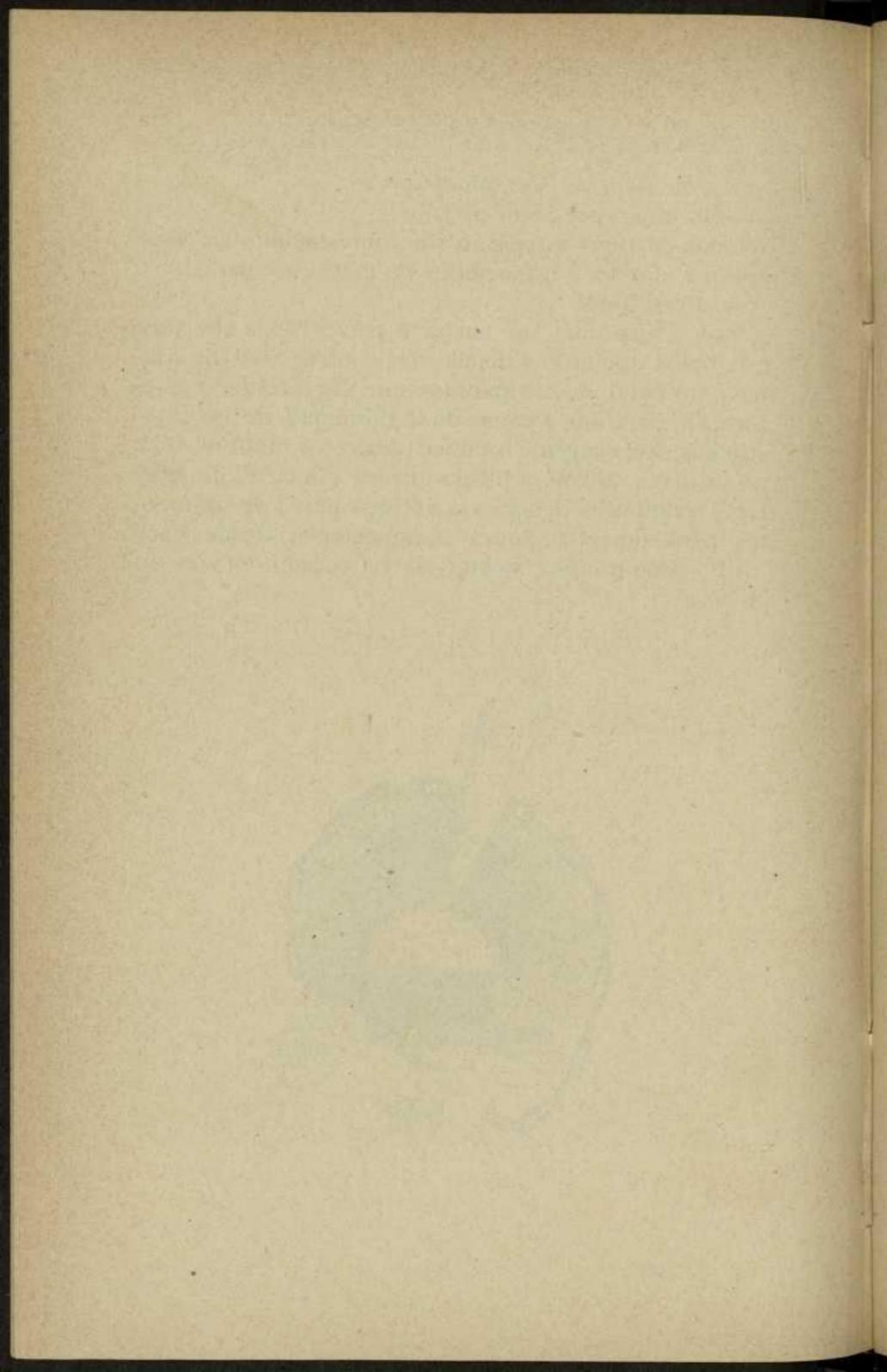
—Sí—dije—por amor de Dios.

Estas palabras quedaron sin contestación; en vano apliqué el oído, é impaciente ya, grité con fuerza:

—¡Fortunato!

Nada. Introduje mi hacha á través de la abertura que había quedado y dejéla caer dentro. Sólo me contestó un ruido de campanillas que me hizo daño en el corazón, sin duda á causa de la humedad de las catacumbas. Apresuréme á poner término á mi obra, hice un esfuerzo, ajusté la última piedra y la cubrí de mortero, levantando después la antigua pared de osamentas para tapar la nueva mampostería. Desde hace medio siglo ningún mortal las ha tocado. *In pace requiescat.*





LIGEIA

LIBRARY



LIGEIA

¿Quién conoce los misterios de la voluntad, así como su vigor? Dios no es otra cosa sino una gran voluntad que penetra todas las cosas por la intensidad que le es propia. El hombre no cede á los ángeles ni se entrega del todo á la muerte sino por el achaque de su propia voluntad.

JOSÉ GLANVILL.

A fe mía no puedo recordar cómo y cuándo, ni siquiera dónde, conocí por primera vez á la señorita Ligeia. Largos años han transcurrido desde entonces, y dolorosos padecimientos han debilitado mi memoria; ó tal vez no pueda recordar *ahora* estos puntos porque, á decir verdad, el carácter de mi amada, su rara instrucción, su género de belleza, tan singular y plácida, y la subyugadora y penetrante elocuencia de su profunda palabra musical, se han infiltrado en mi corazón tan poco á poco, pero de una manera tan furtiva y con tal constancia, que no paré mientes en ello.

Sin embargo, creo que la encontré por primera vez,

y otras varias más tarde, en una vetusta ciudad algo ruinoso, situada en las orillas del Rhin. En cuanto á su familia, seguramente me habló de ella, y no dudo que era de antiguo linaje.—¡Ligeia, Ligeia!—Entregado á estudios que por su naturaleza son más propios que todos los demás para amortiguar las impresiones del mundo exterior, bástame recordar el dulce nombre de Ligeia para que se presente ante los ojos de mi pensamiento la imagen de aquella que ya no existe. Y ahora que escribo, comienzo á tener como una vaga reminiscencia de que *jamás he sabido* el nombre de familia de aquella que fué mi amiga y prometida, que llegó á ser mi compañera de estudio y por último la esposa de mi corazón. No sé si dejé de informarme sobre este punto á causa de alguna loca indicación de mi Ligeia, ó por efecto de la fuerza de mi cariño; ó tal vez fué por un capricho, extraña y poética ofrenda en el altar del culto más apasionado. Sólo recuerdo el hecho confusamente, y por lo tanto no se ha de extrañar que haya olvidado del todo las circunstancias que le dieron origen ó que le acompañaron. A decir verdad, si alguna vez el espíritu novelesco, si alguna vez el pálido *Ashtophet* de la idólatra Egipto, de tenebrosas alas, han presidido, como se asegura, los enlaces de siniestro augurio, seguramente presidieron el mío.

En un punto, sin embargo, muy apreciable para mí, no me es infiel la memoria: me refiero á la *persona* de Ligeia. Era alta, un poco delgada; y en los últimos días había enflaquecido mucho. Inútilmente trataré de describir su aire majestuoso, su sereno continente, su incomprensible ligereza y la soltura de su paso. Iba y venía como una sombra; de modo que nunca echaba de ver su entrada en mi despacho sino por su dulce voz musical. En cuanto á la belleza de su rostro, ninguna mujer la igualó jamás; era la imagen de un

sueño producido por el opio, una visión aérea y seductora; pero sus facciones no se habían vaciado en ese molde regular que falsamente se nos ha enseñado á reverenciar en las obras clásicas del paganismo. «No hay belleza exquisita, dice lord Verulam, hablando con mucha exactitud de todas las formas y de todos los géneros de hermosura, sin cierta *extrañeza* en las proporciones.» Sin embargo, aunque yo viera que el rostro de Ligeia no se distinguía por una regularidad clásica, y aunque comprendiese que su belleza era verdaderamente *exquisita*, penetrándome de su *extrañeza*, inútilmente me esforcé por descubrir un conjunto irregular y reconocer lo *extraño*. Examiné el contorno de la frente, alta y pálida—frente irreprochable—¡qué fría es la palabra, aplicada á una majestad tan divina!—El cutis rivalizaba con el más puro marfil, la anchura, la expresión serena, la graciosa prominencia de la región de las sienes, la cabellera negra como el azabache, lustrosa, abundante, rizada naturalmente y mostrando todo el vigor de la expresión homérica, *cabellera de jacinto*; tal era el conjunto admirable de la cabeza. Al contemplar las líneas delicadas de la nariz, no recordé haber visto semejante perfección sino en los graciosos medallones hebraicos: presentaban el mismo tipo, la misma superficie tersa y uniforme, igual tendencia á lo aguileño, casi imperceptible, idénticas fosas nasales armoniosamente redondeadas, que revelaban un espíritu libre. En cuanto á la boca, verdaderamente encantadora, era el triunfo de todas las cosas celestes; la vuelta graciosa del labio superior, algo corto, la expresión voluptuosamente tranquila del inferior, los hoyuelos y el color, por demás expresivos; y los dientes, en que iban á reflejarse, como una especie de brillo, los rayos de la suave luz producida por las sonrisas serenas y plácidas, pero siempre triunfantes. Analicé la forma de la barba, y

en ella observé también la gracia, los suaves contornos, la majestad, la plenitud y el espiritualismo griegos; ese contorno que el dios Apolo solamente reveló en sueños á Cleómenes, hijo de Cleómenes de Atenas.

Por lo que hace á los ojos, no encuentro modelo en la más lejana antigüedad: tal vez en ellos se ocultaba el misterio de que nos habla lord de Verulam; creo que eran más grandes que los del resto de la humanidad, más rasgados que los hermosos ojos de gacela de la tribu del Valle de Nourjahad; pero sólo á intervalos, en momentos de excesiva animación, notábase singularmente esta particularidad. En tales instantes, su belleza era, ó por lo menos así parecía á mi espíritu enardecido, la belleza de la fabulosa Hurí de los turcos. Las pupilas eran de un negro brillante y las pestañas muy largas; las cejas, de un dibujo ligeramente irregular, tenían el mismo color; pero la *extrañeza* que yo observaba en los ojos no dependía de su tinte, de su forma, ni de su brillo, y por lo tanto debía atribuirse á la expresión. ¡Ah! ¡palabra sin sentido, vasta latitud en que se concentra toda nuestra ignorancia de lo espiritual! ¡La expresión de los ojos de Ligeia! ¡Cuántas largas horas he meditado sobre ella! ¡Cuántas veces, durante toda una noche de verano, me esforcé para sondearla! ¿Qué era ese no sé qué, esa cosa más profunda que el pozo de Demócrito, que estaba en el fondo de las pupilas de mi amada? ¿Qué era? Estaba ansioso por descubrirlo. ¡Aquellos ojos, aquellas grandes y brillantes pupilas habían llegado á ser para mí las estrellas gemelas de Leda, y para ellas era yo el más ferviente astrónomo!

Entre las numerosas é incomprensibles anomalías de la ciencia psicológica, no hay caso alguno más excitante, por más que de él no se hable en las escuelas, según creo, que aquel en que, al esforzarnos para

traer á la memoria una cosa olvidada hace largo tiempo, nos hallamos á menudo *en el borde mismo* del recuerdo, sin poder acordarnos. ¡Cuántas veces en mi ardiente análisis de los ojos de Ligeia creí estar próximo al completo conocimiento de su expresión, sin poder obtenerle, porque lo perdí al fin! Y ¡oh extraño misterio! he hallado en los objetos más comunes del mundo una serie de analogías para explicarme esa expresión. Quiero decir que en la época en que la belleza de Ligeia pasó á mi espíritu instalándose en él como en un relicario, obtuve de diversos seres del mundo material una sensación análoga á la que se producía en mí bajo la influencia de aquellas grandes y luminosas pupilas. Sin embargo, no soy incapaz de definir ese sentimiento, de analizarle y hasta de tener una percepción clara. Le he reconocido algunas veces, lo repito, en el aspecto de una vid que se desarrollaba rápidamente, en la contemplación de un faleno, de una mariposa, de una crisálida, de una rápida corriente de agua; le he hallado en el Océano, en la caída de un meteoro; y hasta le he sentido en las miradas de algunas personas de avanzada edad. Hay en el cielo una ó dos estrellas, más particularmente una de sexta magnitud, doble y cambiante, que se verá cerca de la estrella de la Lira, y que miradas con el telescopio, me han producido una impresión análoga. Lo mismo me sucedió con ciertos instrumentos de cuerda, y á veces también al estudiar algunos pasajes en mis lecturas.

Entre innumerables ejemplos, recuerdo muy bien alguna cosa de un libro de José Glanvill, que tal vez simplemente á causa de su extrañeza, me inspiró casi el mismo sentimiento. «Hay en el fondo de eso la voluntad que no muere. ¿Quién conoce sus misterios, así como su vigor? Dios no es más que una gran voluntad que penetra en todas las cosas por la intensidad

que le es propia. El hombre no cede á los ángeles ni se rinde del todo á la muerte sino por el achaque de su propia voluntad.»

Con el tiempo, y después de varias reflexiones, he llegado á determinar cierta relación lejana entre este pasaje del filósofo inglés y una parte del carácter de Ligeia. Una *intensidad* singular en el pensamiento, en la acción y en la palabra, eran tal vez en ella resultado, ó por lo menos indicio, de esa gigantesca fuerza de voluntad de la que, durante nuestras largas relaciones, pudo dar otras pruebas más positivas de su existencia.

De todas las mujeres que he conocido, la plácida Ligeia, á pesar de su aspecto de serenidad, era la presa más desgarrada por los tumultuosos buitres de la cruel pasión. Y no podía evaluar esta última sino por la dilatación milagrosa de aquellos ojos que me seducían y asustaban al mismo tiempo, por la melodía casi mágica, la modulación y dulzura de su voz, y por la salvaje energía de las extrañas palabras que solía pronunciar, cuyo efecto redoblaba por el contraste con su número.

He hablado de la instrucción de Ligeia: era inmensa, tal como no la había observado en ninguna otra mujer. Conocía á fondo las lenguas clásicas, y juzgando por mis propios conocimientos en las modernas de Europa, jamás la cogí en falta. Fuera cual fuese el tema de la erudición académica, tan elogiada y admirada sólo porque es más abstrusa, Ligeia no se equivocó nunca. ¡Cuánto me admiró y subyugó mi atención este conocimiento admirable en mi esposa! He dicho que su instrucción aventajaba á la de cuantas mujeres había conocido; pero ¿quién es el hombre que ha recorrido con buen éxito todo el inmenso campo de las ciencias morales, físicas y matemáticas? Yo no había observado entonces lo que ahora veo claramente, y es

que los conocimientos de Ligeia eran vastísimos, prodigiosos; pero comprendía lo bastante su infinita superioridad para resignarme, con la confianza de un colegial, dejándome guiar por ella á través del mundo de las investigaciones metafísicas de que me ocupaba con ardimiento en los primeros años de nuestra unión. ¡Con qué expresión de triunfo, con qué inefable delicia, con qué vivas esperanzas sentía yo—cuando mi Ligeia se inclinaba sobre mí durante mis estudios tan áridos y poco conocidos—cómo se ensanchaba gradualmente esa admirable perspectiva, ese magnífico campo virgen por donde había de llegar finalmente al término de una sabiduría demasiado preciosa para no ser prohibida!

¡Cuán horrorosa fué por lo tanto mi angustia cuando al cabo de algunos años ví que mis bien fundadas esperanzas se desvanecían para siempre! Sin Ligeia yo no era más que un niño que andaba á tientas en la oscuridad; sólo su presencia y sus lecciones podían iluminar con viva luz los misterios del trascendentalismo en que estábamos sumidos; sin el brillo radiante de sus ojos, toda aquella dorada literatura de otro tiempo convertíase en fastidiosa, saturniana y pesada como el plomo, porque aquellos ojos hermosísimos iluminaban cada vez menos las páginas que yo descifraba.

Ligeia enfermó; sus extraños ojos fulguraron, despidiendo un brillo espléndido; los pálidos dedos tomaron el color de la muerte, el de la cera transparente; las azuladas venas de sus sienas palpitaron impetuosas bajo la corriente de la más dulce emoción; ví que iba á morir, y luché desesperadamente contra el espantoso Azrael.

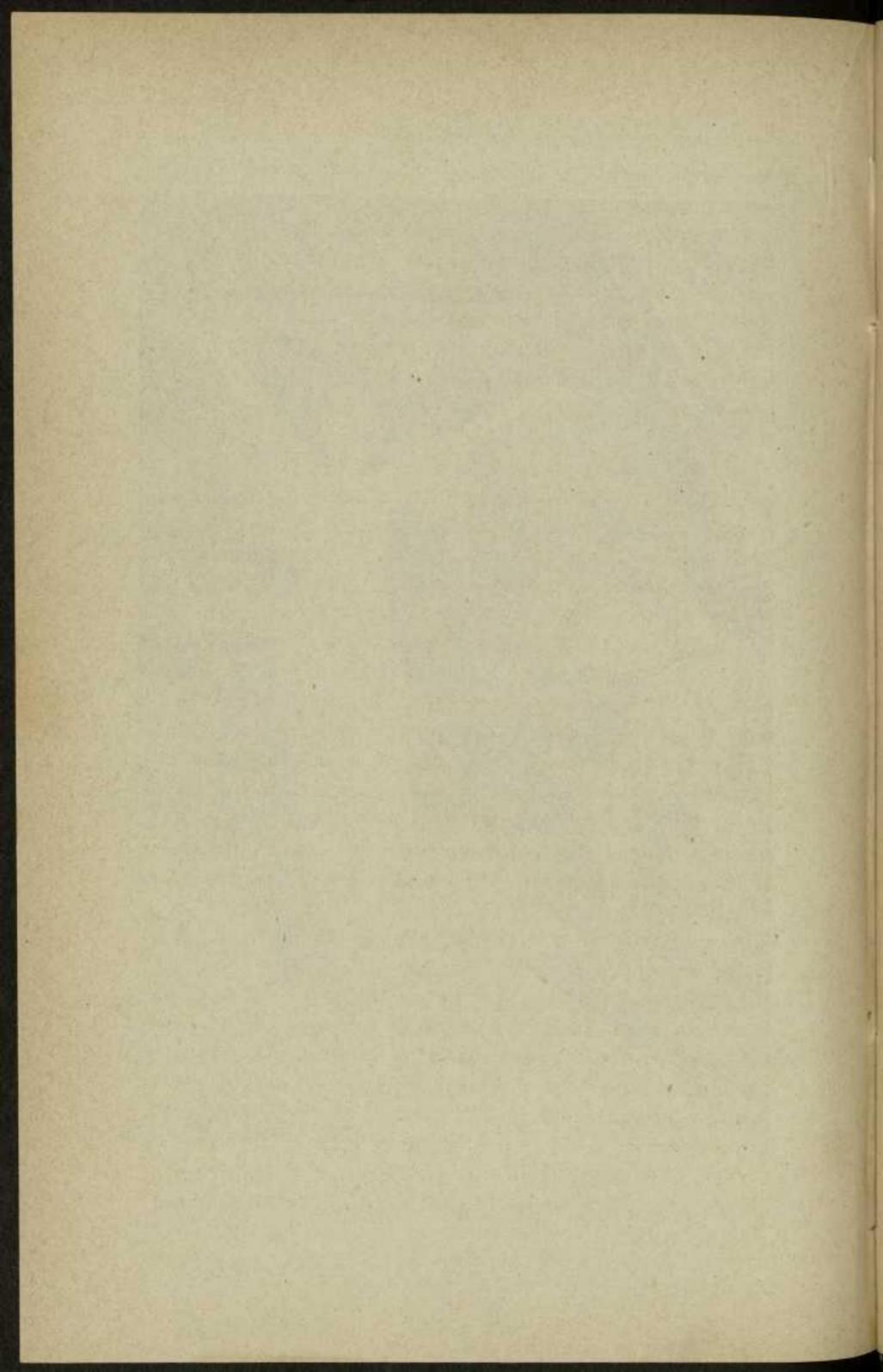
Y los esfuerzos de aquella mujer apasionada fueron más enérgicos aún que los míos y me asombraron, pues dado su carácter grave, había motivos para creer

que la muerte vendría para ella sin su mundo de terrores; mas no fué así. Las palabras son impotentes para dar una idea de la salvaje energía que desplegó para resistirse en su lucha contra la Sombra. Yo hubiera querido calmarla, hacerla entrar en razón; pero en su ardiente deseo de vivir, *sólo* de vivir, los consuelos y las reflexiones hubieran sido el colmo de la locura.

Sin embargo, hasta el último instante, en medio de los tormentos y de las convulsiones de su salvaje espíritu, la aparente placidez de su conducta no se desmintió. Su voz se hacía más dulce, era más profunda; mas yo no quería fijarme en el sentido extraño de las palabras que pronunciaba con tanta serenidad; embriagábame cuando escuchaba con éxtasis aquella melodía sobrehumana, cuando la oía hablar de aspiraciones que la humanidad no había conocido hasta entonces.

Que me amaba, yo no podía dudarlo, y érame fácil adivinar que en un pecho como el suyo el amor no debía ser una pasión ordinaria; pero sólo en la muerte comprendí toda la fuerza y extensión de su cariño. Durante largas horas, con su mano en la mía, confiábame todo cuanto se encerraba en su corazón, cuyos generosos sentimientos, más que apasionados, rayaban en idolatría. ¿Cómo había merecido yo semejantes confesiones? ¿Por qué se me habría condenado á perder mi adorada Ligeia, precisamente en la hora en que más feliz me hacía? No me es permitido extenderme sobre este punto: sólo diré que en el abandono más que femenino de Ligeia á un amor concedido; ay de mí! del todo gratuitamente, pude reconocer al fin el principio de su ardiente, de su desesperado sentimiento al abandonar esta vida, que tan rápidamente se alejaba. No puedo describir ese ardimiento desordenado, esa vehemencia en su deseo de vivir, y





sólo vivir, pues me faltarían las palabras para expresarme.

A las altas horas de la noche en que murió, llaméme imperiosamente para que me sentara á su lado, é hizome repetir algunos versos compuestos por ella pocos días antes; obedecíla y satisfací al punto su deseo: era una composición en que se pintaba al Hombre como una tragedia y al Gusano como un héroe conquistador, predominando en ella un espíritu lúgubre y sombrío.

—¡Oh, Dios mío!—exclamó Ligeia poniéndose en pie y tendiendo los brazos hacia el cielo con un movimiento espasmódico, apenas acabé de recitar los versos.—¡Oh, Padre celestial! ¿Se habrán de realizar esas cosas irremisiblemente? ¿No será jamás vencido ese Gusano conquistador? ¿No somos una parte y una partícula de Ti? ¿Quién conoce, pues, los misterios de la voluntad y de su vigor? El hombre no cede á los ángeles ni se rinde *enteramente á la muerte* sino por el achaque de su pobre voluntad.

Y desfallecida por la emoción, Ligeia dejó caer sus blancos brazos y volvió con aire solemne á su lecho de muerte. Y cuando exhalaba los últimos suspiros, deslizóse en sus labios como un confuso murmullo; presté atento oído, y reconocí de nuevo la conclusión del pasaje de Glanvill: «*El hombre no cede á los ángeles ni se rinde enteramente á la muerte sino por el achaque de su pobre voluntad.*»

Ligeia murió; y yo, aniquilado, pulverizado por el dolor, no pude resistir más largo tiempo la desolación espantosa de mi morada en aquella sombría y vetusta ciudad de las orillas del Rhin. No carecía de lo que el mundo llama fortuna; de Ligeia había recibido más, mucho más de lo que el destino suele conceder de ordinario á los mortales; y así es que al cabo de algunos meses, durante los cuales anduve errante sin ob-

jeto ni fin determinado, refugiéme en una especie de retiro, cuya propiedad pude adquirir, una abadía de la que no diré el nombre, situada en una de las partes más incultas y menos frecuentadas de la hermosa Inglaterra. La sombría y triste grandeza del edificio, el aspecto casi salvaje de la región, los melancólicos y venerables recuerdos que evocaba; todo se avenía con el sentimiento de completo abandono que me indujera á desterrarme en aquel solitario retiro. No obstante, respetando en el exterior de la abadía su carácter primitivo, casi intacto, y el verdoso tapiz que cubría sus muros agrietados por la acción del tiempo, empenéme con infantil perversidad, y tal vez con una ligera esperanza de distraer mis penas, en llenar el interior de magnificencias casi regias. Desde la infancia había sido aficionado á estas locuras, que ahora se despertaban en mí como una herencia del dolor. ¡Ay! creo que se hubiera podido reconocer un principio de enagenación mental en los espléndidos y fantásticos tapices, en las soberbias esculturas egipcias, en los extravagantes muebles, y en los ricos arabescos con que yo engalané mi retiro. Habíame convertido en esclavo del opio, que me tenía en sus redes; y todos mis trabajos y mis planes tomaban el color de mis sueños; pero no me detendré en detallar estos absurdos; hablaré sólo de aquella habitación maldita donde, en un momento de extravío, conduje al altar y tomé por esposa—¡después de la inolvidable Ligeia!—á la señorita Rówena Trevanion de Tremaine, la de la blonda cabellera y de los ojos azules.

Ni un solo detalle de la arquitectura ó del decorado de aquella cámara nupcial deja de estar presente á mi vista. ¿Dónde tenía el espíritu la orgullosa familia de la desposada, cuando movida por la sed del oro permitió á una hija tan tiernamente querida traspasar el umbral de una habitación decorada de una manera

tan extravagante? He dicho que recordaba minuciosamente los detalles de aquella habitación, aunque mi triste memoria pierde á menudo cosas de rara importancia. Y sin embargo, no había en aquel lujo fantástico sistema ó armonía que pudiera imponerse al recuerdo.

La cámara formaba parte de una alta torre de aquella abadía, fortificada como un castillo; tenía la forma pentagonal y grandes dimensiones. Todo el lado sud del pentágono estaba ocupado por una ventana única, formada con un inmenso cristal de Venecia, de un solo pedazo y de color oscuro; de modo que los rayos de la luna difundían sobre todos los objetos interiores una luz siniestra al atravesarle. Sobre aquella enorme ventana prolongábase el enrejado de una antigua parra, cuyas hojas trepaban por las macizas paredes de la torre. El techo, de encina casi negra, era sumamente alto, afectaba la forma de bóveda, y tenía adornos de los más fantásticos, de un estilo que participaba á la vez del gótico y del druidico. En el fondo de esta bóveda melancólica, exactamente en el centro, hallábase suspendida de una sola cadena de oro, de largos anillos, una inmensa lámpara del mismo metal en forma de incensario, que parecía de estilo sarraceno por sus caprichosos calados, á través de los cuales veíanse correr y enroscarse con la viveza de una serpiente los fulgores continuos de un fuego versicolor.

Algunas raras otomanas y candelabros de forma oriental ocupaban diferentes sitios, y el lecho nupcial era también de estilo indio, bajo, esculpido en madera de ébano macizo, y sobrepuesto de un dosel que parecía un paño mortuario. En cada uno de los ángulos de la cámara elevábase un gigantesco sarcófago de granito negro, extraído de las tumbas de los reyes frente á Luxor, con su antigua cubierta sobrecargada de es-

culturas inmemoriales; pero en los tapices de la habitación era donde se veía ¡ay de mí! el más extraño capricho. Las paredes, prodigiosamente altas, más allá de toda ponderación, estaban cubiertas de arriba abajo de una pesada tapicería de aspecto macizo, hecha con el mismo material empleado para la alfombra, las otomanas, el lecho de ébano, el dosel y las suntuosas cortinas que ocultaban en parte la ventana. Este material era un tejido de oro de los más ricos, adornado á intervalos irregulares con figuras arabescas, de un pie de diámetro, que tomaban del fondo sus dibujos de un negro de azabache; pero esas figuras no tenían el carácter arabesco sino cuando se examinaban bajo un solo punto de vista. Por un procedimiento, muy común hoy, y cuyos vestigios se encuentran en la más remota antigüedad, estaban hechas de modo que cambiasen de aspecto; para la persona que entrase en la habitación parecían simples monstruosidades; pero á medida que se avanzaba, este carácter desaparecía gradualmente, y paso á paso, el visitante, cambiando de sitio, veíase rodeado de una procesión continua de formas espantosas, como las que nacieron de la superstición del Norte, ó las que se producen en los sueños culpables de los monjes. El efecto fantasmagórico aumentaba en gran manera por la introducción artificial de una fuerte corriente de aire continuo detrás del tapiz, lo cual comunicaba al todo una hedionda é inquieta animación.

Tal era la morada, tal era la cámara nupcial donde pasé con la dama de Tremaine las horas impías del primer mes de nuestro enlace; y las pasé sin mucha inquietud.

No podía ocultarme que mi esposa temía mi carácter adusto, y que evitaba mi presencia porque me amaba poco; pero casi me complacía esto, pues yo la aborrecía con una aversión más propia del demonio que del

hombre. ¡Con qué profundo sentimiento volaba mi memoria hacia Ligeia, la mujer adorada, augusta y hermosa, la difunta! Embriagábame en los recuerdos; me deleitaba en su pureza, en su sabiduría, en su naturaleza vaporosa, en su amor apasionado é idólatra. Mi espíritu ardía entonces en una llama más devoradora que lo había sido la suya; en el entusiasmo de mis sueños opiáceos, pues generalmente me hallaba bajo el imperio del veneno, pronunciaba su nombre en alta voz durante el silencio de la noche; y de día en los valles cubiertos de sombra, como si por la energía salvaje, la pasión solemne y el ardimiento devorador que la difunta me había inspirado, pudiera resucitarla en los senderos de esta vida, que ella abandonó para siempre... ¿Para siempre? ¿Era esto verdaderamente posible?

En los primeros días del segundo mes de nuestro casamiento, Rówená se sintió atacada de un mal repentino, del cual se restableció muy lentamente. La fiebre que la devoraba hacía en extremo penosas sus noches; y en la inquietud de sus pesadillas hablaba de sonidos y de movimientos que se producían en la cámara de la torre, y que yo no podía atribuir en rigor sino al desorden de sus ideas, ó tal vez á las influencias fantasmagóricas de la habitación. Al fin entró en convalecencia, y por último se restableció.

Sin embargo, al cabo de muy poco tiempo sufrió un nuevo ataque que la obligó á volver al lecho del dolor, y desde entonces, su constitución, que siempre había sido débil, no pudo recobrase nunca del todo. Su enfermedad presentò, á partir de aquella época, un carácter alarmante, con recaídas que lo eran más aún, sin que la ciencia ni todos los esfuerzos de los médicos bastasen para remediar el mal. A medida que aumentaba esta dolencia crónica, arraigada sin duda ya demasiado para que la arrancasen manos humanas, no

pude menos de observar una creciente irritación nerviosa en el temperamento de Rówena, y una sobreexcitación tal, que las causas más vulgares le infundían miedo. Entonces habló con mayor frecuencia y tenacidad de los ruidos, de los ligeros rumores, y de los insólitos movimientos en los cortinajes, que, según dijo, habíanla molestado ya mucho.

Cierta noche, hacia fines de Setiembre, llamó mi atención sobre este triste asunto con una energía más viva que de costumbre. Precisamente acababa de despertar de un sueño agitado, y yo veía con un sentimiento de ansiedad, casi de vago terror, la expresión de su rostro enflaquecido. Estaba sentado junto á la cabecera del lecho de ébano, en uno de los divanes indios; Rówena se incorporó á medias y hablóme en voz baja, con una especie de cuchicheo ansioso, de los sonidos que acababa de percibir, sin que yo oyese nada, y de los movimientos que había observado, invisibles para mí. El viento circulaba activamente detrás de las tapicerías, y yo me esforcé para demostrar á mi esposa, aunque no lo creyese del todo—debo confesarlo así—que aquellos suspiros apenas articulados, aquellos cambios casi insensibles en las figuras de las paredes, no eran otra cosa sino los efectos naturales de la corriente de aire habitual. Sin embargo, la lívida palidez que cubrió el rostro de Rówena demostróme que mis esfuerzos para tranquilizarla serían inútiles. Parecióme de pronto que se desmayaba, y como no había criado alguno cerca, fui yo mismo á buscar un frasco de cierto vino ligero recetado por los médicos, recordando muy bien dónde lo habían puesto. Al cruzar la cámara, y en el momento de pasar por debajo de la lámpara, dos circunstancias de carácter muy singular me llamaron la atención; sentí alguna cosa palpable, aunque invisible, que rozó ligeramente mi persona; y ví, en la dorada alfombra, en el centro mismo

de la radiación proyectada por el incensario, una sombra, vaga, indefinida, de aspecto angélico, tal como podríamos figurarnos la sombra de una Sombra; pero como me hallaba bajo la influencia de una considerable dosis de opio, me fijé poco en aquellas cosas y no hablé de ellas á Rówena.

Encontré el vino, atravesé de nuevo la habitación, y llenando un vaso, acerquéle á los labios de mi desfallecida esposa. Habíase recobrado un poco, y tomó el vaso ella misma, mientras que yo me dejaba caer en la otomana con los ojos fijos en su persona.

Entonces fué cuando oí claramente un ligero ruido de pasos en la alfombra y cerca del lecho; y un segundo después, cuando Rówena aproximaba el vino á sus labios, ví—tal vez lo soñara— ví caer en el vaso como de alguna fuente invisible suspendida en la atmósfera de la habitación, tres ó cuatro gruesas gotas de un fluido brillante, de color de rubí. Yo lo observé; pero Rówena no vió nada; apuró el vino sin vacilar, y yo me guardé muy bien de hablarle de una circunstancia que, bien mirado, sólo debía considerar como una alucinación de mi espíritu, cuya actividad morbosa se acrecentaba por todo, por los terrores de Rówena, el opio y la hora.

Sin embargo, no pude menos de reconocer que después de la caída de las gotas rojizas verificabase un rápido cambio que agravó la dolencia de mi esposa, tanto que á las tres noches las manos de sus servidores la preparaban para la tumba; mientras que yo estaba sentado solo ante su cadáver envuelto en el sudario, en aquella fantástica habitación, donde recibiera á la joven esposa. Extrañas visiones engendradas por el opio revoloteaban alrededor de mí como sombras; y maquinalmente comencé á pasear una inquieta mirada desde los sarcófagos que ocupaban los ángulos de la habitación, hasta las figuras movibles del tapiz y los

fulgores cambiantes de la lámpara del techo. Mis miradas se fijaron de pronto, cuando trataba de recordar las circunstancias de la noche anterior, en el mismo punto del círculo luminoso donde ví las ligeras huellas de una sombra; pero ya no estaba; y entonces, respirando más libremente, miré la pálida y rígida figura tendida en el lecho. Al punto evoqué mil recuerdos de Ligeia, y á mi corazón afluyó, con la tumultuosa violencia de una marea, el intenso dolor que había sentido cuando la ví, á *ella* también, en su sombra. La noche avanzaba, y siempre con el corazón lleno de los tristes pensamientos de que *ella* era objeto, *ella*, mi único y supremo amor, permanecí con la vista fija en el cadáver de Rówena.

Podía ser la media noche, tal vez más, quizás menos, pues no me había fijado en el tiempo, cuando me sobresaltó en medio de mi meditaciùn un sollozo muy ligero, pero bien distinto; *senti* que provenía del lecho de ébano, del lecho de muerte, y apliqué el oído con angustia y supersticioso terror; pero el sollozo no se repitió. Entonces quise obligar á mis ojos á reconocer un movimiento cualquiera en el cuerpo; mas no observé nada. Sin embargo, era imposible que yo me hubiese engañado; yo había oído el sollozo, aunque muy ligero, y mi espíritu estaba bien despierto en aquel instante. Por lo mismo fijé resuelta y tenazmente mi atención en el cadáver; transcurrieron algunos minutos sin el menor incidente que arrojase alguna luz sobre aquel misterio; pero al fin me convencí de que una ligera coloración, apenas sensible, invadía las mejillas y se infiltraba á lo largo de las pequeñas venas deprimidas de los párpados. Bajo la presión de un horror y espanto indecibles, que el lenguaje humano no es bastante enérgico para expresar, parecióme que los latidos de mi corazón cesaban de pronto, y que mis miembros quedaban rígidos.

Sin embargo, el sentimiento del deber me devolvió al fin mi sangre fría; no podía dudar más tiempo que habíamos hecho prematuramente los preparativos fúnebres. Rówena vivía aún; era necesario practicar al punto un reconocimiento; pero como la torre estaba completamente separada de la parte de la abadía habitada por los criados y no había nadie al alcance de mi voz, no podía llamar á ninguno á menos de abandonar la habitación, á lo cual no me atrevía. Esforcéme pues para volver de nuevo á la vida aquel cuerpo que parecía luchar aún con la muerte; pero al cabo de un rato muy breve prodújose una marcada recaída; el color desapareció de las mejillas y de los párpados, dejando una palidez más que marmórea; los labios se oprimieron con más fuerza en la impresión espectral de la muerte; una frialdad y una viscosidad repulsivas se extendieron al punto por toda la superficie del cuerpo, é inmediatamente sobrevino la completa rigidez cadavérica; entonces dejéme caer estremecido sobre el lecho de reposo, y me entregué de nuevo á mis apasionadas contemplaciones y á mis sueños sobre Ligeia.

Así transcurrió una hora, cuando de pronto— ¡sería esto posible, gran Dios! — percibí de nuevo un ruido confuso que partía de la región del lecho. Escuché, poseído de horror, y el sonido se repitió; era un suspiro. Precipitéme hacia el cuerpo, y observé con toda claridad un temblor en los labios; un minuto después entreabriéronse éstos, dejando ver una línea brillante de dientes de nácar. La estupefacción se mezcló entonces en mi espíritu con el terror profundo que hasta entonces me había dominado; sentí que mi vista se oscurecía, que perdía la razón; y sólo por un violento esfuerzo recobré el valor suficiente para desempeñar el deber que se me imponía de nuevo. Observaba ahora una coloración imperfecta en la frente de Rówena,

en las mejillas y en el cuello; mientras que un calor sensible penetraba en todo el cuerpo, notándose hasta un ligero latido, casi imperceptible, en la región del corazón.

Mi esposa *vivía*, y redoblando mi ardimiento, dispuseme á resucitarla: practiqué fricciones en el vientre, en las sienes y en las manos, y probé todos los procedimientos que la experiencia y mis numerosas lecturas en libros de medicina me habían dado á conocer...

Sin embargo, todo fué inútil: de repente, el calor desapareció, los latidos cesaron, la expresión de la muerte volvió á los labios, y un instante después todo el cuerpo recobró su rigidez glacial, completa, su tinte lívido, su color amortiguado, con todo el hediondo aspecto de lo que habita la tumba varios días.

Recaí en mis reflexiones, volviendo á pensar en Ligéia; y de nuevo—¿se extrañará que me estremezca al escribir estas líneas?—*de nuevo* hirió mi oído un sollozo ahogado que llegaba de la región del lecho de ébano. Pero ¿á qué detallar minuciosamente los indecibles horrores de aquella noche? ¿Referiré cuántas veces, una tras otra, se repitió casi hasta el amanecer aquel hediondo drama de la resurrección? ¿Diré cómo cada espantosa recaída se cambiaba en una muerte más rígida é irremediable; cómo cada nueva agonía se asemejaba á una lucha contra un adversario invisible; y cómo estas agonías iban acompañadas de no sé qué extraña alteración en el aspecto del cuerpo? Me apresuro á concluir.

Había pasado la mayor parte de aquella noche terrible, y la muerta se movió de nuevo, pero esta vez con mayor energía que nunca, aunque despertando de una muerte más espantosa é irreparable. Hacía largo tiempo que yo no me movía, manteniéndome clavado en la otomana, poseído de violentas emociones, de las

cuales la menos terrible tal vez, la menos devoradora, era un supremo espanto. Repito que el cuerpo se movía, y entonces con más energía que antes; los colores de la vida subían al rostro con una fuerza singular; los miembros se aflojaban; sólo que los párpados seguían cerrados pesadamente, y si los paños fúnebres no hubieran comunicado al semblante su carácter sepulcral, habría podido creer que Rówena sacudía del todo las cadenas de la Muerte. Pero si entonces no admití del todo esta idea, ya no pude dudar más tiempo cuando la difunta, levantándose del lecho, avanzó con paso vacilante y los ojos cerrados, á la manera de una persona perdida en un sueño, y adelantóse audazmente hasta el centro de la habitación.

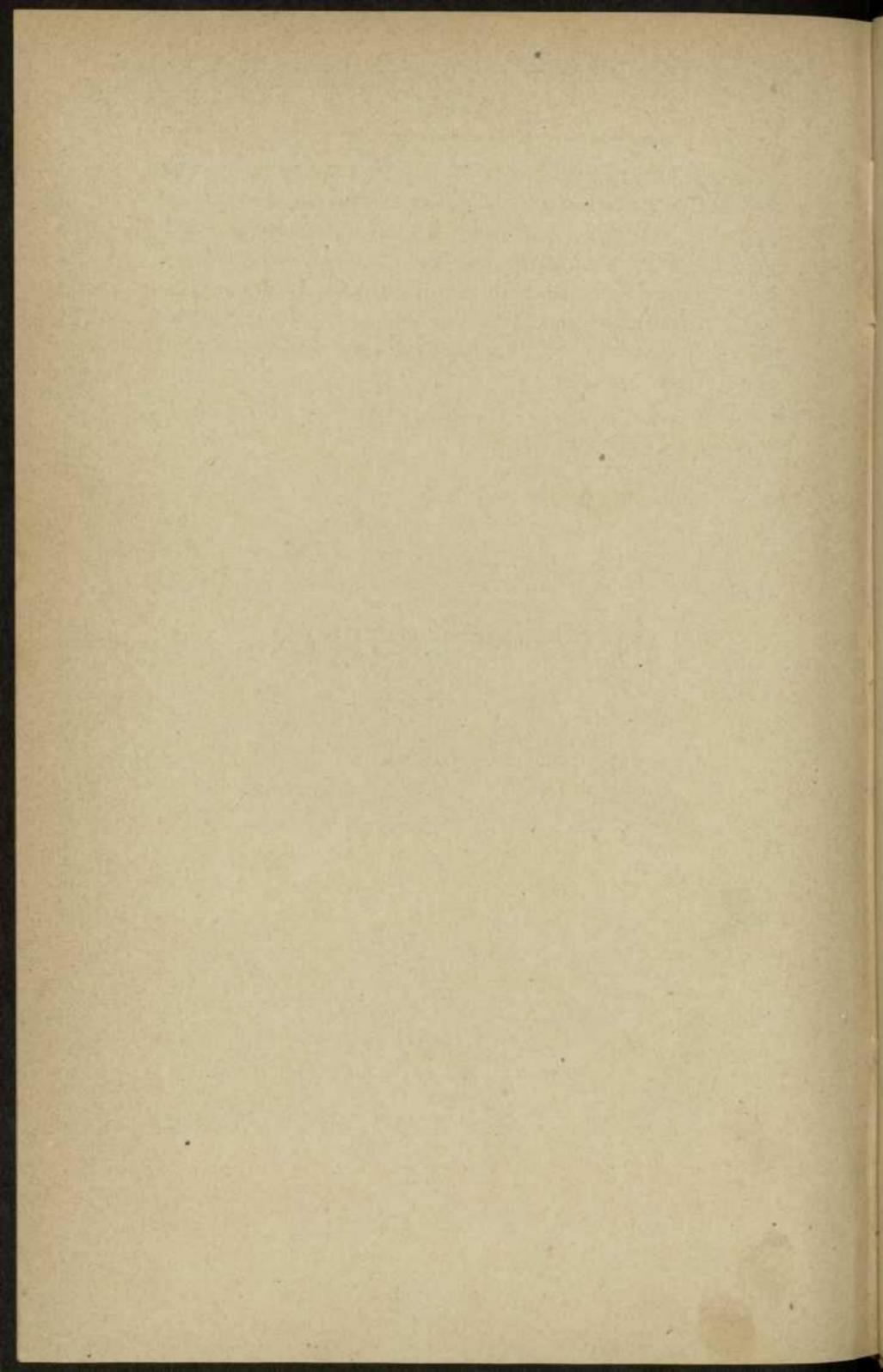
No temblé ni me moví, pues una infinidad de pensamientos indefinibles, producidos por el aspecto, la estatura y el movimiento del fantasma, agolpáronse de pronto en mi cerebro y me paralizaron, petrificándome. Sin moverme contemplé la aparición; en mis ideas reinaba un desorden que no podía reprimir. ¿Era la vizcondesa Rówena la que estaba frente á mí; podía ser verdaderamente Rówena, la dama Rówena Trevanion de Tremaine, la de la blonda cabellera y de los ojos azules? ¿Por qué, sí, *por qué* lo dudaba? La pesada venda oprimía la boca; pero ¿por qué no había de ser aquella la fresca boca de la dama de Tremaine?—¿Y las mejillas?—Sí, eran las rosas del mediodía de su vida; sí, podían ser las sonrosadas mejillas de la dama de Tremaine en vida. ¿Y la barba con sus hoyuelos? ¿no podía ser la suya?—Pero ¿*había crecido mi esposa durante su enfermedad?* ¿Qué indefinible delirio se apoderó de mí al concebir esta idea! De un salto caí á sus pies, pero ella se retiró á mi contacto; desprendió su cabeza del horrible sudario que la rodeaba; y entonces se desbordó en la atmósfera de la habitación una masa enorme de largos cabellos desordenados: ¡eran

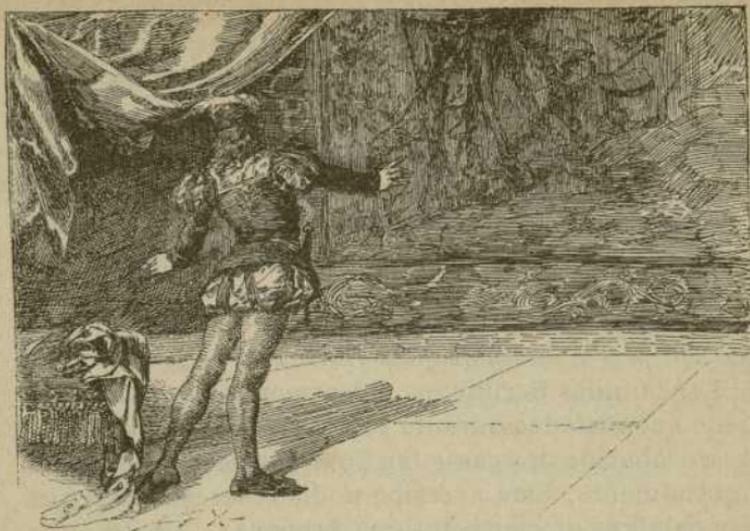
más negros que las alas de la noche, más que el plumaje del cuervo! Y vi que *los ojos* de aquel rostro lívido se abrían lentamente.

—¡Al fin!—exclamé con voz sonora.—¿Podría engañarme yo jamás? ¡He ahí los ojos admirablemente rasgados, los ojos negros, los extraños ojos de mi amor perdido, de mi ADORADA LIGEIA!



METZENGERSTEIN





METZENGERSTEIN

Pestis eram vivus,—moriens tua mors
MARTÍN LUTERO.

EL horror y la fatalidad han imperado en todos los siglos. ¿A qué poner una fecha á la historia que voy á referiros? Baste decir que en la época de que hablo conservábase en el centro de Hungría una creencia secreta, aunque bien sentada, sobre las doctrinas de la metempsícosis. No diré nada de ellas en sí, sobre si son falsas ó probables; pero si afirmo que una buena parte de nuestra incredulidad *proviene*—como dice La Bruyère, que atribuye toda nuestra desgracia á esta causa única,—*de no poder estar solos* (1). Pero había al-

(1) Mercier, en su *Año dos mil cuatrocientos cuarenta*, sostiene seriamente las doctrinas de la metempsícosis, y J. de Is-

gunos puntos en la superstición húngara que tendían marcadamente á lo absurdo, pues los húngaros diferían de una manera muy esencial de sus autoridades de Oriente. Así, por ejemplo, el *alma*, á lo que ellos creían — cito los términos de un sutil é inteligente parisiense, — *no reside más que una vez en un cuerpo sensible; de modo que un caballo, un perro, y hasta el hombre, no son sino la semejanza ilusoria de esos seres* (1).

Las familias Berlifitzing y Metzengerstein habían vivido enemistadas durante varios siglos, y jamás se habían conocido dos casas tan ilustres que se odiaran tan mortalmente. Esta aversión podía tener su origen en las palabras de cierta antigua profecía: — *Una gran familia caerá de un modo terrible cuando, así como el caballero en su caballo, la mortalidad de Metzengerstein triunfará de la inmortalidad de Berlifitzing.*

A decir verdad, los términos tenían poco ó ningún sentido; pero causas más vulgares han dado nacimiento, y esto sin remontarnos mucho, á consecuencias igualmente preñadas de acontecimientos. Además, las dos casas, que eran vecinas, habían rivalizado por su influencia largo tiempo en los asuntos de un gobierno tumultuoso; y por otra parte, vecinos tan próximos rara vez son amigos: desde lo alto de sus sólidos terrados, los habitantes del castillo de Berlifitzing podían ver muy bien las ventanas mismas del palacio de Met-

raeli dice, *que no hay sistema tan sencillo ni que repugne menos á la inteligencia.* El coronel Ethan Allen pasa también por ser un metempsicosista muy formal.—E. P.

(1) Ignoro quién es el autor de este texto extravagante y oscuro; pero me he permitido rectificarle ligeramente, adaptándole al sentido moral del relato. Poe cita algunas veces de memoria é incorrectamente. Bien mirado, el sentido parece asemejarse á la opinión atribuída al padre Kircher, según el cual los animales son espíritus encerrados.—N. del T.

zengerstein. En fin, la ostentación de una magnificencia más que feudal era poco propia para mitigar los sentimientos irritables de los Berlifitzing, no tan antiguos y menos ricos. ¿Hay motivo pues para extrañar que los términos de aquella predicción, aunque muy extravagantes, crearan y mantuvieran la discordia entre dos familias ya predisuestas á la hostilidad por todas las instigaciones de una envidia hereditaria? La profecía parecía implicar, si algo implicaba, el triunfo de la casa más poderosa, y naturalmente, esto preocupaba á la más débil, acrecentando su animosidad.

Wilhelm, conde de Berlifitzing, aunque de antigua nobleza, no era en la época de que hablo más que un viejo achacoso, y no tenía nada notable, como no fuese su antipatía inveterada y loca contra la familia de su rival; distinguíase además por su afición á los caballos y á la caza, de la cual no le retraían ni sus achaques físicos, ni su avanzada edad, ni la debilidad de su espíritu, tanto que diariamente se exponía á los peligros de semejante ejercicio.

Federico, barón de Metzengerstein, no era todavía mayor de edad: su padre, el ministro G... había muerto joven; y su madre, María, no tardó en seguirle á la tumba. Federico contaba en aquella época diez y ocho años, que en la ciudad no son un largo período; pero en una soledad tan magnífica como aquel antiguo señorío, el péndulo vibra con más profunda y significativa solemnidad.

A causa de ciertas circunstancias resultantes de la administración de su padre, el joven barón entró en posesión de sus vastos dominios apenas murió aquél. Rara vez se había visto un noble de Hungría poseedor de semejante patrimonio; sus castillos eran innumerables, pero el de Metzengerstein se consideraba como el más vasto y magnífico; la línea fronteriza de sus do-

minios no se había determinado nunca claramente; pero el parque principal abarcaba un circuito de cincuenta millas.

Tratándose de un propietario tan joven, de carácter tan bien conocido, y de tan incomparable riqueza, no era necesario hacer muchas conjeturas sobre cuál sería probablemente su línea de conducta; y en efecto, á los tres días, el proceder del heredero dejó muy atrás la nombradía de Herodes, excediendo por mucho á las esperanzas de los más entusiastas admiradores. Vergonzosas orgías, flagrantes infamias y atrocidades sin nombre, hicieron comprender muy pronto á sus atemorizados vasallos que nada, ni la sumisión servil por su parte, ni los escrúpulos de conciencia por la del castellano, serían para ellos en lo futuro garantía de seguridad contra las crueldades de aquel pequeño Calígula. Hacia la media noche del cuarto día, observóse que se había prendido fuego en las cuadras del castillo de Berlifitzing, y la opinión pública estuvo unánime en agregar un crimen más á la lista, ya horrible, de los delitos y atrocidades del barón.

En cuanto al joven caballero, durante el tumulto ocasionado por aquel accidente, hallábase sumido al parecer en profunda meditación en una vasta cámara solitaria del piso superior del palacio de familia de los Metzengerstein. Los tapices, ricos, aunque gastados, que pendían melancólicamente de las paredes, representaban las figuras fantásticas y majestuosas de mil antecesores ilustres; en uno veíanse prelados vistiendo ricos trajes de armiño; grandes dignatarios estaban reunidos con el autócrata y el soberano, y oponían su *veto* á los caprichos de un rey, ó contenían con el *fiat* del poderío papal el cetro rebelde del Gran Enemigo, príncipe de las tinieblas. En otro se representaban las sombrías y grandes figuras de los príncipes de Metzengerstein, con sus robustos caballos de guerra, que

caracoleaban sobre los enemigos caídos; y más allá veíanse, voluptuosas y blancas como cisnes, las imágenes de las damas de antiguas épocas, flotando á lo lejos en fantástica danza, en medio de una melodía imaginaria.

Pero mientras el barón prestaba oído ó aparentaba escuchar el estrépito creciente de las cuadras de Berlifitzing, meditando tal vez alguna nueva crueldad ó un rasgo de audacia, sus ojos se fijaron maquinalmente en la imagen de un caballo enorme, de color extraño, representado en el tapiz como perteneciente á un antecesor sarraceno de la familia de su rival. El cuadrúpedo estaba en primer término inmóvil como una estatua, y un poco más allá, el jinete desmontado moría bajo el puñal de un Metzengerstein.

En los labios de Federico surgió una expresión diabólica, como si echase de ver la dirección que su mirada había tomado involuntariamente; pero no apartó la vista. Muy lejos de ello, no podía haber motivo para que experimentase la ansiedad que al parecer le sobrecogió, envolviéndole como con un paño mortuario; érale difícil conciliar sus sensaciones incoherentes como las de los sueños con la certidumbre de estar despierto; cuanto más contemplaba, más absorbente era el encanto, y más imposible le parecía arrancar su mirada de aquel tapiz fascinador. Sin embargo el tumulto que se oía fuera era cada vez más ruidoso; el barón hizo un esfuerzo como á pesar suyo, y fijó su atención en una luz rojiza proyectada desde las cuadras que ardían sobre las ventanas de la habitación.

Pero este movimiento sólo fué momentáneo, pues las miradas del heredero volvieron á fijarse maquinalmente en el tapiz. Con grande asombro suyo observó entonces—¡cosa horrible!—que la cabeza del gigantesco corcel había cambiado de posición; el cuello del animal, antes inclinado compasivamente hacia el cuer-

po de su jinete, estaba ahora tendido rígidamente y en toda su longitud hacia el barón; los ojos, un momento antes invisibles, tenían una expresión enérgica y humana, con un brillo rojizo extraordinario; y los labios caídos dejaban ver sus grandes dientes repugnantes.

Poseído de terror, el joven barón se acercó á la puerta con paso vacilante; al abrirla, un resplandor rojizo, iluminando á lo lejos la sala, reflejóse en la tapicería; y como el heredero vacilara un instante en el umbral, se estremeció al ver que aquel reflejo tomaba la posición exacta y llenaba precisamente el contorno del implacable y triunfante matador del Berlifitzing sarraceno.

Para aliviar su espíritu atemorizado, el barón Federico salió rápidamente para respirar el aire. En la puerta principal del palacio halló tres de sus escuderos, que con mucha dificultad y gran peligro de su vida, refrenaban los botes convulsivos de un caballo gigantesco, de color de fuego.

—¿De quién es ese caballo? ¿Dónde le habéis encontrado?—preguntó el barón con acento de enojo, reconociendo al punto que el misterioso corcel de la tapicería era en un todo semejante al furioso animal que estaba viendo.

—Es vuestro, señor—replicó uno de los escuderos—ó por lo menos nadie le ha reclamado. Le hemos cogido cuando se escapaba, humeante y cubierto de espuma, de las cuadras abrasadas del castillo de Berlifitzing. Suponiendo que pertenecería á alguna yeguada del anciano conde, le hemos traído aquí; pero los criados no reconocen el animal, lo cual es muy extraño, puesto que lleva señales evidentes del fuego, como prueba de haber escapado de éste.

—Además—añadió otro escudero—las letras W. V. B., están marcadas en la frente con mucha claridad; yo

supuse que eran las iniciales de Wilhelm von Berlifitzing; pero toda la gente del castillo afirma positivamente no conocer el caballo.

—¡Es muy singular!—dijo el barón con aire pensativo, sin fijarse al parecer en el sentido de sus palabras.—En efecto, es un caballo notable, prodigioso, aunque, como decís muy bien, sombrío é intratable. ¡Vamos! quede para mí, consiento en ello—añadió el barón después de una pausa;—tal vez un jinete como Federico de Metzengerstein podrá domar al diablo mismo de las cuadras de Berlifitzing.

—Os engaños, monseñor; el caballo, como hemos dicho, no pertenece á las cuadras del conde; si hubiese sido así, conocemos demasiado bien nuestro deber para haberle conducido á presencia de una noble persona de vuestra familia.

—Es verdad—repuso el barón secamente.

En aquel momento llegó un paje del palacio apresuradamente y dijo á su señor en voz baja que había desaparecido un tapiz de la habitación que designó; después extendióse en detalles minuciosos; pero como lo decía todo casi al oído de su señor, los escuderos no pudieron satisfacer su curiosidad excitada.

Durante esta conversación, el joven Federico parecía agitado por diversas emociones; pero muy pronto recobró su sangre fría, y pintóse en su semblante una expresión de malignidad al dar órdenes para que se condenase al punto la citada cámara y se le entregaran las llaves.

—¿Habéis sabido la deplorable muerte de Berlifitzing, el viejo cazador?—preguntó al barón uno de sus vasallos cuando se hubo alejado el paje; mientras que el enorme corcel, adoptado por el heredero, se precipitaba, saltando con redoblada furia, por la avenida que conducía desde el palacio á las cuadras de Metzengerstein.

—No—contestó el barón, volviéndose bruscamente hacia el que hablaba.—¿ Dices que ha muerto ?

—Es la pura verdad, señor, y presumo que no os desagradará mucho la noticia.

Una sonrisa entreabrió los labios del barón.

—¿ Cómo ha muerto ?—preguntó.

—En sus imprudentes esfuerzos para salvar la parte preferida de su equipo de caza, ha perecido miserablemente entre las llamas.

—¿ Ver... da... de... ramente ha sido así ?—exclamó el barón delectando, y como impresionado por algún sentimiento misterioso.

—Así es—repuso el vasallo.

—¡ Eso es horrible !—dijo el joven con mucha calma, y volviendo tranquilamente al palacio.

A partir de aquella época, observóse un notable cambio en la conducta del joven libertino, el barón Federico von Metzengerstein, conducta que burlaba todas las esperanzas y daba al traste con las intrigas de más de una madre. Sus costumbres y manera de obrar difirieron cada vez más de las de la aristocracia de los alrededores. No se le veía nunca fuera de los límites de su propio dominio, y en el mundo sociable no se le conocía compañero alguno, á menos de que se considerase que el enorme caballo impetuoso, de color de fuego, que montaba siempre desde aquella época, tenía en realidad algún derecho misterioso al título de amigo.

Sin embargo, el barón recibía periódicamente invitaciones de sus vecinos, para asistir á alguna fiesta, á una cacería, á un baile ó á otra reunión cualquiera; pero limitábase á contestar lacónicamente: «Metzengerstein no irá.»

Una nobleza imperiosa no podía soportar estos repetidos desaires; las invitaciones comenzaron á ser menos cordiales y frecuentes, y al fin cesaron del todo.

Habiase oído decir á la viuda del desgraciado conde de Berlifitzing, que su más ardiente deseo era «que el barón se quedase en casa cuando no deseara estar en ella, puesto que despreciaba la compañía de sus iguales; y que se viera á caballo cuando no quisiera montar, puesto que prefería á sus semejantes la sociedad de un cuadrúpedo.» Esto no era seguramente más que la simple explosión de un pique hereditario, y probaba que nuestras palabras llegan á ser singularmente absurdas cuando queremos darles una forma extraordinariamente enérgica.

Las personas caritativas, sin embargo, atribuían el cambio de conducta del joven caballero al pesar natural de un hijo privado prematuramente de sus padres; pero olvidando sin duda su inicuo proceder durante los días que siguieron á la irreparable pérdida. Hubo algunos que supusieron en el barón un sentimiento exagerado de su importancia y de su dignidad, mientras que otros (y entre ellos tal vez el médico de la familia) hablaban siempre de una melancolía morbosa, de un mal hereditario; pero entre la multitud hacíanse insinuaciones más tenebrosas, de carácter equívoco.

A decir verdad, el perverso cariño del barón al caballo recientemente adquirido, cariño que parecía tomar más incremento cuando el animal manifestaba sus feroces y diabólicas inclinaciones, llegó á ser á los ojos de todas las personas razonables una ternura horrible, contraria á la naturaleza. En medio del día, en las horas silenciosas de la noche, enfermo ó sano, en la calma ó en la tempestad, el barón de Metzengerstein parecía clavado en la silla del caballo colosal, cuyo carácter intratable se avenía tan bien con el suyo.

Había además circunstancias que, relacionadas con los recientes acontecimientos, comunicaban un carácter sobrenatural y monstruoso á la manía del caballe-

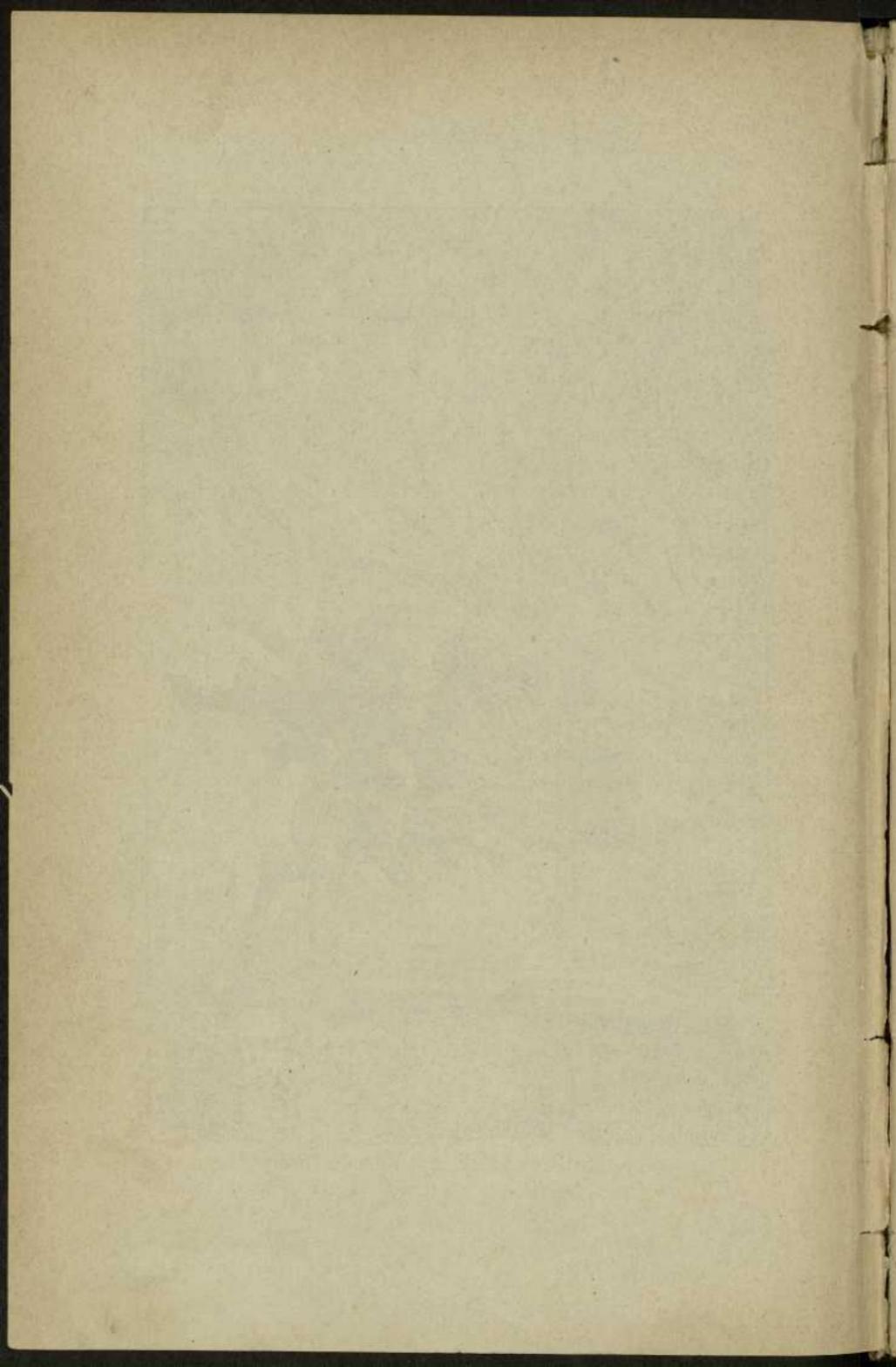
ro y á las capacidades del animal. El espacio que franqueaba de un solo salto, medido cuidadosamente, resultaba exceder de una manera asombrosa á los cálculos más exagerados. El barón, por otra parte, no había puesto ningún *nombre* particular al cuadrúpedo, aunque todos los demás tenían el suyo; y aquel caballo tenía su cuadra particular, separada de las otras. Sólo su amo le cuidaba, porque nadie se atrevía á tocarle, ni siquiera entrar en el sitio á donde estaba. Algunas pruebas de inteligencia particular en la conducta de un noble corcel, lleno de ardimiento, no bastarían seguramente para llamar la atención de un modo exagerado; pero ciertas circunstancias hubieran hecho impresión en los espíritus más excépticos y fleamáticos; y decíase que algunas veces el animal había hecho retroceder de espanto á la multitud curiosa ante la singular significación de su marca, añadiéndose que el joven Metzengerstein había palidecido ante la mirada del ojo casi humano del caballo.

Entre toda la servidumbre del barón no se contaba un solo individuo que dudara del afecto extraordinario que inspiraban al joven heredero las brillantes cualidades de su corcel, exceptuándose, sin embargo, un insignificante pajecillo muy feo y antipático, de cuya opinión no se hacía aprecio. Tenía el descaro de asegurar que su amo no montaba nunca sin experimentar un inexplicable y casi imperceptible estremecimiento, y que al volver de sus largos y acostumbrados paseos observábase en las facciones del heredero una expresión de triunfante malignidad.

Durante una noche de borrasca, Metzengerstein, despertando de un profundo sueño, bajó como un sonámbulo de su habitación, y montando apresuradamente á caballo, precipitose á través del laberinto del bosque.

Un acontecimiento tan habitual no podía llamar





particularmente la atención; pero esperóse la vuelta del barón con mucha ansiedad. A las pocas horas de ausencia, las magníficas construcciones del palacio de Metzengerstein comenzaron á crugir y á retemblar hasta en sus cimientos, bajo la acción de un fuego devorador é irresistible; y como cuando se vieron las llamas los progresos del elemento devorador hubieran hecho inútiles todos los esfuerzos para salvar una parte cualquiera de los edificios, la población de las inmediaciones contemplaba perezosamente, con silencioso asombro, sino apatía, aquella triste escena. Pero un objeto terrible llamó muy pronto la atención de la multitud, demostrando hasta qué punto es más intenso el interés excitado por una agonía humana que por el más espantoso espectáculo de la materia inanimada.

En la larga avenida de añosas encinas que comenzaba en el bosque, terminando en la entrada principal del palacio Metzengerstein, un corcel, cuyo jinete llevaba la cabeza descubierta y el traje en desorden, saltaba con una violencia sólo comparable con el Demonio de la Tempestad misma.

El caballero no podía evidentemente reprimir aquella desenfrenada carrera; la expresión angustiada de su rostro, los esfuerzos convulsivos de todo su sér daban testimonio de aquella lucha sobrehumana; pero de los labios del jinete, lacerados á fuerza de oprimirse, sólo se escapaba un grito ronco. Un momento después, el choque de los cascos resonó con un ruido agudo y penetrante que dominó el estrépito del incendio y el mugido del viento; después, franqueando de un solo bote la gran puerta y el foso, el corcel se lanzó en las escaleras abrasadas del palacio, desapareciendo con su jinete entre un torbellino de llamas.

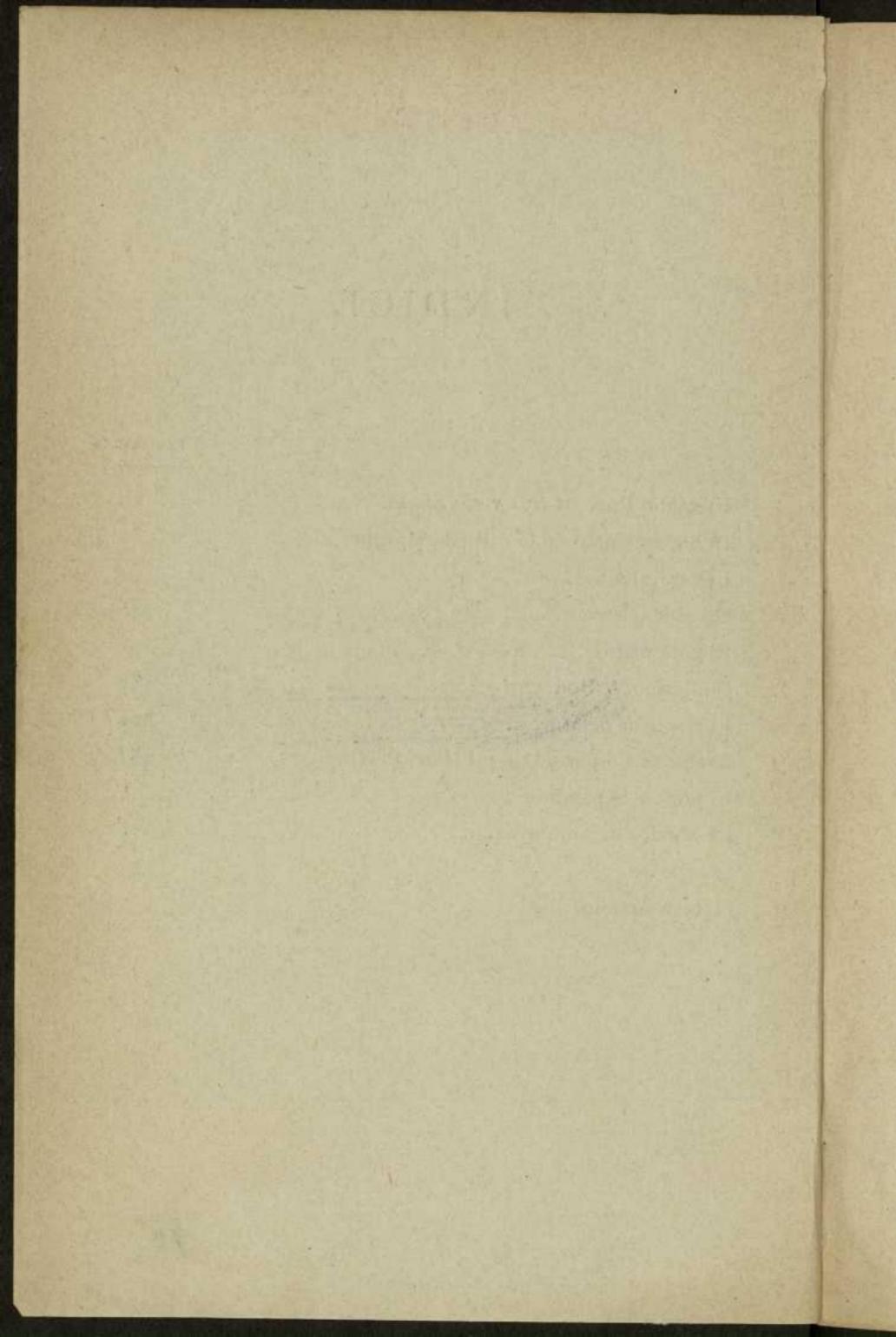
Entonces se calmó de repente la furia de la tempestad y volvió á reinar una calma serena. Una llama

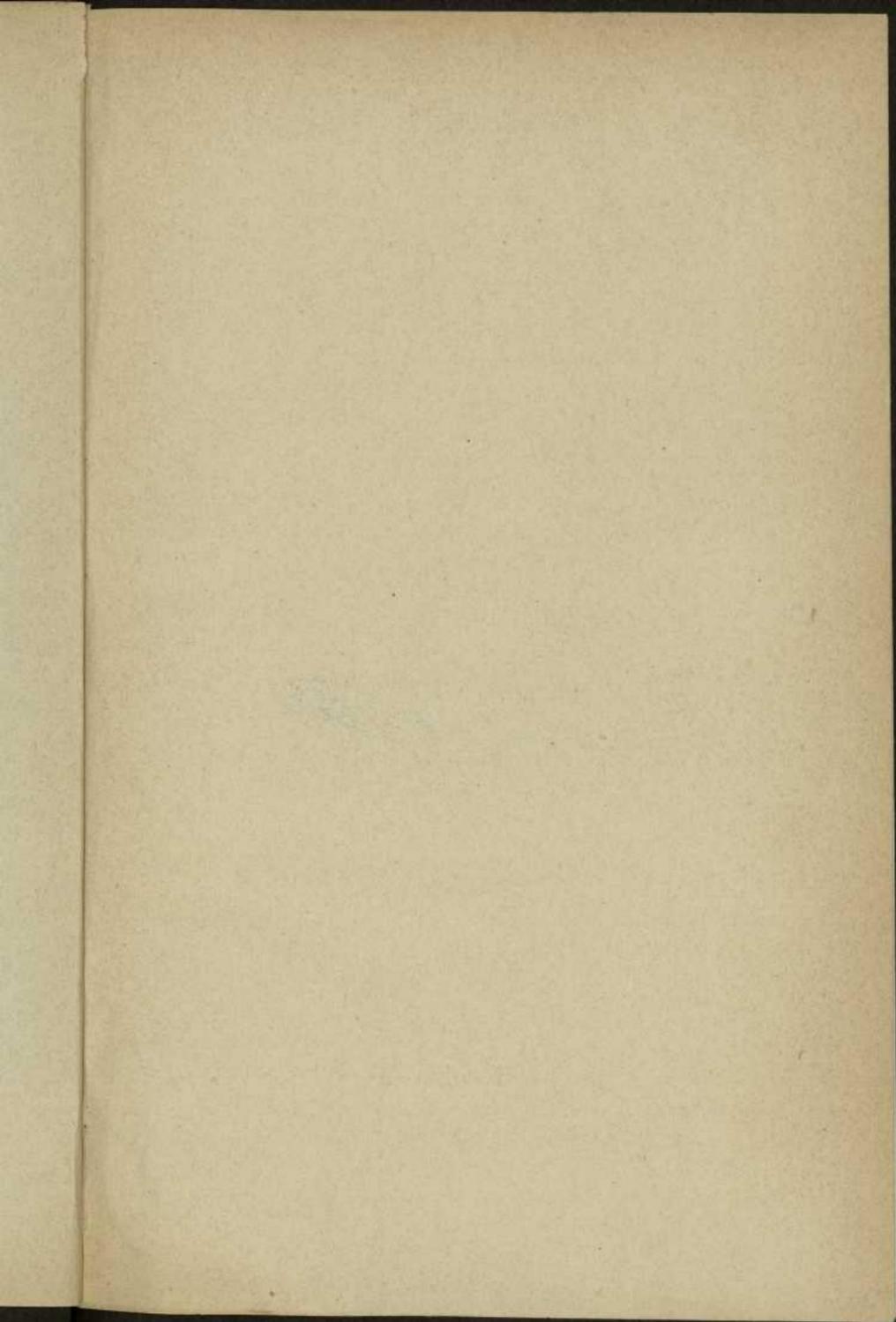
blanca envolvía siempre el edificio como un sudario, y prolongándose á lo lejos en la atmósfera tranquila, proyectaba una luz de brillo sobrenatural; mientras que una nube de humo, en forma de un gigantesco *caballo*, descendía pesadamente sobre los edificios.

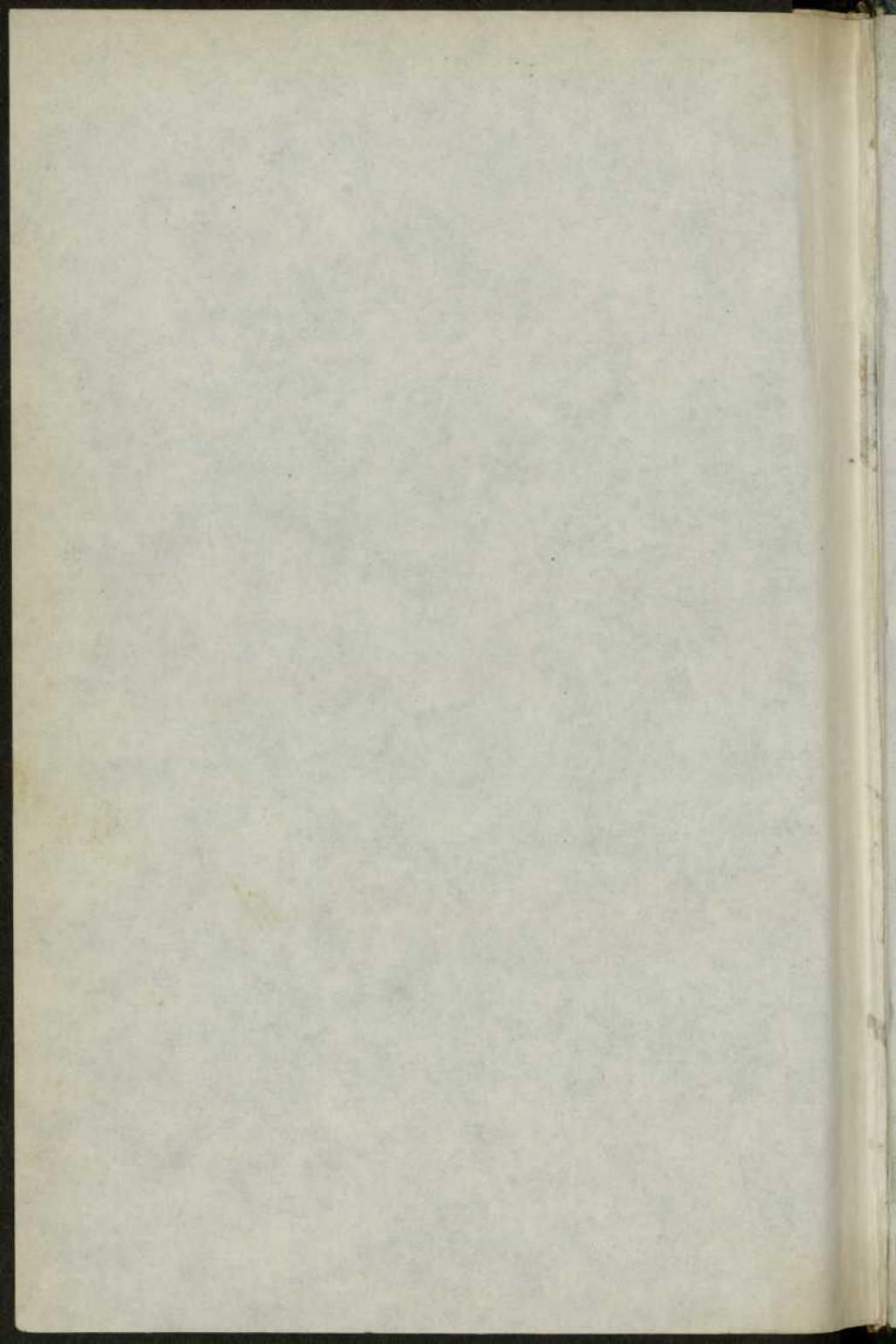


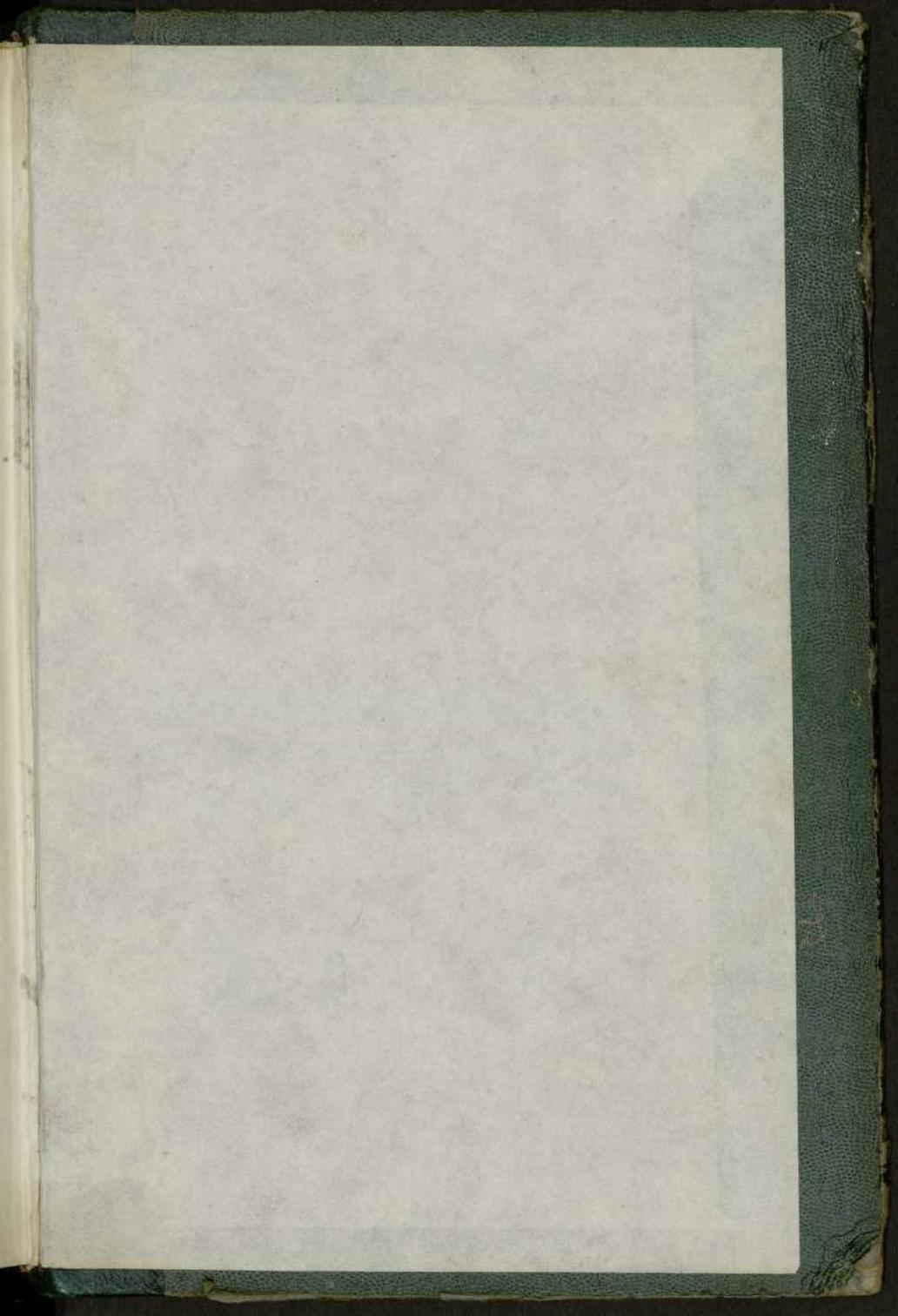
ÍNDICE

	PÁGINAS.
EDGARDO POE, SU VIDA Y SUS OBRAS.	VII
Doble asesinato en la calle de Morgue.. ✕	30
El escarabajo de oro.	91
En el Maelstrom.	145
El gato negro. ✕	171
Guillermo Wilson.	189
El corazón delator.	221
Aventura sin par de un tal Hans Pfaall.	233
El pozo y el péndulo.	295
La barrica de amontillado.	321
Ligeia.	335
Metzengerstein.	359









14

E. POS

HISTORIÆ
EXTRAORDINARIÆ

14.258